

DANIEL ARELLA
Selección, prólogo y notas

RELATOS PIONEROS DE LA CIENCIA FICCIÓN LATINOAMERICANA

REBECA ROCA
Ilustraciones



República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial

el perro y la rana

COLECCIÓN
los ríos profundos
serie CLÁSICOS

RELATOS PIONEROS
DE LA CIENCIA FICCIÓN
LATINOAMERICANA

República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



Selección, prólogo y notas: Daniel Arella
Fundación Editorial El perro y la rana, 2015

Centro Simón Bolívar
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos
atenciónalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: [Editorialelperroylarana](#)
Twitter: [@perroyralibro](#)

Diseño de portada y diagramación
Mónica Piscitelli

Ilustraciones
Rebeca Roca

Edición
Luis Miguel Enríquez

Corrección
José Jenaro Rueda
Zorayda Coello

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal If 4022015800251
ISBN 978-980-14-2972-2
Impreso en la República Bolivariana de Venezuela



Gobierno **Bolivariano**
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura



La Colección *Los Ríos Profundos*, haciendo homenaje a la emblemática obra del peruano José María Arguedas, supone un viaje hacia lo mítico, se concentra en esa fuerza mágica que lleva al hombre a perpetuar sus historias y dejar huella de su imaginario, compartiéndolo con sus iguales. Detrás de toda narración está un misterio que se nos revela y que permite ahondar en la búsqueda de arquetipos que definen nuestra naturaleza. Esta colección abre su espacio a los grandes representantes de la palabra latinoamericana y universal, al canto que nos resume. Cada cultura es un río navegable a través de la memoria, sus aguas arrastran las voces que suenan como piedras ancestrales, y vienen contando cosas, susurrando hechos que el olvido jamás podrá tocar. Esta colección se bifurca en dos cauces: la serie *Clásicos* concentra las obras que al pasar del tiempo se han mantenido como íconos claros de la narrativa universal, y *Contemporáneos* reúne las propuestas más frescas, textos de escritores que apuntan hacia visiones diferentes del mundo y que precisan los últimos siglos desde ángulos diversos.

DANIEL ARELLA

Selección, prólogo y notas

RELATOS PIONEROS DE LA CIENCIA FICCIÓN LATINOAMERICANA

REBECA ROCA

Ilustraciones

COLECCIÓN
los ríos profundos
serie C L Á S I C O S

PRÓLOGO

*Nunca me senté frente a mi máquina de escribir
con tanta desesperación.*

ALEJANDRO JODOROWSKY

1. Origen de la ciencia ficción en el continente americano: Norte/ Sur

Un tipo llamado Hugo Gernsback y que era un director de revistas malísimas, pulp, de los años cuarenta para vender más revistas malísimas. Y así definía algo que estaban haciendo algunos de esos escritores, que había hecho Zamiatin, que había hecho Huxley..., pero el término se quedó y desde entonces «ciencia ficción» es todo ese género.¹

FERNANDO ÁNGEL MORENO

En el año paradigmático de 1926, un año antes de que el escritor venezolano Julio Garmendia publicara *La tienda de muñecos*², Hugo Gernsback, director de la revista norteamericana *Amazing Stories*, bautiza el concepto de ciencia ficción,

1 Fernando Ángel Moreno. “La ficción proyectiva: propuesta para una delimitación del género de la ciencia ficción”, en: *Ensayos sobre ciencia ficción y literatura fantástica*. Asociación Cultural Xatafi y Universidad Carlos III de Madrid, España, 2008, 1.^{er} Congreso Internacional de Literatura Fantástica y de Ciencia Ficción.

2 Libro de ocho cuentos fantásticos, entre los cuales se encuentra el primer cuento de ciencia ficción auténtica escrito en el país y uno de los primeros en Latinoamérica: “La realidad circundante”.

implantándolo definitivamente en la historia. A principios del siglo XX en Latinoamérica no se conocía ni rastro de la primera revista de ciencia ficción de países anglosajones; no será sino hasta los primeros años de la década de los 50 cuando los primeros fanzines y revistas del género serán traducidos al español, cuando las primeras editoriales de ciencia ficción extranjeras como Edhosa de Barcelona, con la famosa colección *Nebulae*, y la revista *Minotauro* en 1964³, presenten sus primeras ediciones. El crítico Julio Miranda en el prólogo de su *Antología de la ciencia ficción venezolana* hace patente esa coincidencia y revela lo siguiente:

En un momento en que la ciencia ficción no había recibido todavía una sanción universal favorable, dos venezolanos (Julio Garmendia con “La realidad circundante” y Enrique Bernardo Núñez con “La galera de Tiberio”) la estaban cultivando –aunque sea marginalmente– y en su vertiente más rica: la ciencia ficción crítica.⁴

Y este es el caso general de la mayoría de los países latinoamericanos a principio del siglo XX, como es el caso de Perú, Colombia, Argentina, Brasil, Cuba, Uruguay, Guatemala –si contamos con el caso único de Álvaro Méndez Desleal– y México, países que en la actualidad, es decir, desde la década de los 70 hasta nuestros días, han desarrollado una ciencia ficción propia, esencialmente latinoamericana, que no tiene nada que deberle a los escritores de habla anglosajona. Autores del género como Fabio Cunha, Eduardo Goligorsky, Ángel Arango, Alberto Vanasco, Luis Britto García, Hugo Correa y Angélica Gorodischer, representan la edad de oro de la ciencia ficción

³ En esta fecha se publica en México una de las primeras revistas de ciencia ficción latinoamericana, *Crononauta*, dirigida por René Rebétez y Alejandro Jodorowsky. Otra revista primogénita importante fue *Más allá*, revista argentina publicada entre 1953-1957.

⁴ Julio Miranda. *Ciencia ficción venezolana: antología*. Diario de Caracas, Caracas, 1979, p. 5.

latinoamericana, cuyos primeros relatos y libros aparecen publicados a partir de 1960. Para ilustrar lo anterior, veamos la declaración del célebre escritor de ciencia ficción brasileño André Carneiro, citado por Miguel Ángel Fernández en su artículo “Más allá de lo imaginado: la antología que hizo historia”:

Estoy totalmente persuadido de que ellos nos tienen temor, creo que se han quedado sin ideas y se han puesto muy reiterativos en los temas. Constantemente me aclaraban que nosotros no escribíamos Ciencia Ficción, que nosotros no debemos editar en Estados Unidos, que nosotros escribimos Realismo Mágico. En fin, ellos cuidan su mercado y lo hacen porque ven con temor nuestra gran imaginación, nuestro humanismo contra su materialismo, nuestra solidaridad contra su frialdad, nuestras ganas de trabajar en conjunto contra su individualidad.⁵

En el aludido artículo donde se cita esta implacable declaración del autor brasileño, se argumenta el carácter original elitista de la ciencia ficción en EE.UU., literatura *pulp* que –heredera de la mejor tradición de ciencia ficción romántica: *La máquina del tiempo* (1898), de H. G. Wells, y *De la Tierra a la Luna* (1865), de Julio Verne– fue creada como un órgano de divulgación del conocimiento científico y de los inventos más recientes, con la intención de acercar el mundo de las ciencias a las masas, pero también como un adelanto optimista de lo que sería su supremacía tecnológica en el futuro, como el dominio histórico de su uso en el desenvolvimiento de las guerras mundiales⁶, argumentos reciclados en *best-sellers* y discursos comer-

5 Miguel Ángel Fernández. “Más allá de lo imaginado: la antología que hizo historia”, *Ciencia ficción mexicana*. En: <http://www.ciencia-ficción.com.mx>

6 Edmundo Paz Soldán. “James Patrick Kelly y John Kessel acaban de publicar la antología de cuentos *The Secret History of Science Fiction* (Tachyon, 2009). En su introducción, Kelly y Kessel citan un

ciales cinematográficos. La responsabilidad de los escritores del género en la era Gernsback recaía en asumir el rigor de la escritura técnica-científica en sus tramas imaginativas, contribuyendo a generar hipótesis a través de construcciones proféticas sobre el empleo desmesurado de la tecnología o el conocimiento fáustico de las posibilidades de la ciencia⁷. Resultado de una estrategia de *marketing* en revistas de alto tiraje para la promoción de inventos científicos y artilugios de diferentes tipos, copiaban el modelo de la novela científica europea⁸. Sabemos que la ciencia ficción estadounidense perfeccionará el género

ensayo de Jonathan Lethem, en el que el escritor norteamericano se pregunta qué hubiera pasado si en 1973 se le hubiera concedido el premio Nébula –el más importante de la ciencia ficción– a Thomas Pynchon, finalista en ese entonces con *El arco iris de gravedad*, y no al que lo ganó finalmente, Arthur Clarke. Para Lethem, el triunfo de Pynchon hubiera significado el deseo de la ciencia ficción de dejar de lado su estatus de género popular más interesado en ‘explosiones, efectos especiales, extraterrestres e historias de aventura’ que en su potencial literario y artístico. Con el Nébula para Clarke la ciencia ficción perdió la oportunidad de ser tomada en serio”. En: <http://www.elboomeran.com/blog-post/117/8273/edmundo-paz-soldan/la-historia-secreta-de-la-ciencia-ficcion/>

7 Por el contrario –como argumenta Bruce Sterling–, el ciberpunk, producto del ambiente de los 80, la llamada “nueva ola” de la ciencia ficción moderna estadounidense, profesa una nueva alianza, al contrario de la contracultura de los 60 y su carácter anticientífica y antitecnológico: “La integración de la tecnología y la cultura de los 80; una alianza profana entre el mundo tecnológico y el mundo de la disidencia organizada, el mundo subterráneo de la cultura pop, de la fluidez visionaria, y de la anarquía de las calles” (Bruce Sterling, “Prólogo”, en: *Mirrorshades. Una antología ciberpunk*, Ediciones Siruela, España, 1998, p. 21). El símbolo vital e indiscutible de esta alianza es la guitarra eléctrica (Jimi Hendrix), en la que se funden el movimiento *hippie* y el progreso tecnológico. Con el mismo gesto de crítica y superación de antiguos modelos o, tal vez, para alarmar sobre el poder alienante de la tecnología y el poder en las sociedades occidentales, surge en Europa 1984 (1949) de George Orwell y *Un mundo feliz* (1931) de Aldous Huxley, las obras más representativas de la *distopía*, forma contraria de la utopía que se propone el retrato de sociedades catastróficas.

8 Pablo Capanna. *El sentido de la ciencia ficción*, Editorial Columba, Buenos Aires, 1966, Selección Nuevos Esquemas I, p. 75.

como un arma de guerra de alta potencia hasta convertirla en una enciclopedia del universo: Asimov, Arthur Clarke, Poul Anderson, Ray Bradbury, para nombrar solo algunos, pero el origen del género es enfáticamente comercial:

La “literatura comercial”, convertida en industria, debió delimitar tan estrictamente como la preceptiva los rubros que producía, con lo cual los libros se convirtieron en una mercadería de consumo, en un pasatiempo popular rotulado y etiquetado de manera que el lector sabía qué podía esperar de cada novela. Fue en Estados Unidos, especialmente en la primera postguerra, cuando se crearon las convenciones estrictas que habían de regir una infinidad de cuentos y novelas, indistinguibles unos de otros, construidos en serie como los autos de Detroit.⁹

Ahora bien, ¿por qué razón suponerse poseedores legítimos de las posibilidades creativas y críticas que ofrece la ciencia ficción para la literatura? Pero primero: ¿qué es la ciencia ficción? La respuesta a esta pregunta es tan lejana como los planetas oscilantes de galaxias perdidas de los argumentos clásicos del género en Estados Unidos. Primero, el origen de algunos rasgos comunes del género en cuentos como “La realidad circundante”, de Julio Garmendia, no son comerciales ni divulgativos, sino que nacen a fuerza de llevar la crítica del positivismo y la realidad devastada por la Primera Guerra Mundial a una alegoría artefáctica de desadaptación y nihilismo. La tecnología emana del argumento como una refugencia del entramado de la ficción, de la fabulación a la alegoría, de la zona de transformación del espíritu estético a la vinculación con la crítica social.

En Latinoamérica se escribía “ciencia ficción” antes de que Asimov pensara siquiera en escribir su *Fundación*. Incluso antes, en el siglo XIX, cuando Julio Verne –considerado como el primer autor en escribir relatos maravillosos-científicos, el

9 *Ibid.*, p. 76.

primer escritor reconocido como pionero del género¹⁰— publica en 1869 *Veinte mil leguas de viaje submarino*, diez años después —y 16 años antes de que H. G. Wells escribiera *La máquina del tiempo* (1895)!— un naturalista, zoólogo y escritor argentino de origen alemán, llamado Eduardo Ladislao Holmberg (1852-1937), publica en 1879 su cuarta y última obra de ficción, *Horacio Kalibang o los autómatas*, en la que adelantaría un tema de auténtica “ciencia ficción”: la inteligencia artificial, relato que influyó a nada más y nada menos que Philip K. Dick, el maestro que superó y trascendió el género en la historia. No bien es cierto —como apunta el escritor español Patricio Pron— que el relato de Holmberg funda la ciencia ficción en Argentina, ambientándolo en Alemania, por la razón de que el escritor y naturalista argentino consideraba la imposibilidad de que su país alcanzara una verdad científica sobre la realidad¹¹. Esta circunstancia amplía el reconocimiento del género en sus orígenes dentro del continente, partiendo del problema central en cuanto a la dimensión anticientífica propia de la ciencia ficción latinoamericana:

La ciencia ficción hispanoamericana presenta determinadas particularidades y la más relevante de ellas es la ausencia significativa de datos empíricos científicos que sustenten la trama. Este desapego por la validación científica de los hechos narrados obedece a las circunstancias emanadas del contexto socioeconómico en el que surgen estas obras, marcado por

10 Algunos críticos del género consideran que fue Mary Shelly, la creadora de *Frankenstein o el moderno Prometeo*, quien fundó la ciencia ficción en el mundo.

11 Publicado originalmente en *Revista de Occidente*, N.º 365 (octubre de 2011), pp. 61-75. Patricio Pron. “¿Es posible una ciencia ficción sin ciencia? La literatura argentina fantástica y de ciencia ficción ante el abismo tecnológico”. En: <http://www.elboomeran.com/blog-post/539/11905/patricio-pron/es-posible-una-ciencia-ficcion-sin-ciencia-la-literatura-argentina-fantastica-y-de-ciencia-ficcion-ante-el-abismo-tecnologico-i/>

la ausencia de un desarrollo económico equiparable al de las naciones punteras en lo que a escritura de ciencia ficción se refiere.¹²

En el relato de “La doble y única mujer” (1927), del escritor vanguardista ecuatoriano Pablo Palacio, el discurso científico explora sus últimas consecuencias para dar testimonio de una anormalidad fisiológica o, como es denominado en el índice, una *corporeidad póstuma* de una mujer siamesa unida por la espalda. Un narrador central relata los procesos cerebrales de las divisiones humanas: la yo-primer y la yo-segunda. Las explicaciones de las sensaciones y los recuerdos en las dos corporeidades son explicados con una rigurosidad científica que raya con el delirio epistemológico, el cual, en su textura, parodia la científicidad propia del discurso objetivo. El discurso narrativo *intenta* ahondar, explicar y justificar la corporeidad orgánica doble de un cuerpo mutante, a través de la parodia deshumanizada –y a menudo macabra– del discurso científico, desarticulando su lógica a partir de la focalización compartida del cuerpo-doble narrado (yo-primer y yo-segunda). Cuerpo narrado en crisis, metáfora de una civilización apocalíptica; un cuerpo enfermo que se ausulta con las palabras que no le alcanzan para significarse a partir de un sistema cultural y social que lo desplaza y, simultáneamente, lo divide de acuerdo a su ley y su coherencia: lenguaje y ciencia. El cuerpo híbrido y sustancialmente irreconciliable de “La doble y única mujer” de Pablo Palacio comparte su anatomía autónoma y solitaria con las características del género naciente de la proto ciencia ficción en Latinoamérica: 1) Dificultad para ser ubicada dentro de las características esenciales de los parámetros rígidos genéricos; 2) Imposibilidad para ser clasificada dentro de las etiquetas que generalmente se le atribuyen: realismo mágico, neofantasía,

12 Juan Ramón Vélez García. *Angélica Gorodisher. Fantasía y Metafísica*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, (S.f.), p. 14.

fantasía racionalista, literatura fantástica, ciencia blanda; 3) Incapacidad para relacionarse con sus congéneres, preeminencia de lo individual frente a lo colectivo, del artificio frente al realismo. En pocas palabras, está más inclinada al surgimiento de una sintaxis rigurosa que otorgue verosimilitud a argumentos fantásticos, que a argumentos lógicos científicos orientados hacia lo cósmico-planetario, sostenidos por un lenguaje técnico encarnado por la imaginación.

2. ¿Fantaciencia o vanguardia? El nacimiento del género en Latinoamérica

Habiéndome toda mi vida considerado como persona bastante bien adaptada al mundo que me rodea, solo ahora he venido a comprender la distancia que realmente me separaba hasta hoy de la verdadera adaptación científica a la vida real.

JULIO GARMENDIA

Los escritores y críticos de ciencia ficción Bernard Goorden y A. E. Van Vogt destacan el carácter “literario” de la ciencia ficción latina en su antología *Lo mejor de la ciencia ficción latinoamericana*, en contraposición a la ciencia ficción dura, como si la etiqueta “literario” quisiera significar casi lo mismo que fantástico o fantasía, recordando la clásica oposición entre ciencia ficción dura y ciencia ficción blanda. Van Vogt, entusiasta, nos dice: “Si Franz Kafka, Albert Camus, Thomas Mann o W. Somerset Maugham hubieran escrito alguna vez ciencia ficción, estas habrían sido indudablemente las historias que habrían creado”¹³. Entre los autores que se encuentran antologados en aquel libro destacan Hugo Correa, Ángel Arango, Luis Britto García, Angélica Gorodischer, André Carneiro y Eduardo Goligorsky. Lo que nos interesa en las notas presentes

13 A. E. Van Vogt. “Prólogo”, en: *Lo mejor de la ciencia ficción latinoamericana*, Superficción, España.

son los orígenes de la ciencia ficción latinoamericana (la que abarca desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la primera mitad del siglo XX, cuando empiezan a aparecer las primeras revistas del género y los primeros relatos), sus cuentos fundadores, sus argumentos pioneros, rastrear y sondear sus más remotas influencias, desde el modernismo hasta los exponentes más arriesgados de la vanguardia.

Un trabajo central que nos sirvió de brújula fue realizado, aunque de forma historiográfica, por Yolanda Molina-Gavilán (compiladora) en *Science Fiction Studies*, N.º 103, Vol. 34, N.º 3, noviembre de 2007, pero nunca –que se sepa– sino hasta este momento, algunos de sus cuentos fundadores serán publicados y reunidos en un mismo libro por primera vez. En 2003 Yolanda Molina-Gavilán y A. Bell compilan y editan *Cosmos latinos* en Wesleyan University Press, Middletown, que recoge relatos tanto latinoamericanos como españoles, entre los que se encuentran relatos de Hugo Correa, Miguel de Unamuno, Ángel Arango, Daína Chaviano, Alberto Vanasco, André Carneiro, entre otros, cuyos relatos, en su mayoría, fueron publicados a partir de la década del 60.

En cambio, los escritores latinoamericanos que empezaron a escribir a finales del siglo XIX como a principios del siglo XX, a diferencia de los citados en el párrafo anterior (Holmberg, Rubén Darío, Amado Nervo, Clemente Palma), no poseían una clara referencia de la tradición anglosajona del género, apenas referencias de libros sobre posibilidades proyectivas y viajes a través de tiempos imaginados, como son célebres *Los viajes de Gulliver* (1726), de Jonathan Swift; *Micromegas* (1752), de Voltaire, ficción filosófica que narra la visita a la Tierra de un habitante de la estrella Sirio con un amigo del planeta Saturno; también *Historia verídica*, de Luciano de Samosata y su descripción de los selenitas, como el libro de especulación maravillosa científica *Somnium Astronomicum*, de Kepler, que Borges –en el prólogo a la edición española de *Crónicas marcianas*, de Ray Bradbury– define como el primer referente del “nuevo género

narrativo que los americanos del Norte denominan *sciencefiction o scientifiction*". Muchos son los teóricos y especialistas que se debaten en torno a la genealogía de la ciencia ficción en la historia del hombre, desde los mitos religiosos-metafísicos de Platón, cuya *Atlántida* es su principal referente, hasta la *Utopía* de Thomas Moro en el siglo xvi. Pablo Capanna, en el primer trabajo riguroso que aborda el tema desde una perspectiva filosófica, *El sentido de la ciencia ficción* (1966), citado al comienzo de este prólogo, nos dice que el cambio de paradigma en la tradición anglosajona ocurre con *La guerra de los mundos*, de H. G. Wells, "pues representa la inversión de los Viajes Maravillosos y la intrusión de lo Absolutamente Desconocido en el mundo positivista"¹⁴. La aseveración del escritor y especialista italiano radicado en Argentina parte de una crítica a la obra proyectiva del francés Julio Verne, destinada al consumo de jóvenes imbuidos en la técnica científica, cuya ficción maravillosa se mantenía dentro de los límites precisos de la ciencia, y no se permitía la exploración imaginativa y crítica del positivismo materialista de la era industrial.

Capanna observa la transición diacrónica del género de la ciencia ficción en los mecanismos históricos y filosóficos del mito y la utopía:

El mito trata de reflejar simbólicamente el orden eterno del cosmos, mientras la utopía señala lo arbitrario y lo perfectible. El mito es siempre una aporía que reduce toda forma concreta a un arquetipo eterno, mientras que la utopía llega a lo eterno a través de la historia y lo mudable.¹⁵

Es común saber cómo el motivo de un mito, por ejemplo la creación de los primeros pobladores de la Tierra, posee variados relatos y versiones, y está presente en la memoria

¹⁴ Pablo Capanna. *Op. cit.*, p. 111.

¹⁵ *Ibid.*, p. 248.

cosmogónica de la mayoría de los pueblos: la Biblia judeo-cristiana en Occidente, el *Popol vuh* en Centroamérica, la *Atlántida* de Platón en el mundo helénico y los *Mitos de Cthulhu* en Lovecraft. Pablo Capanna afirma que Platón se sirvió del mito con una conciencia crítica que le es propia a la ciencia ficción; su influencia en el género es notable porque accede a la verdad sobre la realidad, poniendo en crisis los límites y valores sociales y religiosos como forma de conocimiento, ejercitando el rigor de la razón especulativa contra los simulacros, en su intento de demostrar las primeras causas de las cosas. Así sucede con la ciencia ficción cuando compara los avistamientos de platillos voladores registrados por las civilizaciones antiguas, los sumerios y egipcios, y algunos argumentos de novelas que plantean este fenómeno de índole mesiánica y a la vez devastadora. La amenaza del objeto volador en la memoria sagrada del inconsciente colectivo es presagiada como relecturas ficcionales del mito arcaico de los visitantes de otros planetas. Del mito a la utopía hay solo un paso, teniendo en cuenta su postura irrevocable en argumentar a la *Utopía* de Thomas Moro como la obra que inaugura la tendencia de la ciencia ficción en el mundo. El funcionamiento del mito arcaico de una sociedad idealizada en *La República* de Platón llega hasta las últimas consecuencias en la célebre utopía política, al “ficcionalizar” la sociedad de una isla que guardaba correspondencias con la Inglaterra del momento, con el fin de yuxtaponer, a partir de las correspondencias, la mirada crítica de la estructura política y económica del momento, con el desplazamiento de un territorio autónomo dentro de la ficción social.

Goorden, en el prólogo a *Lo mejor de la ciencia ficción latinoamericana*, titulado “Nuevo mundo, nuevos mundos”, solo conoce una parte del territorio de la tradición continental del género naciente, lo que él denomina “escuela argentina de ciencia ficción”, que comprende –según él– al uruguayo Horacio Quiroga con “El hombre artificial” (1910), además de las novelas de Eduardo Ladislao Holmberg, *Viaje maravilloso*

del señor NicNac (1875) y la ya mencionada *Horacio Kalibang o los autómatas* (1879); *Las fuerzas extrañas* (1906), de Leopoldo Lugones, y “Viaje terrible”, de Roberto Arlt (1941). Más adelante Goorden concluye: “Aquí acaba la prehistoria de la ciencia ficción en América Latina, bastante desconocida”.

La afirmación de Goorden es falsa y verdadera a la vez. No es cierto, primero –como lo demostramos con esta antología de cuentos– que la prehistoria de la ciencia ficción latinoamericana acaba con los escritores sureños mencionados en su texto introductorio, pero, sin duda, es verdad que sus orígenes pioneros son bastantes desconocidos en la actualidad. Mientras que los norteamericanos se enfascaban en la parte científica, los latinoamericanos preferían, por su naturaleza, la parte fantástica¹⁶, imaginativa e inventiva. Por esta razón tan simple, las obras pioneras de la ciencia ficción latinoamericana demuestran una ventaja alta en cuanto a su “literariedad”, con la complejidad implícita que pueda acarrear este término. Estaríamos hablando entonces de una escritura marginal, influenciada principalmente por los padres pioneros del género gótico: Edgar Allan Poe, E. T. A. Hoffmann y Mary Shelley¹⁷ –como es el caso de Eduardo Ladislao Holmberg,

16 Lo fantástico para Borges es autorreferencialidad, artefacto verbal que obedece a una coherencia interna rigurosa del texto, que desplaza el concepto tradicional de lo fantástico como mimesis. Para Borges la oposición entre realidad y ficción desaparece, porque la categoría “fantástico” es hacer literatura. La ciencia ficción estadounidense clásica es, en su mayoría, referencial, es decir, realista, porque refiere a una sociedad particular y específica ficcional que se propone la tarea sociológica de explicar/explorar el mundo, sociedad que se enuncia a partir de una simulación de la sociedad presente real para la creación de universos alternos y remotos (utopía, ciencia ficción moderna), o la generación de universos alternos muy cercanos al nuestro (ciencia ficción de la primera mitad del siglo xx, consecuencia de la Revolución industrial y el maquinismo).

17 Autora de *Frankenstein o el moderno Prometeo* (1818) –texto fundador que supera la novela gótica y abre la brecha de la tendencia dominante en la ciencia ficción de lengua inglesa–, donde el nacimiento del monstruo es científico, el monstruo representa –en su rebelión y

Quiroga y Pablo Palacio—, y por las teorías científicas que revolucionaron la época, tratadas con una malsana ironía y un descontento por nuestros escritores modernistas: la teoría de la evolución de las especies de Darwin –en “Un fenómeno inexplicable”, de Leopoldo Lugones, el despojamiento de la razón es un proceso de purificación infernal y la psiquis del personaje se sumerge hacia terrenos desconocidos en donde la humanidad es violentada, saqueada y exorcizada–; y la radiestesia y los rayos X de Roentgen –“La extraña muerte de fray Pedro”, de Rubén Darío, en donde el personaje pretende demostrar la existencia de Dios de forma científica, hundiéndose en la fatalidad–. Un caso célebre de ciencia ficción primitiva latinoamericana es el poema “Futura”, de José Asunción Silva, en donde se refleja –con grácil ingenuidad lacerada– una ciudad distópica ambientada en el siglo XXIV, en que el nihilismo triunfa sobre el poder religioso instaurado por el poder político.

Lola López, en un ensayo en donde rastrea el origen de la ciencia ficción y la literatura fantástica en Argentina a partir de lo que se llamó a finales del siglo XIX el “misticismo científico”, cuya particularidad radica en la recepción del positivismo a través de la óptica de una conciencia espiritual como herencia de la tradición oriental de la filosofía y la religión, recomienda el término *fantaciencia* para englobar los relatos de proto ciencia ficción publicados a finales del siglo XIX en Argentina, y en donde podemos incluir los relatos modernistas de la antología: Eduardo Ladislao Holmberg, Rubén Darío, Amado Nervo, Clemente Palma, José Asunción Silva, hasta los brotes de la vanguardia con Vicente Huidobro y Pablo Palacio. Este término –nos dice López– reúne la vertiente fantástica y la ciencia ficción en sus producciones, la conciencia que tomaron

origen– las consecuencias catastróficas del progreso de la Revolución industrial.

los escritores latinoamericanos ante la modernidad y el auge de la Revolución industrial:

No obstante, como contrapunto al determinismo científico de la época, el cuento fantástico ensalza lo intangible para la razón humana. El texto fantástico y de ciencia ficción subrayan el sentimiento de angustia ante lo desconocido y de vulnerabilidad a la industrialización de la sociedad y a los fines de la ciencia.¹⁸

Leamos la siguiente respuesta entusiasta de un escritor latinoamericano en el umbral del siglo XX como respuesta del *Manifiesto futurista*, de Marinetti, publicado en 1906:

La máquina, la máquina que es bella con sus crestas de fuego, que gime, que ruge, que corta los aires con su vuelo, que pone a vibrar el ambiente con la invisible voltereta de su brazo giratorio en la hélice, la inconcebible máquina del mañana, bella y perfecta y obra de toda virtud, ha de llenar el vacío de la mujer en el arte y el mundo.¹⁹

A pesar de que el siguiente extracto firmado por el escritor venezolano Arturo Uslar Pietri, publicado en una revista de Maracaibo en 1927 por un grupo de vanguardia llamado Seremos, evidencia una total adhesión a las ideas fascistas del *Manifiesto futurista*, de Marinetti, que como claramente enuncia Nelson Osorio T. en su libro *El futurismo y la vanguardia literaria en América* (1982), fueron ideas rechazadas de forma irónica

18 Lola López. "Radiografía del fantasma: orígenes de la ciencia ficción y el cuento fantástico en Argentina", en: *Ensayos sobre ciencia ficción y literatura fantástica*, Asociación Cultural Xatafi y Universidad Carlos III de Madrid, España, 1.^{er} Congreso Internacional de Literatura Fantástica y de Ciencia Ficción, p. 28.

19 Arturo Uslar Pietri. *El Futurismo, en manifiestos, proclamas y polémicas de la vanguardia literaria hispanoamericana*. En: Nelson Osorio T. (comp.). Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1988, p. 239.

por el modernismo consagrado (Rubén Darío), por los renovadores del modernismo (Amado Nervo) y los iniciadores de la vanguardia (Vicente Huidobro), que evidencian solo históricamente la recepción entusiasta en un país latinoamericano de los avances estéticos, filosóficos y estilísticos imbuidos de técnica, velocidad y progreso para la literatura. Esto no fue así para la mayoría de las naciones nuestras. Escritores como el uruguayo Álvaro Armando Vasseur y el peruano José Carlos Mariátegui critican fuertemente el carácter decadente, escandaloso, falso y “artificial” de las ideas estéticas de Marinetti, cuyo fermento político se comprobará con la subida al poder de Mussolini en la Italia de la postguerra. Lo que interesa aquí para efectos del prólogo es la actitud reservada y crítica que poseían los escritores latinoamericanos más avanzados con respecto a los “ismos” europeos y tendencias extranjeras, calibrando con una conciencia política comprometida el vuelo del futurismo, matizando sus diferentes propuestas para las necesidades intelectuales del continente²⁰. El fragmento de Uslar Pietri nos sorprende por el hecho de que contiene en sí mismo, o por lo menos en el tono inaugural de la prosa –a pesar de su intención ingenua de adhesión programática y ciega–, la esencia crítica de la ciencia ficción clásica expuesta casi como una poética: el amor del hombre, sustituido por la tecnología y el progreso de la ciencia. Aunque sería más justo estudiar de cerca en un trabajo posterior, las relaciones de producción entre el futurismo y los brotes narrativos fantásticos-científicos precoces publicados en el continente, es posible deducir que el futurismo y su estética voluptuosa y estridente de la máquina, la fuerza, el militarismo y la guerra, representó un punto de contacto y tensión, con cierta función proyectiva, en la literatura latinoamericana de anticipación argumentativa en su relación con la problemática social. “La futuridad” consistiría en

20 Nelson Osorio T. *El futurismo y la vanguardia literaria en América Latina*, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, Caracas, 1982.

una esencia de superación del modernismo anquilosado y de las ideas conservadoras imperantes en el continente, que más allá del manifiesto de Marinetti y de cualquier escuela revelan la conformación de un filtro crítico, tanto de las tendencias artísticas extranjeras como de los cambios sociales de la época: la Revolución industrial, los inventos científicos, la Primera Guerra Mundial, las reformas estudiantiles, etcétera. Vicente Huidobro, en su texto “El futurismo”, declara:

Y he aquí que un buen día se le ocurrió al señor Marinetti proclamar una nueva escuela: el futurismo.

¿Nueva? No.

Antes que él lo había proclamado un mallorquín, Gabriel Alomar, el admirable poeta y sagaz pensador.

Y antes que Alomar, lo proclamó un americano, Armando Vasseur, cuyo auguralismo, no es otra cosa en el fondo que la teoría futurista.

Por lo tanto el futurismo es americano. En todos los grandes cantos de Vasseur vibra el clarín futurista, en todos ellos fulgura la llama de la potencia, de vigor y de movimiento tan gritada hoy por Marinetti.²¹

Hay que mencionar la injustamente olvidada novela corta “Salvad vuestros ojos. (Novela posthistórica)”, escrita por Huidobro en el año 1935, en colaboración con Hans Arp, distopía lírica delirante, un ejemplo perfecto de cómo la vanguardia se sirvió de la literatura de anticipación para transgredir –a través de la lucidez de lo absurdo– los cánones tradicionales de la literatura del momento y parodiar los temas consagrados por el género a través de las imágenes

21 Vicente Huidobro. “El futurismo”. En: Nelson Osorio T. (comp.). *El futurismo y la vanguardia literaria en América Latina*, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, Caracas. De Pasando y pasando (1914). Tomado de *Obras completas*, Tomo I, Editorial Andrés Bello Santiago de Chile, 1976, pp. 698-701.

desquiciantes propias del creacionismo. El relato implosiona desde la alegoría apocalíptica, en la crítica de los valores de la humanidad, con la agresividad de una imaginación luciférica, denunciando, a través de un lógica “hermafrotemática”, los “residuos protoplasmáticos” de la raza humana. Después de la destrucción final solo quedan los tres últimos corazones: la libertad, la igualdad y la fraternidad:

Los hombres se habían convertido en cebollas cocidas, con un palillo de dientes entre los dedos de los pies y una bandera de colores sagrados en el ojal derecho del pantalón izquierdo.

(...)

José permaneció mudo y clavado en el suelo como una lámpara de amargura, con las orejas radioactivas vueltas hacia el horizonte. Ante ese espectáculo de ternura incomparable, se sintió cogido por un rayo ultravioleta que le lanzó al espacio contra un eclipse y se rompió en mil pedazos.

Otro de los relatos no mencionados por Goorden es “La última rubia” (1904), del peruano modernista Clemente Palma, una ingeniosa y humorística distopía racial. Los rasgos corporales que caracterizan a las personas de todas las naciones se desvanecieron. La población mundial fue poblabla y cubierta en su extensión por la raza amarilla; el mundo ahora es una masa uniforme y absoluta. Estamos en el año 3025. Aquí el humor, la ironía y el sarcasmo son sus principales elementos. En una época futura lejana, la inundación de chinos resulta una prueba fehaciente del paso descomunal del tiempo.

Un relato primordial en la construcción del género, por su carácter profundamente antiimperialista, constituye “Los congelados”, de Amado Nervo, perteneciente al libro *Cuentos misteriosos* (1921); relato que encarna con desgarro la desconfianza que poseía el autor hacia la ciencia y el progreso, como la selección y autonomía de las creaciones narrativas latinoamericanas.

3. El primer manifiesto de la ciencia ficción latinoamericana

Sciencefiction es un monstruo verbal en que se amalgaman el adjetivo scientific y el nombre sustantivo fiction. Jocosamente, el idioma español suele recurrir a formaciones análogas; Marcelo del Mazo habló de las orquestas de gríngaros (gringos + zíngaros) y Paul Groussac de las japonecidades que obstruían el museo de los Goncourt.²²

JORGE LUIS BORGES

No es cierto tampoco que los primeros relatos de ciencia ficción publicados en Latinoamérica fueran escritos “inconscientemente”, como plantea Goorden, quien olvida mencionar el prólogo de J. L. Borges a la novela de Bioy Casares, *La invención de Morel*, el primer manifiesto de la ciencia ficción latinoamericana. En el famoso prólogo, Borges piensa *El proceso* como un ejemplo de imaginación razonada²³. También añade a esta categoría algún cuento de *Las fuerzas extrañas* de Lugones, afirmando que en español “son infrecuentes y aun rarísimas” esta clase de obras²⁴. La novela de Bioy Casares –primera obra de ciencia ficción latinoamericana, reconocida de forma amplia en el extranjero– sirve de sólido argumento ficcional para

22 Ray Bradbury. *Crónicas marcianas*. Prólogo de Jorge Luis Borges, Ediciones Minotauro, Buenos Aires, 1955.

23 Esta categoría del maestro argentino nos permite abordar y comprender los relatos de la prehistoria de la ciencia ficción latinoamericana, que –como hemos visto– se caracteriza por la versatilidad de sus propuestas y multiplicidad de temas fundacionales. La “imaginación razonada” constituye un “ejercicio de inteligencia incesante y de imaginación feliz”; el ensayo y la ficción se confunden elaborando una materialidad literaria de exigencia científica, que funda un mundo propio y autónomo sin pretensiones moralizantes, como ocurre en la mayoría de la ciencia ficción estadounidense clásica y su preocupación por el avance masivo de la tecnología, las guerras bacteriológicas y la amenaza de la superpoblación.

24 Jorge Luis Borges. “Prólogo”, *La invención de Morel*, Editorial Losada, Argentina, 1940.

arremeter contra la declaración de Ortega y Gasset en *La deshumanización del arte*, quien declara que en la actualidad –es decir, en 1925– resulta imposible la escritura de una novela de aventuras –de peripecias, la llama Borges– que esté al alcance de nuestra sensibilidad superior. Ortega y Gasset se inclina por las novelas de carácter psicológico, que Borges denomina informes, por la razón de que cualquier desenlace es posible a partir de un desencadenamiento inverosímil de relaciones humanas, mientras defiende la novela de peripecia por su argumento riguroso y por su carácter de artificio verbal. La libertad plena de los argumentos en las novelas psicológicas que Ortega y Gasset defiende es denominada por Borges como desórdenes argumentales. El término de “imaginación razonada” propuesto por Borges es el equivalente a “desfiguración conceptual” enunciado por Phillip K. Dick que, más que definir lo que es ciencia ficción, se propone desnudar la comprensión de los procedimientos en la construcción del artificio propio del género. En un breve ensayo “Sobre la ciencia ficción”, Dick nos dice que la ciencia ficción no pueden ser novelas de aventuras espaciales ambientadas en el futuro por una tecnología avanzada, sino la creación de mundos alternos:

Es nuestro mundo desfigurado por el esfuerzo mental del autor, nuestro mundo transformado en otro que no existe o que aún no existe. Este mundo debe diferenciarse del real al menos en un aspecto que debe ser suficiente para dar lugar a acontecimientos que no ocurren en nuestra sociedad o en cualquier otra sociedad del presente o del pasado. Una idea coherente debe fluir en esta desfiguración; quiero decir que la desfiguración ha de ser conceptual, no trivial o extravagante... Esta es la esencia de la ciencia ficción, la “desfiguración conceptual” que, desde el interior de la sociedad, origina una nueva sociedad imaginada en la mente del autor,

plasmada en letra impresa y capaz de actuar como un mazazo en la mente del lector, lo que llamamos el *shock* del no reconocimiento...²⁵

La “desfiguración conceptual” origina una idea nueva o una variante de una idea anterior presentada en una obra; posibilita al lector lo inimaginable a partir de una trama rigurosa, no extravagante, es decir, “razonada”; por eso muchos teóricos llamaron a la ciencia ficción una “literatura de ideas”, por su ejercicio constructivo de modelos sociológicos ficcionales probables. ¿Acaso el rótulo de “imaginación razonada” no es en sí misma la propia escritura? Esto es lo que llama Dick “buena ciencia ficción”. Borges: “No se propone como una transcripción de la realidad: es un objeto artificial que no sufre ninguna parte injustificada”.²⁶

Esto ocurre de una manera corrosiva en el cuento de Pablo Palacio “La doble y única mujer”, cuento que hemos tomado desde el inicio de estas notas como ejemplo definido de un relato pionero de ciencia ficción latinoamericana y, a la vez, como alegoría de la indeterminación propia del género pionero en el continente. En “La doble y única mujer” se habla de congelamiento, de estatismo, de inmovilidad, de petrificación, de condena, como consecuencia de la ausencia del amor y la imposibilidad del orgasmo, los dos grandes temas que unen –a modo de engranaje en la estructura profunda– la mayoría de los cuentos de ciencia ficción en todas las tradiciones. El orgasmo es la única forma de anular la mente alienada, sujetada al tiempo burgués del trabajo; el orgasmo permite liberar su dispositivo de represión a causa de las relaciones de producción y la forma como está estructurada la sociedad capitalista. El personaje de “La doble y única mujer”, por su condición monstruosa, está condenado al aislamiento, la soledad y la

25 Phillip K. Dick. Prólogo “Sobre la ciencia ficción”, en: *Cuentos completos*, Editorial Minotauro, 2005.

26 Jorge Luis Borges. *Op. cit.*

amargura, forma negada del deseo; representa una alegoría teratológica del lenguaje y la locura. ¿Acaso el cuerpo apocalíptico del relato de Palacio no es, en sí mismo, una alegoría de las relaciones de producción explotador-explotado en su dualidad irremediable y condenada? ¿Acaso el monstruo de Pablo Palacio no es, además de ser un Frankenstein quijotesco, nacido de la imaginación febril de una madre a partir de “textos extraños”, un cuerpo mutante de malformaciones fisiológicas a causa de contaminaciones químicas por guerras, experimentos científicos ilegales e intervenciones genéticas futuras?

La diferencia capital entre la literatura de fantasía –*El Señor de los Anillos*, por ejemplo– y la ciencia ficción –según Dick– es que la primera no puede ser cierta bajo ninguna circunstancia, mientras que la ciencia ficción es posible bajo ciertas condiciones. Mientras que James E. Gunn señala que la diferencia medular entre la literatura fantástica y la ciencia ficción consiste en que la primera proyecta la visión de mundo privado –“La tienda de muñecos”, de Julio Garmendia–, mientras que la ciencia ficción proyecta la visión de un mundo público como *1984* o *Un mundo feliz*, de Huxley. En los orígenes pioneros de la ciencia ficción latinoamericana no había distinciones, todo estaba fusionado dentro de la euforia vanguardista por la novedad de las propuestas narrativas y de la exploración arriesgada del modernismo, más cercana a la parodia y la fábula –Felisberto Hernández, Julio Garmendia, Héctor Velarde–, y la ironía o el artificio –Vicente Huidobro, Hans Arp, Borges, Jodorowsky–, que de los temas consagrados por el género.

Todorov, en cambio, como toda envergadura íntegra crítica en su cercanía con el tema afrontado, recurre a una multiplicidad de ángulos y enfoques para penetrar, en el sentido de lo fantástico, en la literatura con su célebre *Introducción a la literatura fantástica*. Evitaré dilatarme en la revisión de todas las propuestas reunidas en este denso estudio, para detenerme

en un punto que considero vital. Si bien es bastante acertada la clasificación central de su tesis, aunque difusa para nuestro interés cuando divide *lo fantástico, lo maravilloso y lo extraño*, de acuerdo al origen proyectado del fenómeno hacia alguno de los estratos de la tríada con que la humanidad tiende a dividir el tiempo: *pasado, presente, futuro*. Siempre en relación con la experiencia del lector ideal, lo fantástico es descrito fundamentalmente desde lo que él denomina lo “evanescente”, “puro límite entre el pasado y el futuro”²⁷ porque es considerado como una vacilación en la que el lector “debe” decidir si su percepción “proviene o no de la realidad”²⁸. Lo extraño, continuamos, emerge a partir de datos conocidos de la realidad, “a una experiencia previa... al pasado”²⁹.

Aquí entramos en tema: “Lo maravilloso corresponde a un fenómeno desconocido, aún no visto, por venir; por siguiente, a un futuro”. De esta categoría se desprende lo “maravilloso instrumental” y lo “maravilloso científico”, subdivisiones limitadas que solo funcionan para abordar los *gadgets*, adelantos técnicos con argumentos improbables, como en la primera novela de Hugo Gernsback, si le añadimos los relatos fundadores del género: Poe, Maupassant, Hoffmann y H. G. Wells, pero no alcanza para fijar el sentido concreto de la ciencia ficción. Una manera loable para “salir” del problema consiste en abrir lo “fantástico” y la “fantasía” hacia un punto céntrico, donde dominen desde una omnipresencia genérica las variantes de la tradición, considerando a la ciencia ficción como un subgénero de la literatura fantástica. Pero más allá de todas estas consideraciones problemáticas, me entrego a pensar, siguiendo a Susan Sontag, que así como dice Todorov de Lovecraft, el “nervio occipital” de lo fantástico estaba presente en la reacción del lector real, en su respuesta por la

²⁷ Tzvetan Todorov. *Introducción a la literatura fantástica*, Paidós, Buenos Aires, 2005, p. 23.

²⁸ *Ibid.*, p. 23.

²⁹ *Ibid.*, p. 23.

construcción de la atmósfera: el miedo, el terror y no tanto en el desarrollo de la trama, así lo extraño, en cambio, provoca el horror, explorado por Baudelaire y los expresionistas alemanes. Entonces proponemos que la ciencia ficción, privilegiando el encadenamiento riguroso de los sintagmas narrativos, provoca en el lector el sentimiento de la asfixia. Sí, la asfixia, la amenaza que proviene del futuro con la forma de una probabilidad recién fundada, que termina por oscurecer los planes de la humanidad junto a sus más arraigados valores: esperanza, progreso y libertad, enmarcados en la sociedad ficcional presente. La asfixia hila vertebralmente varios de los cuentos: *Las fuerzas extrañas*, “La doble y única mujer”, “La muerte de fray Pedro”. El horror es una resignación monstruosa, mientras que la asfixia es una resistencia desesperada. El horror es pasivo, es “caída”; la asfixia es una lucha impaciente contra la aniquilación del individuo frente a las fuerzas opresoras y dominantes. En su interior, la asfixia es la terrible conjunción con el agresor, ya sea invencible o invisible: la agonía de alienación que revela la esencia del hombre en relación con su sociedad y su época. Veamos un ejemplo: en *Las fuerzas extrañas*, de Lugones, la precisión literaria del derrumbamiento de la razón funda una “razón otra” que ahonda en la experimentación de lo oculto; el lenguaje, en su dinamismo discursivo de comprensión, se descalabra y se hace atroz al intentar explicar un evento apocalíptico de naturaleza mental: la asfixia de la razón.

4. La asfixia de la razón: “un ejemplo de imaginación razonada”

Creemos que este relato del que habla Borges es “Un fenómeno inexplicable”, de *Las fuerzas extrañas*, antologado en nuestra investigación, el cual será analizado en esta parte para comprender la “imaginación razonada” propuesta por Borges.

En el relato de Lugones “Un fenómeno inexplicable”, un peregrino necesita posada para pasar la noche. Un juez de paz

lo auxilia y le recomienda, con delicada amabilidad, la casa de un inglés culto y reservado, cuyo aposento se encuentra rodeado, desde el principio, por un halo de misterio. La descripción de la pampa y la morbidez otoñal de las praderas es de una aridez lírica que sobrecoge por su sobriedad y hastío. El peregrino se acerca con paso curioso e indeciso a la casa del inglés. La tensión presente en la amenaza de proximidad latente es de una naturaleza paranoica y fatal: "Empujé la puerta de reja, atravesé el jardín, y no sin cierta impresión vaga de temor fui a golpear la puerta interna. El viento se puso a silbar en una rendija, agravando la soledad". El peregrino presenta la carta al dueño de la casa. Después de leerla, mientras el narrador describe la fisionomía poco inusual del inglés, lo invita a pasar. En este sintagma siguiente se encuentra el primer quiebre narrativo, inaugurando el suspenso que recorrerá la narración hasta el final: "En la mesa fue donde empecé a notar algo extraño". Lo que el peregrino notó fue cierta indisposición por parte del anfitrión de la casa, "manifestaba cierta angustia", el cual dirigía su mirada tensa a un punto de la habitación. Entre los dos interlocutores comienza una plática intensa sobre ciertos enunciados de las teorías científicas del momento: Reichenbach y Rutter. El desarrollo de la conversación se presenta ilesos, dentro de su discursividad coherente y precisa, hasta el instante en que, mencionando las variaciones del péndulo de Rutter, se menciona la desaparición. Aquí se halla el segundo quiebre, enunciado por el peregrino:

No soy de los que explican todo por la alucinación, a lo menos confundiéndola con la subjetividad, como frecuentemente ocurre. La alucinación es para mí una fuerza, más que un estado de ánimo, y así considerada, se explica por medio de ella buena porción de fenómenos. Creo que es la doctrina justa.

La conversación se desplaza desde un discurso científico “confiable” y “comprobado”, hacia los terrenos desconocidos de la psiquis y la percepción. Una de las tendencias profundamente desarrolladas por la ciencia ficción, en especial por el indiscutible maestro del género, Phillip K. Dick, es la ciencia de lo oculto, la parapsicología, la telequinesis, la telepatía; es decir, el desarrollo y ahondamiento de los otros sentidos que van más allá de los cinco sentidos establecidos, los cuales permiten explorar y percibir las vibraciones y manifestaciones de lo desconocido, para conocer la mecánica invisible de la realidad. El inglés refuta la tesis del peregrino con un argumento terrorífico: “La alucinación no basta para explicarlo todo. Créame usted. Las apariciones son autónomas.”

El mecanismo de reloj de la trama, su estructura sintagmática, se sostiene sobre la vuelta incesante de este punto único, la focalización inmóvil y fija de un objeto, plano psíquico y constante que mantiene el suspenso del relato: la mirada del viudo inglés hacia el mismo rincón de la sombra: “—Sí —respondió con tristeza el antiguo militar, clavando nuevamente sus ojos en el rincón del aposento”. La observación, primer paso metódico de una actitud científica, se desplaza hacia un terreno “no científico”; se desplaza hacia el terreno de lo desconocido, de la obsesión especulativa de lo sobrenatural. Tengo la sospecha de que la mayoría de estos cuentos incluidos en la antología *Relatos pioneros de la ciencia ficción latinoamericana* poseen una mirada hostil hacia la especulación científica rigurosa, que es propia de la ciencia ficción estadounidense, ya que esta antología está repleta de parodias apocalípticas, especulaciones fabuladas de “fantaciencia”, crisis histéricas del lenguaje científico, distopías líricas. El militar inglés excusa su obsesión monstruosa: “—Fue algo peor todavía —comenzó mi huésped—. Fue el misterio (...) No soy un triste, soy un desesperado”. Para la explicación de su terror, el viudo inglés recurre a una disertación minuciosa de los poderes sorprendentes de los *yoghis*. La desesperación se vincula a la tensión de una mente científica para explicar y

comprobar lo que resulta imposible de ser explicado de una forma científica. Esta actitud, este motivo, me recuerda un cuento pionero clave de auténtica ciencia ficción latinoamericana, como es el relato de Rubén Darío. En “La extraña muerte de fray Pedro”, del autor de *Azul*, se narran los antecedentes y causas en torno a la sobrenatural muerte de un fray como consecuencia de su pasión desmesurada por la ciencia y la técnica, como es el caso de los rayos X, que por esos años acababan de ser descubiertos por Roentgen. En este cuento se pone en evidencia la ignorancia y el escepticismo con que fueron recibidos los avances científicos a principios del siglo xx. El plan del fray es descabellado: “Comprobar científicamente la existencia de Dios”. En este cuento se manifiesta una especulación teológica-pseudocientífica como efecto denunciador. En *Las fuerzas extrañas*, el “método científico” aplicado por el personaje para la exploración de los poderes ocultos de la mente se realiza a través del “autosonambulismo, volviéndose de tal modo insensibles, videntes”. Este fue el proceso desgarrador de renunciamiento de lo humano para experimentar lo “esencialmente” humano, como son las potencias ocultas y primitivas de la mente:

—Los resultados fueron sorprendentes (...) Al cabo de dos días producía la traslación consciente (...) Pero me habían llevado al colmo de la inquietud (...) espantosamente desamparado (...) Por una continua tensión de voluntad, conseguía salvar las apariencias del mundo. Mas, poco a poco, el poder despertado en mí se volvía más rebelde. Una distracción prolongada ocasionaba el desdoblamiento. Sentía mi personalidad fuera de mí, mi cuerpo venía a ser algo así como una afirmación del no yo (...) Como las impresiones se avivaban, produciéndome angustiosa lucidez, resolví una noche ver a mi doble. Ver qué era lo que salía de mí, siendo yo mismo, durante el sueño extático.

El tema del doble es uno de los temas más recurrentes de la literatura fantástica explorada por escritores latinoamericanos: Borges con “Las ruinas circulares”; Julio Garmendia con “El difunto yo”, Felisberto Hernández con “Diario de un sinvergüenza”, “La doble y la única mujer” de Pablo Palacio. El cuento, desde este momento, continúa como una explicación detallada del surgimiento del doble del viudo inglés. Surge así el tercer quiebre de la narración, se revela la obsesión del personaje en su mirar fijo a un rincón de la sala:

Fue una tarde, casi de noche ya. El desprendimiento se produjo con la facilidad acostumbrada. Cuando recobré la conciencia, ante mí, en un rincón del aposento, había una forma. Y esa forma era un mono, un horrible animal que me miraba fijamente. Desde entonces no se aparta de mí.

—Figúrese usted, he perdido el concepto de unidad. Sé que dos y dos son cuatro, por recuerdo; pero ya no lo siento. El más sencillo problema de aritmética carece de sentido para mí, pues me falta la convicción de la cantidad. Y todavía sufro cosas más raras. Cuando me tomo una mano con la otra, por ejemplo, siento que aquella es distinta, como si perteneciera a otra persona que no soy yo. A veces veo las cosas dobles, porque cada ojo procede sin relación con el otro.

Esta intervención por parte del viudo inglés es concluida por el comentario del personaje narrador, frase que parece una variación muy lugoniana de la “imaginación razonada” de Borges: “Era, a no dudarlo, un caso curioso de locura, que no excluía el más perfecto raciocinio”. Esta aseveración magistral del relato está vinculada también con el ensayo escrito por Borges en 1932 “El arte narrativo y la magia”. La precisión literaria del derrumbamiento de la razón funda una “razón otra” que ahonda en la experimentación de lo oculto. En esta instancia se comete el cuarto quiebre de la narración donde el personaje narrador, atenazado por el terror de su interlocutor

—“¡La sombra de aquel sujeto no se movía!”—, decide realizar un “experimento decisivo” y le pide al anfitrión de la casa “obtener su silueta pasando un lápiz sobre el perfil de la sombra”. La comprobación de lo sobrenatural a partir de un método científico demostrable es propio de la “imaginación razonada”, cuyo relato “La extraña muerte de fray Pedro” es un pionero vital, ya que el personaje desea radiografiar a Dios para comprobar su existencia. Estas comprobaciones fatídicas ridiculizan los métodos científicos y los contraponen a la literatura con todas sus implicaciones místicas y esotéricas. El experimento de la comprobación de la existencia de la sombra se ejecutó de la siguiente manera:

Concedido el permiso, fijé un papel con cuatro migas de pan mojado hasta conseguir la más perfecta adherencia posible a la pared, y de manera que la sombra del rostro quedase en el centro mismo de la hoja. Quería, como se ve, probar por la identidad del perfil entre la cara y su sombra el origen de dicha sombra, con intención de explicar luego su inmovilidad asegurándome una base exacta.

La sombra emergió de la blancura del papel cuando lo pusieron bajo la luz; es aquí cuando asistimos al quinto quiebre de la narración y su final: “Ambos palidecimos de una manera horrible. Allí, ante nuestros ojos, la raya de lápiz trazaba una frente deprimida, una nariz chata, un hocico bestial: ¡El mono! ¡La cosa maldita!”.

La teoría darwiniana de la evolución de las especies es asimilada en este cuento por el horror de una profunda percepción, dislocada como consecuencia de una concentrada actividad de las ciencias mentales: telepatía, autosonambulismo, transferencia astral, etcétera. El terror de la transformación de su doble, de su aparición, corrobora la “hipótesis científica” enunciada en el comienzo del cuento por el viudo inglés, al decir que la alucinación eran “apariciones autónomas”, es

decir, que no dependen de la observación, sino de la brutalidad de la sorpresa en el viaje hacia el “desarreglo razonado de todos los sentidos”, el cual pareciera ser el epígrafe secreto de este cuento. Recordemos cómo Rimbaud afirmaba con una naturaleza distinta lo siguiente: *Je est un autre* (Yo soy otro). La crítica a la ciencia en el argumento del relato toma una magnitud agresiva en el intento por reintegrar la unidad perdida; el yo está escindido, lesionado, fracturado: el horror. Pero aquel no es el final del cuento, si no no sería ciencia ficción latinoamericana, porque la ironía juega un papel fundamental. Después del horror, el cuento termina con el siguiente comentario del narrador-personaje: “Y conste que yo no sé dibujar”.

Este relato es de ciencia ficción porque existe una ruptura con lo “socialmente humano” para trasladarse a otras esferas de conocimiento y ahondar desde allí la fibra límite de lo humano. La ciencia ficción latinoamericana, en sus orígenes, está más cerca de la parodia y la fábula –Juan José Arreola, Julio Garmendia, Héctor Velarde–, de la ironía y el “disparate puro” –Vicente Huidobro y Hans Arp, Borges–, que las galaxias conquistadas, la teletransportación, los agujeros negros, la antigravedad, la ultravelocidad y la destrucción de estrellas y sistemas planetarios; la ciencia ficción primitiva latinoamericana está más cerca de la crítica del género y la literatura fantástica, que de temas como el holocausto y las catástrofes tratados con tono solemne –guerra química, biológica y eléctrica–, de las nuevas eras glaciales o mundos subterráneos y mitológicos.

5. Propuesta prehistórica para una taxonomía futurista

Así como Susan Sontag afirmaba que los relatos de pornografía artística irrumpen como una válvula de escape a causa de la hipocresía de las sociedades, estos relatos se originaron a partir de la asfixia de los mecanismos de control impuestos por la tecnología, el conocimiento, la ciencia, la técnica, y hasta la

misma literatura de la época. Los cuentos compilados fueron agrupados bajo la siguiente taxonomía pionera, concebida como clasificación teórica para el corpus de ese continente desconocido y nuevo que representa la prehistoria de la ciencia ficción latinoamericana, para el estudio de la crítica literaria y de los propios *fandom*: 1) Modernistas extraterrestres, 2) Distopías líricas, 3) Corporeidades póstumas, 4) Parodias apocalípticas, y 5) Mundos paralelos/simultáneos/interplanetarios.

Por ejemplo, en *La magia de los mundos*, la novela del peruano Eugenio Alarco, de la cual se ha extraído un representativo fragmento, se observa un panorama de prodigios cromáticos que hacen posible la continuidad esbelta de la vida. Los inmortales voladores –dueños armoniosos del universo– viajan por el espacio infinito, enseñándole a Néstor órganos en reposo, en “estado somnoliento”, los cuales se encargarán de sustituir aquellas partes del cuerpo humano afectadas.

En el cuento de Héctor Velarde, “La bomba J”, por otro lado, no hay explicaciones sobre la bomba, quién la fabricó, quién la lanzó, por qué la lanzaron, como si fuera obvia su procedencia, parodiando el *novum* del Armagedón. Susan Sontag dice en su libro *Contra la interpretación*, en un ensayo sobre las películas de ciencia ficción, que estas establecen su enunciado narrativo a partir de una estética del desastre³⁰. En “La bomba J” el desastre es argumental, siempre el mismo, el Armagedón, la hecatombe, el fin de los tiempos, pero su poética narrativa del desastre es paródica, cuenta con pocos elementos, el ingenio de la resolución posee un carácter novedoso y original dentro del género. Las novelas estadounidenses de ciencia ficción de la primera ola que imaginan las consecuencias del apocalipsis poseen un carácter sensacionalista y extravagante, solemne y ético; lo importante es la puesta en escena de la destrucción de la civilización, como el desmembramiento de las

30 Susan Sontag. “La imaginación del desastre”, en: *Contra la interpretación*, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1969.

estructuras arquitectónicas, evidenciando la vulnerabilidad de la sociedad y el poderío insobornable de la tecnología –el ataque a las Torres Gemelas es heredero de la ciencia ficción estadounidense más tradicional–. En el cuento “La bomba J” la soledad del personaje sobreviviente después de la hecatombe es relatada con una ternura tragicómica. En la desolación final, en voz alta, se dice a sí mismo, a modo de una lista, todo lo que ha sido en su vida, casi como una sátira de la biografía ciudadana. Sabe que está infinitamente solo y la civilización ha desaparecido de la faz de la Tierra. La desesperación del personaje llega al límite de una ridiculez espeluznante cuando se lamenta: “¿Quién cocinaba un pato con arroz como yo?”. Cuando entre la calma aparente y nerviosa, y en su soledad aparece de pronto, con la lucidez fatal de la conservación vana, la necesidad de dejar constancia del paso de la humanidad por la Tierra desde los tiempos de Adán, “para futuros visitantes”, poniéndole nombre a todas las cosas. El apocalipsis posee un carácter de irreversibilidad que es ironizado en el relato a partir de una ternura histérica.

En otro relato de la antología, perteneciente a las “Corporidades póstumas”, la ilusión de confortabilidad en la invención de productos tecnológicos llega al extremo de la crueldad en el cuento “Baby H.P.”, de Juan José Arreola, en que la simulación de una sociedad distópica con serios problemas de deficiencia energética propone, a través de la publicidad, las ventajas de un invento inimaginable. La estructura del relato mantiene correspondencia con “La realidad circundante”, de Julio Garmendia, en el sentido de que la voz narrativa posee el tono de la promoción publicitaria de un invento “maravilloso” con una intención satírica. La invención del artefacto en la trama textual posee la “profunda” convicción de resolver los grandes problemas de la humanidad. En “La realidad circundante” el vendedor promociona un artefacto para adaptarse a la realidad; la ironía llega hasta sus últimas consecuencias con la inutilidad titánicamente obvia del aparato y el mensaje que

se desprende del enunciado narrativo propuesto: la imposibilidad de adaptarse al medio que te rodea. En el caso de “Baby H.P.”, de Juan José Arreola, la descripción del producto es precisa y parodia el discurso del *marketing*:

El Baby H.P. es una estructura de metal muy resistente y ligera que se adapta con perfección al delicado cuerpo infantil, mediante cómodos cinturones, pulseras, anillos y broches. Las ramificaciones de este esqueleto suplementario recogen cada uno de los movimientos del niño, haciéndolos converger en una botellita de Leyden que puede colocarse en la espalda o en el pecho, según necesidad.

La anatomía del invento se adapta de forma perfecta al cuerpo del niño para hacerlo menos visible a la mirada materna y aliviar su carga a los padres; además, la energía del niño es introducida en una botella de agua que, al llenarse, tiene que ser descargada y luego enchufada, porque el invento también es una “alcancía de electricidad disponible en todo momento para fines de alumbrado y calefacción”. La responsabilidad de la maternidad se convierte, con el Baby H.P., en un asunto mucho más ligero, además que mientras “se olvida” un poco al niño, durante un pataleo el artefacto emite “quince minutos de música radiofónica”. La deshumanización de la maternidad toca límites apocalípticos que, bajo la forma de la fábula y el cinismo hilarante del relato, oculta una verdad amenazante: la posibilidad de desarraigarse de la conciencia del individuo el carácter represivo de la lógica tecnológica-científica.

La crueldad del invento recuerda a *Una modesta proposición*, del satírico irlandés Jonathan Swift, quien propone como una solución razonable la matanza de los hijos pobres de Irlanda para impedir que sean una carga para sus padres o para el país. Los estudios sociológicos y económicos de la sociedad de consumo, como hecho patente y verificable, han venido hablando desde hace varias décadas de la “democratización de

la tecnología”, a la que se le ha dado el nombre de “tecnocracia”: “la utilización política de la ciencia y de la técnica a favor del consumo”³¹. La tecnocracia constituye una herramienta eficaz, por parte del gobierno y las clases sociales privilegiadas, para eliminar todo tipo de jerarquizaciones sociales y políticas, lo que se ha llamado la “despolitización de la masa”. La tecnocracia se sirve de los dispositivos de poder a través de los mecanismos de la sociedad de consumo no solo para ideologizar y reprimir, sino para convertirlos en elementos constituyentes del deseo. La sociedad de consumo le entrega determinados bienes que le eran inaccesibles, pero a cambio exige su sumisión”³². El lenguaje más esencial del ser humano, que es el de la madre a su hijo, es interrumpido de una forma brutal por la posible compra del producto; esto es una característica del capitalismo, que trabaja para acelerar la productividad del trabajo por medio de nuevos inventos tecnológicos, interrumpiendo las interacciones lingüísticas de los individuos e imposibilitando su individualidad y autorrealización, como la capacidad de tomar decisiones. La lucidez de Habermas es reveladora para la comprensión de este relato:

La conciencia tecnocrática no puede por ello basarse en una represión colectiva de la misma forma que lo hacían las viejas ideologías. Pero, por otro, la lealtad de las masas solo puede obtenerse por medio de compensaciones destinadas a la satisfacción de necesidades frivolizadas.³³

En cambio, en *Horacio Kalibang o los autómatas*, la verosimilitud de la ruptura contra la imposibilidad de flotar sin gravedad dentro del espacio es de un elegancia tan grácil, que

31 Eduardo Haro Tecglen. *La sociedad de consumo*, Biblioteca Salvat (54), Barcelona, 1973, p. 63.

32 *Ibid.*, p. 64.

33 Jürgen Habermas. *Ciencia y técnica como tecnología*, Tecnos, Madrid, 1986, p. 86.

su impresión fantástica –dentro de la trama narrativa y en la conmoción de los espectadores invitados a la cena– es real y se desvanece en la verdad tácita en que el personaje no tiene peso: un *cyborg*. La hábil presentación del autómata dentro de los invitados de la cena, como sus habladurías y opiniones, resultan de una naturalidad majestuosa que construye la atmósfera de misterio que rodea a estos seres simulados, especies de androides perfeccionados. El impacto y las resoluciones de este secreto conducen a un desenlace fatal de conspiración correlativa a los espejismos que consumen a estos personajes detrás del invento.

Por el contrario, Bioy Casares se sirve de la teoría científica para construir una bella cronología de una conspiración política que, como dice en el prólogo, “oculta un relato en clave del ascenso de la derecha nacionalista al poder en 1942”; mientras que en el célebre relato de Jorge Luis Borges, “*Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*”, se exploran los descubrimientos filosóficos y fantásticos de un extraño planeta, *Tlön*, cuyos primeros rastros son encontrados en una reimpresión de la *Encyclopaedia Britannica* de 1902.

Horacio Quiroga en “El hombre artificial” nos demuestra que el dolor humano puede ir más allá de los límites concebibles y fracturar las placas tectónicas de la conciencia humana. Este es quizás el cuento más desgarrador de la antología y, tal vez, el más clásico de todos desde los planteamientos comunes del género. Tres científicos de diferentes partes del mundo renunciaron a lo más sagrado que tenían para entregarse a la ciencia y crear un hombre artificial. Aquí se expone uno de los temas consagrados por la ciencia ficción mundial: el amor oscurecido por la ciencia. Para la creación y concepción de este ser artificial tendrán que pagar el más alto precio.

“Acunamiento”, de Felisberto Hernández, esboza en breves trazos la peregrinación “planetaria” de unos insensatos desagradecidos. La estructura concreta del cuento, dispuesta en bloques de información, narra casi al modo de titulares bíblicos

la conformación emergente de una civilización flotante dentro de la Tierra. La fecha del fin es sabida por todos los habitantes de las naciones; por esta razón, uno de los países, sin saber la causa real, decide emigrar hacia algún lugar de la atmósfera y fundar “seis planetitas de concreto armado”. En aquella edificación postplanetaria no existía la causalidad, por lo tanto todo estaba acordado, hasta la profesión de alguien antes de nacer. “Acunamiento” es un caso puro de *parodia apocalíptica*, su brevedad e ironía permiten la economía de las premisas que argumentan el *novum* de una forma aparentemente irresponsable, es decir, no existe una preocupación realista en el planteamiento de la trama por el sufrimiento humano; el artificio opera con hilaridad dentro de los sucesos históricos reales de la fundación y caída del planeta en el desierto.

“Viaje terrible”, del escritor argentino Roberto Arlt, parece una sátira esperpética de la novela corta *El Tifón*, de Joseph Conrad. El relato narra una travesía en barco por el Pacífico, desde Chile hasta Panamá, basándose en las relaciones de una fauna de personajes caricaturescos y excéntricos. La cercanía cada vez más misteriosa y atropellada de la embarcación *Blue Star* a un megasismo que ha abierto un vórtice insospechado y abismal en el mar se va revelando desde el comienzo del relato. Luciano, el primo del narrador, predice un naufragio delante de todos los tripulantes –de por sí pintorescos y extravagantes– desde el momento en que se entera del cambio de nombre de la embarcación, argumentando con insistencia que este hecho fraudulento representaba un presagio de mala suerte. Las referencias a la física, las descripciones científicas de los comentarios de los personajes, así como el estilo de una prosa que resiste en su precisión fulminante por signar el terror del apocalipsis, hacen que este relato sea uno de los pioneros del género.

El relato de Carlos Octavio Bunge, “Pesadilla drolática”, posee el ritmo descalabrado de la alucinación y el delirio. Los mundos alternos se construyen sobre esa sátira commovedora

de la desesperación en que se convierte la locura, esa odisea ridícula de los nervios exacerbados. Un hombre que no logra dormir arrastra su pesar hacia ámbitos insufribles de realidad, mientras busca a un tal Tucker “que tiene la culpa”, donde la línea que divide el sueño de la vigilia se borra para dejar entrar posibilidades difíciles de soportar para un ánimo humano.

En “El caso de los niños deshidratados”, de Alejandro Jodorowsky, el misterio de los niños desaparecidos en diferentes países del mundo obedece, según el narrador, a una secuencia numérica sospechosa, digna de ser estudiada con cuidado. La masacre enigmática de los infantes se conecta con accidentes aéreos que ocurren un día después de las extrañas muertes. La investigación periodística termina llevando al narrador a una especulación lógica delirante, que lo conduce a enunciados mitológicos de hilaridad funesta.

Las tendencias de la literatura fantástica y la ciencia ficción se combinan en las propuestas narrativas de los cuentos compilados; utilizando elementos del género para la experimentación vanguardista crearon artefactos literarios autónomos. La ciencia ficción latinoamericana en sus orígenes no es ciencia ficción propiamente, sino que surge a partir de la experimentación vanguardista como la de Huidobro, Felisberto Hernández, Pablo Palacio o ideas avanzadas de los modernistas más aplicados: Rubén Darío, Amado Nervo, Clemente Palma, Leopoldo Lugones, o por las innovaciones primogénitas del género naciente en el continente: Holmberg, Borges, Bioy Casares, Clemente Palma, Jodorowsky. Pero, ¿existe una ciencia ficción auténticamente latinoamericana desde sus orígenes? Creemos que es así, pero debe ser estudiada con más cuidado en otro trabajo, problematizando los conceptos teóricos que se han propuesto para el estudio de la tradición del género en nuestro continente, que empieza a ser consolidado a partir de 1960.

Los escritores latinoamericanos de las primeras décadas del siglo xx, compilados en *Relatos pioneros de la ciencia ficción latinoamericana*, no escribían con la intención de escribir

“ciencia ficción”, a diferencia de los norteamericanos “limitados” por la tecnología, su impulso de progreso, sus editoriales y concepciones, sino de escribir literatura, con todo el riesgo que esto conlleva, más allá de géneros o rigores de probabilidades científicas enmarcados en un indeterminado sentimiento nacional de exhibicionismo positivista, más bien, incluso desde una conciencia crítica de estas posibilidades redentoras. No partieron desde una herencia del *pulp* y su estética masificada –para crear, sin proponérselo, el género en América Latina–, sino de lecturas esotéricas, científicas, canónicas literarias y experimentaciones narrativas desvinculadas de la tradición continental, que constituían críticas políticas de la sociedad en la que vivieron “marcadas por el proceso de modernización y (...) la ansiedad por la tecnología”³⁴. ¿Que si llegaron a tocar rasgos del género? Sí, pero sin la conciencia *pulp* del género histórico, sino con una conciencia de ruptura y transgresión en constante diálogo cuestionador con las propuestas literarias extranjeras de la vanguardia.

DANIEL ARELLA

El Baño, estado Mérida, 19 de abril de 2015

34 Silvia Kurlat Ares. “La ciencia-ficción en América Latina: entre la mitología experimental y lo que vendrá”, en: *Revista Iberoamericana*, Vol. LXXVIII, N.º 238-239 (enero-junio 2012), 15.22, p. 19.

MODERNISTAS EXTRATERRESTRES

AMADO NERVO

—JUAN CRISÓSTOMO RUIZ DE NERVO Y ORDAZ—
(MÉXICO, 27 DE AGOSTO DE 1870 — URUGUAY, 24 DE MAYO DE 1919).

Poeta y prosista perteneciente al movimiento modernista. Miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua. En 1900 viajó a París, enviado como corresponsal del periódico *El Imparcial* a la Exposición Universal; allí se relacionó con Catulle Mendès, Moréas, Valencia, Lugones, Óscar Wilde, y otra vez con Darío, con quien estableció una fraternal amistad, pero posiblemente lo influyó más su primer encuentro con Ana Cecilia Luisa Daillez, el gran amor de su vida, cuya prematura muerte en 1912 inspiraría los poemas de *La amada inmóvil*, publicado póstumamente en 1922. Con su estancia en Europa tiene la oportunidad de viajar por varios países y de escribir *Poemas* (1901); *El exodo y las flores del camino* y *Lira heroica* (1902); *Las voces* (1904) y *Jardines interiores* (1905). Otras obras son el estudio *Juana de Asbaje* (1910); en poesía: *En voz baja* (1909), *Serenidad* (1915), *Elevación* (1917) y *La amada inmóvil*, póstuma; en prosa: *Ellos* (1912), *Mis filosofías* y *Plenitud* (1918). “Los congelados” pertenece al libro *Cuentos misteriosos* (1921).

LOS CONGELADOS

Exclamó el joven sabio:

—¡La vida! ¡Y qué sabemos nosotros de lo que es la vida, amigo mío!... ¿Usted ha visto, sin duda, funcionar esos populares aparatos que se llaman ventiladores, y que se mueven en un perenne vértigo, refrescando el ambiente caliginoso de los cafés? ¡Quién no los conoce! Trátase de dos simples hélices cruzadas, que por medio de un sencillo mecanismo giran, agitando el aire. Para ponerlas en movimiento basta meter la clavija (que está al cabo de un flexible metálico, envuelto en hilo de algodón) en el enchufe, el fluido corre a través del flexible, y el aparato se echa a girar. Quita usted la clavija; cesa el fluido de comunicar movimiento a la pequeña máquina; las hélices se paran..., y el aparato es como un cuerpo sin vida. Si lo dejamos allí indefinidamente, acabará por orinarse. Después será inútil comunicarle nuevo fluido. Pero mientras esto no suceda, cuantas veces se produzca el contacto de la clavija y el enchufe, el pequeño organismo funcionará...

“Pues bien, amigo mío: la vida no es ya para la ciencia más que algo semejante a ese fluido eléctrico; es decir, una de las fuerzas constantes de la naturaleza. Por causas casi siempre conocidas, el fluido, la bienhechora corriente vital, se suspende, y se para la máquina. Pero es posible, dentro de

los modernos conocimientos, aplicarle de nuevo la corriente y hacerla moverse otra vez... Solo que hasta hoy era preciso intentar luego la resurrección, en vista de que el cuerpo humano se descompone con más rapidez que la máquina de que hablamos, y una vez descompuesto es imposible todo tanteo. Felizmente, los últimos experimentos de Raúl Pictet, mi maestro muy querido, con el cual trabajo ahora aquí mismo, abren posibilidades sin límites a este respecto.

“¿Quizá habrá leído usted los milagros que mi maestro ha podido realizar con los peces? Imagínese usted una pecera que, por determinados procedimientos, se va paulatinamente helando, primero a cero grados; después, a temperaturas de veinte y aun treinta grados. A los primeros síntomas de frío los peces suspenden todo movimiento. ¡Luego quedan presos en el hielo y acaban por morir!

“A esas temperaturas de veinte y treinta grados, el pez no es ya más que un bibelot cristalizado, que se quiebra con suma facilidad, pudiéndose reducirlo con los dedos a pequeños fragmentos.

“Pero, y aquí empieza lo maravilloso, después de un tiempo indefinido durante el cual, naturalmente, se ha tenido la precaución de conservar la bajísima temperatura de la pecera, se deja a esta paulatinamente licuarse; el agua, con suma lentitud, va deshelándose; vuelven los peces a flotar en ella y de pronto empiezan a moverse y a nadar como si tal cosa, agitando sus aletas con el elegante ritmo habitual”.¹

1 Casi todos los aficionados al alpinismo suelen encontrar sobre la nieve de las montañas mariposas heladas, y en un estado tan especial, que se quiebran si no se las coge con mucho cuidado. Sin embargo, si se transportan estas mariposas a climas más cálidos, reviven y echan a volar. Algunos insectos que acostumbran invernar en este estado de larva o de crisálida no sufren nada aun cuando permanezcan helados largo tiempo; lo que sí les es fatal son los inviernos de temperatura variable, en los que alternan los días templados con los fríos y húmedos. Ya se han encontrado hasta seis especies de mariposas a pocos centenares de kilómetros del Polo Norte.

El joven sabio hizo una pausa, durante la cual buscaba en mi fisonomía el efecto de sus palabras.

—Pues bien —prosiguió después de algunos segundos—, ¿qué diría usted si yo le asegurase que, tras muchos ensayos (con ranas, que soportan temperaturas de veintiocho grados; con escolopendras, que las soportan de cincuenta grados; con caracoles, que las sufren hasta de ciento cincuenta grados), qué diría usted si yo le asegurase haber logrado con mamíferos, con cuadrúmanos de gran talla..., con el complicado cuerpo del hombre, por fin, lo que mi maestro Pictet obtuvo con los peces?

—¡Imposible!

—Se ha logrado, sí, señor, y —añadió, acercándose a mi oído— en un subterráneo especial, al que puedo conducir a usted cuando guste; yacen congelados en ataúdes diáfanos, que se hallan a temperaturas terriblemente bajas, varios hombres, sí, señor; varios hombres que, por su voluntad, han querido dormir mucho tiempo, meses, años..., para poner un paréntesis de hielo y de dulce y sosegada inconsciencia entre su dolorosa vida de ayer y la vida de mañana (que esperan sea superior a esta), en una sociedad más sabia.

“Claro que han pagado muy caro tal paréntesis, pero como se trata de ricos... Al cabo de cierto tiempo el procedimiento se abaratará, y entonces hasta los más pobres podrán substraerse cuanto tiempo quieran a su calvario cotidiano. A la vejez y a la muerte.

“Entre estos congelados de ahora hay dos o tres que están allí por pura casualidad, porque imaginan que cuando despierten se encontrarán en un mundo mejor... Para mí, creo que se equivocan, pero, en fin, allá ellos; y uno de los dormidos, el más peregrino de todos, ha pagado por veinte años de inconsciencia. ¿A que no sabe usted para qué? Pues para dar tiempo de que crezca una niña que ahora tiene dos años, y con la cual ha jurado casarse...”.

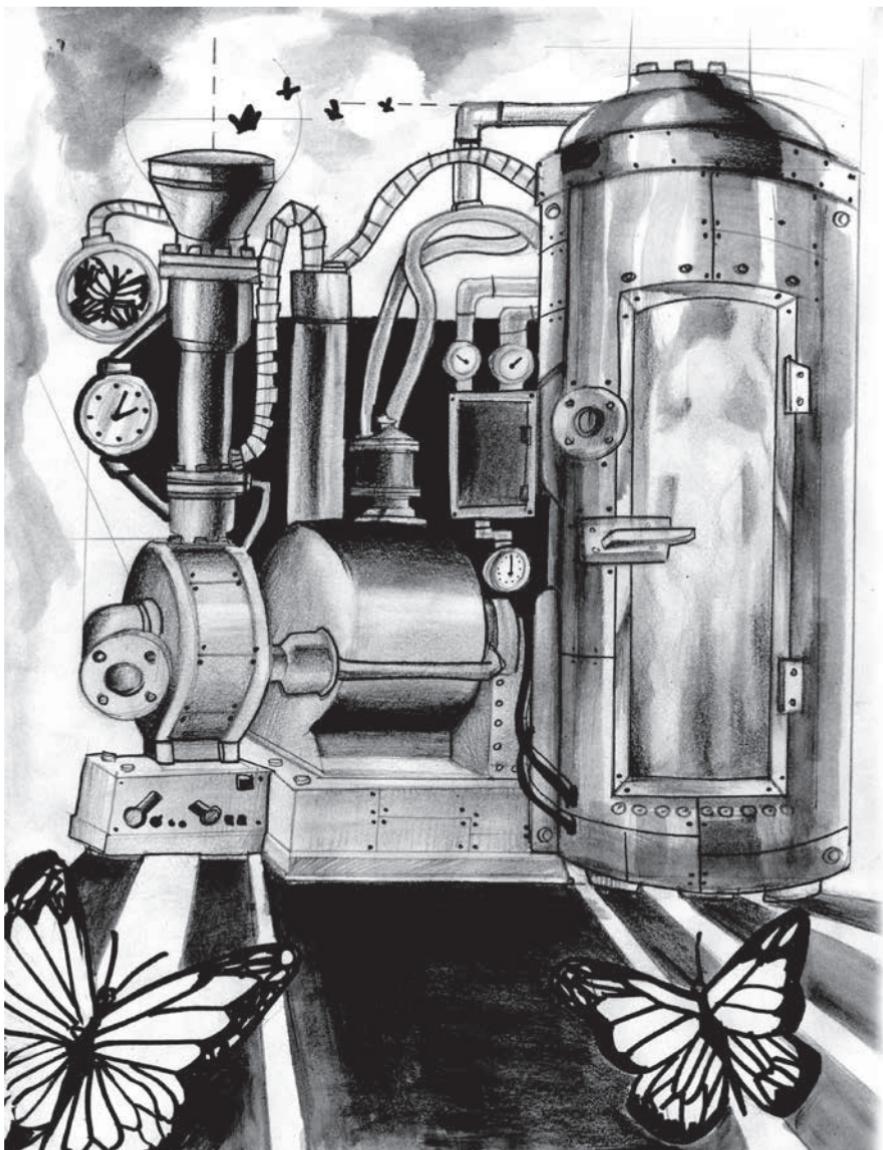
—Debe ser un yanqui...

—Ha acertado usted. Es de Denver (Colorado). De tal manera les ha cristalizado a todos el frío, que si les tocásemos podríamos quebrarles en no sé cuántos pedazos, como a los peces de marras; arrancarles una mano o un pie, como si fuesen muñecos de azúcar candi...

“Llegado el momento en que, según convenio particular de cada uno, hay que deshelarlos, se les aplica idéntico procedimiento al de los peces, y una vez que el agua ya licuada adquiere la temperatura conveniente, cátalos dispuestos a vivir tonificados, alegres, como si saliesen de un baño... Debo advertir a usted, sin embargo, que los hombres no se mueven así como así, nada más porque se les licue y caliente el agua; hay que hacerles enseguida la respiración artificial, como a los fakires que desenterrran en la India al cabo de algunos días de catalepsia provocada, pero merced a las tracciones rítmicas de la lengua, a los movimientos del pecho, de los brazos y demás, algunos minutos después de licuarse el agua ya andan nuestros sujetos por allí, vistiéndose, para asomarse de nuevo a la vida, de la que quisieron escapar por determinado tiempo.

“¿Quiere ver usted las urnas con sus respectivos congelados? Pues con venir mañana temprano a mi laboratorio, yo se los mostraré a través de un cristal, naturalmente, porque el sitio en que se hallan mantéñese a una temperatura tal, que se congelaría usted a su vez en dos minutos”.

¿Qué misterio solapadamente agresivo había en la sonrisa del doctor al decir esto? No lo sé; pero es lo cierto que, aunque le prometí volver al día siguiente, no me atreví a acudir a la cita... Quizá temí una superchería, una sofíama; quizás algo peor: que me metiese a mí en una pecera de aquellas y me mantuviese allí congelado algunos años... Estos experimentos son terribles... ¡Yo tengo mujer, joven y bonita, de la cual aún no me desilusiono del todo; hijos, dinero, buen estómago...; no me va mal en este mundo, y pienso dejar para los penosos días futuros el procedimiento de la congelación!



RUBÉN DARÍO

—FÉLIX RUBÉN GARCÍA SARMIENTO—
(NICARAGUA, 18 DE ENERO DE 1867 — 6 DE FEBRERO DE 1917).

Poeta, figura fundamental del modernismo y uno de los nombres más importantes de la poesía en lengua española. Con él se dice que es la primera vez que surge un movimiento literario autónomo en el continente hispanoamericano. Según la crítica, el logro de Darío fue traer, a un idioma que estaba decadente, el influjo revitalizador americano y los modelos parnasianos y simbolistas franceses, abriéndolo a un léxico rico y extraño, de una nueva flexibilidad y musicalidad en el verso y la prosa. Los poetas más reconocidos de España y Latinoamérica lloraron su muerte. Sus obras: *Azul* (1888), *Prosas profanas* (1896), *Los raros* (1896), *Cantos de vida y esperanza* (1905). “La extraña muerte de fray Pedro”, escrito originalmente con el título de “Verónica”, fue reescrito y publicado posteriormente en el año de 1911.

LA EXTRAÑA MUERTE DE FRAY PEDRO

Visitando el convento de una ciudad española, no ha mucho tiempo, el amable religioso que nos servía de cicerone, al pasar por el cementerio, me señaló una lápida en que leí, únicamente: *Hic iacet frater Petrus.*

—Este —me dijo— fue uno de los vencidos por el Diablo.

—Por el viejo Diablo que ya chochea —le dije.

—No —me contestó—. Por el demonio moderno que se escuda con la ciencia.

Y me narró el sucedido.

Fray Pedro de la Pasión era un espíritu perturbado por el maligno espíritu que infunde el ansia de saber. Flaco, anguloso, nerviosos, pálido, dividía sus horas conventuales entre la oración, las disciplinas y el laboratorio que le era permitido, por los bienes que atraía a la comunidad. Había estudiado, desde muy joven, las ciencias ocultas. Nombraba, con cierto énfasis, en las horas de conversación, a Paracelsus, a Alberto el Grande; y admiraba profundamente a ese otro fraile Schwartz, que nos hizo el diabólico favor de mezclar el salitre con el azufre.

Por la ciencia había llegado hasta penetrar en ciertas iniciaciones astrológicas y quirománticas; ella le desviaba de la contemplación y del espíritu de la Escritura. En su alma se había anidado el mal de la curiosidad, que perdió a nuestros primeros padres. La oración misma era olvidada con frecuencia, cuando algún experimento le mantenía cauteloso

y febril. Como toda lectura le era concedida, y tenía a su disposición la rica biblioteca del convento, sus autores no fueron siempre los menos equívocos. Así llegó hasta pretender probar sus facultades de zahorí, y a poner a prueba los efectos de la magia blanca. No había duda de que estaba en gran peligro su alma, a causa de su sed de saber y de su olvido de que la ciencia constituye, en el principio, el arma de la Serpiente que ha de ser la esencial potencia del Anticristo, y que, para el verdadero varón de fe, *initium sapientiae est timor Domini*.

¡Oh, ignorancia feliz, santa ignorancia! ¡Fray Pedro de la Pasión no comprendía tu celeste virtud, que ha hecho a los ciertos Celestinos! Huysmans se ha extendido sobre todo ello. Virtud que pone un especial nimbo a algunos mínimos de Dios queridos, entre los esplendores místicos y milagrosos de las hagiografías.

Los doctores explican y comentan altamente cómo, ante los ojos del Espíritu Santo, las almas de amor son de mayor manera glorificadas que las almas de entendimiento. Ernest Hello ha pintado, en los sublimes vitraux de sus *Fisonomías de santos*, a esos beneméritos de la caridad, a esos favorecidos de la humildad, a esos seres columbinos, simples y blancos como los lirios, limpios de corazón, pobres de espíritu, bienaventurados hermanos de los pajaritos del Señor, mirados con ojos cariñosos y sororales por las puras estrellas del firmamento. Joris-Karl, el merecido beato, quizá más tarde consagrado, a pesar de la literatura, en el maravilloso libro en que Durtal se convierte, viste de resplandores paradisiacos al lego guardapuercos que hace bajar a la pocilga la admiración de los coros arcangélicos, y el aplauso de las potestades de los cielos. Y fray Pedro de la Pasión no comprendía eso.

Él, desde luego, creía, creía con la fe de un indiscutible creyente. Mas el ansia de saber le azuzaba el espíritu, le lanzaba a la averiguación de secretos de la naturaleza y de la vida, a tal punto, que no se daba cuenta de cómo esa sed de saber, ese deseo indominable de penetrar en lo vedado y en lo arcano

del universo, era obra del pecado y añagaza del Bajísimo para impedirle de esa manera su consagración absoluta a la adoración del Eterno Padre. Y la última tentación sería fatal.

Acaeció el caso no hace muchos años. Llegó a manos de fray Pedro un periódico en que se hablaba detalladamente de todos los progresos realizados en radiografía, gracias al descubrimiento del alemán Roentgen, quien lograra encontrar el modo de fotografiar a través de los cuerpos opacos. Supo lo que se comprendía en el tubo Crookes, de la luz catódica, del rayo X. Vio el facsímil de una mano cuya anatomía se transparentaba claramente, y la patente figura de objetos retratados entre cajas y bultos bien cerrados.

No pudo desde ese instante estar tranquilo, pues algo que era un ansia de su querer de creyente, aunque no viese lo sacrílego que en ello se contenía, punzaba sus anhelos... ¿Cómo podría él encontrar un aparato como los aparatos de aquellos sabios, y que le permitiera llevar a cabo un oculto pensamiento, en que se mezclaban su teología y sus ciencias físicas?... ¿Cómo podría realizar en su convento las mil cosas que se amontonaban en su encendida imaginación?

En las horas litúrgicas, de los rezos y de los cánticos, notabanlo todos los otros miembros de la comunidad, ya meditabundo, ya agitado como por súbitos sobresaltos, ya con la faz encendida por repentina llama de sangre, ya con la mirada como extática, fija en lo alto o clavada en la tierra. Y era la obra de la culpa que se afianzaba en el fondo de aquel combatido pecho, el pecado bíblico de la curiosidad, el pecado omnitrascendente de Adán junto al árbol de la ciencia del bien y del mal. Y era mucho más que una tempestad bajo un cráneo... Múltiples y raras ideas se agolpaban en la mente del religioso, que no encontraba la manera de adquirir los preciosos aparatos. ¡Cuánto de su vida no daría él por ver los peregrinos instrumentos de los sabios nuevos en su pobre laboratorio de fraile aficionado, y poder sacar las anheladas pruebas, hacer los mágicos ensayos que abrirían una nueva era en la sabiduría

y en la convicción humanas!... Él ofrecería más de lo que se ofreció a Santo Tomás... Si se fotografiaba ya lo interior de nuestro cuerpo, bien podría pronto el hombre llegar a descubrir visiblemente la naturaleza y origen del alma; y, aplicando la ciencia a las cosas divinas, como debía permitirlo el Espíritu Santo, ¿por qué no aprisionar en las visiones de los éxtasis, y en las manifestaciones de los espíritus celestiales, sus formas exactas y verdaderas?

¡Si en Lourdes hubiese habido un kodak, durante el tiempo de las visiones de Bernadetta! ¡Si en los momentos en que Jesús, o su Santa Madre, favorecen con su presencia corporal a señalados fieles, se aplicase convenientemente la cámara oscura!... ¡Oh, cómo se convencerían los impíos, cómo triunfaría la religión!

Así cavilaba, así se estrujaba el cerebro el pobre fraile, tentado por uno de los más encarnizados principes de las tinieblas.

Y avino que, en uno de esos momentos, en uno de los instantes en que su deseo era más vivo, en hora en que debía estar entregado a la disciplina y a la oración, en su celda, se presentó a su vista uno de los hermanos de la comunidad, llevándole un envoltorio bajo el hábito.

—Hermano —le dijo—, os he oído decir que deseabais una de esas máquinas, como esas con que los sabios están maravillando al mundo. Os la he podido conseguir. Aquí la tenéis.

Y, depositando el envoltorio en manos del asombrado fray Pedro, desapareció, sin que este tuviese tiempo de advertir que debajo del hábito se habían mostrado, en el momento de la desaparición, dos patas de chivo.

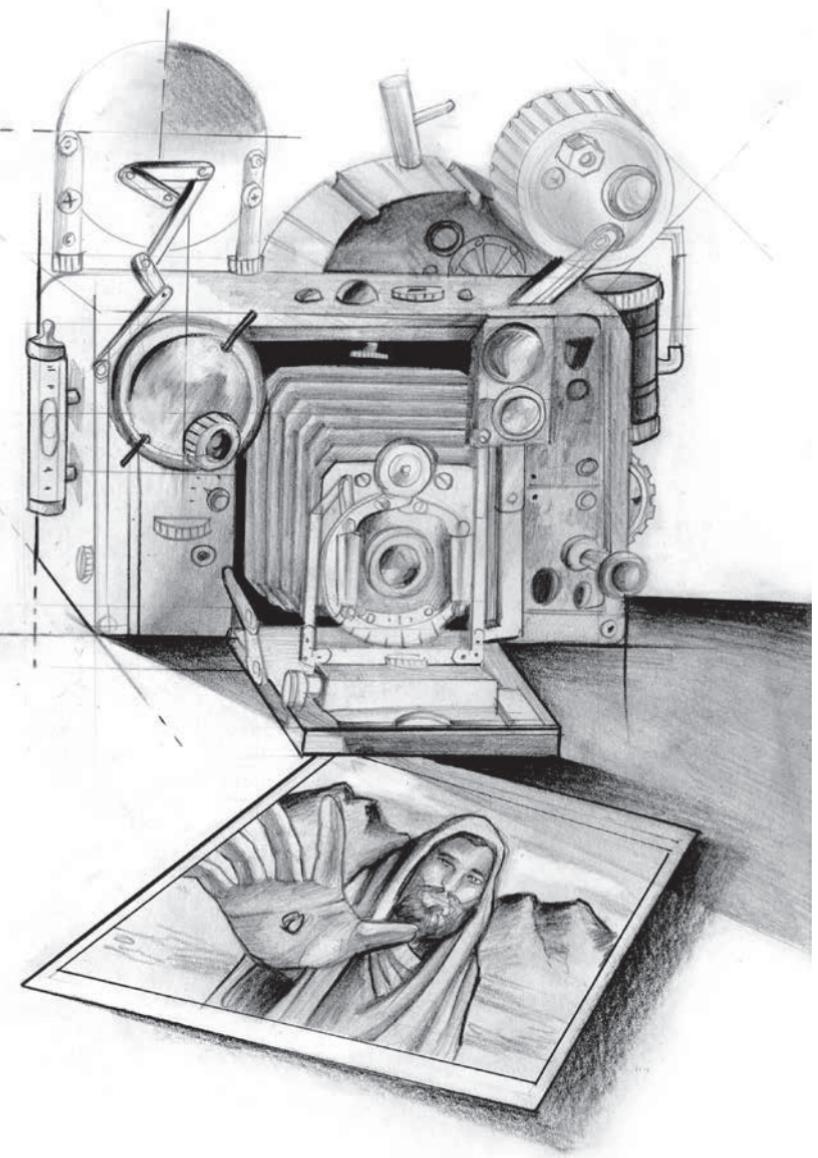
Fray Pedro, desde el día del misterioso regalo, consagrose a sus experimentos. Faltaba a maitines, no asistía a la misa, excusándose como enfermo. El padre provincial solía amonestarle; y todos le veían pasar, extraño y misterioso, y temían por la salud de su cuerpo y por la de su alma.

Él perseguía su idea dominante. Probó la máquina en sí mismo, en frutos, llaves dentro de libros, y demás cosas usuales. Hasta que un día... O más bien, una noche, el desventurado se atrevió, por fin, a realizar su pensamiento. Dirigióse al templo, receoso, a pasos callados. Penetró en la nave principal y se dirigió al altar en que, en el tabernáculo, se hallaba expuesto el Santísimo Sacramento. Sacó el copón. Tomó una sagrada forma. Salió veloz para su celda.

Al día siguiente, en la celda de fray Pedro, se hallaba el señor arzobispo delante del padre provincial.

—Ilustrísimo señor —decía este—, a fray Pedro le hemos encontrado muerto. No andaba muy bien de la cabeza. Esos sus estudios creo que le causaron daño.

—¿Ha visto, su reverencia, esto? —dijo su señoría ilustrísima, mostrándole una revelada placa fotográfica que recogió del suelo, y en la cual se hallaba, con los brazos desclavados y una dulce mirada en los divinos ojos, la imagen de Nuestro Señor Jesucristo.



CLEMENTE PALMA

(PERÚ, 3 DE DICIEMBRE DE 1872 – 13 DE SEPTIEMBRE DE 1946).

Escritor y crítico literario. Director de la revista *Variedades* desde 1908 hasta 1931. Hijo del escritor Ricardo Palma, autor de las *Tradiciones peruanas* y reimpulsor de la Biblioteca Nacional del Perú. Clemente Palma fue una figura innovadora de la escena literaria de su tiempo. Autor de gran importancia en el desarrollo del cuento en su país, se atrevió a proponer temas nuevos en la literatura. Rompió con el conservadurismo literario peruano, apegado hasta esos entonces al costumbrismo. Sus historias involucran mayormente elementos fantásticos, psicológicos, de terror y de ciencia ficción. Siente especial atracción por lo bizarro y mórbido, muchos de sus personajes son anormales y perversos. Lamentablemente es más conocido por ciertas opiniones xenófobas expuestas en un libro seudocientífico, *El porvenir de las razas en el Perú*, donde declara la superioridad del blanco español, frente a las débiles razas mestizas, negras, chinas e indígenas. Sin embargo su obra temprana de ficción es muy interesante, entre ellas se encuentra “La última rubia”, “El día trágico”, “Aventura del hombre que no nació”, y la asombrosa X.Y.Z., novela considerada antecedente de *La invención de Morel*, de Adolfo Bioy Casares. “La última rubia” fue publicado por primera vez en 1904, en Madrid, incluido en el libro *Cuentos malévolos*.

LA ÚLTIMA RUBIA

Cuento futuro

A Don Antonio Rubió y Lluch

El oro se había agotado absolutamente en las entrañas y en la superficie de la tierra. Era tal la escasez de este precioso metal, que solo uno que otro erudito tenía noticias de que hubiera existido. En un museo de Chicago había dos monedas de diez dólares, guardadas en una urna de cristal, que se consideraban como una de las más valiosas curiosidades. En otro museo de Papeete (Tahití) se conservaba un idollito primitivo, tallado en la extinguida sustancia; en París, Tombuctú, Río Janeiro, Estocolmo, guardaban los museos, con extrema vigilancia, dos luises, una moneda de 50 parás, una de 10.000 reis y una de 20 kroners, respectivamente. Si no hubiera sido por todos estos museos, la antigua palabra oro, auro, en esperanto, habría sido una palabra inútil, aún para expresar el recuerdo de una substancia que, repito, solo conocían unos cuantos eruditos. En cambio, la elaboración del diamante se había perfeccionado tanto, que por cincuenta francos se conseguía en el año 3025 uno del tamaño de una naranja. La investigación de la piedra filosofal se hacía con mucho mayor furor que en la remota Edad Media. Un alquimista logró obtener, en unas cajas de uranio fosforescente, un depósito de

rayos de sol que, sometidos a una presión de 12.000.000.000.000.000.000.813 atmósferas, daba una pasta dorada que podía substituir al oro: tenía su consistencia, su peso atómico, sus propiedades químicas y podría tener las mismas aplicaciones industriales, si no tuviera la detestable propiedad de liquidarse con el frío y evaporarse; esperaba el químico que, añadiendo tres o cuatro billones de presión, obtendría una sustancia más durable. Otro alquimista machacaba en un mortero los estambres de la flor de lis, adicionaba bilis de oso polar, y espolvoreaba la mezcla con granalla de selenio o molibdeno. Enseguida envolvía este menjurje en barro de coke y lo sometía a las descargas eléctricas de una bobina de Rumkffork de 20 metros de largo, y obtenía una substancia amarilla y metálica que decía ser oro, pero que tenía el inconveniente de oxidarse con la sangre, y disolverse en el amoniaco.

Pero yo, que adoraba el arte y la ciencia antiguos, que había leído los libros vetustísimos de Flamel, Paracelso, Cornelio Agrippa y otros muy notables alquimistas, sabía una receta segura para obtener el oro; receta que leí en uno de esos libros en nota marginal manuscrita, que traduzco del latín para que el lector, caso de encontrar el principal ingrediente, la aproveche si quiere hacerse rico: “Tomarás un cabello de mujer rubia (*rubicunda fomine capellae*) y lo pondrás durante cinco lunaciones a remojar en un matraz con una dracma de ácido muriático; cuando se haya disuelto, pondrás el matraz al sol, pero solo en la época en que Venus es estrella matutina (*venere stelle matutinae esse*) para evitar que sus rayos nocivos (*letalium*) toquen el matraz. Enseguida echarás en el líquido media dracma de sangre de drago, media dracma del licor que resuda el laurel, y llenarás por fin el matraz con agua marina (*aqua maris*). El todo lo dejas evaporar en lo más oscuro de una cueva salitrosa (*cava nitrosas*) y al cabo de un mes encontrarás la mitad del matraz lleno de un polvillo de la color del licopodio, que es oro puro (*aureum vere*) y que fundido en un crisol te podrá dar hasta el peso de cinco ducados”.

Figuraos qué enorme fortuna representaba la cabeza de una mujer rubia. Pero es el caso que así como se había acabado el oro, se habían acabado las rubias. En el año 2279 los mongoles y los tártaros, esas malditas razas amarillas, habían inundado el mundo y malogrado las razas europeas y americanas con la mezcla de su sangre impura. No había rinconcillo del mundo a donde esa gente no hubiera llegado y estampado la huella de su maldición étnica: no había un rostro que no condujera un par de ojillos sesgados y una nariz chata; no había cabeza que no estuviera cubierta de cerdosa y negra cabellera. Con verdadera rabia esos salvajes macularon la belleza europea, como para anonadar lo que ellos no podían producir. Quizá para asegurarse así las victorias del porvenir. Esa raza se extendió por el mestizaje, como una hiedra inmensa que hubiera cubierto el mundo, y al cabo de tres siglos apenas había uno que otro ejemplar de raza pura. La belleza germana, el tipo griego, la gentileza italiana, la elegancia francesa, la corrección británica, la gracia española, son hoy meras tradiciones de las que solo en los libros antiguos se encuentran relaciones. Unas que otras familias de montañeses habían conservado los rasgos primitivos de las razas europeas, que el inmundo mestizaje malogró. Así, por ejemplo, mi familia había conservado, hasta hacía cuatro generaciones, la pureza de su raza; pero mi bisabuela se había casado morganáticamente con un acaudalado fabricante de aeroplanos eléctricos, de perfecto origen afgán. Por libros y papeles de familia sabía que mis ascendientes habían sido rubios como el sol; que de las cuatro ramas, tres se habían mezclado: una, la mía, con sangre afgana; otra, con las de un mestizo chino, y la otra con la de un sastre samoyedo de origen manchú. La cuarta rama se ignoraba qué suerte había corrido. Mi padre me decía, cuando yo le hablaba de la rama perdida:

—Esos parientes son unos estúpidos que tienen la chiflatura de la pureza de la sangre.

Me lo decía en esperanto, que es el idioma universal. Yo, a pesar de ser mestizo de afgán, a pesar de mi color bronceado,

sentía en el fondo de mi sangre el aristocrático orgullo y el amor a la belleza de esas razas añejas que la ola asiática envolvió y anonadó para siempre; y aplaudía íntimamente el aislamiento de esa rama que había ido a esconder, en oculta cueva o inexpugnable montaña, los últimos rezagos de su estirpe. ¡Pobres pueblos europeos! Un tiempo fueron formados por razas viriles y dominadoras, cuyas energías, en constante acción, se desgastaron y decayeron rápidamente: ese fue el momento en que la raza amarilla invadió el mundo; como un alud gigantesco se amalgamó, se fundió con las razas vencidas y extinguió para una eternidad el espíritu antiguo. Todo lo que habían progresado las ciencias, habían retrocedido las artes, pero no hacia Grecia sino hacia la caverna del troglodita o al kraal de la tribu salvaje. En ese cataclismo de los bellos ideales y de las bellas formas, substituidos por nociones utilitarias y concepciones monstruosas, solo en uno que otro espíritu retrógrado, como el mío, había un regreso psicológico a las nociones antiguas, un sentido estético añejo, un salto atrás en el gusto por los ideales y las formas que la ola de sangre infecta había sumergido en el olvido. Tenía la obsesión de buscar por todas las regiones de la Tierra la rama perdida o ignorada de mi ascendencia latina, en donde aún se conservaban los rasgos de la antigua belleza. Sentía vivo, avasallador deseo de contemplar una de esas cabezas rubias, que solo podía ver en los grabados de algunos libros de la biblioteca de curiosidades de Tombuctú; pero debo declarar, en honor a la verdad, que gran parte de mi afán era debido al deseo de realizar el experimento de alquimia que había de hacerme uno de los hombres más ricos.

Una mañana me lancé por los aires en mi aeroplano, llevando buena provisión de carnalita o esencia de carne, legumina, aire líquido, etc., todo lo que necesitaba para proveer a mi vida durante un mes. Crucé e investigué prolíjamente las serranías y valles de Afganistán y la Tartaria, las islas de la Polinesia, las selvas y cordilleras de la América austral, todos los vericuetos de la accidentada Islandia: en todas partes

encontraba la maldita raza amarilla que había inficionado a la mía, y se había extendido sobre el mundo como una mancha de aceite. En la gran ciudad de Upernafich fue donde encontré la primera huella de esa familia que yo buscaba. Por los vetustos papeles de la familia sabía que mis antecesores europeos se llamaban Houlot. En un paradero aéreo de Upernawick (*sic*) oí en el libro fónico de pasajeros este nombre pronunciado por una voz extraña. En varios paraderos oí la misma palabra. Y aun en un hotel más adelantado vi, en el espejo fotogenófono en que se inscriben la imagen y la voz de los pasajeros, vi, repito, la figura de un hombre de unos cincuenta años y de dos mujeres, y oí, al tocar el registro, lo siguiente: "Jean Houlot, mujer e hija (esto en esperanto), últimos vástagos de la raza gala (esto en francés), pasaron por aquí el 18 de marzo de 3028, con dirección a cabo Kane, orillas del mar Paleochrístico, 87 paralelo". Me puse loco de contento y al día siguiente, a primera hora, me dirigí al lugar indicado, adonde llegué cuatro horas después. En la puerta de una casucha embadurnada de sulfuro de radio, que la hacía en extremo fosforescente, había un hombre cuyo rostro era el que yo contemplé en el espejo-registro del hotel. Yo había aprendido tres lenguas muertas: el español, el latín y el francés. Me acerqué al solitario individuo y le dije en este último idioma:

—Señor Houlot, vos sois mi tío, y vengo desde Tombuctú solo por conoceros y saludar en vos al último vástago de nuestra gloriosa y malograda raza.

—Bienvenido seas... sobrino —me respondió, con aire hurano y desconfiado—. Ya me conoces... pero dime, pues si eres de mi raza lo disimulas, ¿por qué tu rostro es bronceado?

—Mi padre es afgán; mi madre era una Houlot. Cifro todo mi orgullo en la porción de sangre materna que corre por mis venas. Dejadme, tío, vivir cerca de vos para que seamos los últimos jirones de esa raza que muere con nosotros.

—¡Bah!... no reflexionas que ya en tu sangre hay la mancha asiática.

—¡Oh, tío!, pero conservo sin mancha el espíritu de vuestra raza.

—Bueno, quédate si quieres...; pero te advierto que en mi casa no hay sitio para ti.

Y me quedé, efectivamente. Hice que unos samoyedos me construyeran una casa a unas cincuenta leguas, o sea tres cuartos de hora de viaje en aeroplano. Houlot era muy pobre y yo continuamente le hacía obsequios valiosos de carnalita y oxígeno para calentarse, pues el frío que hacía encima del 85 paralelo era terrible, y se sentía debajo de las pieles de oso y de foca que vestíamos, dejando al descubierto las facciones solamente. Houlot y yo llegamos a intimar, y se admiraba de que siendo yo rico sacrificara mi bienestar en los países del Sur por mera fantasía. Houlot era muy avaro y exageraba su pobreza para explotarme a su gusto. Un día, a pesar de sus precauciones, nos encontramos su hija y yo sobre un témpano. Era una joven de unos 25 años, blanca, pálida, de aspecto enfermizo, de ojos y sonrisas picarescos y con algo de esa belleza perdida que yo había contemplado en las estampas de Tombuctú.

Desde ese día nos amamos locamente al parecer: durante tres meses nos vimos en el mismo sitio y a la misma hora. ¡Cuánto hablamos de amor, iluminados por la luz violácea de la aurora boreal! Y, sin embargo, yo no sabía si era rubia: nunca había visto sus cabellos, pues su vestido de piel de zorro azul solo permitía verle el rostro y las manos.

—¡Oh, si fueras rubia, hermosa niña, te amaría más si cabe, te adoraría con delirio y... harías mi fortuna!

—Rubia soy —me respondió con adorable mohín de picardía.

Poco después salimos Houlot y yo a coger morsas en un banco de hielo, situado a 68 leguas más al Norte, y durante el camino aproveché esta circunstancia para exponer mis pretensiones sobre mi prima:

—Mi buen tío, es probable que jamás encontréis, para marido de vuestra Suzón, un hombre de su raza. Yo la amo

y soy correspondido. Concedédmela, que al fin y al cabo de vuestra raza soy.

—Tú no eres sino un mestizo infame... Primero os mataré a ambos que consentir en esa unión que ha de mancillar el último resto de sangre noble que hay sobre la Tierra. Ruin asiático, ruin asiático... —murmuraba enfurecido.

Yo, que conocía la avaricia de mi tío, no hice caso de sus injurias y añadí:

—Estoy en posesión de un secreto industrial que me hará riquísimo. Si me concedéis a Suzón, os haré mi socio y os daré un tercio de mi fortuna actual y de la futura.

Mi tío se blandó; a poco accedió y al fin quedó convenido en que Suzón y yo nos casaríamos dentro de seis meses.

Al mes siguiente nos dirigimos a Terranova a pasar el verano. Poco después de nuestra llegada, pedí a mi novia un rizo de sus cabellos. Suzón se sonrió: quitose la toca de piel y expuso ante mis ojos una hermosa cabellera rubia como ámbar.

—Escógelo tú...

Caí extasiado de rodillas, y con mano temblorosa escogí diez o doce hebras, que guardé cuidadosamente en mi cartera.

En una habitación tenía preparados mis matraces y retortas. Bajé a la cueva e hice con los cabellos de Suzón las preparaciones convenientes, con estricta observancia de la fórmula alquimista. Cuando saqué en la época oportuna el matraz, estaba este tan empañado y cubierto de mitro, que no podía verse el interior. Lleno de impaciencia vacié el contenido: era un polvillo rojizo entremezclado de cristalitos de sal marina y pedacillos de resina. En medio de todo estaban unas cuantas hebras de cabello negruzco y sin lustre. De oro no había el menor rastro. Quedé profundamente desconsolado y caviloso. Fui a casa de Suzón para pedirle nuevamente cabello, y repetir la experiencia con mayores precauciones. Entré y, no encontrando al viejo tío en la casa, llegué de puntillas hasta

el tocador de Suzón. Ella estaba de espaldas a la puerta con la cabeza sumergida en una jofaina.

—Padre —dijo al sentir mis pasos.

—No es tu padre, soy yo —contesté cariñosamente.

Suzón dio un grito de sorpresa y se volvió: sus cabellos goteaban una agua de color indefinible.

—¡Ah, pícaro, me has sorprendido!

—Sí... perdóname... pero, ¿qué agua verduzca es esa?...

—Eso es... ¡Bah! ¿Por qué no decírtelo, si no es un crimen? ¿No me dijiste que me amarías con delirio si yo fuese rubia?...

—Sí, ¿y qué? —respondí pálido, con el rostro contraído por la rabia, pues comenzaba a comprender.

—Que todas las mañanas me tiño el cabello para que me quieras más —contestó, y con cariñosa coquetería me tendió los brazos húmedos al cuello. Yo sentí como si me hubieran dado un hachazo. Y, rechazándola violentamente, exclamé vibrante de cólera:

—¡Bestia! ¡Lo que yo amaba en ti era a la rubia auténtica, a la última rubia, a la que murió con tu abuela!...

Y, sin perder más tiempo, regresé a Tombuctú, donde revisando mejor los papeles de familia he venido a saber que allá por los años 2222, un Houlot había ejercido en Iquitos (gran ciudad de 2.500.000 habitantes, en la Confederación Sud-Americana) la profesión de peluquero, perfumista y tintorista de cabelleras. Probablemente no volverá a existir oro en el mundo y, más probablemente aun, tendrá que casarme en Tombuctú con alguna joven de ojillos oblicuos, tez amarillenta y cabellos negros a hirsutos.



LEOPOLDO LUGONES

(ARGENTINA, 13 DE JUNIO DE 1874 – 18 DE FEBRERO DE 1938).

Es uno de los escritores más representativos de la literatura argentina y uno de los pioneros más lúcidos de la literatura fantástica, desarrollada a su máximo nivel en los años vanguardistas. Aficionado célebre a la parapsicología, las ciencias ocultas y la alquimia. Representante del modernismo literario hispanoamericano como el más logrado cuentista argentino, publicó en vida los siguientes volúmenes: *La guerra gaucha* (1905), *Las fuerzas extrañas* (1906), *Lunario sentimental* (1909), *Cuentos* (folleto, 1916) y *Cuentos fatales* (1924). En palabras de Pedro Luis Barcia: “*Las fuerzas extrañas* es el mejor libro de cuentos de Lugones. En rigor pretende ser más que un libro de cuentos, ser un libro de ficciones vinculadas entre sí por las potencias de diversa índole a las que el título alude y por una concepción del cosmos que el *Ensayo* propone”. El cuento “Un fenómeno inexplicable” apareció en *Las fuerzas extrañas*, publicado en Buenos Aires por Arnoldo Moen y Hermano Editores, 1906.

UN FENÓMENO INEXPLICABLE

Hace de esto once años. Viajaba por la región agrícola en que se dividen las provincias de Córdoba y de Santa Fe, provisto de las recomendaciones indispensables para escapar a las horribles posadas de aquellas colonias en formación. Mi estómago, derrotado por los invariables salpicones con hinojo y las fatales nueces del postre, exigía fundamentales refacciones. Mi última peregrinación debía efectuarse bajo los peores auspicios. Nadie sabía indicarme un albergue en la población hacia donde iba a dirigirme. Sin embargo, las circunstancias apremiaban, cuando el juez de paz que me profesaba cierta simpatía vino en mi auxilio.

—Conozco allá —me dijo— un señor inglés viudo y solo. Posee una casa, lo mejor de la colonia, y varios terrenos de no escaso valor. Algunos servicios que mi cargo me puso en situación de prestarle serán buen pretexto para la recomendación que usted desea, y que si es eficaz le proporcionará excelente hospedaje. Digo si es eficaz, pues mi hombre, no obstante sus buenas cualidades, suele tener su luna en ciertas ocasiones, siendo, además, extraordinariamente reservado. Nadie ha podido penetrar en su casa más allá del dormitorio donde instala a sus huéspedes, muy escasos por otra parte. Todo esto quiere decir que va usted en condiciones nada ventajosas, pero es cuanto puedo suministrarle. El éxito es puramente casual. Con todo, si usted quiere una carta de recomendación...

Acepté y emprendí acto continuo mi viaje, llegando al punto de destino horas después. Nada tenía de atrayente el lugar. La estación con su techo de tejas coloradas, su andén crujiente de carbonilla, su semáforo a la derecha, su pozo a la izquierda. En la doble vía del frente, media docena de vagones que aguardaban la cosecha. Más allá el galpón, bloqueado por bolsas de trigo. A raíz del terraplén, la pampa con su color amarillento como un pañuelo de yerbas; casitas sin revoque diseminadas a lo lejos, cada una con su parva al costado; sobre el horizonte el festón de humo del tren en marcha y un silencio de pacífica enormidad entonando el color rural del paisaje.

Aquello era vulgarmente simétrico como todas las fundaciones recientes. Notábanse rayas de mensura en esa fisonomía de pradera otoñal. Algunos colonos llegaban a la estafeta en busca de cartas. Pregunté a uno por la casa consabida, obteniendo inmediatamente las señas. Noté en el modo de referirse a mi huésped que se lo tenía por hombre considerable.

No vivía lejos de la estación. Unas diez cuadras más allá, hacia el oeste, al extremo de un camino polvoroso que con la tarde tomaba coloraciones lilas, distingüí la casa con su parapeto y su cornisa, de cierta gallardía exótica entre las viviendas circundantes; su jardín al frente, el patio interior rodeado por una pared tras la cual sobresalían ramas de duraznero. El conjunto era agradable y fresco, pero todo parecía deshabitado. En el silencio de la tarde, allá sobre la campiña desierta, aquella casita, no obstante su aspecto de chalet industrial, tenía una especie de triste dulzura, algo de sepulcro nuevo en el emplazamiento de un antiguo cementerio.

Cuando llegué a la verja, noté que en el jardín había rosas, rosas de otoño, cuyo perfume alivaba como una caridad la fatigosa exhalación de las trillas. Entre las plantas, que casi podía tocar con la mano, crecía libremente la hierba; y una pala cubierta de óxido yacía contra la pared, con su cabo enterradamente liado por una guía de enredadera.

Empujé la puerta de reja, atravesé el jardín y, no sin cierta impresión vaga de temor, fui a golpear la puerta interna. Pasaron minutos. El viento se puso a silbar en una rendija, agravando la soledad. A un segundo llamado, sentí pasos, y poco después la puerta se abría, con un ruido de madera reseca. El dueño de casa apareció saludándome. Presenté mi carta. Mientras leía, pude observarlo a mis anchas. Cabeza elevada y calva, rostro afeitado de *clergyman*, labios generosos, nariz austera. Debía de ser un tanto místico. Sus protuberancias superciliares equilibraban, con una recta expresión de tendencias impulsivas, el desdén imperioso de su mentón. Definido por sus inclinaciones profesionales, aquel hombre podía ser lo mismo un militar que un misionero. Hubiera deseado mirar sus manos para completar mi impresión, mas solo podía verlas por el dorso.

Enterado de la carta, me invitó a pasar, y todo el resto de mi permanencia, hasta la hora de comer, quedó ocupado por mis arreglos personales. En la mesa fue donde empecé a notar algo extraño.

Mientras comíamos, advertí que, no obstante su perfecta cortesía, algo preocupaba a mi interlocutor. Su mirada, invariablemente dirigida hacia un ángulo de la habitación, manifestaba cierta angustia; pero como su sombra daba precisamente en ese punto, mis miradas furtivas nada pudieron descubrir. Por lo demás, bien podía no ser aquello sino una distracción habitual.

La conversación seguía en tono bastante animado, sin embargo. Trataba del cólera, que por entonces azotaba los pueblos cercanos. Mi huésped era homeópata y no disimulaba su satisfacción por haber encontrado en mí uno del gremio. A este propósito, cierta frase del diálogo hizo variar su tendencia. La acción de las dosis reducidas acababa de sugerirme un argumento que me apresuré a exponer.

—La influencia que sobre el péndulo de Rutter —dije concluyendo una frase— ejerce la proximidad de cualquier

substancia no depende de la cantidad. Un glóbulo homeopático determina oscilaciones iguales a las que produciría una dosis quinientas o mil veces mayor.

Advertí al momento que acababa de interesarse con mi observación. El dueño de casa me miraba ahora.

—Sin embargo —respondió—, Reichenbach ha contestado negativamente esa prueba. Supongo que ha leído usted a Reichenbach.

—Lo he leído, sí; he atendido sus críticas, he ensayado, y mi aparato, confirmando a Rutter, me ha demostrado que el error procedía del sabio alemán, no del inglés. La causa de semejante error es sencillísima, tanto que me sorprende cómo no dio con ella el ilustre descubridor de la parafina y de la creosota.

Aquí, sonrisa de mi huésped: prueba terminante de que nos entendíamos.

—¿Usó usted el primitivo péndulo de Rutter, o el perfeccionado por el doctor Leger?

—El segundo —respondí.

—Es mejor. ¿Y cuál sería, según sus investigaciones, la causa del error de Reichenbach?

—Esta: los sensitivos con que operaba influían sobre el aparato, sugestionándose por la cantidad del cuerpo estudiado. Si la oscilación provocada por un escrúpulo de magnesia, supongamos, alcanzaba una amplitud de cuatro líneas, las ideas corrientes sobre la relación entre causa y efecto exigían que la oscilación aumentara en proporción con la cantidad: diez gramos, por ejemplo. Los sensitivos del barón eran individuos nada versados, por lo común, en especulaciones científicas; y quienes practican experiencias así saben cuán poderosamente influyen sobre tales personas las ideas tenidas por verdaderas, sobre todo si son lógicas. Aquí está, pues, la causa del error. El péndulo no obedece a la cantidad, sino a la naturaleza del cuerpo estudiado solamente; pero cuando el sensitivo cree que la cantidad mayor influye, aumenta el efecto,

pues toda creencia es una volición. Un péndulo, ante el cual el sujeto opera sin conocer las variaciones de cantidad, confirma a Rutter. Desaparecida la alucinación...

—Oh, ya tenemos aquí la alucinación —dijo mi interlocutor con manifiesto desagrado.

—No soy de los que explican todo por la alucinación, a lo menos confundiéndola con la subjetividad, como frecuentemente ocurre. La alucinación es para mí una fuerza, más que un estado de ánimo, y así considerada, se explica por medio de ella buena porción de fenómenos. Creo que es la doctrina justa.

—Desgraciadamente es falsa. Mire usted, yo conocí a Home, el *medium*, en Londres, allá por 1872. Seguí luego con vivo interés las experiencias de Crookes, bajo un criterio radicalmente materialista, pero la evidencia se me impuso con motivo de los fenómenos del 74. La alucinación no basta para explicarlo todo. Créame usted, las apariciones son autónomas...

—Permítame una pequeña digresión —interrumpí, encontrando en aquellos recuerdos una oportunidad para comprobar mis deducciones sobre el personaje: quiero hacerle una pregunta, que no exige desde luego contestación, si es indiscreta. ¿Ha sido usted militar?...

—Poco tiempo; llegué a subteniente del ejército de la India.

—Por cierto, la India sería para usted un campo de curiosos estudios.

—No; la guerra cerraba el camino del Tíbet a donde hubiese querido llegar. Fui hasta Cawnpore, nada más. Por motivos de salud, regresé muy luego a Inglaterra; de Inglaterra pasé a Chile en 1879, y por último a este país en 1888.

—¿Enfermó usted en la India?

—Sí —respondió con tristeza el antiguo militar, clavando nuevamente sus ojos en el rincón del aposento.

—¿El cólera?... —insistí.

Apoyó él la cabeza en la mano izquierda, miró por sobre mí, vagamente. Su pulgar comenzó a moverse entre los ralos cabellos de la nuca. Comprendí que iba a hacerme una confidencia, de la cual eran prólogo aquellos ademanes, y esperé. Afuera chirriaba un grillo en la obscuridad.

—Fue algo peor todavía —comenzó mi huésped—. Fue el misterio. Pronto hará cuarenta años y nadie lo ha sabido hasta ahora. ¿Para qué decirlo? No lo hubieran entendido, creyéndome loco por lo menos. No soy un triste, soy un desesperado. Mi mujer falleció hace ocho años, ignorando el mal que me devoraba, y afortunadamente no he tenido hijos. Encuentro en usted por primera vez un hombre capaz de comprenderme.

Me incliné agradecido.

—¡Es tan hermosa la ciencia, la ciencia libre, sin capilla y sin academia! Y no obstante, está usted todavía en los umbrales. Los fluidos ódicos de Reichenbach no son más que el prólogo. El caso que va usted a conocer le revelará hasta dónde puede llegarse.

El narrador se conmovía. Mezclaba frases inglesas a su castellano un tanto gramatical. Los incisos adquirían una tendencia imperiosa, una plenitud rítmica extraña en aquel acento extranjero.

—En febrero de 1858 —continuó— fue cuando perdí toda mi alegría. Habrá usted oído hablar de los yoghis, los singulares mendigos cuya vida se comparte entre el espionaje y la taumaturgia. Los viajeros han popularizado sus hazañas, que sería inútil repetir. Pero, ¿sabe en qué consiste la base de sus poderes?

—Creo que en la facultad de producir, cuando quieren, el autosonambulismo, volviéndose de tal modo insensibles, videntes, etcétera.

—Es exacto. Pues bien, yo vi operar a los yoghis en condiciones que imposibilitaban toda superchería. Llegué hasta fotografiar las escenas, y la placa reprodujo todo, tal cual yo lo había visto. La alucinación resultaba, así, imposible, pues los ingredientes químicos no se alucinan... Entonces quise desarrollar

idénticos poderes. He sido siempre audaz, y luego no estaba entonces en situación de apreciar las consecuencias. Puse, pues, manos a la obra.

—¿Por cuál método?

Sin responderme, continuó:

—Los resultados fueron sorprendentes. En poco tiempo llegué a dormir. Al cabo de dos años producía la traslación consciente. Pero aquellas prácticas me habían llevado al colmo de la inquietud. Me sentía espantosamente desamparado y con la seguridad de una cosa adversa mezclada a mi vida como un veneno. Al mismo tiempo, devorábame la curiosidad. Estaba en la pendiente y ya no podía detenerme. Por una continua tensión de voluntad, conseguía salvar las apariencias ante el mundo. Mas, poco a poco, el poder despertado en mí se volvía más rebelde... Una distracción prolongada ocasionaba el desdoblamiento. Sentía mi personalidad fuera de mí, mi cuerpo venía a ser algo así como una afirmación del no yo —diré, expresando concretamente aquel estado. Como las impresiones se avivaban, produciéndome angustiosa lucidez, resolví una noche ver a mi doble. *Ver qué era lo que salía de mí, siendo yo mismo*, durante el sueño extático.

—¿Y pudo conseguirlo?

—Fue una tarde, casi de noche ya. El desprendimiento se produjo con la facilidad acostumbrada. Cuando recobré la conciencia, ante mí, en un rincón del aposento, había una forma. Y esa forma era un mono, un horrible animal que me miraba fijamente. Desde entonces no se aparta de mí. Lo veo constantemente. Soy su presa. A donde quiera él va, voy conmigo, con él. Está siempre ahí. Me mira constantemente, pero no se le acerca jamás, no se mueve jamás, no me muevo jamás...

Subrayo los pronombres trocados en la última frase, tal como la oí. Una sincera aflicción me embargaba. Aquel hombre padecía, en efecto, una sugestión atroz.

—Cálmese usted —le dije, aparentando confianza—. La reintegración no es imposible.

—¡Oh, sí! —respondió con amargura—. Esto es ya viejo. Figúrese usted, he perdido el concepto de la unidad. Sé que dos y dos son cuatro, por recuerdo; pero ya no lo siento. El más sencillo problema de aritmética carece de sentido para mí, pues me falta la convicción de la cantidad. Y todavía sufro cosas más raras. Cuando me tomo una mano con la otra, por ejemplo, siento que aquella es distinta, como si perteneciera a otra persona que no soy yo. A veces veo las cosas dobles, porque cada ojo procede sin relación con el otro...

Era, a no dudarlo, un caso curioso de locura, que no excluía el más perfecto raciocinio.

—Pero en fin, ¿ese mono?..., —pregunté para agotar el asunto.

—Es negro como mi propia sombra, y melancólico al lado de un hombre. La descripción es exacta, porque lo estoy viendo ahora mismo. Su estatura es mediana, su cara como todas las caras de mono. Pero siento, no obstante, que se parece a mí. Hablo con entero dominio de mí mismo. ¡Ese animal se parece a mí!

Aquel hombre, en efecto, estaba sereno; y sin embargo, la idea de una cara simiesca formaba tan violento contraste con su rostro de aventajado ángulo facial, su cráneo elevado y su nariz recta, que la incredulidad se imponía por esta circunstancia, más aún que por lo absurdo de la alucinación. Él notó perfectamente mi estado; púsose de pie como adoptando una resolución definitiva:

—Voy a caminar por este cuarto, para que usted lo vea. Observe mi sombra, se lo ruego.

Levantó la luz de la lámpara, hizo rodar la mesa hasta un extremo del comedor y comenzó a pasearse. Entonces, la más grande de las sorpresas me embargó. ¡La sombra de aquel sujeto no se movía! Proyectada sobre el rincón, de la cintura arriba, y con la parte inferior sobre el piso de madera clara, parecía una membrana, alargándose y acortándose según la mayor o menor proximidad de su dueño. No podía yo notar

desplazamiento alguno bajo las incidencias de luz en que a cada momento se encontraba el hombre.

Alarmado, al suponerme víctima de tamaña locura, resolví desimpressionarme y ver si hacía algo parecido con mi huésped, por medio de un experimento decisivo. Pedile que me dejara obtener su silueta pasando un lápiz sobre el perfil de la sombra.

Concedido el permiso, fijé un papel con cuatro migas de pan mojado hasta conseguir la más perfecta adherencia posible a la pared, y de manera que la sombra del rostro quedase en el centro mismo de la hoja. Quería, como se ve, probar por la identidad del perfil entre la cara y su sombra (esto saltaba a la vista, pero el alucinado sostenía lo contrario) el origen de dicha sombra, con intención de explicar luego su inmovilidad, asegurándome una base exacta.

Mentiría si dijera que mis dedos no temblaron un poco al posarse en la mancha sombría que, por lo demás, diseñaba perfectamente el perfil de mi interlocutor; pero afirmo con entera certeza que el pulso no me falló en el trazado. Hice la línea sin levantar la mano, con un lápiz Hardtmuth azul, y no despegué la hoja concluido que hube, hasta no hallarme convencido por una escrupulosa observación, de que mi trazo coincidía perfectamente con el perfil de la sombra, y este con el de la cara del alucinado.

Mi huésped seguía la experiencia con inmenso interés. Cuando me aproximé a la mesa, vi temblar sus manos de emoción contenida. El corazón me palpitaba, como resintiendo un infausto desenlace.

—No mire usted —dije.

—¡Miraré! —me respondió con un acento tan imperioso, que a pesar mío puse el papel ante la luz.

Ambos palidecimos de una manera horrible. Allí, ante nuestros ojos, la raya de lápiz trazaba una frente deprimida, una nariz chata, un hocico bestial: ¡El mono! ¡La cosa maldita!

Y conste que yo no sé dibujar.



DISTOPÍAS LÍRICAS

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

(COLOMBIA, 27 DE NOVIEMBRE DE 1865 – 24 DE MAYO DE 1896).

Poeta, uno de los principales pioneros del modernismo en Hispanoamérica. Dotado de una gran sensibilidad humana y artística y de una notable inteligencia, tuvo una formación literaria precoz, resultado de un ambiente familiar cultivado y creativo. Su poema "Nocturno" es quizá el más conocido de él en toda América Latina. En 1894 trabajó en la Legación de Colombia en Caracas, y estableció relación con el círculo intelectual local. Fue especialmente prolífica su actividad literaria en Caracas, pero por desavenencias con el ministro de la Legación, el general José del Carmen Villa, se vio obligado a regresar a Colombia, en el vapor *Amérique*. A su regreso encalla frente a Barranquilla, allí el poeta pierde toda su obra inédita; una vez que llega a su destino y acosado por las deudas decide quitarse la vida, contando apenas con 30 años de edad. En el periódico local se escribió entonces: "Parece que era poeta". Su obra cumbre fue *Gotas amargas* (1896); el poema "Futura" pertenece a este poemario y de manera póstuma se publicó *El libro de los versos* (1923) y *De sobremesa* (1925).

FUTURA

- En el siglo veinticuatro
en una plaza de Francfort,
por donde cruza el tren más rápido
de Liverpool para Cantón.
- 5 La multitud se aglomera
de un pedestal alrededor,
forma un murmullo que semeja
el del mar en agitación.
Suena la música de Wagner
- 10 y el estampido de cañón,
y entre las hurras populares
sube a su puesto el orador.
Es el alcalde Karl Hmastaengel
quien preside la reunión,
- 15 y en el silencio que se agranda,
dice con monótona voz:
“¡Ciudadanos! ¡Compatriotas!
¡Salud! Honrad al fundador
de las más grandes de las obras
- 20 de nuestra santa Religión.
¡Eterna gloria a su divisa,
eterna gloria al redentor,
que con su ejemplo y sus palabras
el idealismo derrotó!

- 25 Salud al ingenio sobrehumano
cuyo evangelio derramó
de este planeta por los ámbitos
la postrera revelación.
¡Paz y salud a sus creyentes!
- 30 ¿Cuál de nosotros lo invocó
sin sentir instantáneamente
mejorarse la digestión?
¿Cuál en sus heroicos sueños
del estusiasmo y de valor,
35 al inspirarse en sus ejemplos
no vencerá la tentación?
Ha cuatro siglos que los hombres
lo proclaman único Dios.
¡Su imagen ved, su noble imagen,
40 su imagen ved!"
...Un gran telón
se va corriendo poco a poco
del pedestal al derredor,
y la estatua de Sancho Panza,
ventripotente y bonachón,
45 perfila el contorno de bronce
sobre el cielo ya sin color...
Cuando de pronto estalla un grito,
un grito inmenso, atronador,
de quince mil quinientas bocas
50 como de una sola voz,
que ladra: "¡Abajo los fanáticos!
¡Abajo el culto! ¡Abajo Dios!"
Es un mitin de nihilistas,
y en una súbita explosión
55 de picrato de melinita
Vuelan estatua y orador.



EUGENIO ALARCO

(PERÚ, 1908 – 2005).

Historiador, humanista y escritor de ciencia ficción. Realizó estudios en el Colegio Alemán y en la Escuela de Ingenieros, donde se tituló en 1931. Como profesional prestó servicios en distintas entidades, tanto públicas como privadas. Llevado por su inclinación a las letras y a la investigación es autor de una serie de investigaciones, ensayos y novelas, entre ellas una vasta enciclopedia del Perú, *El hombre peruano en su historia*, una obra de divulgación científica, *El hombre y el cosmos*, y dos libros de política, *La rebelión de los ejecutivos* y *Reflexiones desde el tercer mundo*. De narrativa escribió *La magia de los mundos* y *Los mortales*. Aquí presentamos un fragmento del cuarto capítulo de *La magia de los mundos*.

LA MAGIA DE LOS MUNDOS

(Fragmento, Cap. IV)

... ¿De modo que estos trajes en que los hombres se envuelven encierran tantos portentos y virtudes? ¿Y cómo? ¿Y dónde? Son cual un sutil tejido que se adhiere al cuerpo; es la verdadera epidermis, de asombrosos brillos y matices, y el cruce de las galerías o de los cielos, en que pululan los hombres, ofrece así una maravillosa visión-calidoscópica. Mas ¿puede haber potencia tal encerrada en imperceptibles mecanismos? ¿Acaso como en aquellos mares, en que una micrométrica gota contiene milagros de organizada potencia? Por eso, quizás —decía él que se ha dormido a la máquina—, se ha humillado, reduciéndola al nacer entrega insostenible de sus ocultos ímpetus, cual si poseyéramos invisibles criados a nuestro servicio. Es admirable; pero, como siempre, el dominio consciente de las fuerzas es flamígero regalo para las combustibles ánimas humanas.

—¡Néstor!

Era una voz de suavidad memorable. Y entre el tropel de voladores inmortales que recorrían la galería vio el sonriente rostro conocido.

—¡El hada, Pandora; el hada!

—¿Hada? ¡Nada de eso! Es Crisálida, la que arrulló tu despertar.

—¡Néstor, hijo mío! ¡Qué bien! ¡Qué alegría! ¡Y ya hablas como nosotros! ¡Y ya vuelas! Lo sabía, pero tan distinto es verte.

—Me diste la vida, Crisálida; me viste nacer. Gracias. La primera mujer de los nuevos mundos a quien vi; toda suavidad y caricias, toda belleza.

—¿Adónde vais? —dijo ella, viendo en Pandora aires de mohindad.

—Viene de las lagunas caliclanas.

—Íbamos en busca de saludables brisas.

—Venid antes conmigo. Ven, Néstor. Tal vez no regreses por acá pronto. Ya que te interesan estos reinos voy a mostrarte algo, que está al paso. Mecanismos de la vida, acumulados, con los que yo de continuo opero.

Se desviaron luego del torrente humano, penetraron por entrecruzados espacios, atravesaron bosques fantasmas, prados sumergidos en cálidas luces, y pasaban sin tropiezo por entre árboles, infrutescencias y follajes. Al fin penetraron en unas grutas cuyo acceso pareció de improviso abrirse entre las brumas luminosas al acercarse ellos. Por dentro reinaba la misteriosa quietud; sintiéronse sumidos en narcotizadores vahos. Al principio nada veíase entre la densa obscuridad; luego entrevieron abajo una charca, llena como de serpientes flotadoras, que se movían lentamente; serpientes o moluscos de círculos blancos y manchas negras o pardas o azules o verdosas, todos agrupados por colores, en progresiva escala de cromatismo. Eran como los ojos del estanque, que anduvieran errantes, buscando con mil pupilas qué mirar en las penumbbras.

Siguieron hacia otra no menos lóbrega caverna, que también tenía una charca en que flotaban y se estremecían carnosos y rojizos animales, sin patas ni cabeza, de cuerpo irregular y retorcido. Así sucediéronse luego cuevas y lagunas, de variadas formas y tamaños, hundidas en diversas luces pálidas. Eran ya los pergaminos sembrados de tupida y larga

pelambre negra, roja, dorada o castaña, o simples líquidos de colores verdinos, transparentes o sanguinosos. O las extrañas y tortuosas formas grises, amoratadas o parduscas.

Una mezcla de aprensión y repugnancia cosquilleaba las entrañas de Néstor. Tenía deseos de preguntar qué era esto y cómo y para qué podían los inmortales criar aberrados seres de tan horrible figura, pero Crisálida hacíale señas de que debían avanzar quietamente. Cuando al fin emergieron hacia la pureza de las luces, sintieron que los cuerpos parecían salir también de un estado de semisomnolencia o depresión. El aire tornose puro, el ambiente lleno de suavidades.

—¡Horror, Crisálida! ¿Qué monstruosos seres nos mostrase?

—No puede haber horror en los componentes del hombre. Habéis visto ojos, corazones, cabelleras, diversos haces musculares, sangre, vísceras, variados jugos, humores. Allí conservamos vivientes a unos y frescos a otros. Los utilizamos para reemplazar los que en los seres se destruyen o dañan.

—¡Qué horrible suplantación, oh, Crisálida! ¿Cómo podéis así desvirtuar los sentidos auténticos de la vida? Confío en que en nuestra reviviscencia no los habréis empleado.

—Nada substancial, pues habíais mantenido vuestra integridad.

—Pero si vosotros no morís, ¿de dónde obtenéis todo esto?

—No debemos morir, pero hay muertes eventuales, por errores o descuidos. Mueren los seres, pero sus órganos o algunos de ellos siguen viviendo. Los recogemos, separamos y conservamos vivientes hasta necesitarlos.

—¡Qué abominación, qué ruindad! En mis tiempos tales mutilaciones solo hacían las hienas, buitres o antropófagos.

—Tu época, Néstor, revolvíase impotente entre milenarios prejuicios que deformaban los sentidos de la vida. No olvides que es común yerno nos parezcan espantosos los

medios con que se crean los bienes perdurables. El brillo de la verdad suele desfigurar las cosas o hacerlas confundirse con las que falsamente relucen. Tengo que irme ahora. Me llaman. Te habré de ver otras veces. Quisiera enseñarte las maravillas de las microestructuras, para que comprendas cuánto hemos aprendido y aún podemos aprender de lo pequeño. Nada lo es tanto que no pueda encerrar portentos. Allí verás los más diminutos entes que conocemos, formando la viviente contextura de células o infusorios. Y los verás, grandes y hermosos, o monstruosos y abominables, con todos sus suaves movimientos, deslizarse con solemnidad, jugar, comer, hacerse el amor y reproducirse. ¡Y de tan variadas formas o costumbres! Allí podrás admirar la espléndida organización de las minúsculas partículas de materia, exponiendo su inagotable fuerza en las ordenaciones, evoluciones y permanentes ritmos, y expresándose tanto en canturreos asombrosos como en insospechadas policromías. Y también verás seres de toda naturaleza, traídos de lejanísimos mundos, desde los confines del universo. Te he de mostrar todo eso, Néstor. Hasta otra vez. Ven a buscarme. Adiós.

Y se fue, dejando flotar entre ellos su perfume de nardo...



HANS ARP

(FRANCIA, 16 DE SEPTIEMBRE DE 1887 – SUIZA, 7 DE JUNIO DE 1966).

Escultor y pintor francés de origen alemán. Tras iniciar sus estudios de arte en su ciudad natal, se trasladó a Weimar y posteriormente a París, donde ingresó en la prestigiosa academia Julian. Entre 1912 y 1914 vivió en Munich y participó brevemente en el grupo *Der Blaue Reiter*. Durante la Primera Guerra Mundial se exilió voluntariamente en Basilea, donde fue uno de los fundadores del movimiento Dadá y donde elaboró sus primeros relieves policromados, tal vez sus piezas más célebres. En la década de 1920, nuevamente establecido en París, mantuvo estrechos contactos con los surrealistas, cuya influencia se vio reflejada en su obra. En 1930 se hizo miembro del grupo *Cercle et Carré*, promotor de la abstracción pura con derivaciones geométricas, al que más adelante sucedió el denominado *Abstraction-Création*, del cual Arp fue uno de los más señalados impulsores. Su colaboración con Huidobro en la novela posthistórica "Salvad vuestros ojos" representa un hito en la historia de los orígenes de la ciencia ficción del continente.

VICENTE HIDOBRO

(CHILE, 10 DE ENERO DE 1893 – COLOMBIA, 2 DE ENERO DE 1948).

Poeta y novelista chileno, ideólogo del creacionismo, movimiento que preconizaba la radical negación de las tradiciones y escuelas, fundamentando la creación poética en la más absoluta libertad. Entabló amistad con las principales figuras de la vanguardia europea a principios del siglo XX: Picasso, Apollinaire, Breton, Reverdy, etc. Entre sus obras se encuentran: *Poemas árticos* (1917), *Ecuatorial* (1918). En 1931 publica su obra cumbre, *Altazor o el viaje en paracaídas*, un hito en la renovación de la poesía hispanoamericana, considerado como libro fundador de la poesía moderna en el continente. La novela corta posthistórica "Salvad vuestros ojos" fue publicada en colaboración con Hans Arp en 1935, ubicada dentro del volumen titulado *Tres inmensas novelas*.

SALVAD VUESTROS OJOS

(Novela posthistórica)

Era el día de Navidad, el 1.^o de mayo. Del cielo caían hombres de nieve y toneles llenos de truenos. Sobre el mundo flotaban los tres últimos corazones calafateados: la Libertad, la Igualdad, la Fraternidad. Era el último día del nuevo año. El árbol del idealismo, ese árbol sentimental en el cual se mecían los nidos de los filósofos materialistas, fue abatido de golpe por un solo trueno de helio.

Los hombres se habían convertido en cebollas cocidas, con un palillo de dientes entre los dedos de los pies y una bandera de colores sagrados en el ojal derecho del pantalón izquierdo. Diez minutos más tarde, los hombres habían desaparecido y la última mujer masticaba sus píldoras orientales, sentada sobre las teclas de la más alta montaña de la Tierra. Tenía un cierto parecido con el Arca de Noé, aunque su barba era un poco más larga y su palomo un poco más corto. Sin embargo, llevaba en el pico de su mirada aviesa una hermosa rama de olivo. (Este olivo se ha convertido hoy en el alfiler de corbata de los cortacircuitos especializados). Como el lector debe haber comprendido, el hombre ha desaparecido de la faz de la Tierra, y en su lugar podemos ver al *glóbulo hermafro-metálico*, esbelto y elegante, no más ancho que la mitad de la

oreja del Angelus de la tarde, ni más largo que el meridiano de Greenwich a las 6:40 del día.

Este ser, elegante y esbelto, está perfectamente estandarizado y se puede comprar por dos francos cincuenta en todos los almacenes bien provistos. Su espacio individual no pasa de 25 centímetros cúbicos. Cuando su respiración excede algo más allá de esta medida, él la pliega en dos y aun en tres, según las circunstancias.

Aquí debemos advertir, para la perfecta comprensión de nuestra historia, que estos seres, cuando se encuentran aislados, se llaman Antonio, y cuando se les encuentra en grupos, se llaman José. Sus mujeres, cuando la cantidad de glóbulos que las forman pasan de un metro de altura, se llaman Carolina; cuando no llegan a un metro, se llaman Rose Marie.

Los Antonios, que desde hace tanto tiempo han sobrepasado nuestro plano físico de vanguardia colectiva y nos han aniquilado completamente; los Antonios, repito, llevan en el sitio en donde nosotros llevábamos los bigotes almidonados, magníficas corrientes alternativas que tienen el gesto altivo del índice que Virgilio dejó olvidado en un tronco de árbol, pocos días antes de su muerte. Esto en cuanto a los bigotes; ahora en cuanto a los otros pelos que a nosotros nos servían para saber la hora precisa en cualquier momento del día o de la noche, ellos no los poseen, pero tienen en sus sitios pequeños arco iris cantantes, cubiertos cada uno de hemisferios de aluminio.

Los José tienen un carácter que se asemeja al paladium 36, que es más ligero que el agua y sus lebreles. Los José son transparentes como la estratosfera antes del descubrimiento de América. Van rodeados de un círculo de humo que les confiere un aire coqueto, gracioso e higiénico. Poseen un talento especial para descifrar los jeroglíficos del tiempo de los hombres. Ellos descifraron el magnífico himno religioso que aquí incluimos para solaz y meditación de nuestros cultos lectores:

“Cuando vosotros hayáis empleado los anteojos eternos con perfume de meteoros para vuestra T8 o vuestra M15, vosotros no

rascareis jamás el infinito ni la tormenta de la élite del mundo elegante, ni el lagarto africano sobre todas las grandes marcas.

“Buena suerte, el día de gloria ha llegado con el big Satán desnudo, solo después de medianoche, cuyo renombre mundial de vías urinarias va creciendo siempre.

“Cualquiera que sea vuestro cuadro de adherencias, no agráveis el mal rascádonos el marinero, pues el órgano excepcional os da absoluta seguridad.

“Si tortugas voladoras obscurecen vuestra vista, si vuestra nariz aparece lacrimosa y pegada en las mañanas contra los muros y vuestros labios son rápidos, como los servicios de la muerte o las preparadoras y picadoras de tallos, no os asustéis. Ello significa siempre la esencia de las más altas temperaturas”.

“Allons enfants de la patrie”, salvad los ojos de los marineros.

Para la perfecta comprensión de nuestra historia, debemos ahora dar algunos detalles sobre las Carolinas y también sobre las Rose Maries. Las Carolinas son glóbulos hermafrotemáticos con un talle permanente de películas protectoras sobre las piezas móviles. Cuando empiezan a girar están frías y dan un mejor funcionamiento. Su temperatura es considerable cuando la presión influye sobre sus cualidades lubricantes, pero las impurezas que se deslizan no perjudican a su eficacia. Ellas absorben el calor y es de suma importancia el vaciarlas a menudo.

Las Rose Maries son perversas. En su trayecto a través del mundo absorben y evacuan una gran cantidad de vitaminas celestes. Esta participación a la vida solo puede ser asegurada por un magnetismo de primera clase en venta en bidones sellados. Ello es una garantía para vuestra vida privada y económica.

Estos seres han transformado el mundo, han barrido los continentes y los mares de la tierra. La Australia se ha convertido en un ruido colectivo, Europa es un ojal para las legiones de nebulosas y las condecoraciones de danzas postparanóicas.

Del África hicieron un estercolero tricolor para la electricidad arcaica de los aeroplanos sentimentales o venecianos, perfumados de jazmín y los altoparlantes de la sabiduría.

Aquí debemos advertir, para la perfecta comprensión de nuestra historia, que los únicos seres que no pudieron ser barridos por los glóbulos hermafrométálicos fueron las ardillas. Estas pequeñas *snobs* de los pinos, estas comedoras de luto, estas fabricantes de motores a corazón, estas paladeadoras del dolor, estas decapitadoras de las hermanas de los incas, estas inventoras del viento norte, se paseaban sobre los desiertos del racionalismo, burlándose de los glóbulos hermafrométálicos. Les hacían sentir el aroma de lavanda e imitaban los gritos y los cantos de los búhos, de los relojes y de los curas, de tal modo que los glóbulos temblaban como nosotros ante los espectros. Servían salchichas descentradas y mostraban imágenes vergonzosas del tiempo de las revoluciones cuando los burgueses se empecinaban en defender y propagar su lepra ultravioleta. Entonces los glóbulos enrojecían y los coladores que las protegían contra toda metafísica empezaban a estornudar como cuentos de hada.

¿Quién podía garantizar a los glóbulos hermafrométálicos que las ardillas no poseían un poder cabalístico y que de un instante a otro no harían surgir praderas materialistas llenas de miosotis y de confesonarios? ¡Ah! Estas pequeñas vengadoras y revendedoras de la melancolía, estos sacerdotes del buen comer, eran enemigos encarnizados del Antonismo y del Josefismo, de la higiene y de las matemáticas.

¿Por qué razón hemos olvidado hablar de América y de Asia? Debía de haber alguna razón para semejante olvido. No había razón alguna para tal olvido. América se convirtió en un suspiro perforado. El Asia se convirtió en un fuego fatuo, sutil y prestidigitador. Así, pues, los cinco continentes no ladraban más en las noches de luna.

Para la perfecta comprensión de nuestra historia, debemos contar al lector lo que sucedió una tarde del 0³ Z⁷.

Rose Marie se paseaba por las selvas fluídicas, contemplando en pequeñitos espejos de centellas sus hermosos labios indefrisables, cuando de repente encontró una vieja caverna olvidada. La curiosidad, esa virtud de los ascensores y de los timbres eléctricos, la hizo penetrar en sus laberintos. Después de mucho anclar en las tinieblas, encontró tendido entre las rosas el cadáver petrificado de un viejo lobo del aire, con la pipa aún humeante entre los labios y el rostro quemado por los soles inocentes de la prehistoria filosófica.

Rose Marie sentía las atracciones generatrices y los imanes genitivos de José y, como es natural, corrió a contarle su hallazgo. Todo el mundo sabe que los Josés, gracias a una larga experiencia, a sus instrumentos constantemente perfeccionados y a la excelencia de sus métodos, producen un calor capaz de satisfacer plenamente cualquier exigencia. Pero la experiencia que antes nacía solo en la punta extrema de cada cabello blanco y que ahora nace tres meses antes que ellos empiecen a echar raíces, les ha enseñado a evitar los momentos peligrosos y salvar dignamente las dificultades por medio de un simple deslizamiento de dos piezas aisladoras, la una contra la otra, lo que produce una protección eficaz y permanente de sus propiedades climatéricas íntimas y reduce a la nada todos los ataques. José, seguro de sí mismo, siguió a Rose Marie en medio de la selva fluídica y bajó con ella hasta el fondo de la caverna perdida. Allí, como podía preverse, la discusión estalló.

—Te afirmo que no es un viejo lobo del aire —dijo José—. Es el futuro soldado desconocido.

—Desengáñate —exclamó Rose Marie, desdeñosa—, no cabe duda de que es un viejo lobo del aire; mira cómo la pipa humea entre sus labios y cómo sus manos tienen forma de aterrizaje forzoso.

—Yo no veo tal aterrizaje forzoso y en cuanto a la tal pipa, ella no es sino un cometa que le cuelga de la boca o, si prefieres, una especie de vómito de fuego en el cual se ve una brújula que

marca noventa años, después del nacimiento de José. Sostengo que es el futuro soldado desconocido; mira cómo le brotan medallas sobre la nariz y observa su sonrisa socarrona.

—Imposible. Si fuera el futuro soldado desconocido, daría evidentes signos de vida. Además, eso probaría que iban a haber aún guerras, lo cual es un grave error científico, como tú sabes.

—Nunca he dicho que sea el soldado desconocido de futuras guerras nuestras, no me tomes por imbécil; digo que iba a serlo de las guerras de los hombres y no alcanzó a realizar su sueño, porque la muerte le sorprendió antes de la última guerra.

Para la perfecta comprensión de nuestra historia, debemos decir al atento lector que esta terrible discusión removió las fibras armoniosas del futuro soldado desconocido, el cual, despegando sus labios de mármol, dejó caer la pipa y cantó esta hermosa canción:

Yo he visto dos ardillas
haciendo morisquetas
Ordeñar un sepulcro
lanzando palanquetas.

Por qué razón el paraguas
Ha bajado de los cielos
Por qué razón las ardillas
Se escobillan en sus vuelos.

Por qué la guerra que yo espero
Se perdió en el bosque espeso.

Después de entonada la última palabra, se oyó un disparo de cajón y un disparo de sombrero. Al mismo tiempo, toda la caverna se llenó de estalactitas de honor.

Por la misma razón, Rose Marie sobrepasó la medida de un metro y se convirtió en Carolina, lo cual obligó a José a salir con ella fuera de la caverna y conducirla hacia un Antonio, que sería entonces más propio para ella, pues sabido es que los Antonios deben casar con Carolinas y los Josés con Rose Maries.

Carolina y Antonio se abrazaron, llorando de alegría en medio de un llano que giraba en torno de su eje, como una hoja a merced de las poleas del viento que pasa sin saludar.

En esos momentos de amor, una deplorable regresión hacia los tiempos históricos apareció en esos seres revolucionados y posthistóricos. Lágrimas con pelos les brotaban desde el interior de sus glóbulos, termómetros de savia ascendían en torbellino por el magma de sus cuerpos. Se frotaban sus glóbulos con un ruido que casi recordaba los antiguos besos y, en una fiebre de fidelidad, catorce flechas alfa les atravesaron de parte a parte, produciéndoles un deleite desconocido e intradicible.

Carolina, mirando a José con un aire atlántico, exclamó:

—Disculpa, José, yo no puedo amarte, pues tú eres varios y yo me he convertido en exclusivista.

José permaneció mudo y clavado en el suelo como una lámpara de amargura, con las orejas radioactivas vueltas hacia el horizonte. Ante ese espectáculo de ternura incomparable, se sintió cogido por un rayo ultravioleta que le lanzó al espacio contra un eclipse y se rompió en mil pedazos.

Un gran relámpago salido de las alturas se alejó, creciendo como el más bello juramento de amor.

Para la perfecta comprensión de nuestra historia, terminar nuestra historia.



CORPOREIDADES PÓSTUMAS

HORACIO QUIROGA

(URUGUAY, 31 DE DICIEMBRE DE 1879 – ARGENTINA, 19 DE FEBRERO DE 1937).

Su carrera literaria se había iniciado con la publicación de un libro de poesía: *Los arrecifes de coral* (1901). En 1898 conoció a Leopoldo Lugones en Buenos Aires, un escritor que habría de ejercer una importante influencia sobre él. En 1900 fue uno de los promotores de un movimiento literario en Montevideo que recibió el nombre de "Consistorio del Gay Saber". También es posible reconocer el ascendiente que tuvieron sobre Quiroga el italiano Gabriele D'Annunzio y el norteamericano Edgar Allan Poe. Entre sus obras más importantes pueden citarse *El crimen del otro* (1904), *Historia de un amor turbio* (1908), *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1916), *El salvaje* (1920), *Cuentos de la selva* (1921), *Anaconda* (1923), *El desierto* (1924), *Los desterrados* (1926) y *Más allá* (1934), su última obra. "El hombre artificial" fue publicado bajo el seudónimo de S. Fragoso en Lima en 1910.

EL HOMBRE ARTIFICIAL

I

La rata yacía inmóvil, patas arriba, entre las blancas manos de Donissoff. Los tres hombres, con la respiración suspendida, estaban doblados sobre el animal tendido en la mesa.

—¿Y...? —exclamó Ortiz, ansioso.

Donissoff tardó un rato en contestar. La belleza angelical de su rostro había adquirido un tono duro, implacable, como si la terrible voluntad que se albergaba dentro de aquella cabeza gentil hubiera traspasado el semblante.

—Nada, todavía —respondió al fin—; no es tiempo aún.

De pronto un centelleo fugaz cruzó por sus pupilas.

—¡La temperatura baja! ¿Qué hacer, Ortiz?

El interpelado salió corriendo y desde el laboratorio se pudo oír el golpe seco de las chispas eléctricas en los interruptores. La mirada de Donissoff no se apartaba del termómetro suspendido frente a la mesa.

—¿Sube? —gritó Ortiz desde la pieza contigua.

—Sí... 39... 39° 10... 39° 30... ¡Basta!

Ortiz volvió enseguida. Entretanto, la rata, preocupación intensa de los tres hombres, continuaba inmóvil. A ambos lados del grupo, dos grandes mesas ostentaban los más complejos aparatos de química, anatomía y bacteriología. En el laboratorio inmenso y casi todo él en penumbra, a excepción de las ocho lámparas eléctricas con pantalla verde que

proyectaban su luz sobre la mesa, los tres experimentadores ofrecían un aspecto poco común y aun sombrío, inclinados y con el alma en suspenso, sobre una simple rata. El calor era asfixiante, pero ellos no parecían darse cuenta. Doblados sobre el animal, el ansia retratada en sus rostros, continuaban devorando con los ojos el inmundo animalucho entre las manos de Donisoff.

—¡Sivel, la jeringa! ¡Ya comienza la reacción! —exclamó de pronto Donisoff. Sivel dio un salto, recogió de la gran mesa el objeto pedido y, extendiéndolo al joven sabio, sujetó entre sus manos la cabeza de la rata. Frío, seguro, a pesar de la inmensa ebullición de su alma y la de sus compañeros, Donisoff inyectó al animal el rojo líquido de la jeringa.

Pasaron diez segundos, quince, veinte, un minuto. Lo que aquellos tres hombres han sentido en ese interminable tiempo no es fácilmente apreciable. Ni uno habló; ni uno se movió; apenas pestañearon. Por eso, cuando en el silencio angustioso sonó la voz de Donisoff, algo como un inmenso suspiro levantó los tres pechos.

—Se mueve... —había dicho Donisoff, cuya mano, colocada sobre el corazón de la rata, acababa de temblar.

Su voz también temblaba. Sivel y Ortiz, con el rostro radiante y el cuerpo entero sacudido por la más violenta emoción, se miraron. ¡Luego era cierto! ¡Ellos, solo ellos habían hecho eso que estaba allí! Todos los trabajos, todas las horribles inquietudes de esos tres años se desvanecían para siempre. ¡Y ellos, nada más que ellos!

Dobláronse de nuevo sobre la rata y de nuevo quedaron inmóviles, mientras la fina mano de Donisoff continuaba sobre el corazón que había latido.

—Sigue... —murmuró Donisoff después de un largo rato—. Esperemos más...

Esperaron aún otro interminable minuto. Al fin la mano de Donisoff se apartó lentamente del corazón de la rata; alzó el rostro transfigurado de emoción, en que los ojos brillaban con

el más alto orgullo que quepa en mirada humana, y con voz clara dijo a sus compañeros:

—Han pasado dos minutos... Los glóbulos viven ya... Ya está viva.

Entonces se vio la cosa más asombrosa, tratándose de un sabio en la más honda acepción de la palabra: de un salto trepó sobre la mesa próxima y bailó allí la más desordenada danza de los mundos posibles e imposibles. Enseguida se arrojó al suelo y se envolvió en el linóleum, girando sobre sí mismo. De allí dentro surgió su voz ronca y:

—¡Hurra por Donissoff! ¡Hurra por Sivel! ¡Hurra por Ortiz!

Al fin el loco delirio calmose y Donissoff quedó rendido.

Entre tanto, Sivel se había sonreído de aquella chiquillada. Donissoff, sentado en una mesa, con las rodillas entre los brazos, se mantenía inmóvil, la vista perdida. Como suele acontecer a menudo, el formidable prodigo que acababa de realizar, gracias a su genio y con la ayuda de sus compañeros, acaso el triunfo no hacía sino recordarle todos los fracasos, todas las amarguras de su vida anterior. Además, sus nervios, capaces de soportar una altísima tensión, estaban también expuestos a caer en una extenuación equivalente, y eso era sin duda lo que le pasaba.

—Bueno, Donissoff —dijo Sivel, poniéndole cariñosamente la mano en el hombro.

—Estoy rendido; tengo una sed horrible. Vamos a descansar un rato. ¿Sabe qué hora es? ¡Las cuatro! Y no nos hemos sentado desde las seis de la mañana. Y ese personaje —añadió, volviéndose de reojo a la rata tendida de lomo— comienza con un buen sueño su iniciación a la vida... Pero no tengo hambre; sí sed.

—Yo tomaría té —apoyó Ortiz—, pero con la condición de que lo haga Donissoff.

—¿Donissoff...?

—Vamos —repuso simplemente este, y los tres sujetos que habían asociado su profunda capacidad científica, los tres magos a quienes trescientos años antes la Inquisición hubiera quemado sin perder un segundo, se dejaron caer quebrantados en los divanes del comedor.

II

Estos tres individuos que acababan de “hacer” un ser vivo se llamaban Nicolás Ivanovich Donissoff, Luigi Marco Sivel y Ricardo Ortiz.

Donissoff era ruso y último descendiente de una de las más nobles familias del imperio. Perdió a sus padres cuando aún era muy niño, y fue encargado de su educación y la administración de su inmensa fortuna un viejo amigo de la familia, el príncipe Dolgorouky.

Donissoff se formó en un ambiente de profunda adhesión al zar. Su familia, desde tiempo inmemorial, había participado íntimamente en la administración del imperio moscovita, y entre los baluartes de la reacción contra las agitaciones de los últimos tiempos, el zarinato contaba al padre de Donissoff. Se explica así la veneración del niño por todo lo que suponía gobierno imperial. Su alma se iba formando también en ese ambiente de autocracia, y esto duró hasta que el joven tuvo dieciocho años. En aquella época, sus lecturas o, lo que es más posible, ciertos sentimientos que despertaban en él haciéndole ver de otro modo las cosas, transformaron completamente su espíritu.

Una noche, ya de madrugada, el príncipe Dolgorouky, que volvía de una recepción en palacio, se extrañó al ver luz en el cuarto de su pupilo. Entró en él y encontró a Donissoff tendido en la cama, vestido aún de frac, leyendo uno de esos libros que cuestan el cuello a quien los escribe.

Quince días más tarde Donissoff fue sorprendido por agentes de policía secreta en un café que frecuentaban estudiantes. Si se hubiera tratado de otro noble cualquiera, el joven

hubiera concluido sus días en Siberia, pero no era posible ese proceder con el hijo de Alexis Donissoff.

No obstante, las reconvenciones llovieron sobre él, y aun el gran duque Iván se dignó detenerle una tarde a su salida de palacio.

—¡Mucho cuidado! —le dijo sonriendo—. Acuérdate de otro príncipe como tú, que también ha escrito libros como el que leías.

El gran duque aludía al príncipe Kropotkin.

—Ignoro a qué libro se refiere su alteza —respondió Donissoff, poniéndose colorado.

El gran duque lo miró atentamente.

—¿Por qué mientes, príncipe? —le dijo.

—Con perdón de su alteza, yo no miento —repuso Donissoff, mientras el rubor y la indignación le abrasaban el rostro.

Esta vez el gran duque tuvo compasión de él, y con una nueva sonrisa le empujó suavemente del hombro.

—Bien, Nicolás Ivanovich. Si no leíste esos libros, no los leas ni vayas a cafés de estudiantes, aunque “no” hayas ido nunca. Sigue en paz.

Durante días enteros Donissoff bebió hasta las heces el remordimiento de su mentira.

Se sentía envilecido, y en especial porque había mentido por miedo. “He tenido miedo de decírselo; soy un cobarde —se decía—, un miserable cobarde. ¡Y esto, que a cualquiera de ellos hubiera costado tanto como ponerse la mano en el bolsillo, ha sido demasiado para mí! ¡He tenido miedo de decir que había leído aquel libro!”.

Al final de esos diez días, Donissoff tuvo una entrevista con su tutor, a quien quería entrañablemente. Como consecuencia de la misma, Donissoff renunciaba a las prerrogativas de su posición y a su inmensa fortuna. Y si un curioso se hubiera asomado, seis meses más tarde, a una helada buhardilla del más sórdido barrio de San Petersburgo, hubiera visto

a un joven, tiritando de hambre y escasez de ropa, de codos sobre sus libros de medicina.

Para vivir había comenzado por cargar baúles en la estación; meses después limpiaba tubos en un instituto de bacteriología, y como el genio que debía más tarde llevarlo adonde sabemos comenzaba ya a flamear en su cabeza, muy pronto pasó a preparador, y muy pronto llegó a ser la cabeza dirigente del célebre instituto.

De tarde en tarde iba disfrazado a su expalacio a reconfortar su alma filial con aquel puro cariño. Entre tanto, proseguía sus estudios académicos, frecuentando al mismo tiempo a los revolucionarios. Los violentos sentimientos de justicia no tardaron en llevarlo a las más avanzadas filas, y cuando en enero de 1902 el Comité Central de la Revolución rusa discutió la muerte del príncipe Dolgorouky, Donissoff denunció como más nefasta la influencia de otro príncipe. Nadie ignoraba la veneración que Donissoff guardaba, pura e inmaculada, para el viejo príncipe.

Al oírlo, sus compañeros quedaron un momento inmóviles; a ninguno escapaba la grandeza de ese sacrificio.

—Creo —dijo alguno después de un momento— que la influencia de Galitzine es mayor.

—Creo que no —repuso Donissoff.

—Estoy bien informado —arguyó el primero.

—Y yo estoy seguro.

El otro lo miró largamente.

—Pero tú loquieres mucho...

—Inmensamente —repuso Donissoff, mortalmente pálido.

Sus compañeros bajaron la cabeza para no ver dos lágrimas, lágrimas de sangre, lágrimas surgidas de lo más hondo de un alma abrasada en justicia, que rodaron por las mejillas de Donissoff.

Todos recuerdan los cinco tiros asestados en pleno pecho al príncipe Dolgorouky, el 11 de enero de 1903, a la salida del

supremo tribunal. Donissoff pasó en su cuarto todo el día del atentado, sin querer ver a nadie. Fue inmediatamente arrestado y no quiso responder una palabra, decidido a hundirse para toda su vida en Siberia. Pero sus compañeros lo obligaron a evadirse, basándose para ello en las mismas razones por las cuales él mismo había hecho el sacrificio de su más grande afecto en este mundo.

Donissoff vivió un año en Viena, entregado con toda su alma a sus experimentos científicos. De Viena pasó a París, permaneciendo en esa capital tres años.

Seguramente su alma no estaba suficientemente templada para el sacrificio que le había impuesto. Si hubiera tenido más edad, acaso una nueva explosión de amor a los que sufren hubiera apagado el dolor de aquella herida. Pero a los veintitrés años falta en las fibras del corazón espesor suficiente para resistir vibraciones de esa especie, y de ese modo Donissoff quedó herido para siempre. Recobró, sí, su voluntad, su indomable energía, pero no para ser aplicada a aquello, allá en Rusia. Luego, su genio, maduro ya, absorbía, o por lo menos dirigía, sus demás facultades. Estudió aún un año en Londres y a fines de 1905 llegaba a Buenos Aires.

III

Stefano Marco Sivel era italiano, de una familia pobrísima. Su padre, exbandido calabrés, y que había abandonado su profesión a causa de un brazo roto, ejercía con su hijo los mismos hábitos disciplinarios que tuvo con sus satélites. El pequeño Marco sufrió las más horrendas palizas que es posible recibir sin morir acto continuo, y conoció lo que es el hambre, encerrado en un sótano negro como la noche, empapado de agua y acribillado de ratas. Todo esto, porque era escaso lo que el pequeño obtenía pidiendo limosna en pleno invierno y con solo una camisa para excitar más la compasión.

Más tarde, cuando su edad fue sobrado grande, su padre le hizo instruir por un viejo bandido como él en la ciencia

del cicerone. El pequeño Marco aprendió en dos o tres horas cuanto sobre ruinas e historia romana sabía el salteador, y muchísimo más por su propia cuenta. Pero lo que el minúsculo cicerone no aprendió tan bien fue a ejercer su profesión. No pedía jamás un centavo de retribución y se creía el más feliz de los mortales si algún viajero le regalaba una lira. En estas ocasiones, como en todas, su padre se apoderaba del dinero. Pero, cuando la ganancia era nula, el viejo bandido entraba en sombrío furor y los golpes a puño cerrado llovían sobre la boca de la criatura.

Como su hijo jamás se quejaba, el padre creyó que no sentía los golpes y, en consecuencia, tomó el partido eficaz de mandarle buscar un alambre y, colgándolo del techo, le cruzaba el cuerpo con aquel horrible látigo.

—¿Cuánto? —preguntaba el viejo.

—Una lira.

—Dame —extendía la mano.

Al día siguiente:

—¿Cuánto?

—Nada.

—Está bien, anda a buscar el alambre.

Siempre era un alambre nuevo que la criatura debía ir a recoger en el arroyo. Volvía al rato con el instrumento de tortura y comenzaba a quitarse la ropa sin un suspiro ni una mirada a su padre.

Pasó así el tiempo y Marco llegó a tener doce años. Una tarde recomenzó el diálogo de siempre.

—¿Cuánto?

—Nada.

—Está bien, anda a buscar el alambre.

—No —repuso el niño.

Su padre se volvió súbitamente, como si le hubieran dado una bofetada.

—¿Qué dijiste?

—Nada, que no voy a buscar el alambre.

Lentamente, el viejo se levantó. Su rostro se puso lívido, mientras un rayo lúgubre cruzaba por sus ojos de viejo saltador. Paso a paso, se aproximó a su hijo hasta casi tocarle el rostro.

—¿Dices que no vas a buscar el alambre?

—No —repuso Marco sin moverse, y tan pálido como su padre. El viejo lo contempló un rato sin mover un solo músculo. Ya no era un rayo lo que cruzaba por sus ojos, sino un relámpago siniestro que iba en aumento.

—¡Anda a buscar el alambre! —rugió cárdeno ahora de furor.

—No —volvió a responder la criatura. Y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, su padre, espantosamente lívido, había ido a descolgar su gorra.

—Está bien —silbó—; quédate, iré yo.

Y salió.

Cuando volvió, la criatura estaba sentada a la mesa, la cabeza echada sobre los brazos. Su padre lo tocó ligeramente en el hombro.

—¡Desnúdate!

—¡No, padre! —repuso Marco sin levantar la cabeza.

—¡Madonna! ¡Ligero, ligero! ¡Desnúdate! —explotó al fin el viejo, haciendo saltar la mesa de un puñetazo.

—No —contestó aún el niño. Y con los brazos cruzados, cerró los ojos como en el momento de morir, y pensó en su madre: “Mamá... mamá querida...”.

Pasó un momento, otro más. No se sentía el menor ruido. Temblando, Marco levantó la cabeza y vio a su padre, aún de pie, que lo miraba fijamente. La mano del viejo bandido cayó con lentitud sobre el hombro del niño.

—Está bien —le dijo con voz ronca, reseca por la profunda tempestad que bullía en aquel pecho.

—Está bien, eres mi hijo, reconozco mi sangre. Eres digno hijo mío. Pero —añadió, poniéndose aún más lívido— vete de aquí para siempre, porque te aplastaría la cabeza contra

la pared. Nadie en el mundo ha hecho delante de mí lo que acabas de hacer tú. Eres mi hijo, te reconozco. ¡Pero vete enseguida, enseguida! ¡Jamás vuelvas a poner los pies aquí!

Y lo arrojó a la calle.

IV

En pos de sus primeros meses de libertad –libertad de criatura hambrienta, sin casa y sin cariño de ninguna especie–, Sivel tuvo la dicha de que un carpintero lo tomara de aprendiz, y entre golpe de cepillo y vuelta de taladro fortificó su ansia de estudio. Estudió de noche, mientras comía, aún en el taller. Su aplicación despertó el cariño del maestro y pudo así seguir un curso regular. Más tarde, ya con otro empleo, hizo el bachillerato, ingresando con altísimas calificaciones en la Facultad de Medicina.

Al cabo de quince años nadie nombraba a una celebridad médica sin que el nombre de Sivel surgiera con todo el brillo de su gran aureola. En esta época su corazón, hasta entonces dormido, se encendió en vibrante amor por una joven que a su vez le había entregado su alma entera. El noviazgo corría en la más grande felicidad, cuando una mañana llegó a su clínica en el hospital una joven a quien una intensa hemorragia había privado de casi toda la sangre. De noche contó el caso a su novia.

—Es una pobre muchacha que necesita sangre a oleadas. Si mañana no ha reaccionado será menester operar una transfusión...

Su novia, que le conocía bien, le hizo jurar entre un mar de lágrimas que no le entregaría a la muchacha una sola gota de su sangre.

—¡No te querré más, te lo juro! —sollozaba—. ¡Te juro que si haces eso no te querré más!

Sivel la adoraba, y ese amor querido era la recompensa y la consagración de sus sufrimientos y de su gloria.

Pero a la mañana siguiente Sivel entregaba a las venas de la agónica oleadas de su propia sangre. Cometió un lamentable

descuido en la operación, y Sivel cayó en su lecho, presa de una terrible infección general.

Esa tarde, su novia, ignorante aún del hecho, le escribió diciéndole que si le faltaba una sola gota de sangre le olvidaría para siempre. Sivel le respondió: "Hazlo. Además, me estoy muriendo".

Su novia rompió. Sivel estuvo dos meses entre la vida y la muerte, y cuando se levantó convertido en un espectro, horriamente desfigurado por los tumores que le habían devorado el rostro, una joven vencida por los sollozos cayó de rodillas ante él. Era la joven del hospital, cuya alma romántica y llena de ternuras sintió al saberlo un inmenso agradecimiento hacia el pobre gran hombre que había sacrificado su felicidad por dar vida a una desconocida. Su agradecimiento había llegado muy pronto al más extremado amor.

La joven, en una convulsión entera de su cuerpo, oprimió con su boca la mano de Sivel, pero este la retiró vivamente.

—¡No, no! ¡Levántese! —le dijo, mientras allá en el fondo de su corazón la gran herida de su amor se reabría ante aquella presencia amargamente evocadora...

—¡Perdón! ¡Perdón...! —sollozaba la joven, aún de rodillas.

—Si no tengo nada que perdonarle —tuvo fuerza Sivel para sonreírse—. Pero levántese.

—No, no... Yo tengo la culpa...

Sivel tuvo entonces la sensación de que una mano indiferente, una mano cualquiera, estaba arañando su corazón. Su dolor era suyo y no de aquella extraña.

—¡Perdón...! ¡Yo tuve la culpa...! Fue por mí...

—¡Ah, no! Le pido perdón a mi vez —exclamó Sivel—. No lo hice por usted.

Los ojos de la joven se alzaron lentamente hasta Sivel.

—Sí; no lo hice por usted; me compadecí de su ser, de una existencia condenada a morir, como la suya, de su vida, en fin... pero no por usted. ¡Oh, no!

Cuando una esperanza de amor, lógica o no, se quiebra; cuando caemos de lo alto de un sueño de grandeza, como el que consiste en habernos creído inspiradores de un gran sacrificio, la caída es siempre terrible.

La joven, fijos los ojos desmesurados en aquel espectro, también de su amor, se levantó. Retrocedió hasta la puerta y antes de que Sivel pudiera darse plena cuenta de la desesperación que anegaba aquella alma exaltada, la joven desapareció. Media hora después se hacía destrozar bajo un automóvil.

Sacudido así en las más hondas fibras de su ser, Sivel consideró su vida rota para siempre. Pasó quince días encerrado en el laboratorio, vagando en la semioscuridad de un lado para otro.

Decidido al fin a olvidarse de aquello, volvió a atraparle su pasión por la ciencia, esta vez con inmenso ardor. Parecía que todas sus facultades hubieran renacido, violentamente orientadas hacia los estudios anatómicos. Mas, como a pesar de todo, su rostro desfigurado le tornaba odiosa su permanencia en Roma, abandonó la Ciudad Eterna, llegando a Buenos Aires en 1904.

V

Ricardo Ortiz era argentino y había nacido en la Capital Federal. Su familia, de cuantiosa fortuna, le dedicó a la ingeniería eléctrica, para lo cual Ortiz mostraba desde muy pequeño fuerte inclinación. Hizo sus estudios en Buffalo con brillante éxito. Volvió a Buenos Aires y, en vez de ejercer su profesión, se dedicó al estudio de pilas eléctricas; creía estar en la pista de un nuevo elemento de intensidad y constancia asombrosas. Como no frecuentaba el mundo y sus manos solían estar poco menos que imposibles, su familia consideró que muy poca carrera haría, a pesar de su ciencia. En consecuencia, el padre le comunicó que, o dejaba sus ácidos o le privaba de la mensualidad. Ortiz optó por sus ácidos y súbitamente se encontró en la calle. Como no era en absoluto hombre

de negocios, se ofreció desde el día siguiente como profesor de inglés y matemáticas. Su familia halló mal esto y el padre fue a verlo.

—¿Qué vas a hacer con eso? ¡Es una vergüenza para un ingeniero como tú!

—Tal vez —repuso tranquilamente Ortiz—. Seguiré trabajando.

—¿En eso? —señaló desdeñosamente el taller.

—Sí, en eso.

—¡Vamos a ver! Si te propongo...

—No me propongas nada, no aceptaré.

—¿Y vas a hacer eso toda la vida?

—Toda la vida.

—Inventando, ¿eh?

—Sí.

—¡Pero es que nos vas a deshonrar a todos con estas porquerías! —exclamó el padre, indignado.

—Oye —lo miró fijamente Ortiz—: para decirme estas cosas podrías no haber venido.

—¡Es que me da vergüenza!

—A mí también, pero no de esto...

—¿De qué?

—¡De la vergüenza de ustedes! ¡Se acabó! No les pido un centavo y quiero que me dejen en paz.

Su padre, entonces, profundamente irritado, le lanzó señalando el taller:

—Para tener tanto orgullo podrías abandonar también esto, que no compraste con tu dinero.

—Perfectamente —repuso Ortiz, levantándose—, hiciste bien en recordármelo. Mañana me voy de aquí.

—Muy bien, es lo que debías haber hecho hace tiempo —contestó el padre, cada vez más irritado—. ¡Pero que no se te ocurra...!

—¿Quieres irte, por favor? —saltó Ortiz, lívido.

A la mañana siguiente Ortiz enviaba a su padre, junto con las llaves, el inventario de todo el taller.

Una semana más tarde, un primo de Ortiz hallaba por fin el nuevo domicilio de este.

—¡Por fin te encuentro! Ya no tienes el taller, ¿es cierto?

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer?

—No sé todavía.

—¿Sabes lo que haría yo? Hablaría a tu padre...

Ortiz, que desde el primer momento había imaginado que el primo venía enviado por el padre, lo detuvo, poniéndole la mano en el hombro:

—Mira, si fueras otro te habría echado ya. ¡No quiero cuentos de ninguna especie!

El primo se irguió altivamente.

—¿Eh? ¿Qué...?

—Esto, si no fueras también un idiota, te echaría a bofetadas de aquí. ¡Fuera!

Un año después moría el padre de Ortiz, y el hijo renunció a todos sus derechos: medio millón de pesos.

VI

Así, estos tres hombres de carácter habían unido sus energías, asociándolas para prestarse mutua fuerza, y en tales circunstancias realizaron la más alta obra de genio que cabe en la humanidad: hacer un ser organizado.

Para el laboratorio, montado con los tipos más perfectos de máquinas e instrumentos que encargaron expresamente de Estados Unidos, Sivel había entregado su fortuna entera, Ortiz cooperó en la obra común con sus conocimientos de química, Sivel con los suyos de anatomía y Donissoff con su profunda ciencia enciclopédica y, sobre todo, bacteriológica.

A pesar del magnífico laboratorio y el talento de los tres asociados, la empresa había sido profundamente desalentadora por su dificultad, y más de una vez Donissoff, Sivel y

Ortiz habían caído por semanas enteras en el más hondo desaliento.

—¡No se puede, Donissoff, es imposible! —clamaba Ortiz, tirando sobre la mesa sus probetas y análisis.

—Trabajemos, Ortiz —contestaba aquel sin levantar la cabeza.

—¡Es que estamos tentando a Dios o al diablo con esto! No vamos a conseguir nada.

—Si fuera a Dios nada más, no sería mayor trastorno —explicaba Sivel—. Lo malo sería tentar al diablo.

Ortiz volvía de nuevo a la tarea. Pero otras veces le tocaba a él dar ánimo a alguno de sus compañeros, y así se sostenían mutuamente, hasta que los tres, ante nuevas y al parecer insuperables dificultades, tiraban todo y cerraban el laboratorio.

Su obra duró tres años. Carbono, hidrógeno, oxígeno, todos los elementos primordiales y constitutivos de la célula pasaron sucesivamente por la electrólisis de Ortiz, las disecaciones de Sivel y los reactivos de Donissoff. A veces, la conquista de tres o cuatro elementos fundamentales se realizaba en semanas. Otras, un solo paso adelante les llevaba hasta un año. De este modo pudieron obtener la sangre y sus glóbulos en lo que media de mayo a septiembre, necesitando en cambio para la conquista del bulbo piloso dieciocho meses. Y por este estilo, facilidades increíbles donde no se hubieran sospechado y fracasos abrumadores en cosas aparentemente nimias. Hasta que el 23 de agosto de 1909, a los tres años menos doce días de haber empezado la rata, esta surgió a la vida bajo la inyección de Donissoff.

Y ahora volvamos al comedor, donde los tres asociados, muertos de satisfacción y fatiga, descansaban.

VII

—Por fin, ya era tiempo —gimió Ortiz, echándose cuan largo era en un diván—. Si esto demoraba diez días más, me moría, sencillamente.

—Sí, yo también estaba cansado, mucho más de lo que daba a conocer —apoyó Donissoff, sirviendo a sus compañeros el té que él, en su carácter de ruso, preparaba con gran prolijidad.

—Sí, pero hicimos la rata —concluyó Sivel.

—Y ahora que recuerdo —exclamó Ortiz, incorporándose en un codo—, ¿por qué se me ocurrió una rata? Podíamos haber hecho otra cosa cualquiera.

—Esas son cosas de Sivel —dijo Donissoff.

—Sí —afirmó Sivel, paladeando su té—, se me ocurrió por la gran analogía de la sangre humana con la de rata. Esto lo descubrí por casualidad, hace ya muchos años, en un análisis.

—¿De veras, Sivel? —dijo Ortiz, levantando la cabeza—. ¿Y por qué no igual a la del mosquito?

—Esa es una pregunta para ser hecha a un mosquito, sabio electricista. Y usted, que cree que la leche de burra es la más parecida a la de la mujer, ¿por qué duda de la sangre de la rata?

—No dudo, profesor; me asombro y me humillo.

—¿Está seguro, Sivel, de sus análisis? —interrumpió Donissoff, que desde un momento atrás miraba pensativo los vidrios de la puerta.

—Completamente, ¿por qué?

—Porque se me está ocurriendo —respondió, sin apartar la vista de los vidrios— que podríamos hacer un hombre.

Ortiz se incorporó bruscamente, fijando sus dilatados ojos en Donissoff. Se rascó largo rato una uña.

—Nos daría más trabajo —prosiguió Donissoff, siempre con la voz perdida—, pero lo haríamos. No veo por qué se admira Ortiz.

—¡No, por todos los voltios de mis dinamos! Si de lo que me admiro es del hombre ese que haremos... ¿Hombre o mujer, Donissoff?

—Hombre, Ortiz. Si usted no fuera tan inteligente, parecería una criatura, a veces.

Sivel levantó al fin los ojos y su mirada dio un fulgor de sombría severidad a aquel rostro deforme y que antes brillara de belleza varonil.

—Creo que va a ser difícil —murmuró.

—¿Por qué, si se puede...? —le preguntó Ortiz, sentándose correctamente esta vez.

—No sé... pero se nos va a quebrar la obra. Yo había pensado ya en eso, cuando empezamos a hacer la rata. No les dije nada, por el mismo temor que tengo ahora; no vamos a concluir la obra. Respirará, digerirá, verá, se moverá, pero nada más. Y usted comprende que hacer eso, únicamente, sería una eterna vergüenza para nosotros.

—Y pensarás —replicó Ortiz.

—No, eso no. Dele usted todos los sentidos que quiera, buena transmisión de nervios, buen cerebro transformador; y por más sensaciones que tenga, no tendrá una sola percepción.

—¿Cuestión de alma, entonces? —profirió socarronamente Ortiz.

—No, electricista; no es cuestión de alma sino de herencia. Por vivas que sean las sensaciones, le faltarán hábito al cerebro para percibir, primero, y para no confundir las sensaciones, después. Con sus acumuladores pasa lo mismo, creo. Cuando están recién hechos acumulan muy escasa electricidad y no devuelven nada. Toda la corriente se emplea en hacer el acumulador, en afinarlo. Las cargas y descargas sucesivas lo van modificando, hasta que llega a almacenar electricidad y devolverla normalmente. Esto pasará con el hombre que hagamos.

—Pero si forzamos la carga...

—Tardaríamos mil años. Fíjese en el proceso de afinación de nuestro cerebro; tiene millones de años, toda la edad de la humanidad. Nuestro hombre se encontraría, en cuanto a la inteligencia —o percepción, como se la llame—, en el mismo estado que un recién nacido.

Donisoff, que no había apartado los ojos de los vidrios, se volvió bruscamente a Sivel:

—Todo esto es perfectamente cierto; y mientras usted hablaba, iba yo haciendo iguales consideraciones. Pero, por lógico que sea su razonamiento, no es más que una conjectura. Creo que esta es justamente la falla de su razonamiento: estamos juzgando como seres creados y no como creadores. ¿Quién puede decir qué facultades tendrá un sistema nervioso hecho en todos sus elementos con idéntica constitución a la de un hombre en plena edad viril? Su mismo argumento de los acumuladores eléctricos puede apoyar lo que digo: los fabricantes, desesperados del tiempo que empleaban las láminas de plomo en hacerse, cubrieron las láminas con una capa de óxidos, los mismos que se forman naturalmente en los acumuladores con el transcurso del tiempo. Es decir: dan a las láminas recién nacidas el sistema nervioso de un adulto. ¿Por qué nuestro hombre no se hallaría en las mismas condiciones, Sivel?

—Tal vez, pero creo que no.

En ese momento Donisoff se levantó y colocó los dos puños sobre la mesa, mirando fijamente a sus asociados. Esta actitud de conferenciante, que en otra persona cualquiera hubiera chocado, estuvo lejos de provocar esa impresión tratándose de Donisoff. Subía a su limpida mirada el temple de diamante de aquella alma. Su belleza angelical cobraba un tono, no de dureza, mas sí de firmeza de mármol, en que la voluntad trascendía hasta en la más leve línea de su rostro, algo, en fin, de la belleza sombría de un arcángel rebelde.

—Óiganme —les dijo con acentuación clara y cortante—. Vamos a hacer un hombre. La tentación es demasiado grande para que no la abordemos. Pero pongo una condición, sin la cual no me comprometo a nada: que me dejen dirigir el proceso de afinación, como dice Sivel. No sé aún qué haré, ni mucho menos cómo; ¿consienten?

—¡Sí, Donisoff, consentimos! —respondieron a un tiempo Sivel y Ortiz, levantándose. El ardor de un nuevo triunfo había disipado por completo su cansancio y se hallaban de nuevo dispuestos a luchar con las sombras de la nada.

—¡Un momento! —les detuvo aún Donisoff—. ¿Confían en mí?

Entonces Sivel, que sentía por el arcángel profunda ternura y adoración, le puso la mano en el hombro:

—¡Niño sublime! —le dijo sonriendo, aunque sin poder ocultar su emoción. Donisoff levantó su bella cabeza:

—¡Bien! Ahora vamos a ver nuestra obra.

Se levantaron frescos y descansados ya, y con sus potentes cerebros vibrando otra vez ante la perspectiva de una nueva lucha.

VIII

En medio del laboratorio, sobre la mesa de mármol, y enfocada por la viva luz de las ocho lámparas eléctricas con pantalla verde, la rata continuaba tendida de espaldas. Ortiz fue el primero en inclinarse sobre ella, y después de un momento de hondo examen se incorporó pálido:

—¡Este animal se está muriendo! —le dijo a Donisoff, mirándole a los ojos.

Donisoff y Sivel se inclinaron bruscamente sobre la rata y observaron a la negra bestia, con los ojos clavados en el corazón del animal, cuyos latidos de rapidez vertiginosa hacían vibrar la piel con una precipitación de timbre eléctrico.

La emoción de los tres asociados era demasiado grande para permitirles hablar. Allí, ante sus ojos, se iba, volvía a la nada de que había salido, llevándose consigo el inmenso orgullo de sus creadores: la rata artificial.

Diez largos minutos pasaron así, hasta que la voz de Donisoff sonó, clara y helada, en aquel silencio de angustia:

—Este animal se muere envenenado, Sivel, ¿está usted seguro de sus fórmulas?

—¿La de la sangre, Donissoff? Completamente seguro. En el ensayo de prueba no noté la más ligera disociación de elementos. Recuerdo que duró dos meses el ensayo.

—Con todo, ¿quiere traer su inventario?

Ortiz había dado el nombre de “Inventario” al cuaderno de fórmulas que rigieron la creación de la rata. Todas estaban allí, y cuando Sivel volvió, Donissoff hojeó febrilmente el cuaderno y se detuvo en las ecuaciones de la sangre.

—Sí... está bien; no, eso no... —murmuró—. Pero esa sangre está envenenada, sin embargo.

Mientras Sivel y Ortiz analizaban el aire expelido por los pulmones de la rata, Donissoff extrajo de las venas del animal unas gotas de sangre y se hundió en su análisis. Durante largo rato no se oyó en el laboratorio más que el golpe de los tubos de vidrio sobre el mármol. Al fin sonó la voz de Donissoff.

—¿Hay algo ahí?

—Nada —repuso Ortiz—. El aire está normal. ¿Y ahí?

—Aquí sí. La sangre está enormemente fosfatada.

Durante meses y meses los tres asociados habían luchado en la formación del tejido óseo. A pesar del éxito de prueba obtenido, siempre habían temido que los fosfatos no estuviesen bien fijados. Más tarde, nuevos triunfos en nuevos elementos les habían hecho olvidar aquella preocupación. Pero ahora, ante la confirmación de sus dudas, la luz surgía clara: los huesos se disolvían; los fosfatos, arrastrados en el torrente circulatorio, estaban matando a la rata.

Lentamente, los tres hombres rodearon de nuevo al animal. Tres años, mil noventa y cinco días de lucha como nunca la habían tenido, de energía como nunca la habían hallado, de pasión como nunca la habían sentido; todos esos días de ardiente esperanza se desmoronaban en trágico silencio, arrastrando con ellos el orgullo, también en pedazos, de aquellos hombres de genio. Minuto tras minuto los huesos se disolvían envenenando la sangre. Y cuando a las nueve y media de la noche la rata quedó por fin inmóvil, reintegrada

después de dos horas de prodigiosa vida con la nada de que había salido a fuerza de genio humano, los tres asociados no tuvieron ni una sola palabra. Sin mirarse, sin hacer un gesto, quebrantados, abrumados de cansancio y fatiga intelectual, se acostaron.

Sería de creer que en el estado de fatiga en que se hallaban, el sueño los rindió apenas recostaron la cabeza. Pero a altas horas de la noche, posiblemente las tres de la mañana, sonó vibrante la voz de Donissoff:

—¡Sivel! ¡Dos atomicidades más de carbón...!

—¡Una sola alcanzaría, Donissoff! —respondió instantáneamente la voz de Sivel—. Pero disminuyendo el...

—¡Nitrógeno! ¡Sí, había demasiado! —contestó Ortiz.

Los tres asociados, en vez de dormir, habían pasado la noche resolviendo la fórmula del tejido óseo.

Se durmieron enseguida. El hombre estaba ya hecho: los huesos no se disolverían más.

Y así, recomendando las ecuaciones, análisis y ensayos que fueron casi su única vida durante tres años, los tres asociados hicieron un hombre. Elemento por elemento, milígramo por milígramo, todo había sido prolijamente dosificado, probado y ejecutado. De modo que en la madrugada del 11 de junio de 1909, cuando Donissoff dio su golpe final de émbolo en las venas del prodigioso engendro, el pecho de los asociados se abrió en un profundo suspiro, como un gran efluvio de esperanza que esta vez —¡no!— no se frustraría.

Y no se frustró. La misma decoración que diez meses atrás había encuadrado la vivificación de la rata presidía ahora la del maravilloso ser creado. El laboratorio en silencio y a media luz: la mesa central —más ahora con gruesas mantas—, vivamente iluminada por las ocho lámparas de pantalla verde; el vaho asfixiante de la vez anterior: los tres asociados rodeando el cuerpo en igual tensión de espíritu.

Donissoff, con el oído sobre el corazón del hombre, parecía una estatua. Sivel tenía los ojos clavados en el

termómetro, introducido en la boca de aquel . Ortiz oprimía entre sus manos los pies del hombre, observando la temperatura.

Durante dos eternos minutos ninguno se movió. Al fin, Donissoff se incorporó, apartando de la frente su cabello rubio.

—Ya está —dijo sencillamente—. Retire el termómetro, Sivel: no hace falta. Lo mismo, Ortiz... corte la corriente... Veinticinco grados es suficiente.

Tal increíble perfección habían puesto en los más insignificantes detalles de su obra; tal mutua fe tenían en el genio inventivo de Donissoff, escudriñador de Sivel y aplicador de Ortiz, que los tres asociados no sintieron, ni remotamente, el loco entusiasmo de la otra vez, cuando vivió la rata. El alma les vibraba de gloria, sin duda, pero demasiado alta esa gloria para que se manifestara en turbulencia física. Se sentaron en la mesa próxima, las piernas colgantes, mirando en silencio su obra.

El ser que yacía de espaldas frente a ellos era un hombre de mediana estatura, de maravillosa proporción. Representaba veinticinco años. Las facciones tenían una serenidad sorprendente. Los ojos estaban cerrados y el pecho subía y bajaba rítmicamente.

Esto era lo que habían hecho Donissoff, Sivel y Ortiz, pasando de aquella rata, que se había devorado a sí misma a las dos horas de existencia, a ese maravilloso ser que yacía desnudo, respirando armoniosamente.

Además, tenía nombre. Como desde los primeros momentos en que se pusieron a la obra habían sentido la necesidad de llamar de algún modo a su hombre en formación, Ortiz había propuesto llamarle Biógeno, esto es, Engendro vida. En verdad, quienes la engendraron fueron ellos, pero el nombre había pasado.

Después de un largo rato de muda contemplación de su obra, que condensaba un millón de torturas cerebrales, Sivel levantó la voz en aquel silencio:

—Ya hemos concluido nosotros, Donissoff. Ahora le toca a usted. Si lo despertamos, abrirá los ojos y mirará; y si lo bajamos, quedará de pie donde lo dejemos, porque no se le ocurrirá caminar, y si lo hacemos caminar chocará con todo, porque no tiene noción de los obstáculos.

—Usted no pretenderá que veamos eso, ¿no? En ese caso más valdría que nos hubiéramos pegado un tiro nosotros.

Donissoff, la vista fija en la mesa, parecía no haber oído. Su expresión tenía aquel sello de implacable voluntad de las ocasiones decisivas.

—¡No! —respondió al fin—. No hemos hecho eso para deshonra nuestra... ¿Se acuerdan ustedes de la promesa que me hicieron cuando decidimos los trabajos...? ¡Sivel, Ortiz! Necesito que me den plenos poderes para animar eso.

—¡Entendido, Donissoff! No necesitaba decírnoslo.

—Sí, necesitaba, porque...

—¿Por qué, Donissoff?

El rostro de este se contrajo y un rayo acerado cruzó por su mirada de arcángel.

—¡Un momento! ¡Nada más que un momento!

Y atravesando el laboratorio salió.

IX

Un rato después Donissoff entraba, acompañado de un hombre pobemente vestido, muy flaco y de semblante amarillento. Usaba anteojos oscuros. El sujeto, evidentemente tímido, miraba con gran sorpresa a los tres hombres hasta que su vista se fijó en las lámparas eléctricas, la mesa refulgente y el hombre tendido sobre ella. Entonces su rostro se demudó.

—Ya le dije —se dirigió Donissoff a él— que se trata de una operación. Ese hombre está cloroformizado. Necesitamos su ayuda para... ¡permítame un segundo!

Y volviéndose a Sivel y Ortiz, les dijo rápidamente en inglés:

—Hay que sujetar enseguida a ese hombre. No perdamos un minuto, porque va a desconfiar.

Tan brusca fue la revelación para los dos asociados, que a pesar del dominio que sobre sí tenían, se quedaron con los ojos profundamente abiertos.

—¡Vamos! No se olviden de lo prometido... ¡Enseguida! —repitió Donissoff con la voz ya casi angustiosa a fuerza de ser imperativa.

—¡Donissoff! —murmuró Ortiz.

—¡Ortiz! —chirrió aquel entre dientes, abrasándolo con la mirada. Y se volvió al hombre.

Este, los ojos desmesurados de estupor y de desconfianza, retrocedió un paso. Pero el otro le puso la mano en el hombro:

—¡Ortiz...! ¡Sivel...! —llamó a estos con su voz clara y cortante. Y en un segundo el sujeto estuvo ceñido entre los brazos, atado y sentado en una silla. Los anteojos se le habían caído en la lucha; estaba lívido, el pelo revuelto y el rostro traspasado de terror.

Los tres asociados, jadeantes, no se tomaron la molestia de alejarse para hablar.

—¿Y bien...? —preguntaban las miradas de Sivel y Ortiz, fijas en la de Donissoff.

—¡Y bien! —repuso este—. Es el elemento definitivo; ya está hecho.

—Hable en inglés, Donissoff —repuso Sivel. Y agregó—: ¿Qué está hecho? ¿Ese hombre...?

—Sí.

—¿Y vamos a hacer...?

—Torturarlo.

Sivel, que iba a agregar algo, se detuvo y clavó su mirada profunda en Donissoff. Él lo miraba tranquilo, pero muy pálido.

—¡Nosotros, Donissoff!

—Sí... Nos es indispensable una intensa producción de dolor, una sobreaguda corriente de dolor, para provocar en su

sistema nervioso una sensibilidad que solo los años darían. Acuérdense de la discusión que tuvimos al principio, comparando nuestra obra a un acumulador... Ha sido fabricado como acumulador, pero ahora será una bobina, un carrete... la corriente obrará por influencia.

Esto exige alguna explicación, que fue la proporcionada por Ortiz varios días después, en la instrucción del proceso.

Si se enrolla un alambre aislado en un cilindro de hierro y se hace pasar por el alambre una corriente eléctrica, el hierro se imanta. Si ese cilindro así dispuesto se introduce en el hueco de un carretel, sobre el cual se ha enrollado también otro alambre perfectamente aislado, sin comunicación alguna con el cilindro, la corriente eléctrica del cilindro pasa por influencia a la del carretel, pero centuplicada en energía. Esto es lo que se llama carrete o bobina de Rumkhorff. Y a este fenómeno de corriente o sensibilidad, centuplicada sin contacto, es al que aludía Donissoff.

Esta explicación, necesaria para el juez de instrucción, no lo fue para Sivel y Ortiz. Vieron enseguida, con un estremecimiento, adonde iba Donissoff.

En sus rostros se reflejó la admiración que les causaba ese audaz golpe de genio o locura. ¡Más torturar a un hombre! Horrible era, sin duda, pero para aquellos tres hombres que habían sacrificado a su ideal: uno su cariño de hijo, otro su amor, otro su fortuna, el tormento aplicado a un pobre ser inocente no podía ser obstáculo al triunfo de su ideal científico. Nada había más puro y sencillo que el corazón de aquellos tres hombres, y por eso, a pesar de todo, aunque su inteligencia decidía inexorablemente el martirio necesario, sus almas allá adentro lloraban de compasión. En Donissoff, sobre todo, hacía estremecer el profundo contraste entre su rostro de arcángel y la terrible voluntad que se sobreponía a sus sufrimientos, como una sombría bandera de combate clavada vigorosamente en su propio corazón.

Y por esto mismo los ojos del pobre diablo –lívido de terror– se abrieron espantosamente al ver a Donissoff que hablaba, sin darse cuenta, en francés.

—¡Decidámonos, Sivel! Cuanto más tiempo ganemos, mejor. Ortiz, abra un poco la corriente.

—¿Para la tortura...?

Pero no pudo concluir. Un grito de horror, un alarido desgarrante había partido de la garganta del pobre diablo al oír *tortura*. Atemorizado ya al infinito con el lazo que le habían tendido, aquel laboratorio con su aspecto de infierno, y los tres demonios devoradores de hombres, su ser todo se había roto en un alarido al ver lo que le esperaba.

Hizo un esfuerzo terrible para romper las ligaduras y rodó por el suelo con una convulsión. Lo levantaron, lo sentaron de nuevo y Donissoff, poniéndole la mano en el brazo, le dijo fríamente:

—Es inútil que grite: no se oye absolutamente nada desde la calle. Ahora, si la seguridad de que nosotros sufrimos más que usted con su propio dolor puede servirle de algo, téngala en un todo.

El pobre diablo, los ojos desmesuradamente abiertos y con el rostro surcado por heladas gotas de sudor, quedó inmóvil, siguiendo a Donissoff con la vista. Desde ese momento no tuvo un gesto, ni se movió, presa de profundo estupor.

Entonces unieron una mesa con aquella en que yacía Biógeno y acostaron en ella a la víctima desnuda. Le sujetaron de los pies y las muñecas a la mesa; y mientras Ortiz abría más la corriente de su dinamo para levantar la temperatura del laboratorio, Donissoff fue a buscar al taller mecánico una pequeña herramienta: un alicate.

El hombre inmovilizado sintió la aproximación de Donissoff y el contacto de su fina mano en una de las suyas. Durante cinco segundos el corazón del pobre ser latió desordenadamente, muerto de angustiosa expectativa. Y de pronto

lanzó un grito. Una de sus uñas, cogida por el borde con el alicate, acababa de ser arrancada hacia atrás.

Fue un solo grito, pero que llevaba consigo un delirante paroxismo de dolor. El laboratorio cayó de nuevo en profundo silencio. Los tres asociados, pálidos como la muerte y con los ojos fijos en Biógeno, acababan de notar un ligero estremecimiento en su párpados.

—Ha sentido... —murmuró Ortiz.

Ninguno respondió. Sí, la corriente había pasado; el ser recién creado, virginalmente puro de sensaciones, acababa de sentir en su sistema nervioso el primer choque del dolor llevado a su culminación.

Un momento después otro alarido resonaba, más desgarrador aun que el primero; otra uña echada atrás con el alicate había desaparecido del dedo.

Y con largos intervalos, los alardos se sucedieron, pero prolongándose cada vez más en un estertor lamentable.

Los tres asociados, fijos los ojos en Biógeno, constataban el creciente temblor de sus párpados, mientras la expresión de serenidad estatuaría comenzaba a desvanecerse. Iba adquiriendo ese algo cansado, doloroso, serio, que caracteriza la expresión del adulto que ha sentido y sufrido, expresión visible aun cuando duerme. El acumulador se iba cargando.

Pero, entre tanto, a cada nuevo alarido del pobre ser torturado, la palidez de los operadores aumentaba. Cuando la sexta uña hubo sido echada hacia atrás, Ortiz puso la mano en el brazo de Donissoff y le miró con profunda angustia:

—No puedo más, Donissoff... Me voy.

Donissoff evitó su mirada y sacudió las ondas de sus cabellos sin responderle.

—Sufro demasiado... —continuó Ortiz en voz baja.

—Yo también —repuso Donissoff, con su rostro blanco y contraído—. Pero quiero llegar hasta el fin.

Ortiz se retiró. Al octavo alarido Sivel estrelló contra el suelo una pinza de operaciones que conservaba aún y se echó

de brazos sobre una mesa. Donissoff lo contempló un rato y yendo hacia él le pasó suavemente la mano sobre la cabeza.

—Váyase, Sivel! Yo operaré solo.

Sivel levantó su rostro desfigurado, más blanco que el mármol, y clavó sus ojos en los de Donissoff. Durante largos segundos se observaron aquellos dos hombres de temple formidable, y durante esos segundos ambos volvieron al pasado lleno de sangre de sus propias almas. Pero esta vez el acero de la voluntad de Sivel se había quebrado, no podía resistir más.

—Váyase, Sivel —repitió con dulzura Donissoff. Sivel se fue, y hundido con Ortiz en los divanes del comedor, continuaron oyendo los lamentos desgarradores del torturado.

X

Pasó así media hora. Ortiz, con las manos cruzadas detrás de la nuca, tenía la vista fija en el techo. Sivel, inmóvil también, fumaba. Pero el cigarro le duraba apenas unos minutos. Y acabado de tirar el décimo, los alaridos cesaron.

Un momento después entraba Donissoff, pálido como la muerte.

—¡Me muero de sed! —exclamó con la voz ronca—. ¿Quiere hacer té, Ortiz? Estoy un poco cansado.

Se dejó a su vez caer en el diván, junto a Ortiz, echando la cabeza atrás, con los ojos cerrados.

Durante un largo rato no dijeron una palabra. El silencio parecía ahora mucho más profundo.

—¿Concluyó? —le preguntó Sivel al fin, sin mirarle.

—Sí, pero no sé... Me moría de sed.

—¿Y ese desgraciado? —le dijo Ortiz.

—Un momento, Ortiz! ¡Déjenme descansar un momento...! Está desmayado ahora.

Cuando hubieron tomado el té, se levantaron y fueron al laboratorio. Sobre las mesas, mesas vivamente iluminadas, yacían los dos cuerpos, uno al lado del otro. El pobre ser torturado parecía ahora de una flacura cadavérica. Tenía el vientre

horriblemente hundido y las costillas salientes, proyectadas para arriba por contraste, parecían romperle la piel. Tenía el rostro lívido y los ojos hundidos en el fondo de las órbitas. De sus fosas nasales caían dos hilos de sangre que cortaban paralelamente los labios y se perdían en la barba. No conservaba una sola uña en sus dedos.

Los tres asociados, después de pulsarlo y auscultarlo, se inclinaron sobre Biógeno. El temblor de los párpados había cesado, pero su expresión era otra: la expresión de un hombre que ha vivido, amado, sufrido. ¡Sí, aquella boca cerrada había gritado; aquellos ojos habían visto, aquella frente, ya no tersa, había pensado!

A pesar de las emociones de ese día y de los terribles choques que acababan de sufrir, los tres experimentadores sintieron sus almas refrescadas de glorioso orgullo. El corazón de Biógeno trabajaba con absoluta precisión, los pulmones quemaban su oxígeno hasta el último átomo y el cerebro, ahora, vivía. No era ya su sistema nervioso el de un recién nacido: su cerebro había vivido una existencia entera de sensaciones. Pero para ello había devorado en dos horas todo cuanto cabe de dolor en un organismo humano.

La vista de sus creadores se apartó al fin de él, fijándose en la víctima.

—Ha sufrido horriblemente —murmuró Ortiz, bajándole el párpado inferior. Urgía levantar su depresión; desprendieron las ligaduras con exquisito cuidado y lo llevaron en brazos a la cama de Donissoff. Allí, gracias a una inyección de cafeína y a los cuidados que le fueron prodigados, el pobre diablo volvió en sí. Los ojos, dilatados de estupor, recorrieron lentamente la pieza y se fijaron al fin en los tres rostros que lo observaban. De pronto, su rostro se contrajo horriblemente. Lanzó un grito desesperado en que iba toda la defensa que quedaba al pobre ser ante un nuevo martirio: acababa de reconocer a Donissoff.

—¡Retírese! —dijo Sivel a este al oído—. Su presencia acabaría de enloquecerlo.

Donisoff salió, y entonces Sivel y Ortiz tuvieron el arduo trabajo de tranquilizar al mísero torturado, lográndolo al cabo de media hora larga. Luego lo dejaron solo, pero cerrando tras de sí la puerta con llave.

Los tres asociados se encontraron al fin solos ante su obra.

—Era tiempo de que concluyéramos —exclamó Ortiz, pasándose la mano por la frente—. Tengo la sensación de que hemos vivido mil años en este día.

—¡Sí, hemos concluido! —observó Sivel.

—¿Por qué no? Fíjese en esa expresión. Ese hombre tiene ya cuarenta años de vida cerebral.

—¿Duda, Sivel? —se volvió a él Donisoff mientras recogía de la mesa próxima su jeringuilla Pravaz.

—No sé... —contestó Sivel, sacudiendo la cabeza—. Temo mucho, al menos... Pero temo otra cosa.

—¿Qué?

—No sé bien... Inyecte, Donisoff.

Donisoff inyectó su suero excitante en el vientre de Biógeno y un momento después este abría los ojos. Fácil es darse cuenta de la profunda ansiedad con que los tres experimentadores observaron aquella primera manifestación de vida real. La mirada de Biógeno, clara, limpida, pero desprovista en un todo de expresión, se fijó directamente en el techo.

Pasó un minuto así, en profundo silencio. Donisoff, Sivel y Ortiz observaban aquella mirada; y la mirada aquella fija en el techo, sin pestañear. Al fin se oyó un murmullo.

—No sé —había susurrado Ortiz.

Instantáneamente, la cabeza de Biógeno se volvió hacia donde había sonado la voz, y sus ojos, con expresión de profunda inquietud, miraron a los tres hombres. Los tres sintieron, al examinar esos ojos, un hondo estremecimiento.

—¡Donisoff...! ¡Esa mirada! —murmuró Ortiz.

—Sí —repuso Donisoff, pálido—. Yo también la conozco.

—Eso es lo que... —iba a agregar Sivel, pero las palabras se cortaron en su boca.

Biógeno, con expresión de agudo sufrimiento, acaba de recoger las manos, *tocándose las uñas*.

—¡Eso es lo que temía! —reanudó Sivel, con el ceño contraído—. ¡Ha absorbido todas las torturas del otro! ¡Hemos hecho un monstruo de dolor, Donissoff!

—¡No! —repuso este, con su pálido rostro de arcángel—. El dolor está aún a flor de nervio... Se reabsorberá enseguida.

Entonces se oyó una voz que no era de ninguno de los tres experimentadores.

—¡Ay! ¡Las uñas!

El primer movimiento de Donissoff, Sivel y Ortiz fue volverse vivamente hacia la puerta del cuarto en que yacía el pobre torturado: habían oído su voz. Era su voz; y sin embargo, había salido de encima de la mesa: era él quien hablaba.

Los tres hombres se estremecieron violentamente. Esa sencilla frase demostraba ya sensación, percepción, todo cuanto hace del adulto un ser superior. ¡Pero la mirada era del otro! ¡La voz era del otro!

—¡Hemos hecho un horror, Donissoff! —clamó de nuevo Sivel, pasándose la mano por su frente angustiada—. Ese hombre no tiene vida propia. Es un maniquí; le hemos transmitido el alma del otro.

Donissoff se irguió, y mientras su mirada tornaba a acercarse, como en todos los casos en que irrumpía de su alma una explosión de voluntad o de genio, puso la mano en el hombro de Sivel.

—¡Sivel! Jamás le he asegurado yo de antemano una cosa de la cual no estuviera completamente seguro. Ese ser tiene vida propia, o la tendrá. La influencia del alma del otro persiste aún, y sería imposible que así no fuera. Pero se disipará en cuanto vuelva a despertarse. Y entonces...

—¿Entonces qué, Donissoff?

—Entonces —prosiguió Donissoff con un poco de lentitud y mirando a otra parte—. Entonces es posible que sufra mucho

aún. Cuando usted temía esta especie de avatar momentáneo, yo temía...

Pero no pudo concluir. Biógeno, que después de aquella frase de sufrimiento había caído en un profundo sopor, acababa de abrir los ojos y lanzar un grito delirante.

—¡Eso es lo que temía! —exclamó Donissoff, lívido—. ¡Ya empieza!

Otro nuevo grito sonó y Biógeno se incorporó violentamente. Los tres asociados se lanzaron sobre él y apenas el ser sintió en el cuerpo el contacto de las manos de sus creadores, prorrumpió en alaridos de espantoso dolor.

Ortiz levantó la cabeza y miró fijamente a Donissoff.

—¿*Y para comer, Donissoff...?*

Se hizo un mortal silencio. Evidentemente el sentido del gusto debía tener la misma espantosa irritabilidad del de la vista, del oído, del tacto...

—¡Eso es! —dijo Sivel—. No podrá comer. Preferirá la muerte, antes que los terribles dolores que le ocasionaría un simple trago de agua.... ¡Donissoff! —exclamó después de un rato de silencio, levantándose—. ¡Donissoff! —repitió, mirándolo fijamente—: ¡Matemos eso!

Ortiz, que a horcajadas en la silla tenía la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados en el respaldo, levantó lentamente su rostro pálido. No se oía sino la respiración de Biógeno.

—¡Hemos hecho un monstruo, Donissoff! —repitió Sivel con la voz ronca—. ¡Matemos eso! Es más misericordioso.

Donissoff, que hasta ese momento no había hecho un solo gesto, se levantó. Fue a la cama, pulsó aquellas arterias, auscultó aquellos pulmones, y se volvió al fin con los ojos húmedos.

—¡Compañeros! Ustedes saben con cuánto cariño y energía hemos trabajado juntos cuatro años. ¡Cuatro años trabajando juntos...! ¡Les pido un día, nada más que un día de tiempo! Si mañana a esta hora su sistema nervioso no está aplacado, destruiremos nuestra obra... ¡Pero un día, por favor, Sivel!

Y sentándose al pie de la cama, dejó caer la cabeza en el respaldo.

Ahora bien, para Sivel y Ortiz, que conocían hasta el fondo el temple de aquella alma, esa exclamación de un héroe de la voluntad era más temible que cualquier honda protesta de desaliento. ¡Qué agudas y profundas debían haber sido las emociones de ese día para quebrantar como un diamante los nervios de aquel arcángel! La obra era común, sin duda, y a ella habían aportado la sustancia íntima de sus almas, transformada en talento y energía. Pero ni Sivel ni Ortiz ignoraban que aquello era obra de Donissoff. Las angustias habían sido, por lo tanto, triples que las de sus compañeros, y ahí ese derrumbe de su energía que, como el de una montaña, arrastra junto con lo que halla a su paso a la montaña misma.

Ortiz quiso ir hacia Donissoff, pero Sivel lo contuvo con un gesto. Quedaron inmóviles. Un momento después Donissoff se levantaba. No quedaba la más leve huella del desaliento sufrido. Su frente, sus ojos, su expresión entera tenían la limpidez acostumbrada.

—Creo que podríamos acostarnos —dijo sencillamente.

Sivel y Ortiz asintieron de muy buena gana. Cerraron antes herméticamente ventanas y puertas del cuarto a fin de evitar en lo posible impresiones a los sentidos de Biógeno, y salieron. Sivel y Donissoff durmieron en el laboratorio sobre una simple manta.

XI

Al día siguiente los tres asociados se levantaron muy temprano. Se sentían molidos, quebrantados por las emociones de las últimas veinticuatro horas en que habían visto la realización, el fracaso y el resurgimiento de su sueño de tres años. Fueron al comedor, pero como no tenían hambre alguna desayunaron con naranjas. El ácido jugo fue un gran calmante para sus gargantas resecas; y luego, un poco más reconfortados ya, pasaron al cuarto de Sivel, donde el torturado, con las dos manos vendadas, dormía aún.

Solo se despertó cuando los tres experimentadores estuvieron a su lado. Sus ojos, dilatados en un profundo círculo negro, ojeras de sufrimiento y de terror pasados, vagaron apagados por el techo.

—Buen día —le dijo Sivel, poniéndole la mano en la cabeza—. ¿Cómo se encuentra?

La mirada del mísero, que iba pesadamente de uno a otro, concluyó por fijarse en la de Sivel. Y lentamente, como una lámpara eléctrica que comienza a encenderse poco a poco, aquella revivió.

—Bien... bien... —repuso al rato, con una voz que surgía rota del fondo de su naturaleza, trémula todavía por el sufrimiento pasado.

—¿Mucho *dolor* ahí? —prosiguió Sivel.

—No... nada... no me duele...

—¡Cómo...! Pero fíjese bien: ¿dolor, no? ¿No le duele nada, nada?

El otro cerró los ojos y sus labios temblaron un rato.

—No, nada...

Sivel y Ortiz se miraron intensamente. Donissoff, con la vista fija en los muñones vendados, no movió un solo músculo. Entonces Sivel salió, volviendo enseguida con una aguja de coser heridas. Se inclinó sobre él y, oprimiéndole fuertemente la muñeca, le preguntó:

—¿Siente?

—No.

Entonces Sivel hundió la aguja entera en el antebrazo.

—¿Siente?

—No.

Sivel, pálido, se incorporó. Volvió a cubrir al desvalido y, seguido por sus compañeros, abandonó la pieza.

—Este hombre se muere —dijo sencillamente, cuando estuvieron solos en el laboratorio. Donissoff no respondió en los primeros momentos.

—Sí —contestó—. Lo hemos matado. Sus nervios están quebrados para siempre. Son incapaces ya de la menor reacción sensitiva. Mañana no verá más, pasado no oirá y luego no respirará.

—Hemos descargado demasiado la pila —observó sordamente Ortiz.

—Y el acumulador, en cambio, se ha sobrecargado —apoyó Sivel, quedando un momento con la vista perdida. Cuando la alzó ya no estaba allí Donisoff.

—¿Y Doni...? —iba a preguntar. Y un grito terrible, un verdadero aullido de dolor llevado a su paroxismo, le heló las palabras. Se lanzaron de un salto al cuarto de aquel, pero Donisoff cerraba en ese instante la puerta por fuera.

—¿Qué, Donisoff? ¿Qué hay? —exclamó Ortiz.

—Nada —repuso aquel—. Entré y estaba en medio del cuarto...

—¿Y ese grito?

—En cuanto vio la luz... ¡Todavía!

Otro grito de dolor, efectivamente, acababa de oírse. Era Biógeno, a cuyo vibrante sistema nervioso la menor sensación arrancaba gritos de agudo dolor. Un pequeño rayo de luz le hacía el efecto de un deslumbrante fulgor en plena pupila. Si tocaba un objeto, recibía una violenta quemadura. Y el gusto, el oído, el olfato, todos los órganos de la sensación, puestos en un grado de terrible excitabilidad por sus creadores, mantenían a aquel desgraciado en medio de la pieza, tembloroso, angustiado, empapado en frío sudor de tormento.

¡Sí! Había robado, absorbiendo hasta la última vibración, toda la potencia nerviosa que surge de una persona a la que se tortura. La absorción había sido completa, decisiva y fatal: mientras el uno sentía demasiado, hasta aullar de dolor por la impresión de un leve rayo de luz, el otro, con los nervios vaciados y muertos, iba a perder la vida por no sentir nada...

Los tres hombres habían quedado inmóviles ante la puerta cerrada. Al segundo grito había seguido un tercero y luego de nuevo el silencio.

—¡Quién sabe! —murmuró Sivel—. Tal vez cuando pierda un poco de excitabilidad... Entremos de nuevo, Donissoff.

Pero apenas hubieron hecho girar la llave, un angustioso grito les probó que el ligero ruido de la llave había torturado el tímpano de aquel. Retrocedieron, con sus esperanzas hechas pedazos, mientras en el cuarto los gritos continuaban: esta vez de mucha más intensidad y duración que la vez primera.

Así, durante dos días enteros, los tres asociados vinieron sintiendo sin la menor tregua el grito aquel que surgía del cuarto cerrado. Ya no era menester el chirriar de una puerta, la luz que entrara por ella: los ruidos apagados de la calle, las casi invisibles filtraciones de luz, el solo contacto de los pies en el suelo, eran para aquella naturaleza que había cobrado vida por medio de alardos de dolor un manantial inagotable de tormentos. No habían pretendido los experimentadores someterlo ni por un instante a la tortura de la alimentación. Aparte del dolor irresistible que le hubiera ocasionado un simple trago de agua, habría sido menester poner sus manos encima de él, violentarlo, exponiéndolo por consiguiente a que el sufrimiento paroxístico rompiera de una vez sus nervios, ya tirantes hasta lo indecible.

El otro, entre tanto, el mísero torturado, se iba extinguendo en la vaciedad total de su organismo. Ya no veía, ni oía, ni sentía nada. Yacía tendido de espaldas, inmóvil, muerto en vida. El corazón latía cada vez más débilmente. Su respiración se apagaba y aquel cuerpo joven, lleno de vida dos días antes, era apenas un organismo vegetal, insensible máquina que se había vaciado hasta la última gota en explosivas cargas de dolor.

Y en el cuarto de Donissoff los gritos de tortura continuaban, agudos, incsesantes, hasta que, concluido el tercer día, cesaron de golpe. Los tres asociados entraron y hallaron a Biógeno desmayado en el suelo. Lo acostaron y permanecieron de pie, a su lado, sumidos en tumultuosas reflexiones.

Dos días hacía que no lo veían, que no habían visto a aquel ser humano pensado, planeado y ejecutado por ellos. ¡Y cuántas esperanzas perdidas! ¡Qué desastre y qué triunfo al mismo tiempo, con aquellos nervios que sangraban vivos por exceso de sensación! Pero no era eso lo que ellos habían pretendido. Allí estaba, desmayado de extenuación nerviosa, por fin, después de dos días de tortura. Pero pronto volvería en sí.

—¿Qué le parece, Donissoff? —preguntó Sivel—. ¿Una gruesa inyección de morfina? La resistiría bien.

—Sí —repuso Donissoff con la voz perdida—. La resistiría bien, pero mataríamos el alma. Y lo que precisamos es disminuir la sensibilidad exterior, nada más. Tal vez hubiera algo mejor...

—¿Qué?

—Descargar el acumulador.

—Es lo que está pasando desde anteayer...

—Sí, pero en corto circuito, como dice Ortiz. La descarga sobre sí mismo... Y hace falta una máquina receptora.

Sivel lo miró intensamente y su rostro deformé palideció.

—¡No quiero más torturas, Donissoff! —repuso con la voz ronca.

—No torturaremos a nadie, Sivel —objetó aquel—. Pero podríamos hipnotizar a alguien. En ese estado es fácil recibir el exceso de carga de Biógeno.

—¿Pero a quién?

—A mí.

Sivel y Ortiz se volvieron bruscamente a Donissoff. Su belleza de arcángel centelleaba bajo el influjo de su genio y su voluntad. Sivel, que había vuelto a bajar la vista sobre Biógeno, la alzó esta vez completamente contraído:

—¡Donissoff! ¡Por lo que más quiera en este mundo, no haga eso!

—Por lo que más quiera... —murmuró Donissoff, mientras una sonrisa amarga se dibujaba en sus labios. Y su mirada, perdida en el vacío, reconstruyó otra escena de comité secreto,

allá, muy lejos, en que había sacrificado algo más que su propia vida. Sacudió la cabeza.

—¡Es menester! Allá en Rusia hice algunos experimentos de hipnotismo... Necesitábamos todos conservar nuestra potencia activa y pasiva en sugestiones. Como ustedes comprenden, en este estado me será fácil transformarme a mi vez en acumulador... pero será preciso torturar a Biógeno.

—¡No, no, Donissoff! —exclamó Ortiz—. ¡No podría oír ni un solo grito de esos!

—Ni yo, por eso quiero cambiar este insostenible estado de cosas. Hemos puesto en esta miserable máquina de sufimientos todo cuanto nos une aún a la vida. Por lo menos a Sivel y a mí... Ortiz no ha sufrido aún. Los dolores que pueda sentir no son nada en relación con la tortura incesante de este pobre ser.

—Además, Sivel, dos o tres sacudidas bastan. Mis nervios recogerán la corriente para devolverla apenas cese el estado hipnótico... fíjese en esto.

Y era evidente: el problema hallaba así prodigiosa y elemental solución. El pecho de Sivel y Ortiz se abrió a una nueva oleada de esperanza, que esta vez los llevaría al triunfo, ya demasiado lleno de dolores.

Entonces, viva, febrilmente, se dispuso todo. Transportaron a Biógeno al laboratorio y le tendieron, fuertemente ligado, sobre la mesa donde nació a su miserable vida. A su lado se tendió Donissoff, oprimiendo fuertemente la mano de Biógeno. La sala de tortura volvía a tener el mismo aspecto de la vez primera: el laboratorio oscuro en los rincones; las mesas de mármol vivamente iluminadas por las lámparas eléctricas con pantallas verdes, los experimentadores mudos, y la atmósfera quieta del recinto que parecía esperar angustiada nuevos gritos de tortura.

Sivel se inclinó sobre Donissoff y fijó su mirada profunda en los ojos de aquel. Ortiz, inmóvil, pulsaba a Biógeno. No se sentía el menor ruido en el laboratorio.

La voluntad de Sivel para que Donissoff durmiera solo era igualada por la del propio Donissoff para querer dormirse.

¿Qué no hubieran podido obtener aquellas dos energías de acero, puesto todo esfuerzo en un solo pensamiento?

Al rato los ojos de Donissoff se cerraron. Sivel colocó el índice y el pulgar de su mano sobre los párpados de aquel, oprimiéndole los ojos suavemente.

—¿Duerme, Donissoff?

—Todavía no.

Pasó un largo rato. Se hubiera podido seguir por todo el laboratorio el zumbido de una mosca.

—¿Duerme, Donissoff?

Esta vez la respuesta se demoró.

—Sí, estoy dormido.

Sivel se volvió entonces a Ortiz.

—¿Y eso? —preguntó en voz baja.

—Ya comienza a estremecerse... ¡Empecemos enseguida!

No había tiempo que perder. Sivel se inclinó de nuevo sobre Donissoff.

—¡Donissoff! —le dijo con voz lenta, para insinuar más firmemente la sugestión—. Usted tiene una gran debilidad nerviosa y necesita una fuerte excitación... ¿Me oye?

—Sí.

—Cuando la impresión que sienta llegue a ser dolorosa, ¿oye bien?, cuando *sienta dolor*, se despertará enseguida.

—Sí.

—¿Apenas sienta *dolor*, Donissoff?

—Sí.

Sivel se reincorporó entonces, tranquilo. Con esta sugerencia perentoria nada había que temer; sería imposible el menor trastorno.

Lo que pasó entonces fue tan terrible que ni Sivel ni Ortiz han podido después reconsiderar el tiempo justo que tardó en efectuarse la terrible catástrofe. Sivel había concluido apenas de enderezarse, cuando Biógeno se agitó violentamente. Era menester a toda costa evitar que se despertara *normalmente*.

—¡Ligero, Ortiz! —exclamó Sivel—. ¡Tortúrelo!

Ortiz se inclinó sobre el desgraciado con su instrumento de horror, y un segundo después un alarido horrible, sobrehumano, como nunca lo habían oído; una verdadera expresión de dolor llevado a su paroxismo resonó en el lúgubre laboratorio. Y tras él, otro grito, pero ronco, de corazón que estalla, enloqueció a los operadores.

Donissoff acababa de incorporarse violentamente, con los ojos fuera de las órbitas y la boca espantosamente abierta.

—¡Donissoff! —gritaron a un tiempo Ortiz y Sivel, precipitándose sobre él. Pero Donissoff había vuelto a caer hacia atrás, con un ronco suspiro, muerto, destrozado por aquella abominable máquina de dolor que había creado con su genio y que acababa de descargar de golpe todos sus sufrimientos acumulados: había estallado, matando a Donissoff.

Ortiz y Sivel, mudos de horror, quedaron anonadados. ¡Su compañero, el más grande y noble de todos los hombres; aquella criatura de genio y sacrificio, fulminado para siempre! ¡Estaba allí muerto aquel arcángel de genio que había creado lo más grande que es posible crear en este mundo! ¡Y perdido para siempre!

Sivel, con un ronco y profundo sollozo, cayó sobre el pecho del héroe.

—¡Donissoff, niño querido! —exclamó—. ¿Qué hemos hecho de ti?

Ortiz no tenía fuerzas para secarse las gruesas lágrimas que rodaban por sus mejillas. ¡Todo estaba concluido! ¡Jamás, jamás volverían a aspirar a nada! ¡Nunca más entrarían en el laboratorio! Su porvenir entero estaba muerto ya, como había muerto el hombre de las manos vendadas; como había muerto su creación abominable; como allí —criatura sublime, arcángel de genio, voluntad y belleza— estaba muerto Donissoff.



EDUARDO LADISLAO HOLMBERG

(ARGENTINA, 27 DE JUNIO DE 1852 – 4 DE NOVIEMBRE DE 1937).

Médico, naturalista y escritor argentino. En el aspecto científico, Ladislao Holmberg comenzó tomando apuntes sobre la fauna y la flora patagónicas que documentó en su *Viajes por la Patagonia*, de 1872. A partir de 1874 se abocó al estudio de los arácnidos, publicando en la década siguiente numerosos estudios sobre estos artrópodos, que fundaron la disciplina en el país. Publicó en los *Anales de la agricultura argentina* y el *Periódico zoológico*, dos de las publicaciones científicas más importantes de la época, describiendo especies e investigando el efecto de su presencia en la actividad agrícola. En 1878, junto con el entomólogo Enrique Lynch Arribálzaga, fundó la primera revista dedicada en exclusiva a la Biología en Argentina: *El naturalista argentino*; solo se publicó un número de esta, pero la calidad del material llevó a que numerosas instituciones científicas de todo el mundo, entre ellas el British Museum, requiriesen ejemplares. Más prolífica fue su obra narrativa, siendo el fundador del género de la ciencia ficción en el país con la novela *El viaje maravilloso del señor Nic-Nac* (1875), *Insomnio* (1876) y *La pipa de Hoffman* (1877). La perspectiva socio-crítica de su literatura se hacía patente en la utopía política *Olimpio Pitango de Monalia*, que no publicó en vida y permaneció inédita hasta 1994. De 1879 data *Horacio Kalibang o los autómatas*, una obra de avanzada sobre la posibilidad de fabricar robots.

HORACIO KALIBANG O LOS AUTÓMATAS

I

—...Es complementamente falso —dijo el burgomaestre, llevando a sus labios la copa verde, en la que su sobrino acababa de servirle el delicado vino del Rhin.

—¿Y si lo creéis fuera de los límites de lo concebible? —preguntó Herman con malicia.

—¡Lo concebible!, ¡lo concebible!, todo es concebible, sobrino, pero no todo es posible.

—Así he oído decir más de una vez, pero desde que conocí el hecho, con su aterradora realidad, he llegado a comprender que existen fenómenos extraños que la ciencia humana no explica y que tal vez no podrá nunca explicar.

—Tu opinión no es más que la de un niño de escuela.

—¡Mi tío!

—¿Y qué? ¿Te imaginas, por ventura, que puede ser otra cosa?

—¿Qué, si un mequetrefe es el que niega la verdades reveladas al hombre por su contracción y aplicación incesante al estudio de la Naturaleza, aceptando una necedad, como la que acabas de manifestar? ¿Crees, acaso, que mis canas son de ayer? ¿Has pretendido sospechar que hablas con un religioso, fanático, que va a admitir tus preocupaciones a título de creencias o de fe? No, Hermann, no; estás muy equivocado. Pero, ¿por qué no sirves al mariscal? Y tú, Luisa, ¿has perdido el paladar,

después de lo que has oído? Kasper, pásame aquel jamón, pásame aquel jamón. ¡Capitán! ¿Rhin?

—Gracias, estoy servido ya.

—Mariscal, ¿una tajada de jamón? Excelente, mi mariscal; es del mejor que se fabrica en Pomerania, con pechuga de ganso.

El burgomaestre tenía razón. Era aquel un bocado exquisito, que todos juzgaron con rigor, sin poder llegar a otro resultado que el de declarar que era exquisito, con lo cual puede afectarse igualmente a una linda mujer y a un rico jamón de Pomerania.

Razón tendrá el lector, y mucha, para quejarse por la extraña introducción que me he permitido regalarle, antes de haberle presentado a Horacio Kalibang, con toda la solemnidad que el personaje y el lector merecen; pero no era posible comenzar de otra manera, porque al penetrar en el recinto en que aquella conversación se desarrollaba, en ese mismo momento, desmentía el burgomaestre Hipknock a su sobrino el teniente Hermann Blagerdorff y, fiel retratista, no he podido hacer otra cosa que tomar, sin antecedentes, las palabras consignadas.

Aunque hay personas de mala voluntad que sostienen que mi pariente y amigo, el burgomaestre Hipknock, lleva este nombre debido a la circunstancia de haberse atragantado con un hueso uno de sus antepasados, en tiempos de Carlos V, sostengo que es falso, aunque no tengo interés en demostrar lo contrario.

Luisa, la hija de mi pariente, cumple hoy quince años. Es una preciosa criatura, muy parecida a las lindísimas muñecas que fabrican en Nüremberg, mi ciudad natal. Con esto he dicho todo. Sus ojos de cielo tienen ese candor de la inocencia sin límites; su cabellera de oro cae en rizos a los lados de sus mejillas, rosadas como una aurora y frescas como la hoja de una lechuga; y sus labios, cual esas guindas de la Selva Negra, no sé qué reminiscencia despiertan en el paladar, a tal punto

que algo húmedo se estremece y se desliza por el ángulo derecho de la boca.

¡Quince años! La edad más deliciosa para una mujer, porque no obstante tener ya en punto ese inconsciente que llamamos corazón humano, su cabeza goza del más etéreo y divino de los vacíos.

¡Quince años! La edad en que no se piensa en nada, so pena de pensar en algo menos... y sin embargo, no hay caso que más preocupe, después de los veinte. ¿Por qué? Misterios insondables del endurecimiento de aquel inconsciente y de los huesos.

A pesar de todo, la hija de mi pariente no es un hongo. Sus manos de algodón saben fabricar unos pastelitos con almíbar por fuera y manzana por dentro, tan ricos y tan incitantes, que hacen honor al hueso que no se tragó el antepasado de su padre.

Para festejar su natalicio, el burgomaestre ha reunido una concurrencia de buen apetito. Opina, como yo, que la mesa moderna tiene muchas piruetas y poco jugo; que no hay vino como el del Rhin, y que el jamón es excelente cuando no es de mala calidad. Así es que, al entrar en el comedor, me he detenido un momento en el umbral para observar el cuadro que la familia y los amigos presentan.

En la cabecera de la mesa está sentado mi pariente; a su derecha, Luisa, vestida de blanco, con lazos azules; frente a ella, su primo Hermann, que la mira con toda la ferocidad de un teniente enamorado con consentimiento del mariscal Vogelplatz, sentado junto a Luisa y deseando comulgar con el teniente.

El mariscal es un personaje tremendo: tiene todo el color y temperatura de un sol poniente; en la nariz y en el vientre, todas las dimensiones de un elefante bien educado. Engulle como un palmípedo y bebe como una tromba. El capitán Hartz, el párroco de la aldea; Kasper, secretario del burgomaestre, y su esposa; el maestro de escuela y el director de la

parada más próxima, con su señora; y, frente al dueño de casa, su compañera... he ahí el conjunto brillante, reunido en casa del burgomaestre.

Mi asiento no ha sido ocupado, y solo consigo que nadie se mueva del suyo, tomando rápidamente aquel.

—Vamos, Fritz —me dice mi pariente, sonriendo con aire burlón—, al fin, ¿eh? Ya creía que te quedabas rascando miserablemente ese violonchelo infame, que te da todo el aspecto de un sapo sentimental cuando te sientas a mi lado.

—Está visto, pariente, que usted se empeña en detestar la música.

—Déjate de músicas, Fritz; la música no significa nada. Mira, esto es lo positivo, lo sólido, lo que puede digerirse bien, ¡y estol!, pásame tu copa, esto es Liebfrauenmilch, la mejor marca del Rhin, la gloria de Alemania y de los paladares como los de los dioses.

—Muy bueno está, pero veo que he interrumpido una conversación interesante, tal vez, y no quisiera...

—Nada de eso; es una de tantas preocupaciones de mi sobrino.

—¿Cómo así?

—Figúrate que pretendo convencerme de que un hombre puede perder su centro de gravedad; ¡ja! ¡ja! ¡ja!...

—¿Y por qué no? Si se lo colocara, por ejemplo, en el punto en que se neutralizan las atracciones de la Tierra y de la Luna.

—Ni he pensado en tal cosa —interrumpió el teniente Blagerdorff—. ¿No conoce usted a Horacio Kalibang?

—Un personaje de nombre muy parecido figura en *La Tempestad*, de Shakespeare.

—Eso es escaparse por la tangente —observó el mariscal, tragando con facilidad un enorme bocado—. ¿Conoce usted a Horacio Kalibang, el hombre que ha perdido su centro de gravedad? ¿Sí o no?

—No, señor mariscal, ni espero conocerle.

—Es un prodigo de la fantasía de Hermann. ¡Vamos!, coliflor y asado; eres un mentecato, sobrino; sirve vino al mariscal. Luisa, atiende, hija mía, al señor mariscal. ¡Capitán!, ¿quiere usted pasarme ese pollo que, no obstante la acción del fuego, salta en la fuente, como si también hubiera perdido la gravedad? Fritz, bebe, hijo, bebe.

—Gracias, pariente; no quisiera parecerme a Horacio...

—¡El señor Kalibang! —interrumpió uno de los criados, entrando espantado en el aposento.

—¡Adelante, adelante! —exclamó el burgomaestre, poniéndose de pie, como ya lo estábamos todos, y dejándose caer en un sillón, cual si una bala le hubiera herido los pulmones.

Pero no había nada de eso.

El personaje que se presentaba en escena podría tener cinco pies de altura, es decir, 1 metro, 443 milímetros, y formas proporcionadas. Su rostro carecía completamente de expresión y, al verle, se diría que acababa de salir del molde de una fábrica de caretas. Ni un solo movimiento de los párpados revelaba las sensaciones que determina el cambio de luz o la variación de las imágenes. Sus pupilas no se alteraban con el punto de mira; eran como las de esos retratos que fijan al frente y que tanto pavor causan a los niños que por primera vez los observan. Era la expresión del plano en el relieve.

—Muy buenas noches, señoras y caballeros —dijo, mirando simultáneamente a todos.

—Excelentísimas las pase usted, señor Kalibang —balbuceó mi pariente, el burgomaestre, al ver que los labios del recién llegado se movían de idéntico modo al pronunciar cada una de las sílabas de aquellas palabras—. Tome usted asiento.

—Gracias; como carezco de peso, cualquier posición me es igual.

En aquel momento solo había dos rostros que no manifestaron el más profundo terror: el del teniente Blagerdorff y el de Horacio Kalibang. El primero brillaba con el relámpago de la victoria; el segundo tenía estampada la eterna sombra de la

indiferencia. Yo no meuento. Kalibang hizo un movimiento con el brazo derecho, y al instante su cuerpo se inclinó de tal manera, que la línea de gravedad cayó a medio metro de sus pies.

—¡Imposible! —exclamó el burgomaestre—. Esto está fuera de todas las leyes físicas.

—A no ser que... —insinuó Kasper.

—Que..., que... a no ser que seas tan mentecato como mi sobrino.

—¡Mi tío!

—Calla, Hermann —dijo Luisa, haciéndole un gesto que dominó al teniente.

—A no ser —repitió Kasper— que el señor Kalibang sea hueco o lleve pies de platino.

—¿Qué?

—Opino así, porque teniendo el platino un peso específico de 21, puede servir de resistencia a la gravedad del cuerpo, en una inclinación de este grado, teniendo las piernas bastante energía para no ceder.

—No digas tal cosa, Kasper... El señor Kalibang nos ha declarado, al ofrecerle asiento, que careciendo de peso, cualquier posición es igual.

—Señores y caballeros, muy buenas noches; ya ven ustedes que no soy un mito.

Y girando sobre uno de sus talones, el señor Kalibang se retiró, inclinado de la misma imposible manera.

El mariscal había perdido el apetito, no obstante tocar a los postres; y los demás concurrentes, excepto Hermann y yo, guardaban el más extraño silencio y revelaban el más estúpido pavor.

—¿Sabes lo que es eso, Hermann? —pregunté al teniente.

—Si lo sé? ¡Vaya si lo sé! Es lo más estupendo que puede verse; la maravilla mayor entre todos los fenómenos: ¡perder la gravedad!

Sonréí.

—Y qué indiferencia a toda opinión —dijo entre dientes el burgomaestre.

—¡Y qué mirada!... —agregó Luisa.

—¡Parece un búho! —dijo uno.

—¡Dos búhos! —insinuó otro.

Aquel preludio no me desagradaaba, porque semejantes a los pajarillos que se despiertan entre sí, cuchicheando ocultos por las hojas, al despuntar el alba, los dueños de casa y sus invitados parecían animarse, mutuamente, después de un instante de terror que había durado un minuto tan largo como un siglo.

—Yo sabré quién es Horacio Kalibang; entre tanto, mariscal, terminemos lo casi terminado. ¡Vino! ¡Vino! ¡Café!... ¡Ea, muchachos, no dormirse!

Brille en la copa el vino transparente

Y a raudales difunda la alegría...

—¿Ve usted, pariente, cómo no hay contento posible sin música? Usted mismo nos da el ejemplo.

—Son emociones, Fritz, emociones de otro género, que se traducen en notas destempladas. No sé si me comprendes, pero ya sabes que el exceso de impresión tiene que transformarse de algún modo. Yo canto, aquél ríe, otro llora...

—Yo tiemblo...

—Yo como...

—Yo bebo vino del Rhin y amo la música porque sí...; el bien por bien..., la música por ella... ¿Qué significa la música? No sé, ni me importa saberlo... ¡Vino aquí!... Se canta y se goza...

—Yo miro a Luisa...

—Pero el teniente no se escapa a mi mirada —agregó el mariscal, destellando un crepúsculo encendido.

*Las penas mayores,
los hondos quejidos,
los pechos dolientes,
se curan, se acallan, se borran con vino.*

—¡Bravo!

—¡Otra!

—¡Bis!

—¡Horacio Kalibang! ¡Otra! ¡Bis!... El hombre que ha perdido la gravedad... ¡Ea!, sois todos unos mentecatos.

Y tomando el sombrero y el bastón, el burgomaestre salió precipitadamente del comedor.

Un momento después, me retiré también, pensando que no es necesario llamarse Horacio Kalibang para perder la gravedad...

Para que el lector pueda apreciar la conducta de mi primo, el burgomaestre Hipknock, es necesario que me permita hacerle su retrato moral en dos plumadas.

El burgomaestre es uno de aquellos hombres que siguen con toda su alma los progresos del materialismo en Alemania. No cree en Dios ni en el diablo; está excomulgado hasta la quinta generación y asegura que nada pierde ni gana su raza con semejante regalo. Es un hereje, un condenado, un miserable, un canalla, un estúpido, un ignorante y todo lo que la indignación irracional puede sugerir a sus enemigos, que tales blasfemias le envían desde las sombras del incógnito.

Pero todos los que hemos tratado al burgomaestre sabemos que tiene un carácter incomparable... insisto —tiene un carácter— es el mismo en presencia del emperador y en presencia de sus amigos.

Incapaz de cualquier indignidad, practica el bien en todas sus formas y asegura, no sé por qué razón, que su mayor gloria es la de tener tantos enemigos a los que, por cierto, no conoce ni de vista. Pero, en cambio, sus amigos son numerosos, y tanto más sinceros, cuanto que no necesitan de él, ni él de ellos. Si ataca, lo hace a cara descubierta, porque no es un cobarde; y si alaba, jamás lo hace con intención de lucrar. Lo que ha dicho una vez, lo ha dicho porque tal era su opinión, y si esta se modifica, es por la fuerza de las razones, jamás por un capricho.

No aspira a los altos puestos, porque no sabe qué haría en ellos; comprende que en la lucha por la vida todo sacrificio voluntario reclama recompensa doble, y como vive contento y feliz con lo que tiene, su límite está en ello. Jamás diría al pueblo congregado lo que no fuera su opinión, y tendría un verdadero disgusto en tener que decir del pueblo lo que no había dicho al pueblo. En ninguna de las ceremonias en que ha tomado la palabra, se ha apartado nunca del centro en que gira todo su anhelo para la humanidad.

El trabajo sin descanso –dice– es el azote de los tiranos. Trabajad, pues, y seréis libres y felices. Y cuando algún amigo le ha pedido su opinión respecto del gobierno, no ha vacilado en contestar: “Los pueblos se forjan su gobierno. No hay más derecho divino que el del pueblo; los pueblos tienen, pues, el gobierno que quieren o el que merecen. Como la providencia es un mito, no se preocupa de ningún pueblo. Todas las formas de gobierno son buenas, cuando los gobernantes no son unos tontos, pero hay congregaciones que prefieren a tales gobernantes, para pantallas de sus maquinaciones”.

No ama la demolición cuando no sabe qué construir sobre las ruinas formadas, ni cuando no va a mejorar una situación.

Por eso no ha querido tomar parte, jamás, en propaganda alguna de cuestión religiosa. Es materialista por la fatalidad de las razones, pero no cree que exista pueblo alguno ateo, ni que deba o pueda existir. “Las sociedades científicas –dice– tienen derecho de ser la razón; el pueblo no tiene más derecho que ser el sentimiento; para el sentimiento, hay Dios; para el sentimiento, hay un alma inmortal”.

Hipknock figura en las listas de socios de numerosas corporaciones ilustradas de Europa y de América, lo que prueba que sus enemigos se equivocan. Los sabios que de cuando en cuando pasan por el pueblo le visitan con placer, porque es ilustrado, y lo que es más, incansable para resolver una duda. La ataca de mil maneras, la comprime, la estudia, la estruja,

y en este combate, que en muchas ocasiones ha dado a otros como resultado una triste pérdida de tiempo, el burgomaestre sale siempre victorioso. No cuadrará jamás el círculo, no porque sea o no cuadable, sino porque está persuadido de que perdería su tiempo, que puede dedicar a sus obligaciones oficiales, a su familia que ama, o a sus tareas científicas.

En su lenguaje, en el seno de la intimidad, suele morder, pero jamás hiere, porque estima, y cuando estima, es franco. “La franqueza –dijo un día a su antiguo amigo, el viejo mariscal– es el cañón del alma. Se puede ser charlatán sin ser franco, como se puede ser callado e indiscreto, o charlatán y discreto. Hablar mucho, o no decir algo; a veces se habla para no decir”.

Este es, en pocas palabras, mi primo el burgomaestre. El lector puede seguir, de un modo lógico, todo el desenvolvimiento de aquellas ideas fundamentales, ligadas íntimamente para formar su carácter.

Ahora comprenderá también por qué razón se retiró mi primo del comedor de una manera tan brusca. Iba a resolver una duda. Iba.

La noche estaba oscura y una llovizna tenuísima acariciaba el rostro de los transeúntes.

Por la calle de X... dos individuos caminaban en dirección a la plaza de Federico el Grande.

Detrás de ellos, y a distancia suficiente para no perderlos de vista, un hombre de cierta edad se dirigía hacia la misma plaza que ellos. Cualquiera, al verle, hubiera dicho que era indiferente a los dos que le precedían, pero un fisionomista habría reconocido en su semblante todos los signos que revelan el observador en observación. Sus ojos fijos, en parte velados por las cejas; los labios apretados, cual si creyera que sus investigaciones podían escapársele en palabras indiscretas; la cabeza algo inclinada y de cuando en cuando un movimiento convulsivo de los dedos, entre la barba, no podían expresar otra cosa que lo que en realidad había.

De pronto se detuvo, apartándose un tanto para no ser visto, al observar que los que le precedían se acababan de detener. Uno de ellos sacó con cautela el sombrero de la cabeza del otro, lo colocó en uno de sus bolsillos y, llevando ambas manos a la cara del segundo, pareció sacar algo pequeño de ella, y examinándolo con cuidado, prorrumpió en una maldición formidable que hizo estremecer al observador.

—*Donnerwetter!* —exclamó—. *Ich habe ihn jetzt gefunden...*
(Rayos y centellas, ya lo encontré).

Sacó entonces del bolsillo otro objeto pequeño y, colo-
cándolo en el cuello de su dócil acompañante, hizo los movi-
mientos que hubiera hecho al dar cuerda a un reloj. Terminada
la operación, guardó la presunta llave.

Llamamos Oscar Baum al de la maldición y guardemos
en silencio, por un momento, el nombre del otro.

A los pocos pasos volvieron a detenerse.

Oscar Baum dijo algo al oído de su compañero, y este
repuso:

—Muy buenas noches, señoras y caballeros.

El observador oculto dio un salto en la oscuridad.

Pero lo que este no había observado era que el que aca-
baba de hablar llevaba el cuerpo inclinado hacia delante, de tal
modo que cualquiera, al pasar a su lado, le habría adelantado
la mano o el brazo para que no cayese, si no hubiera sabido de
quién se trataba.

Un nuevo movimiento de Baum arrancó al otro estas
palabras: “Gracias; como carezco de peso, cualquier posición
me es igual”.

—¡Horacio Kalibang! —murmuró el observador—. Horacio
Kalibang, ¡ya sé que no eres más que un autómata!...

Y satisfecho de aquella observación, cambió de rumbo y
se encaminó a su casa.

El burgomaestre Hipknock volvía vencedor. Ya sabía
quién era Horacio Kalibang.

El burgomaestre acababa de levantarse. El velo de la incertidumbre había desaparecido de su semblante, ya risueño.

—¡Hum! Es hábil el artista. Veamos ahora qué se propone.

Y en aquel momento, cual si las circunstancias se reunieran para satisfacer su curiosidad, un criado entró en el aposento trayendo una carta.

Hipknock abrió el sobre y leyó:

“Señor burgomaestre Hipknock.

Establecido en este pueblo desde hace dos días, con el objeto de trabajar más tranquilamente que en Berlín, me tomo la libertad de invitar a usted, para las 2 de la tarde, a esta su casa, calle X..., donde tendrá el honor de hacerle ver mis obras.

Fabricante de autómatas, desde hace algunos años los últimos descubrimientos de Edison han herido mi amor propio nacional, estimulándome a dirigir mis investigaciones en un sentido definitivo: estoy en vísperas de fabricar un cerebro con funciones propias.

Conociendo, como conozco, las ideas filosóficas y la ilustración del señor burgomaestre, he creído que a nadie mejor que a él podría pedir un juicio sobre algunos de mis trabajos.

Saluda al señor burgomaestre con su más alta consideración,

Oscar Baum
Fabricante de autómatas”.

—¡Hola! Señor Baum, y usted había sido el desconocido de anoche, ¿eh? Muy bien; veremos sus autómatas. ¿Y Kasper habrá salido con la suya? ¿Y qué dirá mi sobrino el teniente cuando lo sepa? —dirigiéndose entonces al criado, le dijo:

—Corre a casa de Fritz y dile que le espero a almorcizar; agrégale, también, que es necesario que venga, aunque se esté muriendo.

El criado salió y el burgomaestre quedó solo, entregado a sus reflexiones, las que, por cierto, no eran muy favorables ni a los espiritualistas ni a los cléricales.

—*Donnerwetter!* —dijo, repitiendo las palabras que había oído a Baum en la noche anterior—. *Ich habe ihn jetzt gefunden.* He ahí lo que vamos a grabar en una lámina de oro, si el fabricante de autómatas dice la verdad.

—Muy buenos días, pariente —dijo al ver a Hipknock en el comedor de su casa, momentos después—. ¿Qué acontecimiento motiva esta llamada?

—¿Qué acontecimiento? Lee esta carta.

Y entregándome la de Baum, la leí agradablemente sorprendido, según juzgó mi pariente: primero, por el anuncio de una obra tan grande como era la fabricación de un cerebro, y segundo, porque yo bien sabía que Horacio Kalibang no era sino un autómata; no pudiendo explicarme, por cierto, cómo había pasado ello inadvertido para mi primo.

Después del almuerzo, conversamos largamente sobre los últimos descubrimientos de los fisiólogistas y llegamos al resultado siguiente: si Oscar Baum, para muchos, ha emprendido un desatino, para pocos no puede negarse que las probabilidades de éxito se encuentran a su favor.

A las dos de la tarde, el burgomaestre, a quien acompañaba yo, entraba en casa de Oscar Baum.

—¿Está el señor Baum? —preguntó a un individuo alto que salió a recibirnos.

—Pase usted adelante, señor burgomaestre.

—Esa no debía ser la respuesta —dijo Hipknock—; somos dos.

—Pariente, ¿no ve usted que es un autómata? Esa respuesta prueba, por lo menos, que usted era esperado solo.

—Entonces estoy ciego, porque no he podido reconocerlo.

Al entrar en el salón, un individuo rubio, con anteojos azules, se levantó de una silla en la que estaba sentado y, dirigiéndose al burgomaestre, le extendió la mano.

—¿El señor burgomaestre Hipknock? —preguntó.

—Para servir a usted. ¿Es con el señor Baum con quien tengo el honor de hablar?

—El honor es para mí, caballero. Me he tomado la libertad de invitar a usted, porque antes de lanzar al mundo mis obras, deseo conocer la impresión que le causan.

—Terrible, señor Baum, terrible! Horacio Kalibang me ha producido toda la ilusión de un hombre vivo y, a no ser por una circunstancia especial, aún guardaría su misterio.

—Horacio Kalibang es el más imperfecto de todos, pero llama mucho la atención porque camina fuera del centro de gravedad.

—¿Nada más que por eso?

El señor Baum guardó silencio.

Sus ojos hicieron una revolución en las órbitas, sus labios se apretaron, sus brazos cayeron inertes, mientras que una de sus piernas, por no sé qué movimiento del resorte, se desprendió de su cuerpo y cayó al suelo.

El burgomaestre dio un salto sobre su asiento.

Por mi parte, prorrumpí en una carcajada tremenda. Mi pariente no había reconocido que conversaba con un autómata. Verdad que está ya algo corto de vista.

—*Donnerwetter!* —dijo una voz en la pieza inmediata, cual si la ira le hubiera arrancado aquella expresión poco amable, y abriéndose la puerta, el burgomaestre vio aparecer otro individuo, idéntico al que acababa de deformarse, que acercándose a mi pariente, le dijo:

—Disculpe usted, señor burgomaestre, esta segunda libertad que me he tomado de hacerme representar por un autómata; pero no dudo que ya lo estaré, porque la excelencia de la obra, rápidamente construida, es una garantía de mi respeto por usted.

—Está usted disculpado.

—La mecánica, señor burgomaestre, es una ciencia sin límites, cuyos principios pueden aplicarse no solo a las

construcciones ordinarias y a la interpretación de los cielos, sino también a todos los fenómenos de la materia cerebral.

—Es mi opinión.

—¿Qué es el cerebro, sino una máquina cuyos exquisitos resortes se mueven en virtud de impulsos mil y mil veces transformados? ¿Qué es el alma, sino el conjunto de esas funciones mecánicas? La acción fisicoquímica del estímulo sanguíneo, la transmisión nerviosa, la idea, en su carácter imponderable e intangible, no son sino estados diversos de una misma materia; una y simple sustancia, inmortal y eternamente indiferente, al obedecer a la fatalidad de sus permutaciones, que producen un infusorio, un hongo, un reptil, un árbol, un hombre, un pensamiento, en fin.

—Todo está muy bueno, señor Baum; pero yo deseo ver sus autómatas, porque se hace tarde. Soy materialista y sus palabras no me causan espanto ni novedad.

El señor Baum se puso de pie y dirigiéndose a la puerta llamó a un criado.

—Avise usted a los maquinistas que el señor burgo-maestre desea que comiencen las manifestaciones.

Al instante una de las paredes del aposento se elevó como un telón, y vimos frente a nosotros una gran sala, en la que no faltaba nada: caballetes, pianos, flautas, fusiles, espadas, libros, etc.

El señor Baum volvió a tomar asiento.

—¡Música!... ¡Baile!

—¡Fritz!, vas a salir tú de autómata —me dijo el burgo-maestre.

Sonréí, porque aunque fuera cierto, mi pariente no sabía lo que le estaba pasando.

Y así fue. Uno de los autómatas, con un violonchelo en la mano izquierda y una silla en la derecha, se sentó en medio del salón; pero lo que más agradó a mi primo fue que su cara y su cuerpo eran mi propio retrato.

El músico ejecutó con maestría una preciosa introducción, después de la cual un pianista le acompañó de tal modo que no pudimos menos que aplaudir.

Un tercer autómata se acercó al piano y, dando vuelta a una de las hojas del libro, la música continuó, agregando el canto, y tan hermosa fue la pieza que ejecutaron, que mi tío no sabía cómo expresar su admiración al señor Baum, que se mantenía callado.

Los músicos se retiraron.

En su lugar aparecieron dos hermosas niñas que, con traje de ilusión y guirnaldas de flores, bailaron con tal gracia y soltura “El despertar de las hadas” que los músicos invisibles producían, que yo mismo tuve tentaciones de lanzarme en medio de ellas para acompañarlas. Se retiraron.

—¡Duelo! —dijo el señor Baum.

Dos gallardos jóvenes entraron al salón, por puertas opuestas, y después de saludarse, cruzaron sus armas y luego se detuvieron un momento.

—Era tu destino morir en mis manos.

—No tal, que la herida no es cierta en tus armas.

—¿Cobarde me has dicho?

—¿Cobarde? No debes cambiar mis palabras.

—He dicho y repito: las iras te ahogan, te ciega la rabia.

—Defiende tu pecho.

—¡Jo! ¡jo!, que en el tuyo te hundo tu espada.

Y desarmando a su adversario, al decir estas palabras tomó el arma que acababa de caer y le cortó una oreja.

—¡Basta! ¡Basta! —exclamó el burgomaestre— no puedo permitir que continúe; ¡primera sangre!

—¡Pintura! —dijo Baum.

Dos maniquíes desnudos penetraron al taller.

Uno de ellos llevaba en la mano paleta con colores, pinceles y tiento, y sentándose frente al caballete, ya pronto comenzó a copiar a su compañero, con toda la precisión de un artista consumado. Terminado el cuadro salieron del taller.

—Si estos son autómatas, es necesario confesar que no se diferencian mucho de nosotros —dijo Hipknock.

—Si el señor burgomaestre me permite —observó Baum—, yo invertiría la proposición.

No cansaré a mis lectores con la enumeración de los diversos cuadros que allí presenciamos; batallas, parlamentos, academias, paseos, bailes, escenas amorosas, cuadros místicos, etc., etc.; todo se presentó a nuestra admiración con ese tinte especialísimo de verdad, que solo revisten las grandes obras de los grandes maestros.

Próximos a retirarnos, el burgomaestre, sonriendo de placer, más por hallar una especie de confirmación a la teoría del inconsciente de su amigo Hartmann, que por lo que había presenciado, dijo a Baum:

—Pero observo que ha faltado un cuadro de familia.

—Si el señor burgomaestre lo permitiera, la propia suya aparecería al punto.

—Como usted guste.

Y haciendo una seña, el salón se empezó a llenar de autómatas que, sentados luego alrededor de una mesa, desarrollaron, ante los ojos estáticos del burgomaestre, la mismísima escena de la noche anterior, con los mismos movimientos y las mismas palabras de la discusión sobre Horacio Kalibang, que entró un momento después y pronunció las palabras que todos le habían oído.

Mi pariente no pudo menos que soltar una carcajada cuando vio a su propio autómata hacer un gesto de espanto al entrar Kalibang, y llevando la mirada al autómata de Luisa, dijo:

—Pero observo, señor Baum, que mi hija mira demasiado al teniente Blagerdorff, mi sobrino.

—El señor burgomaestre notará también que su sobrino no paga con moneda falsa.

—Pero eso...

—Dejarían de ser autómatas, señor burgomaestre, si alteraran un solo pasaje.

El señor burgomaestre se puso de pie, tal vez para manifestar al señor Baum su indignación, de una manera positiva, cuando este echó a correr hacia la mesa, y trepándose sobre ella, se desarticuló uno de los brazos y lo lanzó sobre la cabeza del burgomaestre autómata, que, irritado ante aquel atrevimiento, pronunció estas palabras:

—*Donnerwetter! Ich habe ihn jetzt gefunden.* He ahí lo que vamos a grabar en una lámina de oro, si el fabricante de autómatas dice la verdad; las mismas que había dicho, en esa misma mañana, cuando recibió la carta de Oscar Baum.

Una escena terrible tuvo lugar entonces y comprendiendo mi pariente que era inútil luchar con aquellos muñecos feroces, me dijo:

—Fritz, es necesario retirarnos, pues no sabemos hasta dónde puede llegar la habilidad de estos energúmenos. Ahí quedamos, batiéndonos en descomunal batalla. Si son ellos los autómatas o si lo somos nosotros, no lo sé; pero te aseguro que cantan, bailan, gritan, saben y se baten con una habilidad tal, que más parece natural que de resortes.

Y ya nos retirábamos, cuando un autómata, más alto y fornido que los otros, se acercó a la mesa y gritó:

—¡Basta, señores!, soy el más fuerte y tengo la razón; si alguno de vosotros me la niega, le partiré el cráneo, aunque la tenga. No soy solamente un autómata, soy la humanidad entera y cuando la humanidad habla con la fuerza, la razón es el más despreciable de los juguetes de los niños.

¡Aquel autómata era un bestia!... ¡pero si era un autómata!
La calma reinó en el salón.

—Ahora, señor burgomaestre Hipknock, ¿tiene usted alguna duda respecto de la habilidad de nuestro constructor? —preguntó.

—Ninguna, señor, ninguna.

—¿Tiene usted alguna pregunta que hacer?

—¡Oh!, ¡sí!... ¿hace mucho tiempo que se han fabricado estos autómatas?

—¡Mucho!

—¿Y están todos aquí?

—No; hay algunos miles de ellos que andan rodando por el mundo. Cuando se les acaba lo que ustedes llaman la cuerda, y que nuestro constructor llama su habilidad, volverán a recibir nueva fuerza y entonces, señor burgomaestre, entonces..., buenas noches.

Mi tío y yo nos miramos. Era lógico.

Entonces... entonces... nos retiramos, complacidos de las maravillas de que habíamos sido testigos, y terriblemente desagrados con estos pensamientos: “¿Será Fritz un autómata?” —el burgomaestre. “¿Será el burgomaestre un autómata?” —yo.

Al llegar a casa del primero, me despedí de él.

—¿No nos acompañas a comer, Fritz?

Pero yo ya estaba lejos.

Poco tiempo después, la casa del burgomaestre Hipknock se llenaba de gente para festejar un gran día de familia.

El capitán Herman Blagerdorff unía, a sus destinos, los de la señorita Luisa Hipknock.

Era muy natural.

Habían leído *Werther* y se amaban.

Cuando dos jóvenes alemanes o de cualquier nación se aman, aunque hayan leído o no el *Werther* se casan o no se casan; solo sí, que hay que notar esto: cuando se van a casar, nunca se preguntan si son autómatas o no.

—Todos vienen, menos Fritz, ¿dónde estará Fritz? —se preguntaba el burgomaestre, haciendo un gesto de desagrado.

Cuando se sentaron a la mesa, Hipknock, de pie aún, dijo en tono solemne:

—¡Amigos míos!, permitidme una pregunta: ¿hay entre vosotros algún autómata? ¡Decídme, por favor!

Todos se miraron entre sí: los unos porque no sabían lo que era un autómata; los otros porque lo sabían demasiado.

—¿Y Fritz? ¿Por qué no ha venido Fritz?
Nadie lo sabía.

Horacio Kalibang entró a los postres y entregó al burgo-maestre una carta de Fritz. Decía así:

“Mi querido primo, burgomaestre Hipknock.

Hermann se me ha anticipado en el corazón de Luisa, no importa, tengo su autómata, que me amará perpetuamente, sin cambio, ni mudanza, porque será mi amor grabado de un modo indeleble en las respuestas sinceras de sus resortes. Que sean felices, serán mis votos. Te he acompañado como autómata durante la noche en que, reunidos en tu casa, celebramos el natalicio de Luisa; como autómata he ido contigo, al día siguiente, a la fiesta de Oscar Baum. Oscar Baum, soy yo: no te espantes, pariente. Ya que Horacio Kalibang es un autómata, también. Cuando Luisa tenga hijos, esa máquina humana les enseñará, con métodos especiales, todo lo que deban aprender. Para ello lo envío, es un regalo de boda. Aunque con forma de hombre, es un libro. Es el único ser a quien se le debe confianza. Soy bastante grande, noble y rico para que me creas poderoso. Tú has sido testigo. Tengo el mundo en mis manos, porque lo manejo con mis autómatas.

Cuando, sumergido en el torbellino de la política, encuentres algún personaje que se aparte de lo que la razón y la conciencia dictan a todo hombre honrado... puedes exclamar: es un autómata.

Cuando, sumergido en las grandes batallas del pensamiento, tu adversario científico llame en su apoyo los misterios de la fe, puedes exclamar... ¡es un autómata!

Cuando veas un poeta que te pinta lo que no siente, un orador que adulá al pueblo; un médico que mata, un abogado que miente, un guerrero que huye, un patriota que engaña, un ilustrado fanático y un sabio que rebuzna... puedes decir de cada uno de ellos ¡es un autómata! Sí, Hipknock, sí: he llenado el mundo con los productos de mi fábrica.

Recuerda con frecuencia a Oscar Baum, o si quieres, a tu primo Fritz. Persiste en tus ideas: ¡son la luz del porvenir!

Un abrazo a todos”.

Al leer esta carta, las lágrimas corrían por las mejillas del burgomaestre.

Cuando su hija Luisa, ya esposa de Blagerdorff, se despedía, le dijo estas palabras al oído:

—Serás feliz, hija mía, porque hay algo grande y noble que vela por ti. Tendrás hijos, si obedeces, como todo el mundo, al automatismo orgánico; yo seré el más feliz de los abuelos, ya que soy el más desgraciado de los primos; y cuando tenga un nieto, que será mi gloria y encanto, yo sabré decirle, y si muero, díceselo tú: “Hijo mío, antes de esparcir los aromas que broten de tu corazón, examina con cuidado si no es un autómata la copa que los recibe”.

El lector tocará los demás resortes.



PABLO PALACIO

(ECUADOR, 25 DE ENERO DE 1906 – 7 DE ENERO DE 1947).

Escritor y abogado. Fue uno de los fundadores de la vanguardia en el Ecuador y América Latina, por tanto, un adelantado en lo que respecta a estructuras y contenidos narrativos, porque su obra casi no corresponde con el costumbrismo de su época. Caracterizado por su estilo irónico y experimental, su obra narrativa comprende las novelas *Débora* (1927) y *Vida del ahorcado* (1932). El cuento “La doble y única mujer” fue publicado por primera vez en 1927.

LA DOBLE Y ÚNICA MUJER

(Ha sido preciso que me adapte a una serie de expresiones difíciles que solo puedo emplear yo, en mi caso particular. Son necesarias para explicar mis actitudes intelectuales y mis conformaciones naturales, que se presentan de manera extraordinaria, excepcionalmente, al revés de lo que sucede en la mayoría de los “animales que ríen”).

Mi espalda, mi atrás, es, si nadie se opone, mi pecho de ella. Mi vientre está contrapuesto a mi vientre de ella. Tengo dos cabezas, cuatro brazos, cuatro senos, cuatro piernas, y me han dicho que mis columnas vertebrales, dos hasta la altura de los omóplatos, se unen allí para seguir –robustecida– hasta la región coccígea.

Yo-primerá soy menor que yo-segunda.

(Aquí me permito, insistiendo en la aclaración hecha previamente, pedir perdón por todas las incorrecciones que cometeré. Incorrecciones que elevo a la consideración de los gramáticos con el objeto de que se sirvan modificar, para los posibles casos en que pueda repetirse el fenómeno, la muletilla de los pronombres personales, la conjugación de los verbos, los adjetivos posesivos y demostrativos, etc., todo en su parte pertinente. Creo que no está demás, asimismo, hacer extensiva esta petición a los moralistas, en el sentido de que se molesten alargando un poquito su moral; que me cubran y que me perdonen por el cúmulo de conveniencias atadas naturalmente a

ciertos procedimientos que traen consigo las posiciones características que ocupo entre los seres únicos).

Digo esto porque yo-segunda soy evidentemente más débil, de cara y cuerpo más delgados, por ciertas manifestaciones que no declararé por delicadeza, inherentes al sexo, reveladoras de la afirmación que acabo de hacer; y porque yo-primera voy para adelante, arrastrando a mi atrás, hábil en seguirme, y que me coloca, aunque inversamente, en una situación algo así como la de ciertas comunidades religiosas que se pasean por los corredores de sus conventos, después de las comidas, en dos filas, y dándose siempre las caras –siendo como soy, dos y una.

Debo explicar el origen de esta dirección que me colocó en adelante *a la cabeza* de yo-ella: fue la única divergencia entre mis opiniones que ahora, y solo ahora, creo que me autoriza para hablar de *mí* como de *nosotras*, porque fue el momento aislado en que *cada una*, cuando estuvo apta para andar, quiso tomar por su lado. Ella –adviértase bien: la que hoy es yo-segunda– quería ir, por atavismo sin duda, como todos van, mirando hacia donde van; yo quería hacer lo mismo, ver adónde iba, de lo que se suscitó un enérgico perneo, que tenía sólidas bases puesto que estábamos en la posición de los cuadrúpedos, y hasta nos ayudábamos con los brazos de manera que, casi sentadas como estábamos, con aquellos al centro, ofrecimos un conjunto octópodo con dos voluntades y en equilibrio unos instantes debido a la tensión de fuerzas contrarias. Acabé por vencerla, levantándome fuertemente y arrastrándola, produciéndose entre nosotras, desde mi triunfo, una superioridad inequívoca de mi parte primera sobre mi segunda y formándose la unidad de que he hablado.

Pero no; es preciso sentar una modificación en mis conceptos que, ahora caigo en ello, se han desarrollado así por viviabilidad en el razonamiento. Indudablemente, la explicación que he pensado dar a posteriores hechos puede aplicarse también a lo referido; lo que aclarará perfectamente mi

empecinamiento en designarme siempre de la manera en que vengo haciéndolo: yo, y que desbaratará completamente la clasificación de los teratólogos, que han nominado a casos semejantes como *monstruos dobles*, y que se empecinan, a su vez, en hablar de estos como si en cada caso fueran dos seres distintos, en plural, *ellos*. Los teratólogos solo han atendido a la parte visible que origina una separación orgánica, aunque en verdad los puntos de contacto son infinitos; y no solo de contacto, puesto que existen órganos indivisibles que sirven a la vez para la vida de la comunidad aparentemente establecida. Acaso la hipótesis de la doble personalidad, que me obligó antes a hablar de *nosotras*, tenga en este caso un valor parcial debido a que era ese el momento inicial en que iba a definirse el cuerpo directivo de esta vida visiblemente doble y complicada; pero en el fondo no lo tiene. Casi solo le doy un interés expresivo, de palabras, que establece un contraste comprensible para los espíritus extraños, y que en vez de ir como prueba de que en un momento dado pudo existir en mí un doble aspecto volitivo, viene directamente a comprobar que existe dentro de este cuerpo doble un solo motor intelectual que da por resultado una perfecta unicidad en sus actitudes intelectuales.

En efecto: en el momento en que estaba apta para andar, y que fue precedido por los chispazos cerebrales “andar”, idea nacida en mis dos cabezas, simultáneamente, aunque algo confusa por el desconocimiento práctico del hecho y que tendía solo a la imitación de un fenómeno percibido en los demás, surgió en mi primer cerebro el mandato “ir adelante”; “ir adelante” se perfiló claro también en mi segundo cerebro y las partes correspondientes de mi cuerpo obedecieron a la sugestión cerebral que tentaba un desprendimiento, una separación de miembros. Este intento fue anulado por la superioridad física de yo-primeras sobre yo-segundas y originó el aspecto analizado. He aquí la verdadera razón que apoya mi unicidad. Si los mandatos cerebrales hubieran sido “ir adelante” e “ir atrás”, entonces sí no existiría duda alguna acerca

de mi dualidad, de la diferencia absoluta entre los procesos formativos de la idea de movimiento; pero esa igualdad anotada me coloca en el justo término de apreciación. Cuanto a la particularidad de que hayan existido en mí dos partes constitutivas que obedecieron a dos órganos independientes, no le doy sino el valor circunstancial que tiene, puesto que he desdeñado ya el criterio superficial que, de acuerdo con otros casos, me da una constitución plural. Desde ese momento yo-primer, como superior, ordeno los actos, que son cumplidos sin réplica por yo-segunda. En el momento de una determinación o de un pensamiento, estos surgen a la vez en mis dos cerebros; por ejemplo "voy a pasear", y yo-primer soy quien dirige el paseo y recojo con prioridad todas las sensaciones presentadas ante mí, sensaciones que comunico inmediatamente a yo-segunda. Igual sucede con las sensaciones recibidas por esta otra parte de mi ser. De manera que, al revés de lo que considero que sucede con los demás hombres, siempre tengo yo una comprensión, una recepción doble de los objetos. Les veo, casi a la vez, por los lados –cuando estoy en movimiento– y, con respecto a lo inmóvil, me es fácil darme cuenta perfecta de su inmovilidad con solo apresurar el paso de manera que yo-segunda contemple casi al mismo tiempo el objeto inmóvil. Si se trata de un paisaje, lo miro, sin moverme, de uno y otro lado, obteniendo así la más completa recepción de él, en todos sus aspectos. Yo no sé lo que sería de mí de estar constituida como la mayoría de los hombres; creo que me volvería loca, porque cuando cierro los ojos de yo-segunda o los de yo-primer, tengo la sensación de que la parte del paisaje que no veo se mueve, salta, se viene contra mí y espero que al abrir los ojos lo encontraré totalmente cambiado. Además, la visión lateral me anonada: será como ver la vida por un huequito.

Ya he dicho que mis pensamientos generales y voliciones aparecen simultáneamente en mis dos partes; cuando se trata de actos, de ejecución de mandatos, mi cerebro segundo calla, deja de estar en actividad, esperando la determinación del

primero; de manera que se encuentra en condiciones idénticas a las de la garrafa vacía que hemos de llenar de agua o al papel blanco donde hemos de escribir. Pero en ciertos casos, especialmente cuando se trata de recuerdos, mis cerebros ejercen funciones independientes, la mayor parte alternativas, y que siempre están determinadas, para la intensidad de aquellos, por la prioridad en la recepción de las imágenes. En ocasiones estoy meditando acerca de tal o cual punto y llega un momento en que me urge un recuerdo que, seguramente, un rincón oscuro en nuestras evocaciones es lo que más martiriza nuestra vida intelectiva y, sin haber evocado mi desequilibrio, solo por mi detenimiento vacilante en la asociación de ideas que sigo, mi boca posterior contesta en alta voz, iluminando la obscuridad repentina. Si se ha tratado de un sujeto borroso, por ejemplo, a quien he visto alguna vez, mi boca de ella contesta, más o menos: “¡Ah, el señor Miller, aquel alemán con quien me encontré en casa de los Sánchez y que explicaba con entusiasmo el paralelogramo de las fuerzas aplicado a los choques de vehículos!”.

Lo que ha hecho afirmar a mis espectadores que existe en mí la dualidad que he refutado ha sido, principalmente, la propiedad que tengo de poder mantener conversación ya sea por uno u otro lado. Les ha engañado eso de *lado*. Si alguno se dirige a mi parte posterior, le contesto siempre con mi parte posterior, por educación y comodidad; lo mismo sucede con la otra. Y mientras la parte aparentemente pasiva trabaja igual que la activa, con el pensamiento. Cuando se dirigen a la vez a mis dos lados, casi nunca hablo por estos a la vez también, aunque me es posible debido a mi doble recepción; me cuido mucho de probables vacilaciones y no podría desarrollar dos pensamientos hondos, simultáneamente. La posibilidad a que me refiero solo tiene que ver con los casos en que se trate de sensaciones y recuerdos, en los que experimento una especie de separación de mí misma, comparable con la de aquellos hombres que pueden conversar y escribir a la vez cosas

distintas. Todo esto no quiere decir, pues, que yo sea dos. Las emociones, las sensaciones, los esfuerzos intelectivos de yo-segunda son los de yo-primera; lo mismo inversamente. Hay *entre mí* –primera vez que he escrito bien *entre mí*– un centro a donde afluyen y de donde refluyen todo el cúmulo de fenómenos espirituales, o materiales desconocidos, o anímicos, o como se quiera.

Verdaderamente, no sé cómo explicar la existencia de este centro, su posición en mi organismo y, en general, todo lo relacionado con mi psicología o metafísica, aunque esta palabra creo que ha sido suprimida completamente, por ahora, del lenguaje filosófico. Esta dificultad, que de seguro no será allanada por nadie, sé que me va a traer el calificativo de desequilibrada porque a pesar de la distancia domina todavía la ingenua filosofía cartesiana, que pretende que para escuchar la verdad basta poner atención a las ideas claras que cada uno tiene dentro de sí, según más o menos lo explica cierto caballero francés; pero como me importa poco la opinión errada de los demás, tengo que decir lo que comprendo y lo que no comprendo de mí misma.

Ahora es necesario que apresure un poco esta narración, yendo a los hechos y dejando el especular para más tarde.

Unos pocos detalles acerca de mis padres, que fueron individuos ricos y por consiguiente nobles, bastará para aclarar el misterio de mi origen: mi madre era muy dada a lecturas perniciosas y generalmente novelescas; parece ser que después de mi concepción, su marido y mi padre viajó por motivos de salud. En el ínterin, su amigo, médico, entabló estrechas relaciones con mi madre, claro que de honrada amistad, y como la pobrecilla estaba tan sola y aburrida, este su amigo tenía que distraerla y la distraía con unos cuentos extraños que parece que impresionaron la maternidad de mi madre. A los cuentos añádase el examen de unas cuantas estampas que el médico le llevaba; de esas peligrosas estampas que dibujan algunos señores en estos últimos tiempos, dislocadas, absurdas, y que

mientras ellos creen que dan la sensación de movimiento, solo sirven para impresionar a las sencillas señoras que creen que existen en realidad mujeres como las dibujadas, con todo su desequilibrio de músculos, estrabismos de ojos y más locuras. No son raros los casos en que los hijos pagan esas inclinaciones de los padres: una señora amiga mía fue madre de un gato. Ventajosamente, procuraré que mis relaciones no sean leídas por señoras que puedan estar en peligro de impresionarse y así estaré segura de no ser nunca causa de una repetición humana de mi caso. Pues, sucedió con mi madre que, en cierto modo ayudada por aquel señor médico, llegó a creer tanto en la existencia de individuos extraños, que poco a poco llegó a figurarse un fenómeno del que soy retrato, con el que se entretenía a veces, mirándolo, y se horrorizaba las más. En esos momentos gritaba y se le ponían los pelos de punta. (Todo esto se lo he oído después a ella misma en unos enormes interrogatorios que le hicieron el médico, el comisario y el obispo, quien naturalmente necesitaba conocer los antecedentes del suceso para poder darle la absolución). Nací más o menos dentro del período normal, aunque no aseguro que fueran normales los sufrimientos por que tuvo que pasar mi pobre madre, no solo durante el trance sino después, porque apenas me vieron, horrorizados, el médico y el ayudante, se lo contaron a mi padre y este, encolerizado, la insultó y le pegó, tal vez con la misma justicia, más o menos, que la que asiste a algunos maridos que maltratan a sus mujeres porque le dieron la hija en vez de un varón como querían.

Madre me tenía una cierta compasión insultante para mí, que era tan hija suya como podía haberlo sido una tipa igual a todas, de esas que nacen para hacer pucheritos con la boca, zapatear y coquetear. Padre, cuando me encontraba sola, me daba de puntapiés y corría; yo era capaz de matarlo al ver que, a mis llantos, era de los primeros en ir a mi lado; acariciándome uno de los brazos, me preguntaba, con su voz hipócrita: "Qué es lo que te ha pasado hijita". Yo me callaba, no sé bien por qué;

pero una vez no pude ya soportarlo y le contesté, queriendo latiguarlo con mi rabia: "Tú me pateaste en este momento y corriste, hipócrita". Pero como mi padre era un hombre serio, y aparecía delante de todos quererme, y le habían visto entrar sorprendido y, por último, merecía más crédito que yo, todos me miraron, abriendo mucho la boca y se vieron después las caras; un momento después, al retirarse, oí que mi padre dijo en voz baja: "Tendremos que mandar a esta pobre niña al hospital; yo desconfío de que esté bien de la cabeza; el doctor me ha manifestado también sus dudas. Caramba, caramba, qué desgracia". Al oír esto, quedé absorta.

No me daba cuenta de lo que podía ser un hospital; pero por el sentido de la frase comprendí que se trataba de algún lugar donde se recluiría a los locos. La idea de separarme de mis padres no era para mí nada dolorosa; la habría aceptado más bien con placer, ya que contaba con el odio del uno y la compasión de la otra, que tal vez no era lo menos. Pero como no conocía el hospicio, no sabía qué era lo preferible; este se me presentaba algunas veces como amenazador, cuando encontraba en mi casa alguna comodidad o algún cariño entre los criados, que hacían que tomara ese ambiente como mío; pero en otras, ante la cara contraída de mi madre o una mirada envenenada de mi padre, deseaba ardientemente salir de aquella casa que me era tan hostil. Habría prevalecido en mí este deseo de no haber sorprendido una tarde entre los criados una conversación en la que se me compadecía, diciéndome a cada momento pobrecita y en la que descubrí, además, algunos espantables procedimientos de los guardianes de aquella casa, agrandado, sin duda, extraordinariamente, por la imaginación encogida y servil de los que hablaban. Los criados siempre están listos a figurarse las cosas más inverosímiles e imposibles. Decían que a todos los locos les azotaban, les bañaban con agua helada, les colgaban de los dedos de los pies, por tres días, en el vacío; lo que acabó por sobrecogerme. Fui lo más pronto que pude donde mi padre, a quien encontré discutiendo en

alta voz con su mujer; me puse a llorar delante de él, diciéndole que seguramente me había equivocado el otro día y que debía haber sido otro el que me había maltratado, que yo le amaba y respetaba mucho y que me perdonase. Si lo hubiera podido hacer, me hubiera arrodillado de buena gana para pedírselo, porque había alcanzado a observar que las súplicas, los lamentos y alguna que otra tontería, adquieren un carácter más grave y enternecedor en esa difícil posición; hombres y mujeres pudieran dar lo que se les pida, si se lo hace arrodillados, porque parece que esta actitud elevara a los concedentes a una altura igual a la de las santas imágenes en los altares, desde donde pueden derrochar favores sin mengua de su hacienda ni de su integridad. Al oírme, mi padre, no sé por qué me miró de una manera especial, entre furioso y amargado; se paró violentamente. Creo que vi humedecerse sus ojos. Al fin dijo, cogiéndose la cabeza: "Este demonio va a acabar por matarme", y salió sin regresar a ver. Pensé que era ese el último momento de mi vida en aquella casa. Después de poco, oí un ruido extraordinario, seguido de movimiento de criados y algunos llantos. Me cogieron, y a pesar de mis pataleos me llevaron a mi dormitorio, donde me encerraron con llave, y no volví a ver a mi más grande enemigo. Después de algún tiempo supe que se había suicidado, noticia que recibí con gran alegría puesto que vino a comprobar una de las hipótesis dulces que contrapesaban y hacían balancear mi tranquilidad, en oposición a otras amargas anunciadoras de un cambio desgraciado en mi vida.

Cuando tuve veintiún años me separé de mi madre, que era entonces todavía mujer joven. Ella aparentó un gran dolor, que tal vez habría tenido algo de verdadero, puesto que mi separación representaba una notabilísima disminución de la fortuna que ella usufructuaba.

Con lo que me tocó en herencia me he instalado muy bien y, como no soy pesimista, de no haberme ocurrido la mortal desgracia que conoceréis más tarde, no habría desesperado de encontrar un *buen partido*.

Mi instalación fue de las más difíciles. Necesito una cantidad enorme de muebles especiales. Pero de todo lo que tengo, lo que más me impresiona son las sillas, que tienen algo de inerte y de humano, anchas, sin respaldo porque soy respaldo de mí misma, y que deben servir por uno y otro lado. Me impresionan porque yo formo parte del objeto “silla”; cuando está vacía, cuando no estoy en ella, nadie que la vea puede formarse una idea perfecta del mueblecito aquel, ancho, alargado, con brazos opuestos, y que parece que le faltara algo. Ese algo soy yo que, al sentarme, lleno un vacío que la idea “silla” tal como está formada vulgarmente había motivado en “mi silla”: el respaldo, que se lo he puesto yo y que no podía tenerlo antes porque precisamente, casi siempre, la condición esencial para que un mueble mío sea mueble en el cerebro de los demás, es que forme yo parte de ese objeto que me sirve y que no puede tener en ningún momento vida íntegra e independiente.

Casi lo mismo sucede con las mesas de trabajo. Mis mesas de trabajo dan media vuelta –no activamente, se entiende, sino pasivamente–; así que su línea máxima es casi una semicircunferencia, algo achatada en sus partes opuestas: quiero decir que tiene la forma de una bala, perfilada, cuyo extremo anterior es una semicircunferencia. Una sintetización de la mitad del mar Adriático, hacia el golfo de Venecia, creo que sería también sumamente parecida a la forma exterior de las tablas de mis mesas. El centro está recortado y vacío, en la misma forma que la ya descrita, de manera que allí puedo entrar yo y mi silla, y tener mesa por ambos lados. Claro que podía obviar la dificultad de estas innovaciones con solo tener dos mesas, entre las cuales me colocaría; pero ha sido un capricho que tiende a establecer mi unidad exterior magníficamente, ya que nadie puede decir: “Trabaja en mesas”, sino “en una mesa”. Y la posibilidad de que yo trabaje por un solo lado me pone en desequilibrio: no podría dejar vacío el frente de mi otro lado. Esto sería la dureza de corazón de una madre que teniendo un pan lo diera entero a uno de sus dos hijos.

Mi tocador es doble: no tengo necesidad de decir más, pues su uso en esta forma es claramente comprensible.

La diversidad de mis muebles es causa del gran dolor que siento al no poder ir de visita. Solo tengo una amiga que por tenerme con ella algunas veces ha mandado a confeccionar una de mis sillas. Mas, prefiriendo estar sola, se me ve por allí rara vez. No puedo soportar continuamente la situación absurda en que debo colocarme, siempre en medio de los visitantes, para que la visita sea de yo entera. Los otros, para comprender la forma exacta de mi presencia en una reunión, de sentarme como todos, deberían asistir a una de perfil y pensar en la curiosidad molestosa de los contertulios.

Y este dolor es nada frente a otros. En especial mi amor a los niños acaba por hacerme llorar. Quisiera tener a alguno en mis brazos y hacerle reír con mis gracias. Pero ellos, apenas me acerco, gritan asustados y corren. Yo, defraudada, me quedo en ademán trágico. Creo que algunos novelistas han descrito este ademán en las escenas últimas de su libros, cuando el protagonista, solo, en la ribera (casi nunca se acuerdan del muelle), contempla la separación del barco que se lleva una persona amiga o de la familia; más patético resulta eso cuando quien se va es la novia.

En casa de mi amiga de la silla conocí a un caballero alto y bien formado. Me miraba con especial atención. Este caballero debía ser motivo de la más aguda de mi crisis.

Diré pronto que estaba enamorada de él. Y como antes ya he explicado, este amor no podía surgir aisladamente en uno solo de mis yos. Por mi manifiesta unicidad apareció a la vez en *mis lados*. Todos los fenómenos previos al amor, que aquí ya estarían de más, fueron apareciendo en ellos idénticamente. La lucha que se entabló entre mí es con facilidad imaginable. El mismo deseo de verlo y hablar con él era sentido por ambas partes, y como esto no era posible, según las alternativas, la una tenía celos de la otra. No sentía solamente celos, sino también, de parte de mi yo favorecido, un estado manifiesto de

insatisfacción. Mientras yo-primera hablaba con él, me agujoneaba el deseo de yo-segunda, y como yo-primera no podía dejarlo, ese placer era un placer a medias con el remordimiento de no haber permitido que hablara con yo-segunda.

Las cosas no pasaron de eso porque no era posible que fueran a más. Mi amor con un hombre se presentaba de una manera especial. Pensaba yo en la posibilidad de algo más avanzado: un abrazo, un beso, y si era en lo primero venía enseguida a mi imaginación la manera de cómo podía dar ese abrazo, con los brazos de yo-primera, mientras yo-segunda agitaría los suyos o los dejaría caer con un gesto inexpresable. Si era un beso, sentía anticipadamente la amargura de mi boca de ella.

Todos estos pensamientos, que eran de *solidaridad*, estaban acompañados por un odio invencible a mi segunda parte; pero el mismo odio era sentido por esta contra mi primera. Era una confusión, una mezcla absurda, que me daba vueltas por el cerebro y me vaciaba los sesos.

Pero el punto máximo de mis pensamientos, a este respecto, era el más amargo... ¿Por qué no decirlo? Se me ocurrió que alguna vez podía llegar a la satisfacción de mi deseo. Esta sola enunciación da una idea clara de los razonamientos que me haría. ¿Quién yo debía satisfacer *mi* deseo, o mejor su parte de *mi* deseo? ¿En qué forma podía ocurrírseme su satisfacción? ¿En qué posición quedaría mi otra parte ardiente? ¿Qué haría esa parte olvidada, congestionada por el mismo ataque de pasión, sentido con la misma intensidad, y con el vago estremecimiento de lo satisfecho en medio de lo enorme insatisfecho? Tal vez se entablaría una lucha, como en los comienzos de mi lucha, como en los comienzos de mi vida. Y vencería yo-primera como más fuerte, pero al mismo tiempo me vencería a mí misma. Sería solo un triunfo de prioridad, acompañado por aquella tortura.

Y no solo debía meditar en eso, sino también en la probable actitud de él frente a mí, en mi lucha. Primero, ¿era

posible para él sentir deseo de satisfacer mi deseo? Segundo, ¿esperaría que una de mis partes se brindase, o tendría determinada inclinación, que haría inútil la guerra de *mis yos*?

Yo-segunda tengo los ojos azules y la cara fina y blanca. Hay dulces sombras de pestañas. Yo-primera tal vez soy menos bella. Las mismas facciones son endurecidas por el entrecejo y por la boca imperiosa.

Pero de esto no podía deducir quién yo sería la preferida.

Mi amor era imposible, mucho más imposible que los casos novelados de un joven pobre y obscuro con una joven; tal vez había un pequeño resquicio, pero ¡era tan poco romántico! ¡Si se pudiera querer a dos!

En fin, que no volví a verlo. Pude dominarme haciendo un esfuerzo. Como él tampoco ha hecho por verme, he pensado después que todas mis inquietudes eran fantasías inútiles. Yo partía del hecho de que él me quisiera, y eso, en mis circunstancias, parece un poco absurdo. Nadie puede quererme, porque me han obligado a cargar con este mi fardo, mi sombra; me han obligado a cargarme mi duplicación.

No sé bien si debo rabiar por ella o si debo elogiarla. Al sentirme otra; al ver cosas que los hombres sin duda no pueden ver; al sufrir la influencia y el funcionamiento de un mecanismo complicado que no es posible que alguien conozca fuera de mí, creo que todo esto es admirable y que soy para los mediocres como un pequeño dios. Pero ciertas exigencias de la vida en común que irremediablemente tengo que llevar y ciertas pasiones muy humanas que la naturaleza, al organizarme así, debió lógicamente suprimir o modificar, han hecho que más continuamente piense en lo contrario.

Naturalmente, esta organización distinta, trayéndome usos distintos, me ha obligado a aislarme casi por completo. A fuerza de costumbre y de soportar esta contrariedad, no siento absolutamente el principio social. Olvidando todas mis inquietudes me he hecho una solitaria.

Hace más o menos un mes, he sentido una insistente comezón en mis labios de ella. Luego apareció una manchita blancuzca, en el mismo sitio, que más tarde se convirtió en violácea; se agrandó, irritándose y sangrando.

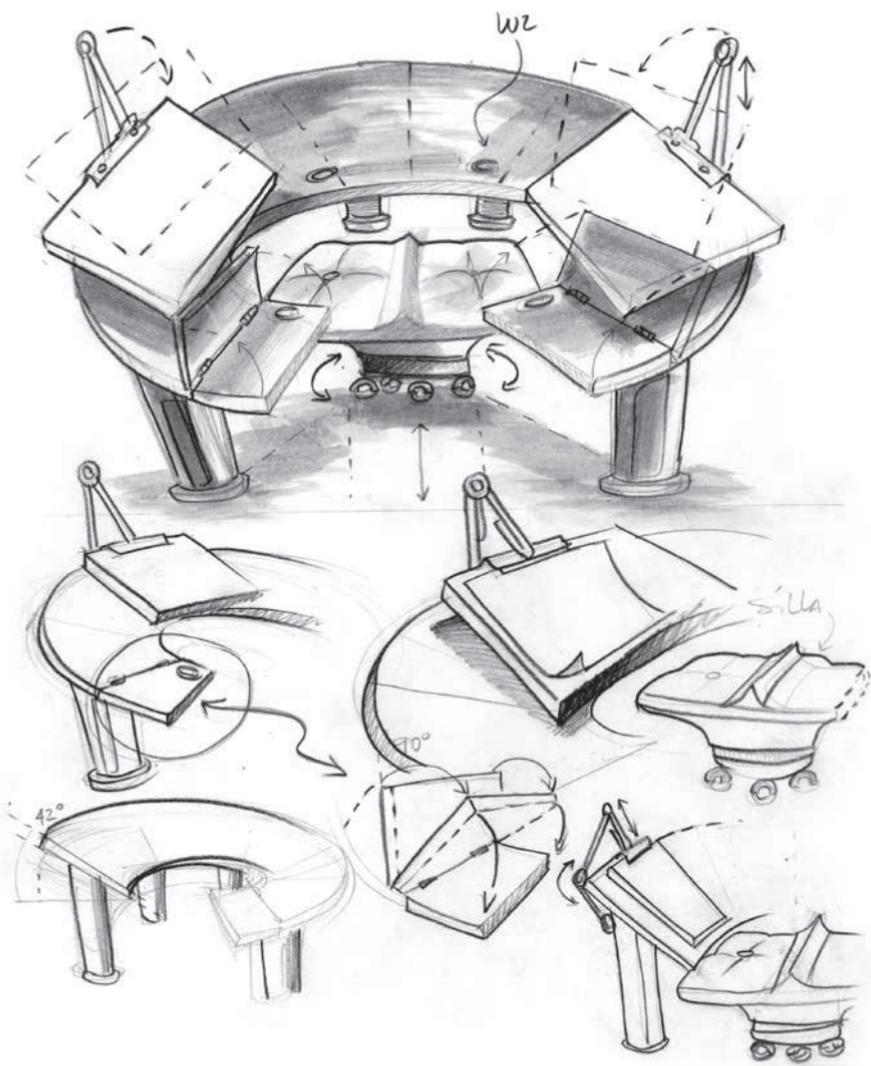
Ha venido el médico y me ha hablado de proliferación de células, de neoformaciones. En fin, algo vago, pero que yo comprendo. El pobre habrá querido no impresionarme. ¿Qué me importa eso a mí, con la vida que llevo?

Si no fuera por esos dolores insistentes que siento en mis labios... En mis labios... bueno, ¡pero no son mis labios! Mis labios están aquí, adelante; puedo hablar libremente con ellos... ¿Y cómo es que siento los dolores de esos otros labios? Esta dualidad y esta unicidad al fin van a matarme. Una de mis partes envenena al todo. Esa llaga que se abre como una rosa y cuya sangre es absorbida por mi otro vientre irá comiéndose todo mi organismo. Desde que nací he tenido algo especial: he llevado en mi sangre gérmenes nocivos.

... Seguramente debo tener una sola alma... ¿Pero si después de muerta, mi alma va a ser así como mi cuerpo...? ¡Cómo quisiera no morir!

¿Y este cuerpo inverosímil, estas dos cabezas, estas cuatro piernas, esta proliferación reventada de los labios?

¡Uf!



JUAN JOSÉ ARREOLA

(MÉXICO, 21 DE SEPTIEMBRE DE 1918 – 3 DE DICIEMBRE DE 2001).

Narrador y ensayista cuyos cuentos están entre los más originales y sugerentes de la literatura hispanoamericana por su fractura fantástica o “absurda”. Poseedor de una prodigiosa imaginación, junto con Juan Rulfo representa uno de los cuentistas que renovaron el cuento mexicano hacia su máxima expresión en Latinoamérica. Sus libros de cuentos: *Confabulario* (1952), *Bestiario* (1958), *Palindroma* (1971) y la novela *La feria* (1963). El cuento “Baby H.P.” pertenece a *Confabulario*.

BABY H.P.

Señora ama de casa: convierta usted en fuerza motriz la vitalidad de sus niños. Ya tenemos a la venta el maravilloso Baby H.P., un aparato que está llamado a revolucionar la economía hogareña.

El Baby H.P. es una estructura de metal muy resistente y ligera que se adapta con perfección al delicado cuerpo infantil, mediante cómodos cinturones, pulseras, anillos y broches. Las ramificaciones de este esqueleto suplementario recogen cada uno de los movimientos del niño, haciéndolos converger en una botellita de Leyden que puede colocarse en la espalda o en el pecho, según necesidad. Una aguja indicadora señala el momento en que la botella está llena. Entonces usted, señora, debe desprenderla y enchufarla en un depósito especial, para que se descargue automáticamente. Este depósito puede colocarse en cualquier rincón de la casa, y representa una preciosa alcancía de electricidad disponible en todo momento para fines de alumbrado y calefacción, así como para impulsar alguno de los innumerables artefactos que invaden ahora los hogares.

De hoy en adelante usted verá con otros ojos el agobiante ajetreo de sus hijos. Y ni siquiera perderá la paciencia ante una rabia convulsiva, pensando en que es una fuente generosa de energía. El pataleo de un niño de pecho durante las veinticuatro horas del día se transforma, gracias al Baby H.P., en unos

inútiles segundos de tromba licuadora, o en quince minutos de música radiofónica.

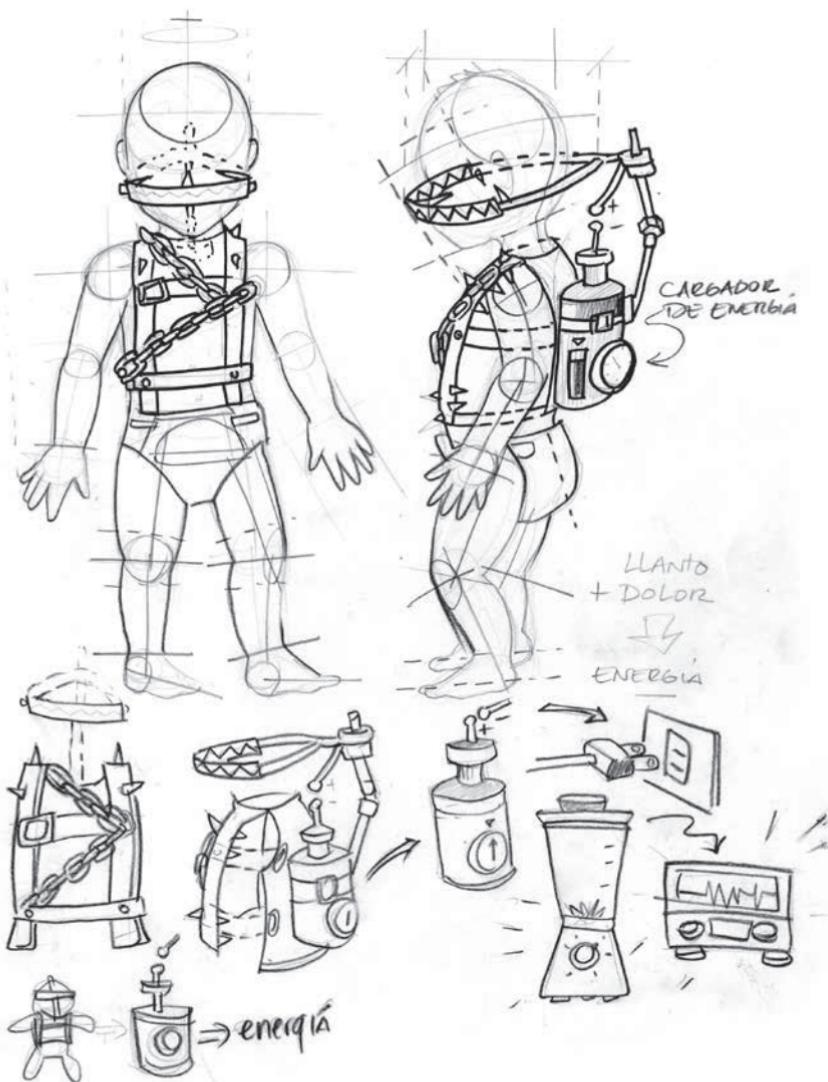
Las familias numerosas pueden satisfacer todas sus demandas de electricidad instalando un Baby H.P. en cada uno de sus vástagos, y hasta realizar un pequeño y lucrativo negocio, trasmitiendo a los vecinos un poco de la energía sobrante. En los grandes edificios de departamentos pueden suplirse satisfactoriamente las fallas del servicio público, enlazando todos los depósitos familiares.

El Baby H.P. no causa ningún trastorno físico ni psíquico en los niños, porque no cohíbe ni trastorna sus movimientos. Por el contrario, algunos médicos opinan que contribuye al desarrollo armonioso de su cuerpo. Y por lo que toca a su espíritu, puede despertarse la ambición individual de las criaturas, otorgándoles pequeñas recompensas cuando sobrepasen sus récords habituales. Para este fin se recomiendan las golosinas azucaradas, que devuelven con creces su valor. Mientras más calorías se añadan a la dieta del niño, más kilovatios se economizan en el contador eléctrico.

Los niños deben tener puesto día y noche su lucrativo H.P. Es importante que lo lleven siempre a la escuela, para que no se pierdan las horas preciosas del recreo, de las que ellos vuelven con el acumulador rebosante de energía.

Los rumores acerca de que algunos niños mueren electrocutados por la corriente que ellos mismos generan son completamente irresponsables. Lo mismo debe decirse sobre el temor supersticioso de que las criaturas provistas de un Baby H.P. atraen rayos y centellas. Ningún accidente de esta naturaleza puede ocurrir, sobre todo si se siguen al pie de la letra las indicaciones contenidas en los folletos explicativos que se obsequian en cada aparato.

El Baby H.P. está disponible en las buenas tiendas en distintos tamaños, modelos y precios. Es un aparato moderno, durable y digno de confianza, y todas sus coyunturas son extensibles. Lleva la garantía de fabricación de John P. Mansfield & Sons, de Atlanta, III.



ALEJANDRO JODOROWSKY

(CHILE, 17 DE FEBRERO DE 1929).

Novelista, dramaturgo, poeta, ensayista, actor, director teatral, guionista y director de cine, mimo, marionetista, compositor de bandas sonoras, escultor, pintor, escenógrafo, guionista de cómics, dibujante, instructor del tarot, psicoterapeuta y psicomago. Escribe indistintamente en español –sus libros– y en francés –sus cómics y algunos ensayos–, por lo que, siguiendo el concepto de George Steiner, se puede considerar un escritor extraterritorial. Fundó, junto con Roland Topor y Fernando Arrabal, el Grupo Pánico. Su aporte más divulgado y controversial es la psicomagia, una técnica que conjuga los ritos chamánicos, el teatro y el psicoanálisis, cuyos pretendidos efectos son provocar en el paciente una catarsis de curación. Entre sus películas más celebres como director se encuentran: *Fando y Lis* (Méjico, 1968); *El topo* (Méjico, 1970); *La montaña sagrada* (*The holy mountain*, Méjico-Estados Unidos, 1973); *Tusk* (Francia-India, 1980); *Santa sangre* (*Sangue santo*, Méjico-Italia, 1989). “El caso de los niños deshidratados” fue publicado por primera vez en el año de 1962.

EL CASO DE LOS NIÑOS DESHIDRATADOS

Nunca me senté frente a mi máquina de escribir con tanta desesperación: sé que este artículo será leído con escepticismo. Y sin embargo todos los datos que doy son verídicos, publicados en periódicos de México, Sudamérica y Europa. Quiero que lo que voy a escribir sea un grito de alerta: ¡Si usted, lector, tiene conexiones con el gobierno o el ejército, por favor trate de abrir una investigación!

Todo comenzó con un juego sencillo: recortar diariamente de los periódicos noticias curiosas (ejemplo: “Con una serpiente golpeaba a los asustados peatones”, “Furioso combate de 40 cigüeñas y 30 águilas”, “Un motociclista chocó con un cisne y murió”, etc.). De pronto, encuentro en *Excélsior* el siguiente encabezado: “Cien niños muertos por un mal desconocido”, “Río de Janeiro. 10 de marzo de 1962. (A.P): Cien niños fallecieron a causa de una enfermedad desconocida, dice hoy *O Globo*. El médico que los atendió declaró que todos los niños estaban deshidratados...”. Leyendo ese mismo día *El Universal*, encontré lo siguiente: “Cien niños muertos en Tampico”. “Una epidemia ha causado la muerte de cien niños. Se cree que es gastroenteritis. Sin embargo, se supone también que fue a causa del calor porque todos estaban deshidratados. Un portavoz del Gobierno informó que la epidemia fue dominada después de declararse el estado de emergencia...”. Decidí recortar noticias referentes a la deshidratación de niños. Y comenzó lo espeluznante: día a día iban muriendo niños por

deshidratación en Querétaro. Todos estos casos atribuidos al calor.

Le escribí a Adelaida Peters, poetisa brasileña, relatándole mis investigaciones y rogándole leer los periódicos del 10 de marzo en adelante para enviarme las noticias que encontrara sobre la deshidratación de niños. Los recortes que recibí me condujeron a un estado de delirio: después de los cien niños muertos en Río de Janeiro, cayeron 5 en San Pablo, 10 en Santos, 20 en Curitiba, 40 en Concepción, 80 en Villarrica y ¡cien en Asunción del Paraguay el 20 de marzo!

Lo extraordinario del caso era que había una correspondencia de muertes por deshidratación en cuanto al número –siempre en grupos iguales de 5, 10, 20, 40, 80 y 100–, en cuanto al cambio de ciudades y en cuanto al desplazamiento de la enfermedad, desde el océano hacia el centro del continente. “Esto no puede ser casualidad”, me dije. Y más alerta que nunca continué leyendo los periódicos. ¡Principió la pesadilla!

Al cabo de cinco días de calma, tanto en Sudamérica como en México, comenzaron nuevamente los casos de muerte por deshidratación. Lo expongo paralelamente: 5 niños en San Miguel y Gobe; 10 en La Unión y Corumba; 20 en Reyes y Cuiaba; 40 en Pinos y Mato Grosso; 80 en Salinas y Purus y ¡cien niños deshidratados en Ranchito (San Luis de Potosí) y en río Tapajoz (Brasil), el 15 de abril!

La relación numérica era de tal exacta matemeticidad, que decidí no ocuparme de otra cosa que de este fenómeno. Escribí a mis amigos en Francia, relatándoles el caso y pidiéndoles recortes de diarios. Seguí en comunicación con Adelaida. El fenómeno continuó extendiéndose. Llegaron las noticias de Europa; concordaban con las mías: una epidemia de deshidratación con el exacto número de muertes, comenzado el 10 de marzo, asolaba a Europa desde Wroclaw, pasando por Praga para llegar a Linz, cambiar de dirección (como la epidemia

mexicana cambió de dirección en Querétaro y la sudamericana en Asunción) para dirigirse a Strasbourg, pasando por Baviera.

Mis amigos y yo seguimos el fenómeno durante tres meses. El ciclo se repitió tres veces más. En México, de Ranchito a Torreón a Elota. Interrupción. En seguida de Jilotán a Sanganguey a Ranchito nuevamente, a Villagrán a Rubio... En Sudamérica pasó por los siguientes centros de cien muertes con las consabidas ciudades intermedias: de Tapajoz a Esquibo a Bogotá. Interrupción. Y más tarde de Arequipa a río Jurúa a río Tapajoz nuevamente, a Teresina a la isla Marajo... Y en Europa de Nancy a París a Lyon. Interrupción. Y luego de Verona a Berna a Nancy nuevamente, de Hannover a Amsterdam.

Viendo la repetición sistemática de una ciudad en cada uno de los tres casos (Ranchito, río Tapajoz y Nancy), tomé un lápiz y tracé una línea de ciudad a ciudad para darme cuenta que las muertes por deshidratación dibujaban en cada continente una antigua cruz svástica.

Esto me pareció tan irreal, tan descabellado, tan demente, que volví a revisar mi archivo. Verifiqué las fechas; di por azar con mi sección “Accidentes aéreos inexplicables y aviones desaparecidos”:

El 10 de marzo estalló en el golfo de México un DC-7 B con 42 personas a bordo. Todas perecieron... El 20 de marzo en Irlanda estalló un Superconstelación, en el aire, de la compañía holandesa KLM con 99 personas... El 15 de abril en Bogotá, un avión de un motor estalló en el aire, etcétera... Cada vez que en una ciudad morían cien niños por deshidratación, al día siguiente estallaba un avión en pleno vuelo. ¡La coincidencia era demasiado grande para ser casualidad!

Volví a escribir a mis amigos rogándoles que revisaran los diarios para ver si encontraban algo que les hubiera pasado inadvertido. Recibí dos noticias extraordinarias. De Francia: “Lyon. Extraña muerte de un niño: al regresar de un cine, los aterrados padres se encontraron con que su bebé de ocho meses había muerto de un mal desconocido. Los médicos

diagnosticaron deshidratación. Al mover el lecho del niño encontraron una masa de un metro cúbico de materia desconocida, transparente, flexible, pero tan dura como el acero. Nadie ha podido explicar su origen. Se cree que es gas solidificado que escapó de una cañería. Al transportar la masa para investigar su composición en el Instituto de Química, los camioneros la perdieron en el camino. Nadie ha vuelto a encontrarla. Se cree que se disolvió...". (Yo me pregunté: "¿Cómo es posible que alguien pueda perder en una calle de Lyon, recorrida por cientos de automóviles cada hora, un metro cúbico de materia tan dura como el acero?").

La segunda noticia: "Brasil. Cuiaba. Tragedia en un hospital de niños. Una enfermera que llevaba, durante la noche, en una bandeja de plata unos medicamentos a la sección infantil, asistió a una enorme explosión que hizo derrumbarse hacia la calle todo un muro. Se encontró una gran cantidad de niños semivivos y otros muertos. Los que aún respiraban tenían algunos miembros secos; ya sea los brazos o las piernas. Los muertos tenían la cabeza deshidratada. Se cree que fue una explosión de un producto químico olvidado que estalló por un chispazo accidental. Se encontraron restos de materia transparente y sólida como el acero. Cuando se quiso analizarla había desaparecido. Se deduce que se volatilizó...". (Artículo enigmático que concordaba con el de Francia en cuanto a la inexplicable desaparición de esa rara materia y también por su presencia en casos de deshidratación infantil. No acepté la absurda explicación de "gas solidificado" o "explosión de materias químicas", porque en el primer caso el bebé no murió de intoxicación por gas, y en el segundo caso los niños no presentaban quemaduras).

Tenía una serie de datos, pero me faltaba un hilo que uniera todo ese material. Lo obtuve por fin en la revista *¡Siempre!*, número 467, junio 6, página 15. Hay allí un artículo de Luis Gutiérrez y González que se llama "La cosa en el cielo". Dice así: "Entre los aviadores comerciales circula la

versión espeluznante de una sustancia desconocida que flota en el espacio, transparente como el agua pero sólida como el acero, que actúa como imán en la proximidad de los aviones. En ocasión de los desastres aéreos, la prensa en sus informaciones intuye, también, la sospecha que uno a otro se confían los pilotos: ‘algo extraño interrumpió el vuelo de la nave que dos minutos antes había reportado un tránsito normal...’ ”. “Coincidieron los peritos en declarar que el avión se desintegró en el aire, triturado acaso por una tormenta eléctrica o un disturbio atmosférico, todavía no esclarecido...”. “Una fuerza irresistible destrozó el avión, que cuando cayó a tierra ya estaba hecho pedazos...”. “Muy difícil –los cerebros modernos de tanto serlo, solamente aceptan lo que se puede ver y tocar– es aceptar la cinematográfica hipótesis que, suelta en la atmósfera y más pesada que el aire, flota una cosa sobre la que no actúa la fuerza de gravedad”.

Bastó este artículo para darme cuenta de que había descubierto un monstruo magnético que se alimentaba con agua de niños. La concordancia de la materia encontrada en Europa y Sudamérica con la descripción de los pilotos era inobjetable. La lenta marcha de una ciudad a otra, absorbiendo agua humana, y el estallido de aviones cuando la maligna nube estaba llena y podía, por lo tanto, elevarse venciendo la gravedad, era también inobjetable. Si bajo una cuna apareció un metro cúbico de monstruo, era evidente que la nube se componía de partículas capaces de trabajar por separado. Estas partículas, luego de actuar independientemente, se unían en el aire: eso explicaba la desaparición en Lyon. La materia no cayó ni se perdió sino que escapó volando. En el hospital no hubo explosión, sino que parte de la nube-vampiro huyó por una razón que revelaré más adelante, derribando un muro (por eso cayó hacia la calle, empujando de adentro hacia afuera) dejando su alimento a medio consumir.

Después de tan aterradoras conclusiones, me quedaba aún investigar el porqué se producía este fenómeno en tres

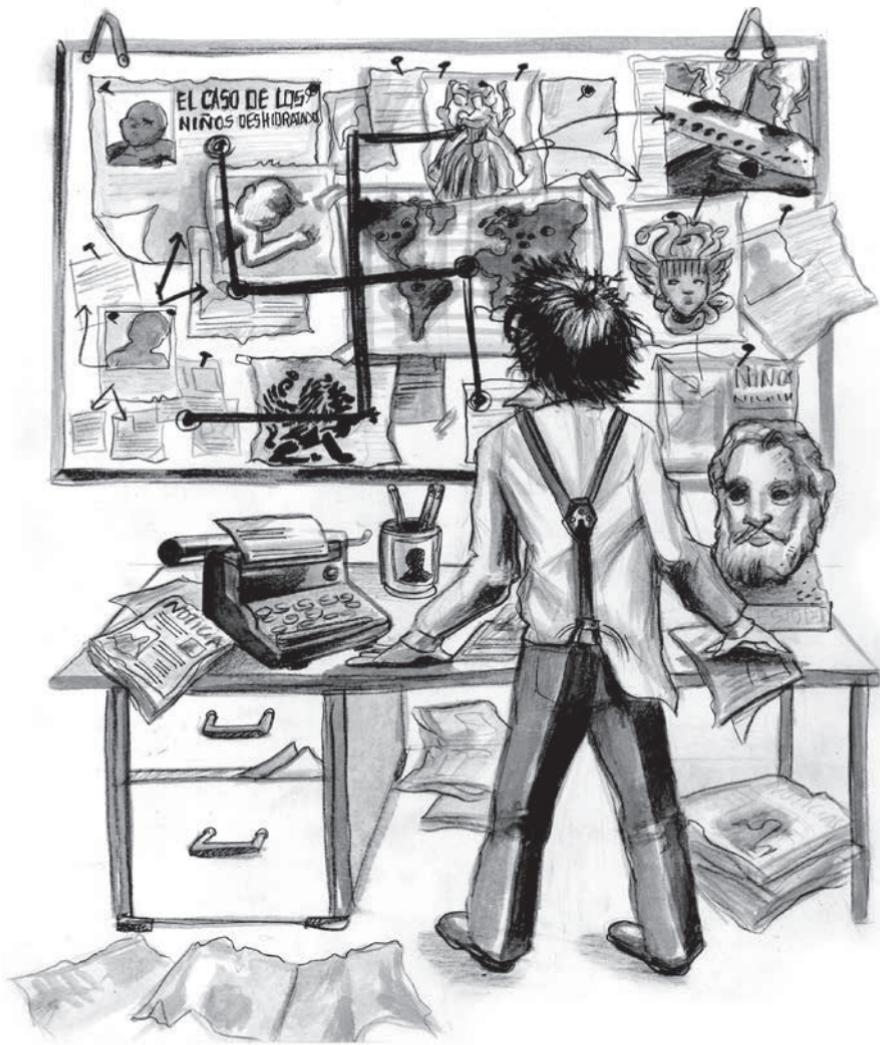
partes del Globo al mismo tiempo y por qué dibujaba una svástica. Recordé haber leído algo acerca de ese símbolo en la *Historia de la civilización africana* de Leo Frobenius. En un capítulo referente al símbolo del León, estudia Frobenius cómo ese animal es una representación solar que se forma en svástica. Y el León-svástica es ¡el símbolo de la Gorgona! Dice: “Se puede constatar que en Asia Occidental, el León y el Águila, animales investidos de la misma significación simbólica, se han amalgamado. El motivo serpiente-pájaro participa también de esta fusión, así como un motivo solar específico: la svástica”. (Una nube, compuesta de muchas vértebras de un metro cúbico, puede unirse en hilera, adoptando la forma de una serpiente, lo que daría origen al mito de la Serpiente-pájaro).

Entonces, la svástica era la Gorgona. Investigué en la mitología griega de Charles Kérenyi.

La Gorgona se componía de tres diosas aladas (nubes). Se la comparaba a máscaras parecidas a las que se “suspendían” en honor de Hécate (concordancia con las masas suspendidas en el cielo). Hesíodo cuenta que las gorgonas vivían en la dirección de la noche, más allá del océano, cerca de la Luna. Los discípulos de Orfeo decían que su nombre significaba “parte”, así como su número correspondía a las “tres partes de la Luna” o fases (estas tres nubes-vampiros son una sola que se divide al llegar a la Tierra. Puede venir desde la Luna. G. Gurdjieff dijo a Ouspensky que la Luna se alimentaba de seres humanos). La Gorgona cambia en piedra al hombre que la mira (las nubes deshidratan. Un niño deshidratado se asemeja a la piedra). Este ser triple fue muerto en la antigüedad por Perseo, ayudándose con un escudo de plata y mirando allí el reflejo del monstruo para cortarle la cabeza con una espada de acero (esto explicaría la huida de la nube-vampiro del hospital brasileño). La enfermera llevaba una bandeja de plata. Quizá de allí venga el mito de los vampiros que se exterminan con balas de plata. ¿Será necesario fabricar un avión de plata para despejar el cielo terrestre de estos monstruos?). La Gorgona venía del mar (la

svástica de las nubes-vampiros comienza en los tres casos del mar para internarse en el continente). Así como la Gorgona atrajo el acero de la espada de Perseo, así las nubes-vampiros atraen el acero de los aviones...

Estas tres nubes han existido sobre la Tierra desde tiempos inmemorables. Han dado origen al mito solar de la svástica, de los vampiros, de la serpiente emplumada, de las Moiras, Erinias, Arpias, etc. Han vivido alimentándose de agua humana. ¡Es necesario eliminarlas! He dado el grito de alarma. Los datos son suficientes como para que mis lectores organicen un comité y pidan a los mandatarios y a los ejércitos de todos los países la exterminación radical de estas tres nubes-vampiros. Hasta que no tengamos la certeza absoluta de su desaparición, no podremos viajar o procrear tranquilos.



PARODIAS APOCALÍPTICAS

JULIO GARMENDIA

(VENEZUELA, 9 DE ENERO DE 1898 – 8 DE JULIO DE 1977).

Tal vez uno de los mayores cuentistas que ha tenido Venezuela y Latinoamérica en toda su historia. Participando—secretamente—en lo que llamó Ángel Rama “la otra vanguardia”, una vanguardia marginal que no formó parte de la agitación del folleto y el grito de los manifestos, Julio Garmendia escribió una obra original y única que se adelantaría a los postulados fantásticos de Borges y Cortázar, en medio de un ambiente literario costumbrista imperante. Sus obras son reducidas pero suficientes: *La tienda de muñecos* (1927) y *La tuna de oro* (1951). “La realidad circundante” es un cuento que pertenece al libro *La tienda de muñecos*.

LA REALIDAD CIRCUNDANTE

Con grandes gestos, en alta voz, a fin de llamar la atención de los pasantes, comenzó de nuevo su peroración.

—Un gran número de personas —dijo—, un número de personas mucho mayor de lo que puede decirse, está mal adaptado o no lo está absolutamente a las condiciones del mundo en que vive. Carecen de la importante facultad de adaptarse al medio ambiente. Les falta el resorte de adaptación a la realidad circundante. Ahora bien, ya he descubierto o inventado una capacidad artificial que suple ventajosamente a la capacidad espontánea o natural de adaptación. Es un pequeño y en apariencia insignificante aparato u accesorio, de composición ingeniosa, de empleo sencillo y de poco peso y volumen, y que llamo “Capacidad artificial especial para adaptarse *incontinenti* a las condiciones de la existencia, al medio ambiente y a la realidad circundante”.

Introdujo ambas manos en uno de los bolsillos del chaleco —un chaleco a cuadros— y extrajo con precaución una cajita o estuche que contenía, según dijo, uno de sus exactos y excelentes adaptadores a las vicisitudes de la vida, las inconsistencias de la suerte, las inclemencias del cielo, los cambios de la fortuna, las vueltas del mundo. Los mantenía en alto, en la punta de los dedos, como una hostia consagrada delante de los fieles creyentes.

—Este pequeño y en apariencia insignificante aparato —continuó— está llamado a prestar invaluables servicios a los hombres reales o, que tal vez se dicen, no suficientemente provistos por la naturaleza de la preciosa capacidad antedicha. Ensayo actualmente sobre mí mismo uno de estos aparatos y me admiro de verme a cada paso sobrepasado por los efectos de mi invención. Habiéndome toda mi vida considerado como persona bastante bien adaptada al mundo que me rodea, solo ahora he venido a comprender la distancia que realmente me separaba hasta hoy de la verdadera *adaptación científica a la vida real*. Mi incomparable invento —en cuya patente industrial y de registro de marca me ocupo— es un verdadero instrumento de precisión que mide y muestra milésimo a milésimo los progresos que hace el paciente y lo conducen a un grado superior de adaptación concienzuda. Muchas personas poseen solo una defectuosa facilidad natural de adaptarse. Otras están momentáneamente o parcialmente adaptadas, mas los efectos de su capacidad son en realidad muy limitados y suelen estar circunscritos a este o aquel fragmento de la vida y del mundo circundantes. Mi aparatico perfeccionado suprime igualmente estas deformidades e intermitencias adaptativas, sumamente peligrosas y susceptibles de provocar trastornos y desórdenes más graves de la facultad de adaptación. Tratadas con mi aparato, estas inadaptaciones particulares, que no vistas a tiempo pueden generalizarse y ser crónicas, se curan por completo. Al cabo de poco tiempo, no puede decirse si tal o cual individuo es un *adaptado a priori* o un *adaptado a posteriori*. El caso más frecuente es el del mediocre o incompletamente adaptado, o *semiadaptado a priori*, cuya educación es terminada, ampliada y precisada mediante el uso del invento que tengo en mis manos. Cuanto a la curación de los peores *inadaptados radicales*, puedo garantizarlo por completo, comprometiéndome a restituir el dinero y recibir el aparato si no diere en corto tiempo el resultado que da en todos los casos sin excepción de ningún género. No existe, señoras y señores, incapacidad de adaptación a la

realidad circundante capaz de ofrecer resistencia durable a la eficaz acción de mi aparato ajustador, el cual las vence todas y rápidamente las sustituye o reemplaza por una capacidad verdaderamente extraordinaria de adaptación al mundo ambiente y a la realidad circundante.

Como yo, empinado por encima del círculo de oyentes, asomé la cabeza para ver el aparato ajustador, se dirigió a mí en un tono confidencial completamente distinto al anterior:

—Es el único que me queda. Fabrico estos aparatos yo mismo, y se comprende que no puedo producirlos en gran número. Por lo menos, no en cantidad suficiente para atender el gran número de pedidos que constantemente recibo de parte de personas deseosas de adquirirlos a cualquier precio. Solicito ahora el capital indispensable para emprender la fabricación en serie de mi aparato ajustador al medio ambiente o de mimetismo social artificial. Solo que hasta hoy, las personas pudientes, millonarios, y financieras que he encontrado y a quienes he expuesto el negocio, gozan de una inmejorable capacidad natural de adaptación, hasta de *superadaptación*, y no conciben la necesidad de mi capacidad artificial suplementaria...

—Yo en cambio —le dije—, me doy perfecta cuenta de la importancia del negocio, pero no estoy en condiciones de suscribir el capital: ¡Soy un grave inadaptado, tal vez incurable!

—¡Aprovechad señores y señoras! —continuó, reanudando su primera entonación del discurso—. ¡Aprovechad esta última ocasión que se os presenta de adquirir mi excelente aparato ajustador! ¡Antes de que estos aparatos comiencen a ser fabricados en serie y cada quien se halle en posesión de uno de ellos!

Este último argumento pareció convencer súbitamente a algunos de los que formábamos el círculo en torno al tenaz propagandista, y no pocos decidieronse a adquirir el aparato o accesorio, antes de que se agotase el corto número, hecho a mano, de que podía disponer el vendedor —según decía—;

antes, sobre todo, de que comenzase a ser fabricado por millares, en vasta serie industrializada, y a estar puestos así al alcance de legiones y masas de reacios a la verdadera comprensión de lo real (y de verdad que había gran conveniencia en adquirirlo allí mismo y no después, pues solía así ganarse tiempo y tomarse ya fuerte ventaja sobre futuros *neoadaptados*, en cuanto al adelantamiento y acomodo en las buenas posiciones de la vida...).

Ahí está, hoy todavía, sobre la mesa donde escribo, y alguna vez me habrá servido –no lo niego– como pisapapel sobre las hojas de un cuento inverosímil...



FELISBERTO HERNÁNDEZ

(URUGUAY, 20 DE OCTUBRE DE 1902 – 13 DE ENERO DE 1964).

Fue un compositor, pianista y escritor que se caracterizó por sus obras de literatura fantástica, establecidas sobre la tensión onírica de un humor ensoñado que une planos distintos de la existencia, como son la memoria y la observación dislocada de la realidad y de los objetos. Hasta 1942 fue un pianista concertista itinerante entre Uruguay, Argentina, Brasil y París, para luego dedicarse exclusivamente a la literatura. Admirado por escritores tan dispares como Gabriel García Márquez, Jules Superville, Julio Cortázar, Juan Carlos Onetti, Italo Calvino y el crítico Ángel Rama, influyó de una forma marginal y secreta en la literatura latinoamericana posterior. Publica *La envenenada* (1931), en Florida, y *Por los tiempos de Clemente Colling* (1942). Aparece en Argentina "Nadie encendía las lámparas", publicado por Editorial Sudamericana; la revista *Escriptura* publica "Las Hortensias" (1949), y "Explicación falsa de mis cuentos" es publicado en *Entregas de La licorne*; aparecen también "La casa inundada" (1960) y los cuentos "Manos equivocadas" y "El cocodrilo" (1961). Biblioteca Ayacucho publicó sus obras completas en una edición crítica de lujo, con introducción de Julio Cortázar e Italo Calvino en el año 1985; "Acunamiento" pertenece al segundo libro: *Libro sin tapas* (1929), editado en Rocha en la Imprenta de La Palabra.

ACUNAMIENTO

A Luis Alberto Fayol

Prólogo

Todos los sabios estaban de acuerdo en que el fin del mundo se aproximaba. Hasta habían fijado fecha. Todos los países se llenaron de espanto. Todos los hombres con el espíritu impreciso no podían pensar en otra cosa que en hacerse los gustos. Y se precipitaban. Y no se preocupaban de que los póstumos placeres fueran a expensas del dolor de los demás. Hubo un país que reaccionó rápidamente de la fantástica noticia. Nadie sabía si ese estado de coraje era por ignorancia, por sabiduría, por demasiado dolor o por demasiado cinismo. Pero ellos fueron los únicos asombrosamente capaces de resolver el problema de precaverse: construyeron seis planetitas de cemento armado, incluyendo las leyes físicas que los sostuvieran en el espacio.

I

Por más grande que fuera el esfuerzo humano, resultaba ridículo y pequeño al querer suplir a la Tierra. Se calculaba que ese país tenía diez veces más habitaciones de las que cabían en los planetitas. Entonces decidieron algo atroz: debían salvarse los hombres perfectos. Vino el juicio final y unos cuantos hombres juzgaron a los demás hombres. En el primer momento todos se manifestaron capaces de esta tarea. Sin embargo, hubo un hombre extrañamente loco que dijo lo contrario. Además,

propuso al pueblo que todos los hombre que se eligieran para juzgar a los demás debían aceptar esta tarea a condición de ser fusilados.

II

El pueblo aceptó esta última proposición. Se disolvieron las aptitudes para la tarea de selección: nadie amaba tanto la justicia al extremo de dar la vida por ella. Hubo, sin embargo, un hombre de experiencia concreta que aceptó. Indignado porque un grupo de inteligentes se burló de su experiencia, prefirió juzgar al grupo de inteligentes, y morir fusilado con la sonrisa trágica de ironía y el veneno de rabia. Gracias a los sacrificados por la justicia a ellos mismos, se juzgaron a los hombres y los perfectos ocuparon sus respectivos puestos en los planetitas de cemento armado.

III

Los planetitas eran ventilados. No había espacio para bosques ni campiñas. Pero perfectos pintores recién llegados de las mejores academias de la Tierra pintaron en las paredes árboles y prados idénticos a los de la Tierra, ni hoja más ni hoja menos. Estaban tan bien pintados, que tentaban a los hombres a introducirse en ellos. Pero internarse en esa belleza y darse contra la pared era la misma cosa. Otra medida horrible a que obligaba el poco espacio era la reproducción: no se podía reproducirse ni en los animales ni en los hombres más de un número determinado.

IV

La competencia entre todos los planetitas y el “qué dirán” del planetita vecino los llevó a un progreso monstruoso. La ciencia había llegado a prever, antes de nacer un hombre, cómo sería, la utilidad que prestaría a su planetita y hasta el proceso de su vida. La información que recibían los niños de las cosas era sencillamente exacta. No tenían que divagar, como en la

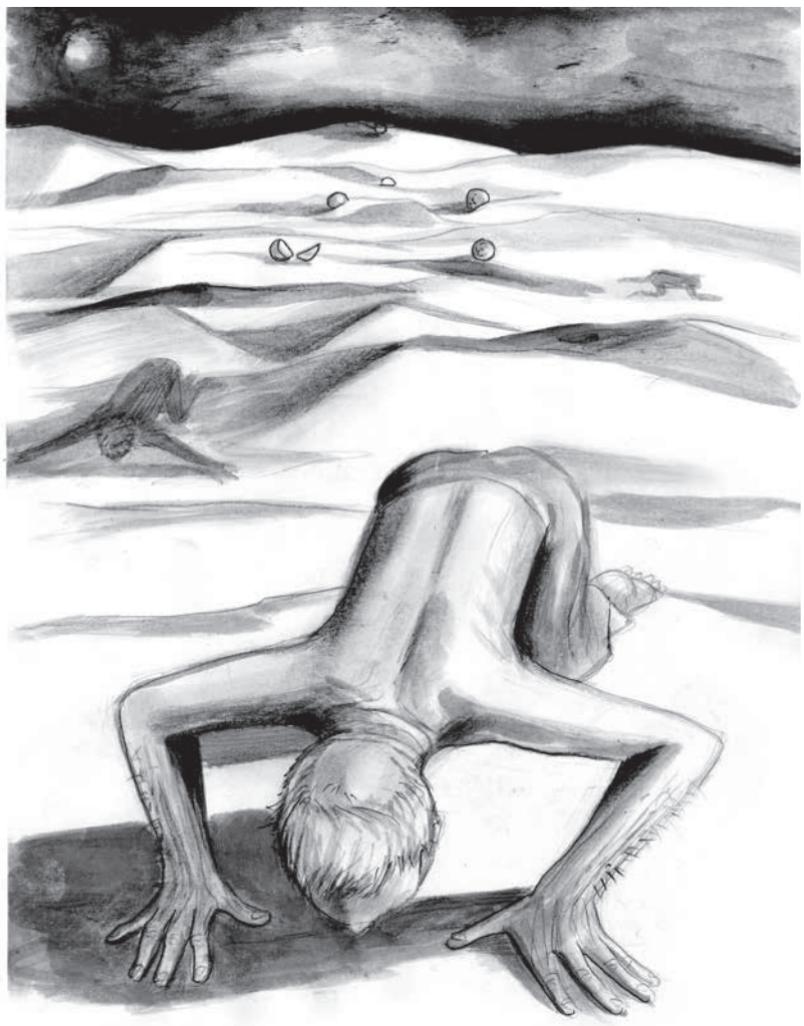
Tierra, acerca del origen del planeta. Conocían concretamente el origen de su planetita y su misión de progreso. Los hombres que no cumplían en el fondo del alma esta misión eran descubiertos por otros hombres de ciencia, que solamente con mirarles la cara y analizar sus rasgos descubrían al traidor.

V

En los planetitas no se creía en la casualidad. Habían descubierto el porqué metafísico y los vehículos cruzaban las calles sin necesidad de corneta ni de otro instrumento de previsión. Uno de los grandes problemas resueltos era la longevidad y esta era aplicada a los genios mayores. De esta manera se explicaba que después de dos siglos y medio, aún quedaran dos ancianos fundadores de los planetitas y únicos hijos de la Tierra.

Epílogo

El mundo no se acabó. Pero se acabaron los planetitas. Fueron a caer en un inmenso desierto. Todos los huéspedes se asombraron de que los dos ancianos besaran la Tierra con una alegría loca. Más se asombraron cuando emigraron de los planetitas y prefirieron las necesidades del desierto. Más se asombraron cuando los propios hijos de los huéspedes de reacción contraria a la perfección retornaron al problema biológico primitivo de la Tierra y emigraron lo mismo que los ancianos. Igual que los niños dormidos cuando los acunan, los peregrinos no se daban cuenta de que la Tierra los acunaba. Pero la Tierra era maravillosa, los acunaba a todos por igual, y les daba el día y la noche.



HÉCTOR VELARDE

(PERÚ, 14 DE MAYO DE 1898 – 14 DE MAYO DE 1989).

Escritor, diplomático y arquitecto. En la cultura peruana es conocido como arquitecto, humorista y crítico de arte. Su fino tratamiento de la ironía lo ha inmortalizado en la literatura contemporánea hispanoamericana. Sus obras literarias están influenciadas por la narrativa modernista de la época, entre ellas se encuentran: *De París a Buenos Aires* (1922); *Kikiff* (1924); *Garcilaso* (1924); *Tumbos de Lógica* (1928); *Yo quiero ser filósofo* (1932); *Lima en picada* (1946); *El hombre que perdió el tacto: y otras cosas por el estilo* (1947); *La cortina de Lara* (1950); *¡Oh los gringos!* (1956); *El diablo y la técnica* (1958); *La perra en el satélite* (1958, de donde se extrae el presente cuento); *Lima City* (1959); *Yo fui su alarife mayor* (1962); *Humorismo y propulsión a chorro* (1964); *El mundo del supermarket* (1964). Participó en múltiples proyectos arquitectónicos y publicó copiosos títulos sobre arquitectura y crítica de arte.

LA BOMBA J

¡¡Pum, pum, pummm!!!

Y no quedó nada sobre la Tierra. Sí. Quedó el doctor don Ismael Lanatta y Perales. Quedó en su cuarto del Jirón Camaná, solito, aterrado. Miró por la ventana de reja, miró por la puerta de calle, miró por la ventanita del baño; no vio sino suelo lívido de luna por todas partes, un disco de diámetro infinito, cuyos bordes se confundían con un cielo chato, bajo inmensa capa de cacerola color violeta y con olor a agua oxigenada.¡¡La bomba J!!

Todo había desaparecido.

Don Ismael sintió un friecito extraño que le entraba por una manga, cerró bien la puerta, las ventanas, los caños del lavatorio, la terma, los cajones y se metió a la cama.

—Caray. ¿Y ahora qué hago? —pensó—. Estoy solo en el mundo; que bomba tan rara, he escapado de milagro, mis cosas también han escapado de milagro; no se ha roto ni el florerito que me regaló Virginia, qué curioso, una falla de la bomba.

Don Ismael principió a hablar en alta voz como para acompañarse.

—Yo he sido todo lo que un señor bien puede ser en Lima: diplomático, hacendado, doctor en jurisprudencia, escritor de nota, profesor, político, abogado conocido, gran jugador de bridge y aficionado al arte, viudo de doña Josefina de Balboa, de las mejores familias de Trujillo, querido y respetado por

todos, luego no dejaba de tener mis coqueterías... ¿Quién cocinaba un pato con arroz como yo?

Esto lo dijo ya gritando.

Don Ismael se asustó con su propia voz; se levantó de la cama, rezó un Padre Nuestro bien bajito, se miró al espejo, tomó lápiz y papel, y escribió.

“Lima, 26 de mayo de 1960, año de Fátima a las 3 y 45 p.m.

La providencia no me ha dejado aquí sano y salvo sobre la calva de la Tierra única y exclusivamente por mi linda cara. Yo debo tener una misión, sí, una misión extraordinaria, fantástica: fecundar nuevamente la humanidad! PROLONGARLA. Pero, ¿cómo? No es cuestión de mujer. No hay nadie. No me queda sino ilustrar a la humanidad futura. Dejo pues los nombres y las explicaciones de todo lo que me rodea, de todo lo que tengo en mi cuarto, para que si alguien aparece de nuevo sobre el planeta sepa lo que han hecho los hombres desde Adán –por lo menos en la parte doméstica– y pueda conocer la elaboración y el funcionamiento de sus maravillosos inventos, logrados en el transcurso de miles de años y con los mayores sufrimientos... Yo me voy a morir porque solo tengo un poquito de agua y unas galletitas de Arturo Field que compré en la esquina, dejaré el nombre de cada cosa en un papelito prendido sobre la cosa respectiva y, en un cuaderno, la explicación detallada de cosa por cosa”.

Don Ismael puso un cartelito con la palabra “zapato” en el par de zapatos que tenía debajo de la cama, “ropero” en el ropero, “radio” en la radio, “jabón” en el jabón. “Virgen” en un cuadrito de la pared, “luz eléctrica” en la bombita del cuarto. “Bacinica” en el vaso de noche, “Código Civil” en un libro, “tela” en su abrigo, “agua de colonia” en un pomito, etc., etc. Luego pegó en la tapa de un cuaderno de contabilidad un título con grandes letras que decía:

“Función, componentes y fabricación de todas las cosas que existen en este cuarto”.

Con las indicaciones más completas y minuciosas estaba todo lo que don Ismael consideraba de mayor importancia para las civilizaciones futuras. Las indicaciones las subrayaba con lápiz rojo. Entre muchas cosas, figuraban las siguientes por orden alfabético:

“Aqua.- H₂O (ver botella).

Bicarbonato.- Polvito para eructar.

Botella.- Vidrio. Fabricación: se sopla.

Brocha.- Para afeitarse; quitarse los pelos de la barba.

Fabricación: con otros pelos.

Cama.- Catre: para acostarse. Fabricación: fierro fundido en tubos y perillas (“lit” en francés, “bed” en inglés, y “letto” en italiano. Han habido también otras lenguas).

Cuadrito.- Para adornar: buque en alta mar. Fabricación: pintura abstracta.

Chaleco.- Prenda de vestir que va desapareciendo (ver terno).

Dentadura.- Para mascar sin dientes. Fabricación: hueso.

Electricidad.- Corriente misteriosa. Fabricación EE. AA.

Espejo.- Vidrio para mirarse. Fabricación: azogue por atrás.

Foco.- Bombita (ver electricidad).

Gas.- Fluido. Fabricación: harina, masa y Tomasa.

Hojita de afeitar.- (ver brocha).

Jabón.- Para lavarse. Fabricación: hervido de basura con potasa y sebo.

Lana.- Terno. Fabricación: pelos de carnero.

Pared.- Quincha. Fabricación: caña, barro y guano.

Peine.- Para adornarse la cabeza. Fabricación: cuerno.

Papel.- Para escribir. Fabricación: sopa prensada de suciedades.

Radio.- Aparato para oír de lejos y por el aire. Fabricación: onda, antena y estática.

Retrato.- Mi tía Amelia: recuerdo. Fabricación: fotografía en colores. Sale igualito.

Tirantes.- Sostén de pantalones. Fabricación: con caucho del Putumayo.

Water Closet.- Palabra inglesa para disimular el objeto. Fabricación: polvito de porcelana.

Zapato.- Cuero. Fabricación: pellejo.

“Aviso personal para quien encuentre mi cuarto. Nunca creí saber tan poco sobre lo que he tenido cerca toda mi vida. Soy una ostra en este universo vacío y no conozco ni mi propia y única conchita. ¡Y pensar que he representado muchas veces a mi país en el extranjero! Hasta tengo una condecoración javanesa. Ay, si yo fuera un ingeniero industrial sabría explicar con pelos y señales cómo y por qué hierve el agua de la tetera; pero no sabría, eso sí, como lo sé yo gracias a mis estudios filosóficos, lo que es la palabra, el Verbo, lo que nos ha comunicado Dios para que pueda Ud. comprender el miedo que tengo. He dejado un resumen sobre este punto en el cajón de la mesita de noche”.

Firmado: ISMAEL LANATTA Y PERALES.

Don Ismael no sabía nada de lo suyo sino que estaba perdido. Lo demás había desaparecido para siempre…

—¡Ah, si tuviera a la mano mi diccionario, mi *Petit Larousse*; mi tesis universitaria, mis discursos sobre el comunismo y el derecho internacional! —exclamaba don Ismael a cada momento. Pero el *Petit Larousse* se había quedado en la oficina y su tesis se titulaba: “Obligaciones legales para con los animales domésticos”. No había ni un gato y Rusia no existía…

No quedaba afuera sino la costa desierta de la Tierra, cubierta por una sola nube de humo violeta.

A los veinticinco días del bombazo, don Ismael se quedó muerto en su cama con una galleta en la mano y rodeado de cartelitos. En el pecho se había colocado un último letrero que decía:

“Propietario.- El dueño del cuarto, 50 años, abogado, limeño. Fabricación: hijo único”.



Agua H₂O (Si) (Ver Botella)
Bicarbonato. Polvo para cocinar
Botella de Vidrio. Añil para teñir.
Foco
Hoja de Afeitar

Tijeretas Sostén de Pantalones
Zapato Nuevo fabricado
Lana terneña fabricada
Peine para trazar la cabeza. Fabricado
Dentadura fabricada con hueso

Pelaje

Cáscara, barro y cuerno

ROBERTO ARLT

(ARGENTINA, 2 DE ABRIL DE 1900 – 26 DE JULIO DE 1942).

Hijo de inmigrantes alemanes pobres, se cría en el barrio porteño de Flores. A los ocho años comienza a escribir sus primeros relatos, poco después de dejar la escuela primaria. Desempeñó diferentes trabajos: fue mecánico, pintor, soldador, ayudante en una biblioteca, aprendiz de hojalatero, mecánico y vendedor de artículos varios. En 1926 publica su primera novela, *El juguete rabioso*. Después son publicadas casi de forma continua *Los siete locos* (1929), *Los lanzallamas* (1931) y *El amor brujo* (1932). La novela corta "Viaje terrible" fue publicada por primera vez en 1942. Es considerado el creador de la prosa moderna en Argentina.

VIAJE TERRIBLE

*Al doctor Eladio Di Lata,
noble amigo de sus enfermos*

I

Cierto astrólogo me dijo una vez que el signo zodiacal que presidía la casa de mi nacimiento indicaba, entre otros accidentes, temerarios peligros en viajes de mar, y yo sonreí con dulzura porque no creía en la influencia de los astros; de manera que al iniciar mi viaje hacia Panamá ni por un momento se me ocurrió que me aguardaban aventuras tan tremendas como las que me permitirían compaginar la presente crónica que, sumada a los informes telegráficos del correspondiente del *Times* en Honolulú, constituye una de las más sorprendentísimas historias que la Geología haya podido desear para completar sus estudios sobre las dislocaciones que se producen en el fondo del océano Pacífico.

Tuve el presentimiento de la desgracia el día 23 de setiembre a las 16 horas, momento en que permanecía recostado en la hamaca del primer puente del buque *Blue Star*, mirando caer la tarde sobre el puerto de Antofagasta.

Humeaban las chimeneas de la ciudad al borde del desierto, y amarilleaban lentamente las fachadas de las fábricas. El arco del puerto, con sus casas escalonadas en la falda de los cerros, encajonaba calles en pendiente que

parecían fundirse en la neblina azul que flotaba en los socalones de la cordillera.

Durante el día había soplado un viento fuerte y el aire estaba cargado del rojizo polvo del desierto. A un costado del puerto, sobre la superficie montuosa de un cerro trepaba la vía de un ferrocarril; de pronto, un convoy de pasajeros, chapadas las ventanillas por el oro del sol, se perdió entre un abultamiento de montañas y no sé por qué el corazón se me encogió dolorosamente. Si en aquel momento hubiera escuchado la voz de mis instintos habría abandonado el *Blue Star*, pero poderosas razones me impedían bajar a tierra.

Esto hizo que apartando el pensamiento del fugitivo presagio, fijara la atención en los hombres que vagabundeaban por el puerto.

Como sobrevivientes de una catástrofe, pasaban cabalgando en mulos indígenas achocolatados. Más haraposos que limosneros, de cerca parecían leprosos; los ojos despestañados, los párpados encendidos, requemados por el salitre de las calicheras. Un manco, con un loro montado en una pértiga, canturreaba mostrando el muñón ennegrecido. A veces, entre esta multitud de miserables descalzos resonaba la bocina de un automóvil y se veía a los harapos saltar precipitadamente a un costado para evitar que los aplastara la máquina.

El *Blue Star* estaba amarrado frente a una casa de piedra. En el zócalo del muro se veía una muestra de latón; bajando los ojos se descubrían numerosos botes que iban y venían en torno del buque, mientras que los brazos de los güinches rechinaban, depositando en la cala del buque las últimas toneladas de salitre que podía estivar.

Yo permanecía recostado en la hamaca, extraordinariamente fatigado; las articulaciones adoloridas, debido a la quizá excesiva humedad atmosférica. Además, había estado engripado desde que embarqué en Puerto Caldera, donde mi familia, un poco violentamente, me recomendó que no me dejara ver por la localidad durante mucho tiempo. El recuerdo

de las últimas estafas divertidas que cometiera, sumado a la debilidad, hacía que lo que me rodeaba adquiriera en mi sensibilidad una especie de vidriosidad de alucinación. A momentos, me imaginaba a mis compañeros de viaje bailando en los cabarets de Atacama, luego entrecerraba los ojos y me dejaba estar, arrullado por el ronquido sordo de los guinches. La última vez que abrí los ojos observé algunas palomas que revoloteaban en torno de la torre de la iglesia, que sobresalía en la pendiente de casas de piedra. Por el puerto continuaba el desfile de indígenas montados en mulos; entre las manchas verdes de un bosquecillo se extendía una muralla acorralada, agujereada por numerosas aberturas. Debía de ser un edificio público. Más allá una bandera inglesa flameaba sobre el llamado “Castillo de Ab-el-Kader”, cuya torre redonda se recortaba en el aire rojizo como la avanzada de una ciudadela antigua.

En ese instante estalló a mis espaldas la voz de mi primo Luciano.

—Tengo que comunicarte una noticia.

Levanté los ojos. Luciano compuso el gesto que le era habitual, pues se había especializado en comunicarle a sus próximos malas nuevas, e inclinando su cara amarillenta y angulosa hacia la mía, repitió:

—Te juro que es tremenda. Si pudiera devolver el pasaje, lo entregaba ahora mismo.

—¿Qué diablos pasa?

—En la Sirena de Sal (el más importante cabaret de Antofagasta) me han informado que el barco no solo ha cambiado de dueño, lo cual no tendría importancia, sino que también le han cambiado el nombre. Primitivamente se llamó *Don Pedro II* y no *Blue Star*. Y tú sabes, barco que cambia de nombre está condenado a la desgracia.

En aquel mismo momento Luciano se dio cuenta de que Mariana Lacasa escuchaba sus palabras y levantó expresamente la voz para interesarla en su “noticia”. Mariana Lacasa

era una joven que en aquel viaje de circunvalación se había enredado en cierta manera con Ab-el-Korda, hijo de un remoto emir árabe. Luciano estaba ligeramente enamorado de *miss Mariana*, de modo que para engancharla en la conversación le preguntó:

—Señorita Mariana, ¿no tenía usted noticia del cambio de nombre del barco?

—No.

Ella se sentó a mi lado, y luego:

—¿Tiene acaso importancia el cambio?

Luciano prosiguió:

—Está archirrequeteprobado que barco que cambia de nombre concita contra sí la cólera de todas las fuerzas plutónicas. En síntesis, que estamos fritos.

Hacía unos momentos que a espaldas de *miss Mariana* se había detenido el señor Gastido. El señor Gastido era un millonario peruano que viajaba con su esposa y tres hermanas de su mujer, lo cual motivaba la murmuración de todos los maldientes. Atraído por el perfume de carne de *miss Mariana*, trató jactanciosamente de aclarar la cuestión:

—¿Qué es lo que entiende usted, señor Camblor, por estar fritos?

Luciano detestaba a Gastido. En vez de mantenerse calmoso, respondió un poco nerviosamente:

—¿Qué entiendo por estar fritos? ¿Qué es lo que entiendo? Pues entiendo, señor Gastido, que usted, yo y todos los pasajeros de este buque seremos víctimas de terribles sucesos durante este viaje.

El peruano se sintió despectivo frente al destino, por dos razones: tenía dinero y sabía boxear. Replicó, entre un poco mordaz y otro poco escéptico:

—Entonces, ¿por qué se ha embarcado en este buque, caballero?

Luciano, amostazado por el retintín burlón que campañilleaba en ese equívoco término de “caballero”, replicó hostil:

—No acostumbro a discutir mis presentimientos —dijo, y volviéndole la espalda al peruano comenzó ostensiblemente a cargar su pipa.

La situación se tornó desagradable. Miss Mariana tara-reaba una cancioncilla insolente; el señor Gastido me miraba a mí y a mi primo como si tuviera la intención de rompernos los huesos, pero su esposa y las tres hermanas de su esposa le llamaron, y los cinco, dignamente, se alejaron. Luciano, echando una bocanada de humo al espacio, continuó en el mismo momento que el árabe se sentaba cortésmente junto a miss Mariana, a la que aspiraba integrar a su harem:

—Además, a bordo he descubierto otra particularidad impresionante.

—Diga, diga, Luciano. Le escuchamos.

—Son muchas las cosas raras que ocurren en este barco. Primero, como les dije, el cambio de nombre, después el caso de la tripulación.

—¿Qué ocurre con la tripulación?

—¿Cómo, no lo saben?

—No.

—Pues bien: la tripulación de este buque está compuesta por un atajo de facinerosos.

—¿Qué?

—Lo que ustedes oyen. Eh, tú —exclamó, dirigiéndose a un camarero que pasaba—, ¿qué hacías antes de embarcarte?

—Era zapatero.

—¿Nunca habías navegado?

—No, señor.

Se alejó el camarero y Luciano, presa de un ataque de desesperado pesimismo, prosiguió:

—¿Ven ustedes? Cualquier día que la mar esté un poco picada, este forajido nos vomita encima.

Dos señoras ancianas, a quienes el léxico de mi primo horrorizó, se apartaron. Luciano, dirigiéndose a miss Mariana, al árabe y a mí, prosiguió:

—No he encontrado nunca una tripulación de pasado más impresionante.

Miss Mariana sonrió.

—No se ría, miss Mariana. Verá usted. El mucamo de nuestro camarote anteriormente era guardagujas en el ferrocarril a Santiago, pero como provocó el choque de dos trenes de carga, por embriagarse, fue expulsado de la compañía; el capataz de comedor ha sido elegido para ese cargo porque se sospecha que es un apache regenerado y solo un apache podría hacerse respetar de semejantes autodidactos...

—¿Debido a qué eligieron gente semejante? —preguntó la señora Miriam, esposa del pastor protestante que iba relevado a Quito, y que se había aproximado silenciosamente a nuestro grupo.

—En la Sirena de Sal me informaron que la empresa está a punto de quebrar y en conflicto con las asociaciones de trabajadores portuarios. Tan mal se encuentran de fondos los propietarios del *Blue Star* que, sin confirmación... naturalmente sin confirmación... me han dicho que la instalación de telegrafía sin hilos está tan averiada que no funciona.

—¿Cómo ha tenido usted el coraje de embarcarse en semejante buque?

Luciano y yo suspiramos al mismo tiempo, sin atrevernos a responder que habíamos embarcado porque nos regalaron los pasajes y, además, que a mí, no a mi primo, sino a mí, me había acompañado a prudente distancia un escolta del jefe de policía. Pero esta es otra historia...

Tal fue la conversación con que se inició el viaje, que algunas semanas después *Coun*, correspondiente del *Times* en Honolulú, clasificaba con un buen sentido de la palabra la “Travesía del Terror”.

II

Acabo de examinar algunas fotografías relacionadas con los sucesos en que participamos el pasaje del *Blue Star* y el de

otros tres buques y que, en pocas horas, encaneció el cabello de más de un hombre intrépido. También tengo a mano fotografías de multitudes detenidas frente a las pizarras de los diarios, enterándose codiciosamente de las noticias telegráficas, relacionadas con nuestra agonía.

¡Qué veinticuatro horas de horror vivimos! ¡Y el Pacífico sereno en las costas de América, sin dejar sospechar la existencia de un megasismo que lo atorbellinaba en una superficie de trescientas millas, mientras que el sol lucía en el espacio como si quisiera multiplicar las ansias de vivir que experimentábamos nosotros, los condenados a muerte!

¡Aún me acuerdo! El horizonte permanecía sin una nube, mientras que los buques *Pájaro Verde*, *Red Horse*, *María Eugenia* y *Blue Star*, se deslizaban en espiral hacia un eje de catástrofe desconocida que bruscamente abrió su embudo engullidor en la plateada superficie del océano.

Los curiosos, detenidos frente a las pizarras de los periódicos, terminaban por comprender, estudiando la espiral dibujada en un plano horizontal, cuál era la naturaleza de esa fuerza oceánica que profundamente atorbellinada nos arrastraba hacia su centro como a ligeras briznas. Y era terrible contemplar estas naves, perdidas bajo el cielo resplandeciente, las máquinas en perfecto estado de funcionamiento, los cascos sin una grieta, las tripulaciones y el pasaje atemorizados en la borda, cogiéndose de los brazos de los oficiales taciturnos, algunos de los cuales terminaron por saltarse la tapa de los sesos. ¡Sí, digo que era terrible!

La única explicación del suceso, mejor dicho, la primera explicación del suceso, la proporcionó Coun, corresponsal de *Times* en Honolulú, citando la frase que French había engarzado en su *Geología* y que expone más o menos la teoría del “megasismo”, diciendo:

“Las grandes diferencias de nivel entre las costas chilenas y japonesas del Pacífico convierten a estas en lugares predestinados a una gran sismicidad, y la más verosímil es la teoría que

supone que el fondo del océano Pacífico está perturbado por vastas dislocaciones".

Pero dejemos a Coun y a sus comunicados, que ya llegaremos a ellos en las próximas páginas de mi crónica, y permítanme informarles por qué razón me encontraba a bordo del *Blue Star*.

Seré sincero, totalmente sincero.

Debido a una serie de estafas con cheques sin fondo que había cometido en perjuicio de importantes mercaderes del sur de Chile, mi padre, utilizando ciertas influencias de las que me está vedado hablar, obtuvo que el gobierno me adjuntara a la "Comisión Simpson". La Comisión Simpson, compuesta de varios ingenieros, oceanógrafos y geólogos, debía examinar la eficiencia de una nueva patente acústica, confeccionada para sondar las grandes profundidades del Pacífico. Mi obligación consistía en trasladarme hasta Panamá; en Panamá embarcaría con algunos miembros de la comisión hacia Honolulú, donde trasbordaría al buque sonda del gobierno americano *H-23* en categoría de agregado honorario.

Honestamente no puedo jurar que el aparato acústico y las profundidades oceánicas me interesaran violentamente, pero las perspectivas de aventuras y desembarcos en playas indígenas, las deudas, la casi sombría atención que me dedicaba nuestro prefecto de policía y la cara torcida que dibujaban mis parientes al verme aproximar a sus mesas, me determinaron a aceptar la invitación del gobierno, que en vez de enviarme a la cárcel, como lo solicitaban mis méritos, me nombró adjunto honorario a la "Comisión Simpson" de sondajes submarinos. Como dije anteriormente, yo debía reunirme con esta comisión en Honolulú, y no sé por qué se me ocurre que mis parientes tuvieron la secreta esperanza de librarse de mí mediante el auxilio de los antropófagos que aún suponen que existen en los islotes de los mares del Sur. Personalmente, considero responsable de esta sugerión a mi primo en segundo grado, Gustavo Leoni, lector asiduo de Emilio Salgari.

El 12 de setiembre embarqué en Puerto Caldera con mi primo, pero inmediatamente caí a la cama atacado de gripe. El *Blue Star* hacía alto en casi todos los puertos de la costa hasta llegar a Antofagasta, donde completó su carga con salitre.

El pasaje del *Blue Star* se componía de varias familias inglesas, el señor Gastido y sus cuñadas, *miss Mariana*, un árabe auténtico con chilaba, pantuflas y fez. ¡Que Dios maldiga al árabe! Si mi primo creía que lo que llamó la desgracia al barco fue el cambio de nombre, Luciano estaba equivocado. El que atrajo la desgracia sobre el barco fue el siniestro Ab-el-Korda, que todas las tardes, al caer del sol, se arrodillaba en dirección a la Meca y hacía sus oraciones rebrillándole los ojos almendrados. Como lucía perfil de cera dorada y una barba de chivo, y como además saludaba cortésmente a las damas tocándose la frente, los labios y el corazón con los dedos de la mano derecha, apareció de inmediato como un peligrosísimo adversario en lances de amor. Este bergante, hijo primogénito de un emir de Damasco, dirigió primero su atención a *miss Mariana*, que le rehuía secretamente atemorizada de que pudiera incorporarla a su harem, pero el árabe, al verse despreciado por la joven que desde que cumpliera los treinta años se había vuelto una resuelta partidaria de los hombres de mar en las lides amorosas, se dedicó a una vieja escocesa cuyo rostro parecía un colador de pecas, y que acarreaba una Biblia descomunal de una hamaca a otra. A las veinticuatro horas de navegar, la vieja escocesa estaba resuelta a convertir al árabe al anglicanismo. Otro personaje insigne, que también viajaba involuntariamente, era el conde Demetrio de la Espina y Marquesi, caballero de Malta e insignísimo ladrón internacional, cuya expulsión decretó nuestro gobierno. Demetrio de la Espina y Marquesi era un noble auténtico y un donoso caballero; los que le conocían estaban encantados de frecuentar su compañía y, como él era hombre prudente, para ponerse a cubierto de cualquier sospecha de hurto, entregó la llave de su camarote al

Capitán, de manera que este, sin previo anuncio, pudiera revisarlo si algo llegaba a faltarle a los pasajeros.

Más adelante comprobaremos que dicha precaución fue muy atinada. Entretanto, como un hombre de honor, compartía el trato con la dama escocesa, que también se había propuesto llevarle por el buen camino por la “vía de los rufianes y conductores de bueyes”, como llaman algunos al Libro de los Profetas.

Me he permitido distraer la atención de ustedes nombrando a estos personajes curiosos –entre los que no incluí al reverendo Rosemberg y su esposa, pastor metodista–, para que ustedes adquieran el sentido de que el nuestro era un pasaje extraño, dada la diversidad de personas, psicologías, temperamentos y costumbres, pero jamás supuse que el viaje, que verosímilmente prometía ser singular, se transformara en lo que acertadamente se denominó más tarde la “Travesía del Terror”.

Esta travesía tuvo un prólogo casi regocijante, dos horas después que el *Blue Star* desamarró. Aún estábamos a la vista de la costa. El cuerno de la Luna lucía en un espacio recargado de estrellas gordas como nueces y yo ya había olvidado las predicciones de mi primo, que bebía un whisky en compañía del pastor Rosemberg. A la natural melancolía que me acongojara durante el crepúsculo, había sucedido cierta jovial ecuanimidad.

Pensaba que la vida es dulce en el puente de una nave. Aunque ignoramos el motivo, los días de viaje parecían días festivos, vistiendo a los astros, a la Luna y a los planetas de una luz diferente de la que centellean cuando les vemos desde la humosa superficie de la Tierra. Hacia estas suaves consideraciones, mientras el pastor le explicaba a mi primo en qué radicaba la superioridad de los sajones sobre los latinos cuando, de pronto, el reverendo, como si se encontrara en el camino de Damasco y se le apareciera la figura de Jesucristo, se puso de pie, estiró el brazo y luego cayó atónito sobre su hamaca.

Miramos en la dirección que señaló su dedo y lanzamos un grito.

Un torbellino de chispas y de humo escapaba de su camarote.

—¡Fuego, fuego! —gritaron todos, abalanzándose en busca del camarote del Capitán.

A los gritos de mis compañeros, la cáfila de aventureros que se encontraban levantando los cubiertos en el comedor se largó al pasillo; las dos ancianas que por la tarde se apartaron indignadas de mi primo, rechazadas por sus pintorescas expresiones, optaron por desmayarse; el reverendo pastor, que durante un instante pareció sumergido en el más total de los colapsos, bruscamente irguió la sacerdotal figura, desenfundó un revólver (¿para qué llevaría revólver el pastor?) y comenzó a descerrajear balazos en dirección al océano. Estoy en disposición de facilitar estos datos porque fui el único que no echó a correr en busca del Capitán; primero, porque los otros ya estaban en camino; segundo, porque he aprendido que siempre que se produce un tumulto a causa de un peligro lo más práctico es mantenerse apartado.

Recuerdo, eso sí, que observé al árabe funesto: mesándose la barba, se echó de rodillas sobre el puente, en dirección a la Meca, al tiempo que rezongaba sus oraciones islámicas. Mientras Ab-el-Korda invocaba el auxilio del Profeta sobre la nave, miss Mariana terminó de desprenderse del camarote del radiotelegrafista que, sonrojado como el mismo incendio, trataba de remediar el desorden de su casaca. Cuando el radiotelegrafista se percató del rulo de fuego que brotaba del camarote, profiriendo una blasfemia se lanzó en busca de los tripulantes, pues nadie hacía nada por apagar el fuego. Finalmente un grumete, creo que el único y auténtico hombre de mar de a bordo, cogió una manguera, hizo girar la llave del depósito y comenzó a inundar el camarote del reverendo.

Cuando el Capitán y sus ayudantes se hicieron presentes, el incendio estaba apagado. Pero el Capitán llegó a tiempo para

escuchar al agorero de mi primo, que en un círculo de gente pontificaba:

—¿Han visto? ¡Esto es lo que sucede por cambiarle el nombre a un buque! Y lo que ha pasado no es nada comparado con lo que va a ocurrir.

—Deje usted de alarmar a los pasajeros o lo encierro en un calabozo —rugió el Capitán, mientras que con un gancho revolvía los bultos medio quemados, que era todo lo que quedaba del equipaje del pastor.

Y como Luciano comprendió que el Capitán era un bruto capaz de poner en práctica su amenaza, no repitió palabra. A partir de aquel momento se le vio por el *Blue Star* con aspecto de hombre cuya dignidad menoscabada no le permite exteriorizar sus aprensiones, y si alguien, clandestinamente, le quería arrancar confidencias, él respondía muy enfático:

—Prohibido ser adivino a bordo.

Tal fue el accidente que “amenizó” la primera noche de viaje, después que salimos del puerto de Antofagasta. En las cuarenta y ocho horas que siguieron no ocurrió nada digno de mención. El buque, navegando lentamente, seguía paralelo a la costa del Norte.

Al iniciarse la tercera noche de nuestro crucero, descubrí un pequeño secreto. El médico de a bordo, al cual le estaba prohibido ejercer su profesión en tierra debido a su excesiva afición a la ginecología ilegal, en cuanto el pasaje se iba a la cama se reunía con el señor X (nunca pude recordar el nombre del señor X, agregado comercial a la embajada del Japón que se suicidó el día del gran terror), agregado comercial a la embajada del Japón, el pintor mexicano Tubito, y otro señor del que tengo la seguridad que llenaba el vacío de sus ocios contrabandeando cocaína. Estos caballeros, por riguroso turno, se introducían en el consultorio del médico, retiraban del armario de primeros auxilios frascos rotulados con calaveras o inscripciones que rezaban “Uso externo” y destapándolos bebían el ron que contenían. Al amanecer confundían alegremente sus respectivas

camas. Una noche el médico partero se emborrachó tan desaforadamente, que a toda costa quiso introducirse en el camarote del pastor. Alegaba que la esposa del reverendo estaba por alumbrar. Armado de un pavoroso fórceps pretendía cumplir su extemporáneo despropósito. Finalmente rodó por el suelo y yo les prometí a sus compañeros guardar silencio sobre el incidente porque proyectaba usufructuar el noble néctar que contenían los frascos de “Veneno” o “Uso externo”. Sin embargo, rápidamente me desinteresé del cuadrunvirato alcohólico porque dediqué mi tiempo a cortejar a Annie Grin, que ocupaba con su madre uno de los camarotes del puente superior.

¡Annie! Jamás he conocido criatura más voluptuosa, a pesar de la química industrial, que esta muchacha. Annie era ingeniera química. Yo me sentía arrebatado por un torbellino de sabiduría, si asomaba la cabeza al pozo de sus conocimientos. Cuando a pesar de la química pasaba su brazo fresco por mi pescuezo, yo entraba en el éxtasis que debe de gozar un sapo en presencia de la rosa. A veces, de codos en la pasarela, olvidábamos el caminar del tiempo. El agua se desflecaba en coágulos de espuma contra el alquitranado casco de la nave. Un viento que venía de la India, cruzando toda la anchura del océano Pacífico, adhería el vestido a sus formas y las moldeaba. Entonces el cielo me abría sus puertas y yo, semejante a un espíritu borracho de luz, creía pasearme por un bosque embellecido de vastos árboles de emoción.

Al detenerme frente al espejo del ropero de mi camarote, mi cara aparecía tatuada de muescas rojas. Era el rastro pintado de sus besos.

Sin embargo, estaba preocupado. Una de mis obsesiones consistía en sopesar las probabilidades que tenía de desistir de mi absurdo viaje como miembro honorario de la Comisión Simpson de Sondajes. ¡Qué me importaban a mí las profundidades del suelo marino del océano Pacífico! Lo que deseaba era seguir con Annie hasta Shangai.

Desvariando de esta manera solía encontrarme despierto a la luz del nuevo día. Entonces, tapándome la cabeza con una almohada, trataba de dormir.

Quizá estaba desesperado. Un engranaje invisible me había enganchado la voluntad entre sus dientes. Yo me sentía triturado por toda la potencia planetaria de la fatalidad. ¿Con qué dinero iba a vivir en Shangai? ¿No estaba acaso más pobre que una rata? Un destino negro me había amarrado a su carro, un destino cuyo definitivo aspecto no conocía aún, pero que me mantenía apretado a su designio con su poderoso puño.

A cada hora que pasaba experimentaba un rencor profundo contra mis parientes; contra mi padre, que me entregó como uno de sus rotos esclavos a la ejecución de un trabajo disparatado que no podía serme en modo alguno provechoso. Si yo era un bribón, ellos no lo eran menos. Mi mismo padre, ¿no era acaso un audaz afortunado que...?

Corramos la página...

III

Annie, en cambio, me abría las puertas de otro mundo más allá en el Oeste.

Yo desconocía el idioma de aquel mundo amarillo y curvado, pero esto no era lo grave; lo grave consistía en que yo carecía de una profesión, lo cual me ponía en inferioridad de condiciones frente a Annie. Esta incapacidad podía transformarse en el eje de nuestra futura desdicha.

Dije anteriormente que Annie era ingeniera química y esta referencia puede carecer de importancia cuando los informados carecen de conocimientos científicos que les permitan apreciar cuánto trabajo y estudio se requiere para alcanzar este título. Annie era una sabia o poco menos que una sabia. Su especialidad eran los coloides, y dentro de los coloides, la goma, es decir, el caucho, o mejor dicho, el látex. A lo que parece, Annie había descubierto un procedimiento para evitar que la deshidratación del látex provocara su coagulación,

lo que le permitiría efectuar poco menos que una revolución en la industria de los tejidos engomados, o mejor dicho, a mi entender, en la industria de los impermeables.

Annie me hablaba constantemente de la revolución o ruina que les acaecería a los fabricantes de impermeables en cuanto su invento se pusiera en marcha. Yo no entendía una palabra de química, pero no era todavía suficientemente bruto para desestimar las confidencias de Annie.

Su proyecto, o mejor dicho, sus miras acerca de mi persona eran amplias. Ella tenía el proyecto de convertirme en su *manager*; yo sería el encargado de ponerle el revólver al pecho a todos los fabricantes de impermeables. Adquirían la patente de Annie o Annie los reventaba.

Pero si el método químico de Annie no daba resultados, ¿qué hacía yo? Annie daba por hecho que todos los fabricantes de impermeables se apresurarían a adquirir los derechos de su invención, pero yo dudaba y llegaba en último término a la conclusión de que un día me encontraría casado con una ingeniera química y en terribles condiciones de inferioridad.

A nadie se le oculta que todo profesional apasionado desea tener a alguien con quien intercambiar impresiones acerca de las experiencias que recoge en su profesión. Y Annie, si se casaba conmigo, no podría conversar de goma, ni de química, ni de coloides; en primer término, porque yo no sabía absolutamente nada de química; y en segundo término, porque la química no me interesaba. ¿Y qué podría yo responderle a Annie el día que me dijera que llegaba tarde a casa porque se había quedado conversando con un colega amigo de especialidades de la materia?

Y si Annie se quedaba conversando con un especialista en la materia, ¿quién podía impedir que Annie se enamorase de él? No era esto seguro, pero, ¿no es acaso una ley que los iguales se buscan?

Terminaba de hilvanar silenciosamente dichas reflexiones la quinta mañana de nuestro viaje, mientras formaba parte

de la rueda de pasajeros que integraban la señora del pastor Rosemberg y mi primo. Luciano trataba de consolar a la señora del pastor de la pérdida que sufriera en el incendio (tres pijamas, una salida de baño, varias camisetas y fotografías de la localidad abandonada), cuando la señorita Herder, una feminista sueca que ocupaba un camarote junto a los de la familia del caballero peruano, enarbolando sus flacos y pecosos brazos, apareció corriendo al tiempo que gritaba:

—¡Me han robado el equipaje! ¡Me han robado el equipaje!

Un equipaje no es un pañuelo que se escamotea a las primeras de cambio. Involuntariamente dirigimos los ojos al conde de la Espina y Marquesi, que conversaba risueñamente con *miss Mariana*. El caballero de Malta, como si no percibiera la intención de nuestras miradas, continuó conversando con la coqueta, mientras que mi primo exclamó:

—Señoras... señores... está prohibido ser adivino en este buque!

Semejante golpe de mano era una advertencia seria. En consecuencia, resolvimos ir en masa a protestar ante el Capitán por la falta de vigilancia y orden que esto suponía. El Capitán, a pesar de ser un perfecto bruto, como creo haber dejado establecido en otra parte, escuchó nuestras protestas con talante sombrío. A él también le impresionaba la coincidencia (llamémosla coincidencia) del cambio de nombre del buque con una serie de acontecimientos cada vez más graves, como si efectivamente se desarrollaran bajo el auspicio de esa superstición. Murmuró algo que no entendimos y luego, con pasos enérgicos, se dirigió al camarote de *miss Herder*. El conde de la Espina y Marquesi, por supuesto, no se movió del lugar donde conversaba con *miss Mariana*.

En el camarote de *miss Herder* se descubría el orden del vacío. Faltaban dos maletas de cuero, razonablemente pesadas, y un maletín de mano. En el maletín de mano *miss Herder* guardaba los originales de una novela. Yo conocía dos capítulos, y

cuando me enteré de la desaparición del maletín pensé que los dioses protectores del sentido común trataban de impedir que miss Herder intentara estupidizar a sus prójimos, revelándoles las tonterías que germinaban en su caletre. Bueno, el caso es que, aparte de la novela, miss Herder quedaba con lo puesto. Eso no podía ser.

El Capitán dispuso que los tripulantes, incluso el radiotelegrafista, encabezando cada uno una comisión de varios hombres, registrara íntegramente el buque. El registro comenzó a la diez de la mañana. Todos los pasajeros quedamos preventivamente confinados en el comedor.

Recuerdo que mi primo se acercó a un florero y significativamente sacó de allí una margarita de papel. Luego comenzó a arrancarle pétalo tras pétalo; lo hacía despacio y terminó exclamando:

—No me quiere.

Con ello quería expresar que el Capitán no encontraría las maletas de miss Herder y esta conclusión era tan arriesgada, que el caballero peruano, dirigiéndose a mi primo, le dijo:

—Le apuesto a usted cien soles a que las maletas de miss Herder aparecen.

Luciano se irguió dignamente y repuso:

—No jugaré con usted un solo cobre, pero le doy a usted mi palabra de honor de que las maletas de miss Herder están perdidas.

Evidentemente, Luciano era audaz.

Después de escucharlo, miss Herder se puso a llorar desconsoladamente, pero el pastor protestante, aproximándose a ella, le dijo que no hiciera caso de las predicciones de mi primo. El conde de la Espina y Marquesi agregó que las predicciones efectuadas sobre la base del arrancamiento de pétalos de margaritas son únicamente válidas en casos amorosos, pero no en los de pérdidas de maletas. Esta ingeniosa sutileza del conde encontró un amplio círculo de partidarios y Luciano, enfoscándose en una sonrisa pedantesca, dijo textualmente:

—Declino pronunciarme sobre la interpretación del conde, pero sostengo nuevamente que las maletas no aparecerán.

Evidentemente, la actitud de Luciano era estúpida. Me acerqué a él y le dije:

—¿Qué diablos ganas con malquistarte con esta gente? Todos están deseando que alguien te tome de los pies y te arroje al agua. ¿Por qué no te callas?

La señora del pastor dijo, mientras su marido se sumergía en la lectura de la “Vida de San Pablo”, que ella sabía echar las cartas y que en broma las echaría para comprobar si las maletas de miss Herder aparecerían o no, y así lo hizo.

La mujer del pastor, por medio de la baraja, llegó a la conclusión de que las maletas serían halladas dentro del camarote de un hombre rubio, y todos acogieron con sonrisas estas optimistas anticipaciones, y Luciano, por toda respuesta, se limitó a encogerse de hombros.

A las cinco de la tarde, con particular satisfacción de mi primo, apareció el Capitán, la cara de *bulldog* enrojecida hasta las orejas.

¡Las maletas no habían podido ser recuperadas! Él, personalmente, se encargó de revisar los ventiladores y las carboneras. No sabía qué decir.

Las maletas de miss Herder, evaporadas tan absolutamente, inspiraron al conde de la Espina y Marquesi, que poniéndose de pie y mirando a miss Herder, dijo:

—*Mia cara signorina* (al conde le gustaba mezclar palabras italianas con las castellanas). *Mia cara signorina*, ¿no padecerá usted de accesos de sonambulismo y en uno de esos ataques habrá arrojado las maletas al mar?

Miss Herder negó terminantemente padecer de sonambulismo. Por último, las mujeres del pasaje resolvieron hacer una colecta de prendas hasta que llegaran a un puerto donde la Compañía de Navegación (según el Capitán) indemnizaría a miss Herder de la pérdida de sus efectos.

Hubo un momento en que *miss Herder* pareció dispuesta a suicidarse, pero el hijo del emir de Damasco se dedicó a consolarla en nombre de la colectividad musulmana con tanta vehemencia, que *miss Herder* optó por no suicidarse y sí rendirse al encanto magnético que trascendía de los ojos morunos del gran barbián. Bruscamente, *miss Herder* lanzó un grito de alegría: “Recordaba ahora haber dejado una copia de su novela en la casa de una prima que vivía en Puerto Caldera”.

Excuso decir que mi primo se esponjaba de alegría. En un arranque de vastas intuiciones en el mundo de los espíritus, exclamó:

—¡Esto no es nada comparado con lo que va a suceder!

La esposa del reverendo Rosemberg repuso:

—¿Cree usted en serio que va a ocurrir algo más?

—Sí.

La pobre mujer dejó caer la cabeza sobre el hombro de su esposo; el reverendo examinó a mi primo con sospechosa curiosidad; el conde de la Espina se inclinó confidencial sobre el oído de *miss Mariana*; Annie susurró en mi oreja: “Tu primo es un personaje terrible”, y en aquel mismo momento el heroico grumete, que tan denodadamente se batiera con las cortinas inflamadas del camarote del reverendo, se nos acercó anunciándonos que “el Capitán quería hablar con el señor Luciano”.

Después Luciano nos contó que el Capitán le pidió encarecidamente que no alarmara a la tripulación con sus pronósticos. Verdad es que el Capitán (y esto nos lo dijo después el Capitán) le ordenó a Luciano que se dejara de profetizar, y energicamente, bajo la expresa y formal amenaza de encerrarlo en un calabozo como volviera a abrir la boca para vaticinar desgracias. Pero ya era tarde. Los augurios de mi primo habían dado vida a un secreto temor que se despertaba en el subconsciente de todos los tripulantes. Hasta el último de los carboneros tenía conocimiento de que a bordo existía un pasajero con un impresionante acierto para olfatear desgracias. Las señoras sentíanse tan atemorizadas que, reuniéndose en un

rincón del comedor, observaban asustadas a mi primo. Otras, rezando novenas, le deseaban una mala muerte. En general, todos le cobraban antipatía a Luciano a medida que se iban sobreexcitando. Varias damas llegaron a sentirse enfermas; algunas no se atrevían a abandonar la litera, como la madre de Annie, quien, con gran alegría de mi parte, sustrayéndose a la vigilancia maternal, venía a charlar a mi camarote.

Otras personas, en cambio, reaccionaban tan nerviosamente que, porque un camarero (el zapatero redimido del tirapié) dejó caer una bandeja en el comedor, la tercera hermana de la mujer del caballero peruano se lanzó a chillar histéricamente. Fue menester retirarla del comedor presa de un ataque de nervios. Era esta señorita una dama entrada en años, de peinado liso y empaque severo, hilvanada de alfileres desde la punta de los pies hasta la nuez del pescuezo. Decía de sí misma que era increíblemente virtuosa. Inútilmente acribillaba a miradas al hijo del emir de Damasco, pero el excelente musulmán, olvidado por completo de *miss Mariana*, a la que pretendiera al comienzo del viaje, se dedicaba empeñosamente a *miss Herder*, cuyas defensas eran más débiles a medida que pasaban los días. El ginecólogo de a bordo se paseaba socarronamente, augurando que *miss Herder* en ese viaje perdería no tan solo sus maletas sino también la tranquilidad.

En realidad, aquel fue el viaje de los compromisos, pues *miss Mariana* parecía ahora dispuesta a descifrar todos los misterios del alfabeto Morse, pasándose los días en que el radiotelegrafista estaba libre en el camarote de este. En vista de semejante pérdida, el conde de la Espina y Marquesi se asoció al contrabandista de cocaína y en la sala de primeros auxilios, él, don Tubito, el médico y el señor X se entregaban a desaforadas partidas de naipes, desplumándose recíprocamente como tahúres. El Capitán transcurría sombrío sus días, encerrado en la timonera, y por intermedio de *miss Mariana* supe que el aparato de telegrafía sin hilos no funcionaba aún. Nuestra situación evidentemente era antirreglamentaria y

extraña, ya que nos encontrábamos sumamente alejados de la costa. Hacia el Este quedaba el Perú; navegábamos ahora sobre los abismos más profundos que los oceanógrafos creen haber sondado en el océano Pacífico.

Muchos comenzaban a sentirse deprimidos. Algunos creían percibir una amenaza de muerte suspendida sobre sus cabezas. Parecía que una deidad superior tratase socarronamente de darle razón a mi primo.

Annie ya no traía sus libros de química al camarote. Sus brazos, enlazándose tras mi nuca, me ataban a su vida con nudo inmortal. Cuando sus labios se entreabrirán para adherirse a los míos en un beso semejante al de una ventosa, el *Blue Star* pudiera haberse ido al fondo de los abismos. No nos hubiéramos enterado.

Sin embargo, una noche en que me paseaba por el primer puente, aguardando la hora de reunirme con *miss Annie*, me ocurrió un hecho sumamente extraño. El médico de a bordo se acercó cautelosamente a mí y me dijo:

—¿No tomará usted a mal que le pregunte si está muy enamorado de *miss Annie*?

En otra persona esta pregunta no me hubiera sabido bien; en el médico borrachín semejante curiosidad me causó gracia y no tuve reparos en contestarle:

—Sí. Estoy enamorado, ¿por qué?

—Si yo le hiciera una confidencia respecto a *miss Annie*, ¿me delataría usted?

Esa impertinente curiosidad, que es la eterna enemiga del enamorado, me perdió. Sin saber reprimirme le respondí con avidez:

—Cuente con mi discreción.

—¿Me da usted su palabra?

—Sí.

—Pues tenga cuidado con lo que hace, porque *miss Annie* está loca.

Me quedé mirándolo atónito.

—¡Loca!

—Sí. Ella cree que es ingeniera química y que ha inventado no sé qué disparates...

—No es posible.

—Pues ya lo ve.

—Le digo que no veo nada.

—Sin embargo, es como le digo.

—Mire, doctor. Yo he conversado con Annie muchas horas. Salvo esa particularidad de la química, de la que tiene un endiablado conocimiento...

—Pues está loca por eso... por creerse ingeniera química...

—¿Nada más?

—¿Le parece poco?

—No, no es que me parezca poco, sino que no termino de entenderlo...

—Mire. La historia es más simple de lo que usted cree. Miss Annie tuvo un hermano que era efectivamente ingeniero químico. Miss Annie estaba sumamente encariñada con ese único hermano, que murió a consecuencia de un accidente sufrido en un laboratorio, durante la verificación de un experimento. La impresión que le causó este suceso fue tan tremenda, que acabó por sufrir un trastorno mental. ¿Duda, usted?

—Le juro que lo escucho y no sé qué pensar.

—Es terrible. La madre, por consejo de unos especialistas, ha sacado a viajar a esta desgraciada hija. Bueno, le dejo porque me esperan en la enfermería.

Desapareció el médico y yo quedé en el puente de la nave, frente al océano negro y el cielo cuajado de estrellas rutilantísimas, y como quien ha visto un fantasma. ¡Miss Annie loca! ¡Y yo enamorado de una loca!

Me apreté las sienes con desesperación, y de pronto, como si alguien, como si otro fantasma quisiera salvarme de la tremenda revelación, una voz sutil murmuró en mi oído interno:

—Todo lo que te ha dicho ese médico borracho es mentira.

Respiré aliviado. Miss Annie no estaba loca. Yo no quería que estuviese loca. Lo que me contara el médico descalificado era el simple producto de una intoxicación alcohólica y, tratando de desvanecer en la superficie de mi conciencia las señales perturbadoras que su revelación me causara, me puse a caminar con pasos rápidos a lo largo de la pasarela. De pronto se desprendió del horizonte oceánico una luna amarilla y enorme como la rueda de un carro, que proyectó entre el confín y la nave una vereda de agua amarilla.

Respiré aliviado. Ninguno de los juicios, de las palabras, de las actitudes de miss Annie revelaban a una persona que sufre trastornos mentales. En cuanto a su invento para perfeccionar la industria de las telas engomadas, aunque parezca disparatado a simple vista, no lo es en modo alguno, ya que la industria de la tela engomada técnicamente ha sufrido considerables transformaciones desde sus comienzos; y estas transformaciones fueron obras de inventores desconocidos para nosotros, pero que en sus momentos ganaron abundantes sumas de dinero.

No. No. No. Miss Annie no estaba loca. Aquella maldita historia era producto de la descentrada imaginación del ginecólogo borracho. ¿No se le había ocurrido ya una vez la disparatada idea de que la señora del pastor Rosemberg estaba por alumbrar y no pretendió introducirse en su camarote, armado de un fórceps descomunal?

Veinticuatro horas después me había olvidado definitivamente de aquella fantasía de nuestro médico y me entregaba sin restricción alguna al amor de Annie.

Las horas volaban entre los dedos de nuestras manos ligadas por caricias, como plumas aventadas. Nunca el horario de un reloj giró tan apresuradamente. Abandonada en mis brazos, la cabeza reclinada sobre mi pecho, los ojos perdidos en el espacio, Annie pasaba las horas de la noche a mi lado.

Después que su madre se había dormido, se deslizaba hasta mi camarote. Semejante a un fantasma, sobre el fondo del cielo estrellado, veía su silueta obscura detenerse un instante frente al ojo de buey, luego avanzaba, sus brazos desnudos me apretaban contra su pecho y durante un montón de horas nos olvidábamos del cielo y de la tierra.

Había resuelto que la acompañara a Shangai. Conocía ahora los accidentes de mi vida, pues yo no quise disimularle mis imperfecciones, que eran muchas y graves. Annie tenía varios proyectos en los que yo iba honestamente involucrado. Esta posibilidad de no apartarnos nunca hacía que nos entregáramos a nuestros goces con desmedida seguridad.

Perdimos la noción del tiempo. Los días, las horas, voltearon ante nuestros ojos como si todo lo externo formara parte de un sueño que no nos atañía en lo más mínimo. Yo veía a mi primo en las horas de las comidas, escuchaba maquinalmente sus reflexiones; luego me apartaba de él para esperar la llegada de Annie que se deslizaba hasta mi camarote. El día en que recordé a los cuatro borrachos que se reunían con el médico en la sala de primeros auxilios tuve la impresión de que había transcurrido una enorme cantidad de tiempo.

Entonces me asombré de no haberle contado a Annie lo ocurrido noches anteriores en el puente al encontrarme con el médico de a bordo, y bruscamente le pregunté:

—¿No has tenido un hermano, tú?

Annie me miró asombrada:

—Tengo dos hermanos.

—¿No has tenido un hermano que murió en un accidente de laboratorio?

La extrañeza de Annie creció desmesuradamente:

—¿De dónde sacas esa historia?

Le conté lo que me había sucedido con el médico.

Annie se paseó cavilosamente de mi brazo por frente a los ojos de buey del comedor, luego:

—Si te digo algo, ¿me prometes que no vas a ir a pedirle explicaciones a ese hombre?

—No.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—¿Es una promesa como la que le hiciste a él?

—Te doy mi palabra. Degas lo que me digas me callaré.

—Pues bien. Fíjate que ayer... no; fue anteayer, el médico se me acercó y después de hacerme jurar por todos los santos que no te diría una palabra, me dijo que tuviera cuidado porque a pesar de tu buen aspecto estabas gravemente tuberculoso... y que podías infectarme.

—Pero ese hombre es un canalla.

—Me imagino que sí. Yo creo que no es médico sino un estudiante de medicina descalificado. La vida de a bordo lo aburre y se entretiene en inventar historias.

IV

Tipos, intrigas, mujeres y accidentes pasaron a segundo plano. El océano no merecía de mis ojos sino una mirada distraída. Creo que el mismo fenómeno le acontecía al hijo del emir de Damasco. Una noche le sorprendí entrando subrepticiamente en el camarote de miss Herder, y como también miss Mariana no se recataba para ocultar su felicidad, el pastor Rosemberg llegó a estar un poco escandalizado, e incluso a felicitarse de que faltaran pocos días para terminar el endiablado viaje.

Efectivamente, por los cálculos que pergeñó mi primo, debíamos encontrarnos frente a Ilo o entre los puertos de Moliendo y Callao. El agua, como es frecuente en esas regiones, adquirió un matiz calino que ha dado origen a la definición de "mar de leche". Grandes sábanas de azogada blancura se estrellaban contra las negras planchas del casco; por la noche el océano brillaba como si estuviera pintado horizontalmente de luz muerta.

A esta altura del viaje se produjo un grave accidente.

Eran las once de la noche. Un choque conmovió el costado de la nave, estremeciendo el lado izquierdo del *Blue Star* en toda la verticalidad. En la timonera, la campana del telégrafo de órdenes comenzó a repiquetear desesperadamente, mientras que el buque, extrañamente herido, comenzó a girar suavemente. De improviso se produjo una ausencia de trepidación en el coloso:

—Acaban de detener las máquinas —susurró mi primo, parándose a mi lado y con las tiras de lona del chaleco salvavidas cruzadas sobre el pecho.

Evidentemente, lo que acababa de ocurrir debía de ser muy grave. Nadie se permitió la debilidad de desmayarse.

—Debemos de haber tocado un peñasco submarino —suspiré. Recuerdo que me sentí terriblemente asustado.

—No —murmuró el señor mexicano—. Si hubiéramos tocado el peñasco, el barco estaría inclinándose a un costado.

La observación del señor Tubito era razonable. La gente, alarmada por el tremendo silencio mecánico, abandonaba apresuradamente los camarotes. Annie, en compañía de su madre y una señora irlandesa, vino a refugiarse a mi lado. Bajo sus chales, traían los chalecos salvavidas.

Sin embargo, nada permitía suponer la existencia de una avería que hiciera agua en el casco. Sobre la llanura fosforecente en amarillo muerto el buque, monstruosamente silencioso, giraba sobre sí mismo, semejante a un toro que aguarda la acometida de su enemigo.

En pocos minutos el pasaje se encontraba en la pasarela, buscando con los ojos, en redor, la presencia física del peligro. Todos hablaban en voz baja, como si subconscientemente no quisieran con un sonido extemporáneo agravar el desequilibrio invisible, terriblemente latente en el espacio.

De pronto un marinero apareció, explicando en voz alta:

—No tengan miedo, señores. No tengan miedo. Se ha roto un perno del árbol del timón. No tengan miedo.

Respiramos. Nada mortal de inmediato. Mi primo, rodeado de una parte del pasaje que lo examinaba, atónito de su clarividencia, gritó, pues ya no podía sujetar más su lengua:

—¡Esto no es nada comparado con lo que va a suceder!

En mi vida he visto a hombre recibir tan magnífico puñetazo. Luciano cayó sobre el entarimado, arrojando un chorro de sangre por la nariz. El que acababa de confirmar sus presagios (aunque no personales) era el irritado Capitán, que vociferó:

—¡Encierren a este canalla en un calabozo!

Entre un grumete y el zapatero redimido del tirapié se llevaron a Luciano completamente exánime. Entonces, yo, plantándome frente al Capitán, comencé a chillar en defensa de mi primo; pero el Capitán, cruzándose de brazos, rugió:

—No toleraré que nadie alarme por su propio gusto a la tripulación. Este hombre se ha extralimitado y yo ya le había advertido...

—Estoy completamente de acuerdo con usted —intervino el caballero peruano...

—Usted también cállese inmediatamente o lo encierro...

Como el caballero peruano no esperaba este récipe, cerró el pico, y el Capitán prosiguió:

—El desperfecto del timón será reparado dentro de pocas horas. Es un accidente sin importancia... pero no permitiré que ningún irresponsable se divierta atemorizando al pasaje.

Aquel bruto tenía razón. Es innegable que Luciano había rebasado la medida en el ejercicio de su profesión de profeta, pero los argumentos del Capitán, lejos de tranquilizar a los viajeros, terminaron por aterrorizarles. A nadie se le ocurría que la avería no era un accidente sin importancia. Miss Mariana, que estaba al lado de Annie, dijo:

—Si no reparan pronto el timón, iremos al garete. Menos mal que hay calma chicha.

Le pregunté si el aparato de telegrafía sin hilos continuaba deteriorado. Susurró:

—Sí.

El contratiempo podía ser gravísimo. Por otro costado, el pintor Tubito, como si creyera ser él solo conocedor del secreto del telégrafo, me informó:

—¿No sabe usted que el aparato de radiotelegrafía está descompuesto?

Me aparté de la pasarela con Annie. El buque permanecía detenido en medio de una llanura que parecía pintada de amarillenta luz muerta. Se escuchaba solamente el zumbido eléctrico de los dínamos. La gente iba de popa a proa hablando en voz baja, gesticulando; algunos encontraban excesivo el castigo que el Capitán propinara a Luciano; otros descubrían que era merecidísimo y las hermanas del caballero peruano, en compañía de otras señoras, resolvieron reunirse en sus camarotes para impetrar la protección divina.

Ab-el-Korda, el hijo del emir de Damasco, hombre piadoso a pesar de sus costumbres disolutas para nuestro criterio occidental, desenfundó su Corán y se dio a meditar en las apariencias que revestiría el Ángel de la Muerte cuando viniera a pedirle cuentas de su conducta terrestre. Miss Mariana tornó a sumergirse en el camarote del radiotelegrafista. Miss Herder, la feminista, me causó la impresión de estar dispuesta a convertirse al islamismo, porque junto al árabe le prodigaba los consuelos de una hurí pecosa (suponiendo que las huries puedan tener pecas). El conde de la Espina y Marquesi se anegó con el médico y los truhanes de su compañía en otra interminable partida de poker. Los ganapanes del servicio de comedor, el exguardaguajas y el apache renegado, me parecieron dispuestos a degollarnos a las primeras de cambio, excitados por esa atmósfera de fatalidad que parecía pesar sobre el buque y de la que mi primo Luciano era el único e infalible clarividente.

Aprovechando que el Capitán y sus hombres estaban ocupados en la reparación del aro del timón, bajé al compartimiento de máquinas, a cuyo costado, entre la escalera dos y tres se encontraban los calabozos, y me puse al hablar con

Luciano a través de los agujeros de la puerta de hierro. Su voz, sofocada por el tabique de hierro, resopló indignada:

—No te desprendas del salvavidas. Vete a mi maleta y tráeme el revólver.

—¿Para qué quieres el revólver?

—Para saltarle los sesos a ese canalla... No tengas miedo. Igual naufragaremos y nadie nos podrá pedir cuentas por la muerte de esa bestia.

Mi primo estaba trastornado de furor.

Me aparté del calabozo con el propósito de aminorar sus padecimientos.

Durante toda la noche los mecánicos, vigilados por el Capitán, repararon la avería del timón. Los hombres, encaramados en un bote y auxiliándose con faroles, martilleaban y lanzaban sobre el agua los voltaicos resplandores de los sopletes oxídricos. Al fin, las estrellas empalidecieron; por el Este apareció el borde de un sol rojo, que fue creciendo como una llanta de fuego; los marineros izaron el bote a las seis de la mañana; el buque vibró bajo la trepidación de las máquinas en marcha y un grumete anunció que la avería estaba reparada.

Media hora después el *Blue Star* seguía su ruta hacia el Norte. Habíamos perdido siete horas de viaje. No sé por qué razones, de pronto, en el diario de a bordo (una pizarra), fue colocado un parte indicando que el buque no se detendría en los puertos de Callao, Ancón ni Ferrol, sino en Malabrido, en el límite de Ecuador.

V

Veinticuatro horas después de este accidente miss Mariana se presentó en el comedor acompañada del radiotelegrafista y nos anunció:

—Señores, les presento a mi novio. Nos casaremos cuando lleguemos al puerto de Malabrido.

Una ovación acogió la noticia. ¡Miss Mariana se casaba! Ab-el-Korda fue el primero en felicitarla; el conde de la Espina

y Marquesi, al oír la noticia, se alejó del comedor para regresar pocos minutos después con un hermoso collar de perlas falsas que le ofreció con el más señoril de los ademanes. La segunda hermana de la mujer del caballero peruano murmuró, en voz suficientemente alta para que la oyeran otros:

—¿Dónde se habrá procurado ese collar?

Era visible la intención de la pregunta. Fingimos no escucharla y por la noche hubo un gran baile a bordo. Mi primo Luciano, a especial pedido de miss Mariana y del radiotelegrafista, fue puesto en libertad. Del magnífico puñetazo que le propinara el Capitán conservaba la nariz hinchada como una toronja. La señora escocesa, que renunciara a su esperanza de convertir al árabe y de regenerar al conde de la Espina y Marquesi, tomó bajo su tutela a mi primo. Miss Herder bailó con el árabe y Annie, tomándome de un brazo, me llevó a popa. Sentados en un banquillo, juntas las mejillas, las manos pasadas por las cinturas, nos dedicamos a contemplar el océano y a soñar en nuestro porvenir. Para ella estaba resuelto que yo iría a Shangai. Nos casaríamos allí. Yo no podía evadirme de uno de los varios proyectos que tenía para convertirme en un hombre útil a la comunidad.

El proyecto o los proyectos de Annie eran sumamente razonables. Había pasado el brazo en torno de mi cuello y me decía:

—Tú abandonarás ese absurdo viaje a que te han destinado tus parientes y que es otra estafa.

—Sí.

—Vendrás conmigo a Shangai.

—¿De qué viviré?...

—Vivirás con nosotros...

—Pero...

—Escucha... Vivirás con nosotros y estudiarás inglés. No oirás nada más que hablar inglés, francés o chino...

—Hablo algo de francés...

—Estudiarás inglés. Una vez que hayas estudiado inglés, a lo cual, además, te ayudará el estar rodeado de gentes...

—Sí, pero sin dinero...

—Escucha. Vivirás un año como si fueras pensionado nuestro. Yo voy a trabajar en la más importante compañía de neumáticos que hay en la Concesión Internacional. Ocuparé un puesto importante en los laboratorios. Cuando tú hables y leas regularmente el inglés, te conseguiré un cargo en la compañía o en la administración.

—Sí... pero en tanto...

—En tanto qué...

—No te das cuenta de que lo que me propones... en fin...

Annie se echó a reír:

—Querido mío. Tú deseas tanto como yo ir a Shangai. Te duele haber sido un pillete por temor de que la gente continúe creyendo que lo eres, pero quédate tranquilo. En la Concesión Internacional no serás ni mejor ni peor que tantos otros que allí son personajes. Y ahora dime que me quieres.

—Sí, te quiero.

—A mí sola.

—A ti sola.

Los giros de un vals llegaban a nuestros oídos. El *Blue Star* avanzaba rápidamente en el mar de leche. Mirando hacia el Oeste, me parecía ver aparecer las amarillas costas de China. ¿Qué nos esperaba aún? El viaje emprendido bajo funestos auspicios había sido rico en sobresaltos y calamidades. No veíamos la hora de abandonar ese buque infortunado, con su pequeño comedor sombrío, sus camarotes de maderas oscuras, y las negras chimeneas, entre las que revoloteaba la mala suerte.

VI

Los viajeros estaban deprimidos. Recostados en sus hamacas, permanecían abstraídos, olvidados del libro que trajeran para leer. Certo es que la atmósfera pesaba cada vez más; un sol a cada hora más brillante hacía arder la extensa

llanura del océano como la boca de un crisol de plomo. El agua parecía antimonio derretido con su espuma argéntea batiendo el casco. Luciano calculaba que habíamos dejado atrás Puerto Ferrol. Nos aproximábamos a Ecuador, navegando ahora sobre las más profundas "hoyas" del océano Pacífico, y que comprendidas entre los 20° y 40° de latitud bordean el casco norte de la América del Sur.

Mi condenado primo ocupaba sus días estudiando astrología, encerrado en su camarote y completamente desnudo. Cuando aparecía en el puente se dirigía a los pasajeros y les interrogaba sobre el día, mes, año y hora de sus nacimientos. Luego de meditar, les decía con todo misterio:

—Usted, que tiene a Marte en el signo de Virgo, debe cuidar sus intestinos... Usted...

Algunos terminaron por creerle brujo. Más de una señora, al verlo pasar, se persignaba a sus espaldas.

Por supuesto, era imposible arrancarle una sola palabra acerca del destino del *Blue Star*. El castigo del Capitán obró como antídoto contra su manía agorera, pero si alguien entraba en su camarote, podía ver ostentosamente extendido sobre la litera el chaleco salvavidas. Las ancianas que el primer día de nuestra partida se apartaron de él, indignadas por su pintoresco vocabulario, se convirtieron poco menos que en sus devotas. Le rodeaban y agasajaban como si fuera un santón. El mismo Ab-el-Korda estaba seguro de que a mi primo lo asistía un *djinn*, es decir, un genio. En cambio, el pastor protestante argüía que las dotes proféticas de mi primo tenían origen en una fuente diabólica. Algunos marineros pensaban que lo más práctico sería atarle un plomo al cuello y lanzarlo al mar, pero todos rezaban con más asiduidad, y semejante regresión indicaba en estas personas un saludable temor por el destino de sus pellejos. Las misas del pastor, efectuadas en el comedor,atraían a los que navegaban en el maldito buque, menos al hijo del emir de Damasco, que cumplía con su ritual muslímico, escrupulosamente encerrado en su camarote.

Pero estaba escrito que en cuanto a sorpresas no habíamos terminado. El acontecimiento más sensacional, por sus características extrañas, se produjo dos noches después que se reparó la avería del timón.

Daban las diez de la noche en el reloj del entrepuente, cuando los que acabábamos de tomar té en el comedor fuimos testigos del más extraordinario espectáculo que pudiéramos imaginar, y este extraordinario espectáculo consistió en que el Capitán traía, poco menos que arrastrándola por los cabellos, a la segunda hermana de la esposa del caballero peruano. Un marinero mantenía cogida por las piernas a la escuálida señorita, mientras que las manos de la solterona, revestidas de guantes de goma roja se agitaban poco menos que desesperadamente en el espacio. El Capitán sostenía en la mano libre una tijera. Sin ninguna contemplación, ayudado por el marinero, introdujo a la solterona en el comedor y la depositó violentamente sobre una silla, donde la mujer, sin quitarse los guantes de goma, comenzó a reparar el desorden de sus cabellos con espectacular calma.

Los testigos nos agrupamos silenciosamente en torno de los actores de este suceso y el Capitán, mostrándonos la tijera, se explicó:

—Acabo de detener a la señorita Corita en el mismo momento que con esta tijera pretendía cortar el cable principal del alumbrado de los camarotes, para producir una nueva alarma.

Estupefactos, miramos a la señorita Corita como si la viéramos por primera vez. El hecho era innegable y lo comprobamos minutos después, revisando el cable mordido por la hoja de acero de la tijera que aún conservaba partículas de cobre. La solterona, sorprendida, no había tenido tiempo de quitarse los guantes. El Capitán prosiguió:

—Esta dama es la que ha incendiado el camarote del pastor Rosemberg; esta dama es la que arrojó al agua el equipaje de la señorita Herder, y ahora pretendía acrecentar la

atmósfera de temor que aquí existe, provocando un peligroso corto circuito. Prevengo a la tripulación y al pasaje que procederé sin contemplaciones contra todos los alarmistas y saboteadores.

Mientras el Capitán hablaba, nosotros examinábamos a la peligrosa solterona. Sentada en el borde de una silla, su piel, en la estampa demacrada y lívida, parecía erizarse como la de un gato frente a un mastín. De pronto alguien volvió la cabeza y descubrió al caballero peruano observando, atónito, el semblante de su cuñada. Parsimonioso avanzó entre nosotros, se detuvo en la misma línea que estaba detenido el Capitán y preguntó:

—Dinos, Corita, ¿por qué has hecho eso?

Doña Corita envolvió a su cuñado en una mirada despectiva y sardónica. Luego, muy serena, respondió al tiempo que se examinaba las uñas:

—Como el señor Luciano presagia siempre desgracias, quise hacerle fama de adivino.

Mi primo, más que sorprendido, se retiró avergonzado; nosotros no atinábamos a pronunciar palabra, tanto nos desconcertaba el desparpajo de la incendiaria. El Capitán, que de sobra conocía las ventajas de su posición, se encaró con el caballero peruano y le dijo:

—Si usted no se compromete a pagar los perjuicios que esta señorita ha ocasionado en el camarote del buque, en el equipaje del señor Rosemberg y en el de la señorita Herder, me veré obligado a desembarcarla detenida en Malabriga.

El caballero peruano se inclinó ceremonioso y respondió:

—Indemnizaré a todos los damnificados. Les agradecería que me presentaran el monto de sus daños.

El Capitán prosiguió:

—Esta señorita irá detenida en su camarote hasta Malabriga. Allí deberá desembarcar porque constituye un peligro para el pasaje.

—Perfectamente.

Un gran círculo de silencio se había hecho en torno de los interlocutores, mientras que la incendiaria, plácidamente, con una tijera de bolsillo se recortaba las uñas.

El caballero peruano, lívido a consecuencia de la humillación que estaba sufriendo, se mordía los labios; la solterona de tanto en tanto nos envolvía en su grisácea mirada cínica; finalmente, el Capitán dio término a la escena, llamando a un marinero y ordenándole que llevara detenida a la señorita Corita a su camarote. Tras ella salieron su cuñado y el Capitán; y nosotros, una vez que los tres desaparecieron, quedamos comentando el extrañísimo caso. ¡De manera que esta venenososa señorita era la que trabajaba de fatalidad a bordo!

VII

Cuando una de las dos ancianas preguntó si no sería doña Corita la que había averiado el timón, nos echamos a reír. No; la cuñada del caballero peruano no tenía fuerzas físicas para hacer saltar los pernos de los sunchos del árbol del timón, ni el timón se encontraba al alcance de su mano dañosa, pero, por fin, esta temible compañera de viaje estaba bajo la tutela de un marinero y no era probable que pudiera repetir sus atentados.

El conde de la Espina y Marquesi opinaba que la señorita Corita era un agudísimo caso de histeria. Annie, en cambio, afirmaba que se trataba de una perversa vulgar, obrando abs-trusamente porque contaba con la impunidad. Los que no terminaban de hacerse lenguas sobre el asunto eran el pastor Rosemberg y *miss Herder*, quienes, estimulados por las promesas del caballero peruano, confeccionaban la lista de los efectos que perdieran. La señorita Herder afirmaba que ella no pondría en dicha lista ni una sola prenda de recargo; el pastor juraba que entraría al horno ardiendo como uno de los Macabeos antes de cobrarle un pañuelo de más al opulento garante, pero ellos estaban demasiado contentos para que podamos creerles en absoluto. Cambiando miradas de inteligencia, la feminista y el matrimonio se encerraron en sus

camarotes, munidos de lápices y cuadernos, y estoy seguro de que con lo que le cobraron de más al señor Gastido podían instalar una tienda de ropa blanca. Muchos lamentaron no haber sido víctimas de la malignidad de la solterona.

Después de dicho incidente no volvimos a ver al caballero peruano, que almorzaba y cenaba con su familia encerrado en el camarote. Creo que trataban de eludir la hostilidad del pasaje, desviada de Luciano y dirigida a ellos. Por la noche, cuando la tripulación dormía, la extraña familia se paseaba fantasmalmente en el último puente. Desde cualquier punto de vista que se mire, su aventura no tenía nada de envidiable.

La temperatura se tornó terrible. El aire escaldaba; el *Blue Star*, perezosamente, seguía su rumbo en un mar de leche caliente, aplastado en toda la extensión. La costa permanecía invisible, pero la adivinábamos en los hedores vegetales que traía el viento, desprendidos de las selvas putrefactas de los bajíos. A momentos, la atmósfera parecía cargada de chispas de fuego; nosotros, en un baño de sudor, permanecíamos inmóviles en las hamacas hasta el anochecer, en que una luna roja y ardiente subía por el cielo como un redondo incendio africano.

—Pasado mañana en la noche llegaremos a Malabriga —dijo mi primo el atardecer del 5 de octubre—, pero antes tendremos tormenta.

Efectivamente, al Norte se veía la cúpula del cielo rayada de lívidos relámpagos. Sin embargo, no se divisaba una sola nube. Pero era visible que la atmósfera estaba cargada de electricidad. Entrada la noche hubo un momento que pareció que navegábamos en un océano de fuego; el horizonte era una muralla negra lamida por el oleaje de esta fosforescencia, quieta y muerta.

Si hubiéramos visto caminar fantasmas sobre las aguas, no nos habríamos asombrado; tan tétrico pintaba el paisaje donde nosotros, por momentos, no sabíamos si estábamos vivos o muertos.

El Capitán andaba inquieto. Hacia las once de la noche el viento ululaba, cortándose en la obra muerta, pero mi primo, inclinándose sobre la pasarela, me dijo a modo de nuevo Virgilio de aquel infernal paraje:

—Fíjate; el viento sopla y el agua no se mueve.

En efecto, fuese que la densidad del océano en aquel sitio, debido a la salinidad, resultara excesiva, fuese otra la causa, lo cierto es que el agua, insensible a la impulsión del viento, permanecía aplastada como una inmensa sábana de caucho batido. No era necesario ser adivino para asegurar un inminente cambio atmosférico.

Annie, despidiéndose de mí, dijo que aquella noche no me acompañaría. Su madre estaba afiebrada, y yo no sé si por efecto de dos whiskies que bebí con el telegrafista, me marché a la cama tan fatigado que me dormí instantáneamente.

A las cuatro de la mañana alguien me tiró violentamente de un brazo. Me incorporé sobresaltado. Quien estaba despertándome era el médico. Lo acompañaban el señor X, agregado comercial de la embajada del Japón, el señor Tubito y el traficante de alcaloides. Este consorcio de vividores me miraba de hito en hito. El médico, una vez que verificó que yo estaba bien despierto, me preguntó:

—¿Usted es el que va agregado a la “Comisión Simpson de Sondajes”, no?

—Sí.

—¿Usted es geólogo?

—No... no... yo no soy geólogo...

—Pero usted dijo que nos encontramos sobre las hoyas más profundas del océano Pacífico.

—Sí, pero eso no significa que yo sea geólogo... Bueno... ¿qué es lo que pasa?

El médico se rascó la barbilla y luego, con una precisión de lenguaje que no hubiera jamás soñado en un trapalón de su laya, respondió:

—Parece que nos ha cogido el radio vector de un remolino de agua de cien millas de diámetro.

La terminología del médico me extrañó. Él se apercibió y aclaró:

—Yo nunca debí ser médico, sino ingeniero mecánico. En fin, creo que está claro... El buque es arrastrado por un remolino semejante al que se forma en la superficie acuosa de una bañera que se está desagotando. La única diferencia consiste en el diámetro. En la bañera el radio vector del remolino mide cinco centímetros; aquí, cien millas. Así dice el “segundo”...

Me di cuenta de inmediato adonde se encaminaba la suposición del médico. Repuse:

—Creo que su razonamiento tiende a demostrar que se ha hundido un trozo de corteza del suelo oceánico sobre una gran caverna plutoniana. El agua del océano, rodando al interior de aquella monstruosa caverna, forma el remolino que nos arrastra.

—Justamente, eso dice el “segundo”.

—Lo que no acierto a imaginar son las dimensiones de semejante caverna —repuso el pintor mejicano.

Respondí:

—Para que pueda formarse una idea de las magnitudes terrestres, le diré que la profundidad submarina más accentuada equivale a una ranura de diez milímetros de profundidad, trazada en una esfera de un metro de diámetro, aunque lo que menos debe importarnos ahora son todos estos chismes. ¿Qué pasa en concreto?

—Pues desde anoche el jefe de máquinas, dando marcha atrás, intenta sustraerse a la corriente circulatoria que nos ha cogido en su rotación. Sus esfuerzos son vanos. Otros barcos están allí, atrapados como nosotros en la maldita ratonera.

Me vestí apresuradamente. El cielo de la mañana estaba decorado de vastos caracoles de estaño que con lentitud cruzaban, hacia el Poniente, la bóveda celeste. A través de las extensas llanuras de agua se veían otros buques cuya posición,

respecto al nuestro, se mantenía inalterable, pues eran arras-trados circularmente a la misma velocidad angular que el *Blue Star*. Los mástiles tristemente inclinados, los cascos como negros monstruos verticales, componían un dibujo desconcer-tante.

El señor X, la visera de la gorra hundida hasta la punta de la nariz, me observó:

—Fíjese que la superficie del agua ha cambiado. En vez de estar rugosa parece una rueda de aluminio en rotación.

El símil era exacto. El buque estaba empotrado, por decirlo así, en un inmenso disco de aluminio líquido, que giraba aparentemente con una velocidad periférica de treinta millas por hora. Cada diez horas dábamos una vuelta de remolino completa para acercarnos más al centro abismal.

—Esta vez estamos atrapados —dijo a mi espalda el conde de la Espina y Marquesi—. Podemos encomendar nuestras almas “al diavolo”.

Yo no soy hombre de experimentar extraordinario entusiasmo cuando se trata de asomarse a un peligro, y de pronto sentí que algo se desplomaba vertiginosamente en mi interior. Tuve la impresión de que me derretía; miraba en redor y no sabía hacia qué dirección escaparme. Haciendo un tremendo esfuerzo me sobrepuse al miedo, dedicándome a observar a mis prójimos. Los oficiales, en compañía del Capitán, conversaban animadamente en la timonera. A las once de la mañana, todos nos reunimos en el comedor para escuchar al pastor Rosemberg, que comenzó a leernos un trozo de la Biblia.

El tema de lectura del pastor versaba sobre “la profecía de Jonás”. Con voz cargada de dignidad comenzó a leer:

“Y tenía dispuesto el Señor un grande pez que se tragó a Jonás y estuvo Jonás en el vientre del pez tres días y tres noches.

“E hizo Jonás oraciones al Señor Dios suyo desde el vientre del pez.

“Y dijo: en mi tribulación llamé al Señor y me oyó. Desde el sepulcro clamé y oíste mi voz.

“Y me echaste en lo profundo, en el remolino de la mar y la corriente me cercó, todos tus remolinos y tus ondas pasaron sobre mí”.

Aquí el pastor Rosemberg se interrumpió y dijo:

—¡Qué maravillosa coincidencia nos ofrece la piedad del Señor a través de los siglos! No solo nosotros estamos y hemos sido cogidos por un remolino, sino que en los pasados siglos hubo también un hombre, llamado Jonás, sobre el que pasaron todos los remolinos y las ondas del mar. ¿Y qué sucedió con este hombre Jonás, hermanos míos? ¿Qué pasó? Pues algo muy simple. Lo dice aquí el santo libro:

“Y vino otra vez la palabra del Señor a Jonás, diciendo:

“Levántate y ve a Nínive, ciudad grande, y predica en ella el sermón que yo te digo”.

Nuevamente el pastor cerró el libro y dijo:

—¿Qué significa esto? Pues que Jonás salió del vientre del pez grande, sano y salvo, por haber orado al Señor. Y en prueba de que salió sano y salvo del vientre del pez grande, el cual algunos suponen que era un ballena, fue enviado a Nínive a predicar un sermón. ¿Qué significa, vuelvo a preguntar, esta coincidencia de hechos? Pues que nosotros, como Jonás, nos salvaremos y entraremos en nuestras respectivas ciudades para predicar y ensalzar la grandeza de Dios, que nos salvó de tan grande peligro como es un remolino.

Mientras el pastor Rosemberg nos edificaba de esta sabia manera, la señora escocesa se golpeaba el pecho con los puños, llevando en cierto modo el compás de la lectura. Las mujeres estaban llorosas; mi primo, sentado en un rincón, trataba de sofocar sus sollozos. El pánico lo había trocado en una criatura. Pero no fue él solo. No. A las tres de la tarde el drama comenzó a convertirse en tragedia. Un tripulante de color oyó una conversación del telegrafista, en la que este manifestaba que posiblemente seríamos tragados por un embudo oceánico que nos

sumergiría en una caverna submarina, y su terror fue tan desmesurado que, sacando de su cucheta un revólver escondido, se descerrajó un balazo en la cabeza al mismo tiempo que se lanzaba al océano. El cadáver del negro, cogido por el mismo torbellino que arrastraba a la nave, flotaba a estribor del *Blue Star* como si una mano invisible lo mantuviera a ras del agua. La gente, para evitar el espectáculo, se reunió a babor.

A las cinco de la tarde mi primo Luciano, completamente aterrorizado, se arrastró hasta su litera. Semejante a un moribundo, permaneció allí con los labios despegados y los ojos en blanco.

VIII

Annie, tomada de mi brazo, no se apartaba un solo instante de mí. Los rizos de su cabellera negra enmarcaban un rostro pálido y de grandes ojos, dilatados por el espanto. Yo no sabía a qué palabras apelar para consolarla.

El pastor Rosemberg instaló servicio religioso en el comedor. Annie, a pesar de su gran amor hacia mí, acabó por adherirse al grupo en el cual la señora escocesa, el conde de la Espina, Mariana y la señorita Herder rezaban devotamente a todos los santos. Ab-el-Korda no soltaba un momento su Corán. A las nueve de la noche supimos que el señor X, agregado comercial a la embajada del Japón, se había colgado por el cuello de una soga.

En el comedor el conde de la Espina y la señora escocesa leían, alternándose, versículos del libro de Job. A las cuatro de la mañana me refugié en el camarote del médico que, convenientemente bebido, explicaba con lengua estropajosa al pintor Tubito y al traficante de alcaloides:

—Cuando el buque llegue al centro del remolino, el eje de vacío lo absorberá como una ventosa hacia el fondo. Nosotros nos deslizaremos a una velocidad fantástica a lo largo de un cono de agua, que irá oscureciéndose hasta que el tremendo choque nos despedace en el fondo del abismo.

Yo, recordando mi física de bachillerato, repuse:

—En cuanto lleguemos al centro del remolino, tropezaremos con una corriente de aire vertical en dirección opuesta a la que sigamos, de manera que a causa de la atmósfera desalojada es muy probable que lleguemos al fondo semiasfixiados.

¡Qué curiosos los fenómenos psíquicos que sobrevienen en los momentos de terror! Yo, que un día antes pensaba ligar mi destino al de la voluptuosa Annie, no me acordaba de ella ahora. Cuando pasaba por el comedor y la veía leyendo en la Biblia el libro de Jonás, entre la pecosa escocesa y el ladrón internacional, pensaba que el aspecto que ofrecía en compañía de esa gente era francamente ridículo. Y, sin embargo, yo no podía evitar tampoco la presión del miedo que por momentos me hacía desplomar anonadado en la primera litera que encontraba. El hijo del emir de Damasco no apartaba la vista un instante del libro santo.

En tierra, a la misma hora, los periódicos comentaban nuestra situación en los términos más dramáticos. La agencia Argus describía a doscientos quince periódicos del mundo la situación de los tripulantes de los otros buques (del nuestro no podían tener informes porque nuestra instalación de telegrafía sin hilos estaba averiada) en estas palabras:

“Las tripulaciones de los buques arrastrados por el torbellino han abandonado sus tareas y vagan enloquecidas. Doscientas mujeres y quinientos hombres de diferentes edades se encuentran en los actuales momentos apoyados en las pasarelas de las naves, mirando con ojos dilatados por el espanto los concéntricos círculos de agua plateada que los aproxima cada vez más al centro del hueco del torbellino. En todos los buques han dejado de trabajar los motores, vista la inutilidad de sustraerse a este nuevo tipo de megasismo. Es evidente que se ha producido una catástrofe suboceánica de incalculables proyecciones. El eje del remolino se encuentra en una hoyuela de las más profundas del Pacífico: 11.500 metros. Es probable que la costra submarina se haya desplomado sobre una excavación

plutónica de capacidad incalculable por ahora. El astrónomo Delanot asocia este fenómeno al de las manchas solares en actividad, aunque él, como todos los directores de observatorios, está asombrado de que los sismógrafos no hayan registrado ningún movimiento sísmico cuyo epicentro corresponda al paraje de que nos ocupamos”.

Llegó la noche y el espanto de la tripulación aumentó. Varios infelices consideraban a mi primo Luciano como responsable de cuanta desgracia ocurría a bordo. Cuando menos lo esperábamos, el zapatero redimido del tirapié, el apache regenerado, el guardaguas y varios otros malsines se dirigieron al camarote del desdichado, lo tomaron por las piernas y poco menos que arrastrándolo por el suelo lo arrojaron al océano.

En estas circunstancias ocurrió algo que puede calificarse de extraordinario. Mi primo, en vez de hundirse en las aguas o de flotar horizontalmente, quedó verticalmente empotrado en el océano, como uno de esos muñecos de celuloide que tienen por base un casquete de plomo. Tan extraña capacidad de sobrenadar les pareció a esos malsines la evidentísima prueba de que Luciano era un brujo y, de consiguiente, el único responsable de todas las desgracias que nos acaecían. No había tal. Luciano no era un brujo sino un desgraciado que había cometido la imprudencia de endosarse un chaleco salvavidas debajo de su holgada bata.

Cuando vi sobrenadar a mi primo pensé que esta prueba dulcificaría el ánimo de esos borrachos, pero ocurrió precisamente lo contrario, y es que los salvajes, después de cerciorarse de que Luciano estaba vivo, llamándole para ello a grandes voces y después de contestarles él, cogieron cuanto podía utilizarse como proyectil y comenzaron a lapidarla. Un gancho de hierro se incrustó en la cabeza de mi primo como si esta estuviera compuesta de la tierna sustancia de un queso de bola y un lingote de plomo dio fin a la vida del desgraciado.

Así acabó mi noble pariente Luciano. Era un hombre singular, aficionado a meterles miedo en el cuerpo a sus prójimos, y él mismo miedoso como una liebre. Tenía una singular predisposición para encontrarse en todos los parajes donde ocurre algo que es prudente evitar. Siempre le gustó hacerse el fantasma. Recuerdo que cuando pequeño se envolvió en una sábana y ocultándose en un recodo del jardín, en la noche, bruscamente salió al encuentro de una asustadiza tía, la cual, a consecuencia de la impresión, quedó definitivamente estúpida.

Quisiera poder expresarme acerca de Luciano en términos más encomiásticos, pero estoy seguro de que desde ultratumba él se irritaría si yo hiciera un elogio convencional de sus deméritos. En diversas oportunidades le advertí, y conmigo otros que le conocían mejor que yo, que fuera más circunspecto, pero la vanidad lo perdió. Particularidad curiosa: una quiromante le dijo que moriría en una rueda, y siempre creyó que sería bajo una rueda de automóvil y no la rueda de agua en la que pereció. Por eso huía de las calles de las ciudades, prefiriendo habitar en los pueblos tranquilos y solitarios, pero está escrito que nadie puede soslayar su destino. Si yo hubiese podido salvarle lo habría hecho, pero no me atreví a intervenir, temeroso de que también me asesinaran. El Capitán, desde su timonera, vio consumarse este crimen sin intervenir, inmóvil como un sonámbulo. A las doce de la noche llegaba ya a nosotros, desde el horizonte, el rugido tremendo que producía el agua al ser engullida por la caverna submarina. En cada puente el pasaje formaba corrillos de sombras que gesticulaban espantadas. Arriba, en el espacio, las estrellas lucían como siempre; abajo, el remolino, compacto en su masa acuosa, rotaba como el seguro volante de un motor recientemente puesto en marcha.

Salió la luna y era un espectáculo sorprendente esta llanura de agua convertida en una tersa rueda de plata, cuya pulida superficie refractaba la claridad lunar como un reflector parabólico. En ciertas partes de la nave nos veíamos los rostros

inundados de grandes haces de luces y sombras, como si estuviéramos situados en un continente lunar.

A las tres de la madrugada nuestro Capitán, que entonces supe que se llamaba Henry Topman, entró en su camarote y se descerrajó un pistoletazo en la sien.

IX

La disciplina de la tripulación se relajó por completo. El zapatero redimido del tirapié, el guardaguas, el despensero y el cocinero organizaron una francachela monstruosa en el departamento de máquinas. Los cánticos y sus voces subían desde las entrañas del buque, como un coro infernal del centro de la Tierra. Cuando el primer maquinista quiso intervenir casi le rompen la cabeza con una pala carbonera.

No marchaban mejor las cosas en otros buques. El *Maria Eugenia*, que traía una tercera clase abundante, fue teatro de diversos excesos. Un grupo de árabes se acuchilló con un grupo de judíos; el segundo maquinista de guardia tuvo que matar a balazos a un fogonero enloquecido de terror; el señor Ralp, un comerciante de la isla de Aoba, asesinó a su mujer y luego se arrojó a las aguas.

Amaneció un segundo día de horror. Como los marineros del *Blue Star* habían abandonado sus tareas, el buque parecía una pocilga. Donde se ponía el pie se tropezaba con montones de basura; una sección de la carga, compuesta de carne congelada, debido a que el servicio frigorífico estaba abandonado, comenzó a heder espantosamente. Parecía que llevásemos un cargamento de cadáveres. La desmoralización se hizo tan ostensible, que todos terminamos por armarnos con lo que teníamos a mano, pues no sabíamos si la muerte debía largarnos de la mano de los hombres o del furor de los elementos.

¿Qué diré de nuestra gente? El conde de la Espina, harto de esperar a la muerte y más harto de leer versículos en la Biblia, atentó contra el pudor de la señora escocesa. La señora escocesa se defendió tan vigorosamente con un paraguas, que

el pobre conde salió de la reyerta con un ojo reventado. Miss Mariana, en cambio, atacada de una repentina sed de castidad, suspendió su compromiso de amor con el radiotelegrafista. Arrodillada en compañía de miss Herder en un rincón del comedor, oraba en voz alta, mientras que la señora de Rosemberg, el caballero peruano, su mujer y sus tres cuñadas, formaban un grupo que, lanzando alaridos sincrónicamente, se golpeaban el pecho como si suplicaran a los cielos que descargaran sobre ellos toda su cólera. Annie, insensible a todo consuelo, permanecía inmóvil en un rincón de su camarote, la vista fija en el vacío, teniendo asida una mano de su madre, que a cada cuarto de hora se incorporaba en la litera y aullaba:

—¡Dios mío, dime quién soy, Dios mío!

Nunca me olvidaré de un caballero pelirrojo, comisionista de motores y artefactos eléctricos. Munido de un hacha, había despedazado por completo la puerta de su camarote; cada tanto arrojaba un trozo de madera a las aguas y, apoyado en la pasarela, se quedaba mirando cómo el trozo de madera acompañaba al buque en su carrera circular. Otro, en el comedor, inmovilizado como un sonámbulo frente a una brújula de bolsillo, seguía con ojos de enajenado el lento rodar de la aguja magnética. Una mujer desmelenada como una furia, con el vestido rasgado sobre el pecho, permaneció ocho horas aferrada a un mástil, fija la mirada en aquel redondo espejo de plata, pulimentado por la implacable claridad que caía de los cielos. Luego se desplomó. Estaba muerta.

El bramido de la lejana catarata se hacia cada vez más cercano. El sol ardía en el cielo como un alto horno que vomita haces de llamaradas. El médico, el pintor Tubito y el traficante de alcaloides, rabiosos de sol, de alcohol y de desesperación, quisieron secuestrar a miss Mariana y a miss Herder, pero el telegrafista tumbó a balazos al médico y al señor Tubito. El traficante de cocaína se retiró mansamente a la enfermería, dedicándose a cuidar al conde de la Espina y Marquesi, que con su ojo vaciado deliraba lamentablemente. Durante su delirio

reveló un ingeniosísimo plan de estafa que tenía proyectado con otro cómplice, en perjuicio del Banco Canadiense de Venezuela.

Sobrevino un atardecer rojo. La banda de malsines continuaba su francachela en el fondo del compartimiento de máquinas. Se habían desnudado por completo; fue menester cerrar con candado la verja que daba entrada al compartimiento, para evitar que aquellos salvajes se lanzaran al puente y cometieran desafueros.

El caballero peruano, su mujer y sus tres cuñadas; *miss Herder*, *miss Mariana*, el pastor y su esposa y la agravuada señora escocesa, se procuraron unas velas no sé dónde. El caballero peruano extrajo de una de las maletas de sus cuñadas un tremendo crucifijo de oro y, organizando una peregrinación por los puentes, se pusieron en marcha al son de la canción:

“¡Oh, María, madre mía, etcétera, etcétera.....!”.

Tras la reja del departamento de máquinas, los brigantes desnudos, al pasar la procesión, le gritaban increíbles obscenidades, pero las devotas y sus acompañantes continuaron imperturbables. El telegrafista abría la marcha con un cirio en una mano y el revólver en la otra.

El hijo del emir de Damasco, postrado en el puente que se extendía frente a la timonera, batía el suelo con la frente al mismo tiempo que oraba la “Oración del miedo”. Y en el instante mismo en que la procesión llegaba a popa, resonó furiosamente en el comedor el gong y el contrabandista de cocaína apareció gritando:

—¡Aviones, llegan los aviones a salvarnos!...

X

Del confín partían sordos silbos de sirena, el océano se poblaba de columnas de sonidos. ¡Salvos, salvos! Desde todas las direcciones del cielo aparecieron flotillas de hidroaviones. Yo me eché a llorar como una criatura al abrazar al contrabandista de alcaloides.

Esta vez una racha de locura cruzó la nave de un rincón a otro. Las mujeres se arrodillaban en cubierta, de diferentes ángulos salían hombres barbudos y ojerosos, la banda que escandalizaba desnuda en el fondo del compartimiento de máquinas tumbó la verja y en cueros, como estaban, se lanzaron danzando por todos los pasillos del buque, al tiempo que aullaban de alegría.

Ahora sí que nadie se irritó. Aparecieron cajones con botellas de vino y cerveza. Se bebía. Hubo cantos en coro, todos iban y venían; nadie se lamentaba de los bienes que tenía que perder; en cada pasillo, frente a cada camarote, había un tumulto movedizo y siempre renovado de personas que con las manos extendidas ofrecían un vaso de champán, y a medida que aumentaba la alegría de salvarse el ruido humano crecía más resonante...

De pronto me acordé de Annie. Corriendo, me dirigí a su camarote. Continuaba allí, sentada a un costado de la litera de su madre. Una expresión extraña aperplejaba su rostro:

—Annie —le grité—. Annie, ¿no me entiendes?

Ella no me miró. Sonriendo con desvanecida sonrisa de criatura, decía:

—No quiero comer. Te digo que no quiero.

Entonces comprendí. Se había vuelto loca.

Afueras zumbaban poderosamente las hélices de los primeros aviones, que partían cargados de resucitados.

—Annie —volví a gritarle—, Annie, ¿no me entiendes?

Y ella repitió:

—Te digo que no quiero.

Entonces me senté tristemente en la orilla de la litera y allí me quedé junto a ella hasta que vinieron a retirarnos.

Bajamos por una escalerilla hasta un bote. Yo iba junto a mi muchacha como un muerto. Un hidroavión se aproximó a nosotros. Annie no pronunciaba una sola palabra. Yo tomé su mano fría. Ella, su madre y yo subimos al aparato, ayudados de

un mecánico. Entonces la madre, cuando ya estábamos sentados, me dijo en voz baja:

—Ella siempre estuvo enferma. Siempre, ¿sabe?

Y yo supe en ese momento que el médico de a bordo no había mentido.



MUNDOS PARALELOS/
SIMULTÁNEOS/
INTERPLANETARIOS

JORGE LUIS BORGES

(ARGENTINA, 24 DE AGOSTO DE 1899 – SUIZA, 14 DE JUNIO DE 1986).

Escritor considerado no solo el más importante de las letras de su país, sino una de las figuras fundamentales de la lengua española, acaso la mayor de la narrativa en esta lengua en los últimos cien años. Sus obras: *El jardín de los senderos que se bifurcan* (1941), *Ficciones* (1944), *El informe de Brodie* (1970). En colaboración con Bioy Casares publica los relatos policiales *Seis problemas para Isidro Parodi* (1942) y *Un modelo para la muerte* (1946). “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” fue publicado por primera vez en 1941; pertenece al volumen *El jardín de los senderos que se bifurcan*.

TLÖN, UQBAR, ORBIS TERTIUS

I

Debo a la conjunción de un espejo y de una enciclopedia el descubrimiento de Uqbar. El espejo inquietaba el fondo de un corredor en una quinta de la calle Gaona, en Ramos Mejía; la enciclopedia falazmente se llama *The Anglo-American Cyclopaedia* (New York, 1917) y es una reimpresión literal, pero también morosa, de la *Encyclopaedia Britannica* de 1902. El hecho se produjo hará unos cinco años. Bioy Casares había cenado conmigo esa noche y nos demoró una vasta polémica sobre la ejecución de una novela en primera persona, cuyo narrador omitiera o desfigurara los hechos e incurriera en diversas contradicciones, que permitieran a unos pocos lectores —a muy pocos lectores— la adivinación de una realidad atroz o banal. Desde el fondo remoto del corredor, el espejo nos acechaba. Descubrimos (en la alta noche ese descubrimiento es inevitable) que los espejos tienen algo monstruoso. Entonces Bioy Casares recordó que uno de los heresiarcas de Uqbar había declarado que los espejos y la cópula son abominables, porque multiplican el número de los hombres. Le pregunté el origen de esa memorable sentencia y me contestó que *Anglo-American Cyclopaedia* la registraba, en su artículo sobre Uqbar. La quinta (que habíamos alquilado amueblada) poseía un ejemplar de esa obra. En las últimas páginas del volumen XLVI dimos con un artículo sobre Upsala; en las primeras del XLVII,

con uno sobre *Ural-Altaic Languages*, pero ni una palabra sobre Uqbar. Bioy, un poco azorado, interrogó los tomos del índice. Agotó en vano todas las lecciones imaginables: Ukbar, Ucbar, Ookbar, Oukbahr... Antes de irse, me dijo que era una región del Irak o del Asia Menor. Confieso que asentí con alguna incomodidad. Conjeturé que ese país indocumentado y ese here-siarca anónimo eran una ficción improvisada por la modestia de Bioy para justificar una frase. El examen estéril de uno de los atlas de Justus Perthes fortaleció mi duda.

Al día siguiente, Bioy me llamó desde Buenos Aires. Me dijo que tenía a la vista el artículo sobre Uqbar, en el volumen XXVI de la *Enciclopedia*. No constaba el nombre del heresiárca, pero sí la noticia de su doctrina, formulada en palabras casi idénticas a las repetidas por él, aunque –tal vez– literariamente inferiores. Él había recordado: *Copulation and mirrors are abominable*. El texto de la *Enciclopedia* decía: *Para uno de esos gnósticos, el visible universo era una ilusión o (más precisamente) un sofisma. Los espejos y la paternidad son abominables (mirrors and fatherhood are hateful) porque lo multiplican y lo divulgan*. Le dije, sin faltar a la verdad, que me gustaría ver ese artículo. A los pocos días lo trajo. Lo cual me sorprendió, porque los escrupulosos índices cartográficos de la *Erdkunde* de Ritter ignoraban con plenitud el nombre de Uqbar.

El volumen que trajo Bioy era efectivamente el XXVI de la *Anglo-American Cyclopaedia*. En la falsa carátula y en el lomo, la indicación alfabética (Tor-Ups) era la de nuestro ejemplar, pero en vez de 917 páginas constaba de 921. Esas cuatro páginas adicionales comprendían el artículo sobre Uqbar; no previsto (como habrá advertido el lector) por la indicación alfabética. Comprobamos después que no hay otra diferencia entre los volúmenes. Los dos (según creo haber indicado) son reimpresiones de la décima *Encyclopaedia Britannica*. Bioy había adquirido su ejemplar en uno de tantos remates.

Leímos con algún cuidado el artículo. El pasaje recordado por Bioy era tal vez el único sorprendente. El resto parecía muy

verosímil, muy ajustado al tono general de la obra y (como es natural) un poco aburrido. Releyéndolo, descubrimos bajo su rigurosa escritura una fundamental vaguedad. De los catorce nombres que figuraban en la parte geográfica, solo reconocimos tres –Jorasán, Armenia, Erzerum–, interpolados en el texto de un modo ambiguo. De los nombres históricos, uno solo: el impostor Esmerdis el mago, invocado más bien como una metáfora. La nota parecía precisar las fronteras de Uqbar, pero sus nebulosos puntos de referencias eran ríos y cráteres y cadenas de esa misma región. Leímos, verbigracia, que las tierras bajas de Tsai Jaldún y el delta del Axa definen la frontera del sur y que en las islas de ese delta procrean los caballos salvajes. Eso, al principio de la página 918. En la sección histórica (página 920) supimos que a raíz de las persecuciones religiosas del siglo trece, los ortodoxos buscaron amparo en las islas, donde perduran todavía sus obeliscos y donde no es raro exhumar sus espejos de piedra. La sección *idioma y literatura* era breve. Un solo rasgo memorable: anotaba que la literatura de Uqbar era de carácter fantástico y que sus epopeyas y sus leyendas no se referían jamás a la realidad, sino a las dos regiones imaginarias de Mlejnas y de Tlön... La bibliografía enumeraba cuatro volúmenes que no hemos encontrado hasta ahora, aunque el tercero –Silas Haslam: *History of the Land Called Uqbar*, 1874– figura en los catálogos de librería de Bernard Quaritch¹. El primero, *Lesbare und lesenswerthe Bemerkungen über das Land Ukkbar in Klein-Asien*, data de 1641 y es obra de Johannes Valentinus Andreä. El hecho es significativo; un par de años después, di con ese nombre en las inesperadas páginas de De Quincey (*Writings*, decimotercero volumen) y supe que era el de un teólogo alemán que a principios del siglo XVII describió la imaginaria comunidad de la Rosa-Cruz –que otros luego fundaron, a imitación de lo prefigurado por él.

1 Haslam ha publicado también *A General History of Labyrinths*.

Esa noche visitamos la Biblioteca Nacional. En vano fatigamos atlas, catálogos, anuarios de sociedades geográficas, memorias de viajeros e historiadores: nadie había estado nunca en Uqbar. El índice general de la enciclopedia de Biョy tampoco registraba ese nombre. Al día siguiente, Carlos Mastronardi (a quien yo había referido el asunto) advirtió en una librería de Corrientes y Talcahuano los negros y dorados lomos de la *Anglo-American Cyclopaedia...* Entró e interrogó el volumen XXVI. Naturalmente, no dio con el menor indicio de Uqbar.

II

Algún recuerdo limitado y menguante de Herbert Ashe, ingeniero de los ferrocarriles del Sur, persiste en el hotel de Adrogué, entre las efusivas madreselvas y en el fondo ilusorio de los espejos. En vida padeció de irrealidad, como tantos ingleses; muerto, no es siquiera el fantasma que ya era entonces. Era alto y desganado y su cansada barba rectangular había sido roja. Entiendo que era viudo, sin hijos. Cada tantos años iba a Inglaterra: a visitar (juzgo por unas fotografías que nos mostró) un reloj de sol y unos robles. Mi padre había estrechado con él (el verbo es excesivo) una de esas amistades inglesas que empiezan por excluir la confidencia y que muy pronto omiten el diálogo. Solían ejercer un intercambio de libros y de periódicos; solían batirse al ajedrez, taciturnamente... Lo recuerdo en el corredor del hotel, con un libro de matemáticas en la mano, mirando a veces los colores irrecuperables del cielo. Una tarde, hablamos del sistema duodecimal de numeración (en el que doce se escribe 10). Ashe dijo que precisamente estaba trasladando no sé qué tablas duodecimales a sexagesimales (en las que sesenta se escribe 10). Agregó que ese trabajo le había sido encargado por un noruego: en Rio Grande do Sul. Ocho años que lo conocíamos y no había mencionado nunca su estadía en esa región... Hablamos de vida pastoril, de *capangas*, de la etimología brasilera de la palabra *gaucho* (que algunos viejos orientales todavía pronuncian

gaúcho) y nada más se dijo –Dios me perdone– de funciones duodecimales. En setiembre de 1937 (no estábamos nosotros en el hotel) Herbert Ashe murió de la rotura de un aneurisma. Días antes, había recibido del Brasil un paquete sellado y certificado. Era un libro en octavo mayor. Ashe lo dejó en el bar, donde –meses después– lo encontré. Me puse a hojearlo y sentí un vértigo asombrado y ligero que no describiré, porque esta no es la historia de mis emociones sino de Uqbar y Tlön y Orbis Tertius. En una noche del Islam que se llama la Noche de las Noches se abren de par en par las secretas puertas del cielo y es más dulce el agua en los cántaros; si esas puertas se abrieran, no sentiría lo que en esa tarde sentí. El libro estaba redactado en inglés y lo integraban 1001 páginas. En el amarillo lomo de cuero leí estas curiosas palabras que la falsa carátula repetía: *A First Encyclopaedia of Tlön. vol. XI. Hlaer to Jangr.* No había indicación de fecha ni de lugar. En la primera página y en una hoja de papel de seda que cubría una de las láminas en colores había estampado un óvalo azul con esta inscripción: *Orbis Tertius*. Hacía dos años que yo había descubierto en un tomo de cierta enciclopedia práctica una somera descripción de un falso país; ahora me deparaba el azar algo más precioso y más arduo. Ahora tenía en las manos un vasto fragmento metódico de la historia total de un planeta desconocido, con sus arquitecturas y sus barajas, con el pavor de sus mitologías y el rumor de sus lenguas, con sus emperadores y sus mares, con sus minerales y sus pájaros y sus peces, con su álgebra y su fuego, con su controversia teológica y metafísica. Todo ello articulado, coherente, sin visible propósito doctrinal o tono paródico.

En el “Onceno Tomo” de que hablo hay alusiones a tomos ulteriores y precedentes. Néstor Ibarra, en un artículo ya clásico de la N. R. F., ha negado que existen esos aláteres; Ezequiel Martínez Estrada y Drieu La Rochelle han refutado, quizá victoriamente, esa duda. El hecho es que hasta ahora las pesquisas más diligentes han sido estériles. En vano hemos desordenado las bibliotecas de las dos Américas y de Europa.

Alfonso Reyes, harto de esas fatigas subalternas de índole policial, propone que entre todos acometamos la obra de reconstruir los muchos y macizos tomos que faltan: *ex ungue leonem*. Calcula, entre veras y burlas, que una generación de *tlönistas* puede bastar. Ese arriesgado cómputo nos retrae al problema fundamental: ¿Quiénes inventaron a *Tlön*? El plural es inevitable, porque la hipótesis de un solo inventor –de un infinito Leibniz obrando en la tiniebla y en la modestia– ha sido descartada unánimemente. Se conjectura que este *brave new world* es obra de una sociedad secreta de astrónomos, de biólogos, de ingenieros, de metafísicos, de poetas, de químicos, de algebristas, de moralistas, de pintores, de geómetras... dirigidos por un oscuro hombre de genio. Abundan individuos que dominan esas disciplinas diversas, pero no los capaces de invención y menos los capaces de subordinar la invención a un riguroso plan sistemático. Ese plan es tan vasto, que la contribución de cada escritor es infinitesimal. Al principio se creyó que *Tlön* era un mero caos, una irresponsable licencia de la imaginación; ahora se sabe que es un cosmos y las íntimas leyes que lo rigen han sido formuladas, siquiera en modo provisional. Básteme recordar que las contradicciones aparentes del Onceno Tomo son la piedra fundamental de la prueba de que existen los otros: tan lúcido y tan justo es el orden que se ha observado en él. Las revistas populares han divulgado, con perdonable exceso, la zoología y la topografía de *Tlön*; yo pienso que sus tigres transparentes y sus torres de sangre no merecen, tal vez, la continua atención de todos los hombres. Yo me atrevo a pedir unos minutos para su concepto del universo.

Hume notó para siempre que los argumentos de Berkeley no admiten la menor réplica y no causan la menor convicción. Ese dictamen es del todo verídico en su aplicación a la Tierra; del todo falso en *Tlön*. Las naciones de ese planeta son –congénitamente– idealistas. Su lenguaje y las derivaciones de su lenguaje –la religión, las letras, la metafísica– presuponen el idealismo. El mundo para ellos no es un concurso de objetos en

el espacio; es una serie heterogénea de actos independientes. Es sucesivo, temporal, no espacial. No hay sustantivos en la conjectural *Ursprache* de Tlön, de la que proceden los idiomas “actuales” y los dialectos: hay verbos impersonales, calificados por sufijos (o prefijos) monosilábicos de valor adverbial. Por ejemplo: no hay palabra que corresponda a la palabra *luna*, pero hay un verbo que sería en español *lunecer* o *lunar*. *Surgió la luna sobre el río* se dice *hlör u fang axaxaxas mlö*, o sea, en su orden: hacia arriba (*upward*) detrás duradero-fluir luneció. (Xul Solar traduce con brevedad: “Upa tras perfluyue lunó”: *Upward, behind the onstreaming it mooned*).

Lo anterior se refiere a los idiomas del hemisferio austral. En los del hemisferio boreal (de cuya *Ursprache* hay muy pocos datos en el Onceno Tomo) la célula primordial no es el verbo, sino el adjetivo monosilábico. El sustantivo se forma por acumulación de adjetivos. No se dice *luna*: se dice *aéreo-claro sobre oscuro-redondo o anaranjado-tenue-del cielo*, o cualquier otra agregación. En el caso elegido la masa de adjetivos corresponde a un objeto real; el hecho es puramente fortuito. En la literatura de este hemisferio (como en el mundo subsistente de Meinong) abundan los objetos ideales, convocados y disueltos en un momento, según las necesidades poéticas. Los determina, a veces, la mera simultaneidad. Hay objetos compuestos de dos términos, uno de carácter visual y otro auditivo: el color del naciente y el remoto grito de un pájaro. Los hay de muchos: el sol y el agua contra el pecho del nadador, el vago rosa trémulo que se ve con los ojos cerrados, la sensación de quien se deja llevar por un río y también por el sueño. Esos objetos de segundo grado pueden combinarse con otros; el proceso, mediante ciertas abreviaturas, es prácticamente infinito. Hay poemas famosos compuestos de una sola enorme palabra. Esta palabra integra un *objeto poético* creado por el autor. El hecho de que nadie crea en la realidad de los sustantivos hace, paródicamente, que sea interminable su número. Los idiomas del

hemisferio boreal de Tlön poseen todos los nombres de las lenguas indoeuropeas y otros muchos más.

No es exagerado afirmar que la cultura clásica de Tlön comprende una sola disciplina: la psicología. Las otras están subordinadas a ella. He dicho que los hombres de ese planeta conciben el universo como una serie de procesos mentales, que no se desenvuelven en el espacio sino de modo sucesivo en el tiempo. Spinoza atribuye a su inagotable divinidad los atributos de la extensión y del pensamiento; nadie comprendería en Tlön la yuxtaposición del primero (que solo es típico de ciertos estados) y del segundo –que es un sinónimo perfecto del cosmos–. Dicho sea con otras palabras: no conciben que lo espacial perdure en el tiempo. La percepción de una humareda en el horizonte y después del campo incendiado y después del cigarrillo a medio apagar que produjo la quemazón es considerada un ejemplo de asociación de ideas.

Este monismo o idealismo total invalida la ciencia. Explicar (o juzgar) un hecho es unirlo a otro; esa vinculación, en Tlön, es un estado posterior del sujeto, que no puede afectar o iluminar el estado anterior. Todo estado mental es irreductible: el mero hecho de nombrarlo –*id est*, de clasificarlo– importa un falsoeo. De ello cabría deducir que no hay ciencias en Tlön –ni siquiera razonamientos–. La paradójica verdad es que existen, en casi innumerables número. Con las filosofías acontece lo que acontece con los sustantivos en el hemisferio boreal. El hecho de que toda filosofía sea de antemano un juego dialéctico, una *Philosophie des Als Ob*, ha contribuido a multiplicarlas. Abundan los sistemas increíbles, pero de arquitectura agradable o de tipo sensacional. Los metafísicos de Tlön no buscan la verdad, ni siquiera la verosimilitud: buscan el asombro. Juzgan que la metafísica es una rama de la literatura fantástica. Saben que un sistema no es otra cosa que la subordinación de todos los aspectos del universo a uno cualquiera de ellos. Hasta la frase “todos los aspectos” es rechazable, porque supone la imposible adición del instante presente y de los pretéritos. Tampoco es lícito el plural “los

pretéritos”, porque supone otra operación imposible... Una de las escuelas de Tlön llega a negar el tiempo: razona que el presente es indefinido, que el futuro no tiene realidad sino como esperanza presente, que el pasado no tiene realidad sino como recuerdo presente¹. Otra escuela declara que ha transcurrido ya todo el tiempo y que nuestra vida es apenas el recuerdo o reflejo crepuscular, y sin duda falseado y mutilado, de un proceso irre-cuperable. Otra, que la historia del universo –y en ellas nuestras vidas y el más tenue detalle de nuestras vidas– es la escritura que produce un dios subalterno para entenderse con un demonio. Otra, que el universo es comparable a esas criptografías en las que no valen todos los símbolos y que solo es verdad lo que sucede cada trescientas noches. Otra, que mientras dormimos aquí, estamos despiertos en otro lado y que así cada hombre es dos hombres.

Entre las doctrinas de Tlön, ninguna ha merecido tanto escándalo como el materialismo. Algunos pensadores lo han formulado, con menos claridad que fervor, como quien adelanta una paradoja. Para facilitar el entendimiento de esa tesis inconcebible, un heresiárca del undécimo siglo² ideó el sofisma de las nueve monedas de cobre, cuyo renombre escandaloso equivale en Tlön al de las aporías eleáticas. De ese “razonamiento espacioso” hay muchas versiones, que varían el número de monedas y el número de hallazgos; he aquí la más común:

El martes, X atraviesa un camino desierto y pierde nueve monedas de cobre. El jueves, Y encuentra en el camino cuatro monedas, algo herrumbradas por la lluvia del miércoles. El viernes, Z descubre tres monedas en el camino. El viernes de mañana, X encuentra dos monedas en el corredor de su casa. El heresiárca quería deducir de esa historia la realidad –id est la

1 Russell (*The Analysis of Mind*, 1921, p. 159) supone que el planeta ha sido creado hace pocos minutos, provisto de una humanidad que “recuerda” un pasado ilusorio.

2 Siglo, de acuerdo con el sistema duodecimal, significa un período de ciento cuarenta y cuatro años.

continuidad— de las nueve monedas recuperadas. Es *absurdo* (afirmaba) *imaginar que cuatro de las monedas no han existido entre el martes y el jueves, tres entre el martes y la tarde del viernes, dos entre el martes y la madrugada del viernes*. Es lógico pensar que han existido —siquiera de algún modo secreto, de comprensión vedada a los hombres— en todos los momentos de esos tres plazos.

El lenguaje de Tlön se resistía a formular esa paradoja; los más no la entendieron. Los defensores del sentido común se limitaron, al principio, a negar la veracidad de la anécdota. Repitieron que era una falacia verbal, basada en el empleo temerario de dos voces neológicas, no autorizadas por el uso y ajena a todo pensamiento severo: los verbos *encontrar* y *perder*, que comportan una petición de principio, porque presuponen la identidad de las nueve primeras monedas y de las últimas. Recordaron que todo sustantivo (hombre, moneda, jueves, miércoles, lluvia) solo tiene un valor metafórico. Denunciaron la pérvida circunstancia *algo herrumbradas por la lluvia del miércoles*, que presupone lo que se trata de demostrar: la persistencia de las cuatro monedas entre el jueves y el martes. Explicaron que una cosa es *igualdad* y otra *identidad* y formularon una especie de *reductio ad absurdum*, o sea el caso hipotético de nueve hombres que en nueve sucesivas noches padecen un vivo dolor. ¿No sería ridículo —interrogaron— pretender que ese dolor es el mismo?¹. Dijeron que al heresiárca no lo movía sino el blasfematorio propósito de atribuir la divina categoría de ser a unas simples monedas y que a veces negaba la pluralidad y otras no. Argumentaron: si la igualdad comporta la identidad, habría que admitir asimismo que las nueve monedas son una sola.

1 En el día de hoy, una de las iglesias de Tlön sostiene platónicamente que tal dolor, que tal matiz verdoso del amarillo, que tal temperatura, que tal sonido, son la única realidad. Todos los hombres, en el vertiginoso instante del coito, son el mismo hombre. Todos los hombres que repiten una línea de Shakespeare, son William Shakespeare.

Increíblemente, esas refutaciones no resultaron definitivas. A los cien años de enunciado el problema, un pensador no menos brillante que el heresiárca pero de tradición ortodoxa, formuló una hipótesis muy audaz. Esa conjeta feliz afirma que hay un solo sujeto, que ese sujeto indivisible es cada uno de los seres del universo y que estos son los órganos y máscaras de la divinidad. X es Y y es Z. Z descubre tres monedas porque recuerda que se le perdieron a X; X encuentra dos en el corredor porque recuerda que han sido recuperadas las otras... El Onceno Tomo deja entender que tres razones capitales determinaron la victoria total de ese panteísmo idealista. La primera, el repudio del solipsismo; la segunda, la posibilidad de conservar la base psicológica de las ciencias; la tercera, la posibilidad de conservar el culto de los dioses. Schopenhauer (el apasionado y lúcido Schopenhauer) formula una doctrina muy parecida en el primer volumen de *Parerga und Paralipomena*.

La geometría de Tlön comprende dos disciplinas algo distintas: la visual y la táctil. La última corresponde a la nuestra y la subordinan a la primera. La base de la geometría visual es la superficie, no el punto. Esta geometría desconoce las paralelas y declara que el hombre que se desplaza modifica las formas que lo circundan. La base de su aritmética es la noción de números indefinidos. Acentúan la importancia de los conceptos de mayor y menor, que nuestros matemáticos simbolizan por $>$ y por $<$. Afirman que la operación de contar modifica las cantidades y las convierte de indefinidas en definidas. El hecho de que varios individuos que cuentan una misma cantidad logran un resultado igual, es para los psicólogos un ejemplo de asociación de ideas o de buen ejercicio de la memoria. Ya sabemos que en Tlön el sujeto del conocimiento es uno y eterno.

En los hábitos literarios también es todopoderosa la idea de un sujeto único. Es raro que los libros estén firmados. No existe el concepto del plagio: se ha establecido que todas las

obras son obra de un solo autor, que es intemporal y es anónimo. La crítica suele inventar autores: elige dos obras disímiles –el *Tao Te King* y *Las 1001 noches*, digamos–, las atribuye a un mismo escritor y luego determina con probidad la psicología de ese interesante *homme de lettres*...

También son distintos los libros. Los de ficción abarcan un solo argumento, con todas las permutaciones imaginables. Los de naturaleza filosófica invariablemente contienen la tesis y la antítesis, el riguroso pro y el contra de una doctrina. Un libro que no encierra su contralibro es considerado incompleto.

Siglos y siglos de idealismo no han dejado de influir en la realidad. No es infrecuente, en las regiones más antiguas de Tlön, la duplicación de objetos perdidos. Dos personas buscan un lápiz; la primera lo encuentra y no dice nada; la segunda encuentra un segundo lápiz no menos real, pero más ajustado a su expectativa. Esos objetos secundarios se llaman *hröñir* y son, aunque de forma desairada, un poco más largos. Hasta hace poco los *hröñir* fueron hijos casuales de la distracción y el olvido. Parece mentira que su metódica producción cuente apenas cien años, pero así lo declara el Onceno Tomo. Los primeros intentos fueron estériles. El *modus operandi*, sin embargo, merece recordación. El director de una de las cárceles del estado comunicó a los presos que en el antiguo lecho de un río había ciertos sepulcros y prometió la libertad a quienes trajeran un hallazgo importante. Durante los meses que precedieron a la excavación les mostraron láminas fotográficas de lo que iban a hallar. Ese primer intento probó que la esperanza y la avidez pueden inhibir; una semana de trabajo con la pala y el pico no logró exhumar otro *hrön* que una rueda herrumbrada, de fecha posterior al experimento. Este se mantuvo secreto y se repitió después en cuatro colegios. En tres fue casi total el fracaso; en el cuarto (cuyo director murió casualmente durante las primeras excavaciones) los discípulos exhumaron –o produjeron– una máscara de oro, una espada arcaica, dos o tres ánforas de barro y el verdínoso y mutilado torso de un rey con

una inscripción en el pecho que no se ha logrado aún descifrar. Así se descubrió la improcedencia de testigos que conocieran la naturaleza experimental de la busca... Las investigaciones en masa producen objetos contradictorios; ahora se prefiere los trabajos individuales y casi improvisados. La metódica elaboración de *hrönir* (dice el Onceno Tomo) ha prestado servicios prodigiosos a los arqueólogos. Ha permitido interrogar y hasta modificar el pasado, que ahora no es menos plástico y menos dócil que el porvenir. Hecho curioso: los *hrönir* de segundo y de tercer grado –los *hrönir* derivados de otro *hrön*, los *hrönir* derivados del *hrön* de un *hrön*– exageran las aberraciones del inicial; los de quinto son casi uniformes; los de noveno se confunden con los de segundo; en los de undécimo hay una pureza de líneas que los originales no tienen. El proceso es periódico: el *hrön* de duodécimo grado ya empieza a decaer. Más extraño y más puro que todo *hrön* es a veces el *ur*: la cosa producida por sugestión, el objeto educido por la esperanza. La gran máscara de oro que he mencionado es un ilustre ejemplo.

Las cosas se duplican en Tlön; propenden asimismo a borrarse y a perder los detalles cuando los olvida la gente. Es clásico el ejemplo de un umbral que perduró mientras lo visitaba un mendigo y que se perdió de vista a su muerte. A veces unos pájaros, un caballo, han salvado las ruinas de un anfiteatro.

SALTO ORIENTAL, 1940.

Posdata de 1947. Reproduzco el artículo anterior tal como apareció en la *Antología de la literatura fantástica*, 1940, sin otra escisión que algunas metáforas y que una especie de resumen burlón que ahora resulta frívolo. Han ocurrido tantas cosas desde esa fecha... Me limitaré a recordarlas.

En marzo de 1941 se descubrió una carta manuscrita de Gunnar Erfjord en un libro de Hinton que había sido de Herbert Ashe. El sobre tenía el sello postal de Ouro Preto, la carta elucidaba enteramente el misterio de Tlön. Su texto

corrobora las hipótesis de Martínez Estrada. A principios del siglo xvii, en una noche de Lucerna o de Londres, empezó la espléndida historia. Una sociedad secreta y benévolas (que entre sus afilados tuvo a Dalgarno y después a George Berkeley) surgió para inventar un país. En el vago programa inicial figuraban los “estudios herméticos”, la filantropía y la cábala. De esa primera época data el curioso libro de Andreá. Al cabo de unos años de conciliábulos y de síntesis prematuras comprendieron que una generación no bastaba para articular un país. Resolvieron que cada uno de los maestros que la integraban eligiera un discípulo para la continuación de la obra. Esa disposición hereditaria prevaleció; después de un hiato de dos siglos la perseguida fraternidad resurge en América. Hacia 1824, en Memphis (Tennessee) uno de los afiliados conversa con el ascético millonario Ezra Buckley. Este lo deja hablar con algún desdén –y se ríe de la modestia del proyecto. Le dice que en América es absurdo inventar un país y le propone la invención de un planeta. A esa gigantesca idea añade otra, hija de su nihilismo¹: la de guardar en el silencio la empresa enorme. Circulaban entonces los veinte tomos de la *Encyclopaedia Britannica*; Buckley sugiere una enciclopedia metódica del planeta ilusorio. Les dejará sus cordilleras auríferas, sus ríos navegables, sus praderas holladas por el toro y por el bisonte, sus negros, sus prostíbulos y sus dólares, bajo una condición: “La obra no pactará con el impostor Jesucristo”. Buckley descree de Dios, pero quiere demostrar al Dios no existente que los hombres mortales son capaces de concebir un mundo. Buckley es envenenado en Baton Rouge en 1828; en 1914 la sociedad remite a sus colaboradores, que son trescientos, el volumen final de la primera enciclopedia de Tlön. La edición es secreta: los cuarenta volúmenes que comprende (la obra más vasta que han acometido los hombres) serían la base de otra más minuciosa, redactada no ya en inglés, sino en alguna de las lenguas

1 Buckley era librepensador, fatalista y defensor de la esclavitud.

de Tlön. Esa revisión de un mundo ilusorio se llama provisoriamente *Orbis Tertius* y uno de sus modestos demiurgos fue Herbert Ashe, no sé si como agente de Gunnar Erfjord o como afiliado. Su recepción de un ejemplar del Onceno Tomo parece favorecer lo segundo. Pero ¿y los otros? Hacia 1942 arreciaron los hechos. Recuerdo con singular nitidez uno de los primeros y me parece que algo sentí de su carácter premonitorio. Ocurrió en un departamento de la calle Laprida, frente a un claro y alto balcón que miraba el ocaso. La princesa de Faucigny Lucinge había recibido de Poitiers su vajilla de plata. Del vasto fondo de un cajón rubricado de sellos internacionales iban saliendo finas cosas inmóviles: platería de Utrecht y de París con dura fauna heráldica, un samovar. Entre ellas –con un perceptible y tenue temblor de pájaro dormido– latía misteriosamente una brújula. La princesa no la reconoció. La aguja azul anhelaba el norte magnético; la caja de metal era cóncava; las letras de la esfera correspondían a uno de los alfabetos de Tlön. Tal fue la primera intrusión del mundo fantástico en el mundo real. Un azar que me inquieta hizo que yo también fuera testigo de la segunda. Ocurrió unos meses después, en la pulperia de un brasilero, en la Cuchilla Negra. Amorim y yo regresábamos de Sant'Anna. Una creciente del río Tacuarembó nos obligó a probar (y a sobrellevar) esa rudimentaria hospitalidad. El pulpero nos acomodó unos catres crujientes en una pieza grande, entorpecida de barriles y cueros. Nos acostamos, pero no nos dejó dormir hasta el alba la borrachera de un vecino invisible, que alternaba denuestos inextricables con rachas de milongas –más bien con rachas de una sola milonga-. Como es de suponer, atribuimos a la fogosa caña del patrón ese gritorio insistente... A la madrugada, el hombre estaba muerto en el corredor. La aspereza de la voz nos había engañado: era un muchacho joven. En el delirio se le habían caído del tirador unas cuantas monedas y un cono de metal reluciente, del diámetro de un dado. En vano un chico trató de recoger ese cono. Un hombre apenas acertó a levantarla. Yo lo tuve en la palma

de la mano algunos minutos: recuerdo que su peso era intolerable y que después de retirado el cono, la opresión perduró. También recuerdo el círculo preciso que me grabó en la carne. Esa evidencia de un objeto muy chico y a la vez pesadísimo dejaba una impresión desagradable de asco y de miedo. Un paisano propuso que lo tiraran al río correntoso. Amorim lo adquirió mediante unos pesos. Nadie sabía nada del muerto, salvo “que venía de la frontera”. Esos conos pequeños y muy pesados (hechos de un metal que no es de este mundo) son imagen de la divinidad, en ciertas religiones de Tlön.

Aquí doy término a la parte personal de mi narración. Lo demás está en la memoria (cuando no en la esperanza o en el temor) de todos mis lectores. Básteme recordar o mencionar los hechos subsiguientes, con una mera brevedad de palabras que el cóncavo recuerdo general enriquecerá o ampliará. Hacia 1944 un investigador del diario *The American* (de Nashville, Tennessee) exhumó en una biblioteca de Memphis los cuarenta volúmenes de la primera enciclopedia de Tlön. Hasta el día de hoy se discute si ese descubrimiento fue casual o si lo consintieron los directores del todavía nebuloso *Orbis Tertius*. Es verosímil lo segundo. Algunos rasgos increíbles del Onceno Tomo (verbigracia, la multiplicación de los *hröñir*) han sido eliminados o atenuados en el ejemplar de Memphis; es razonable imaginar que esas tachaduras obedecen al plan de exhibir un mundo que no sea demasiado incompatible con el mundo real. La diseminación de objetos de Tlön en diversos países complementaría ese plan...¹. El hecho es que la prensa internacional voceó infinitamente el “hallazgo”. Manuales, antologías, resúmenes, versiones literales, reimpresiones autorizadas y reimpresiones piráticas de la Obra Mayor de los Hombres abarrotaron y siguen abarrotando la Tierra. Casi inmediatamente, la realidad cedió en más de un punto. Lo cierto es que anhelaba ceder. Hace diez años bastaba cualquier simetría con

1 Queda, naturalmente, el problema de la materia de algunos objetos.

apariencia de orden –el materialismo dialéctico, el antisemitismo, el nazismo– para embelesar a los hombres. ¿Cómo no someterse a Tlön, a la minuciosa y vasta evidencia de un planeta ordenado? Inútil responder que la realidad también está ordenada. Quizá lo esté, pero de acuerdo a leyes divinas –traduzco: a leyes inhumanas– que no acabamos nunca de percibir. Tlön será un laberinto, pero es un laberinto urdido por hombres, un laberinto destinado a que lo descifren los hombres.

El contacto y el hábito de Tlön han desintegrado este mundo. Encantada por su rigor, la humanidad olvida y toma a olvidar que es un rigor de ajedrecistas, no de ángeles. Ya ha penetrado en las escuelas el (conjetural) “idioma primitivo” de Tlön; ya la enseñanza de su historia armoniosa (y llena de episodios conmovedores) ha obliterado a la que presidió mi niñez; ya en las memorias un pasado ficticio ocupa el sitio de otro, del que nada sabemos con certidumbre –ni siquiera que es falso–. Han sido reformadas la numismática, la farmacología y la arqueología. Entiendo que la biología y las matemáticas aguardan también su avatar... Una dispersa dinastía de solitarios ha cambiado la faz del mundo. Su tarea prosigue. Si nuestras previsiones no erran, de aquí a cien años alguien descubrirá los cien tomos de la Segunda Enciclopedia de Tlön.

Entonces desaparecerán del planeta el inglés y el francés y el mero español. El mundo será Tlön. Yo no hago caso, yo sigo revisando en los quietos días del hotel de Adrogué una indecisa traducción quevediana (que no pienso dar a la imprenta) del *Urn Burial* de Browne.



JULIO CORTÁZAR

(BÉLGICA, 26 DE AGOSTO DE 1914 – FRANCIA, 12 DE FEBRERO DE 1984).

Poeta, escritor y traductor argentino. Su novela *Rayuela* rompió todos los esquemas narrativos y formó parte del denominado *boom* latinoamericano. En 1951 se alejó de Argentina y desde entonces trabajó como traductor independiente de la Unesco, en París, viajando constantemente dentro y fuera de Europa. En 1938 publicó, con el seudónimo Julio Denis, el librito de sonetos ("muy mallarmeleanos", dijo después él mismo) *Presencia*. En 1949 aparece su obra dramática *Los reyes*. Apenas dos años después, en 1951, publica *Bestiario*, donde surge el Cortázar deslumbrante por su fantasía y su revelación de mundos nuevos que irán enriqueciéndose en su obra futura: los inolvidables tomos de relatos, los libros que desbordan toda categoría genérica (poemas-cuentos-ensayos a la vez), las grandes novelas *Los premios* (1960), *Rayuela* (1963), *62/Modelo para armar* (1968), *Libro de Manuel* (1973). El cuento "De la simetría interplanetaria" fue escrito entre los años 1939 y 1945, pero el libro que acogió este relato, *La otra orilla*, no fue publicado sino cincuenta años después, en 1995.

DE LA SIMETRÍA INTERPLANETARIA

This is very disgusting.

DONALD DUCK

Apenas desembarcado en el planeta Faros, me llevaron los farenses a conocer el ambiente físico, fitogeográfico, zoogeográfico, político-económico y nocturno de su ciudad capital que ellos llaman 956.

Los farenses son lo que aquí denominaríamos insectos; tienen altísimas patas de araña (suponiendo una araña verde, con pelos rígidos y excrecencias brillantes de donde nace un sonido continuado, semejante al de una flauta y que, musicalmente conducido, constituye su lenguaje); de sus ojos, manera de vestirse, sistemas políticos y procederes eróticos hablaré alguna otra vez. Creo que me querían mucho; les expliqué, mediante gestos universales, mi deseo de aprender su historia y costumbres; fui acogido con innegable simpatía.

Estuve tres semanas en 956; me bastó para descubrir que los farenses eran cultos, amaban las puestas de sol y los problemas de ingenio. Me faltaba conocer su religión, para lo cual solicité datos con los pocos vocablos que poseía –pronunciándolos a través de un silbato de hueso que fabriqué diestramente–. Me explicaron que profesaban el monoteísmo, que el sacerdocio no estaba aún del todo desprestigiado y que la ley moral les mandaba ser pasablemente buenos. El problema

actual parecía consistir en Illi. Descubrí que Illi era un farense con pretensiones de acender la fe en los sistemas vasculares (“corazones” no sería morfológicamente exacto) y que estaba en camino de conseguirlo.

Me llevaron a un banquete que los distinguidos de 956 le ofrecieron a Illi. Encontré al heresiárca en lo alto de la pirámide (mesa, en Faros) comiendo y predicando. Lo escuchaban con atención, parecían adorarlo, mientras Illi hablaba y hablaba.

Yo no conseguía entender sino pocas palabras. A través de ellas me formé una alta idea de Illi. Repentinamente creí estar viviendo un anacronismo, haber retrocedido a las épocas terrestres en que se gestaban las religiones definitivas. Me acordé del Rabbi Jesús. También el Rabbi Jesús hablaba, comía y hablaba, mientras los demás lo escuchaban con atención y parecían adorarlo.

Pensé: “¿Y si este fuera también Jesús? No es novedad la hipótesis de que bien podría el Hijo de Dios pasearse por los planetas convirtiendo a los universales. ¿Por qué iba a dedicarse con exclusividad a la Tierra? Ya no estamos en la era geocéntrica; concedámosle el derecho a cumplir su dura misión en todas partes”.

Illi seguía adoctrinando a los comensales. Más y más me pareció que aquel farense podía ser Jesús. “Qué tremenda tarea”, pensé. “Y monótona, además. Lo que falta saber es si los seres reaccionan igualmente en todos lados. ¿Lo crucificarían en Marte, en Júpiter, en Plutón...?”.

Hombre de la Tierra, sentí nacerme una vergüenza retrospectiva. El Calvario era un estigma coterráneo, pero también una definición. Probablemente habíamos sido los únicos capaces de una villanía semejante: ¡Clavar en un madero al Hijo de Dios...!

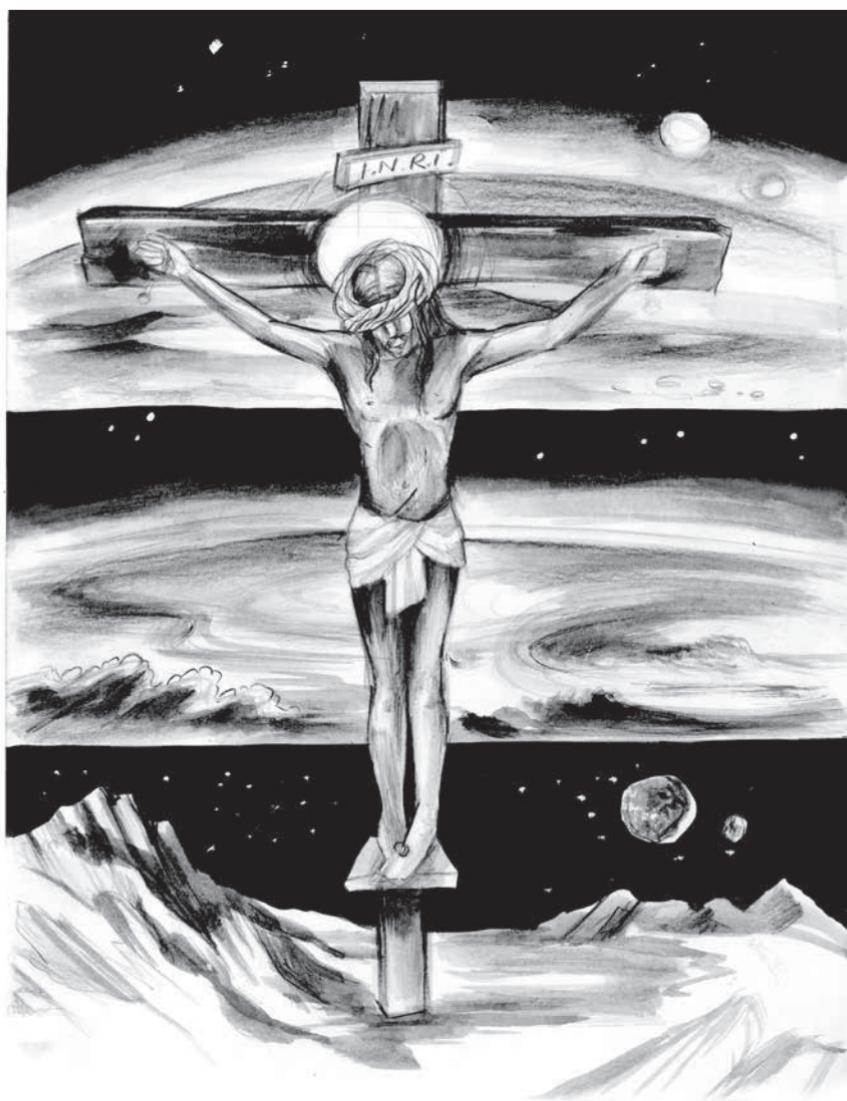
Los farenses, para mi completa confusión, aumentaban las muestras de su cariño; prosternados (no intentaré describir el aspecto que tenían) adoraban al maestro. De pronto, me pareció que Illi levantaba todas las patas a la vez (y las patas de

un farende son diecisiete). Se crispó en el aire y cayó de golpe sobre la punta de la pirámide (la mesa). Instantáneamente quedó negro y callado; pregunté, y me dijeron que estaba muerto. Parece que le habían puesto veneno en la comida.

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías, volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito, de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de ir desgajándose línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo; que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias; no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias, que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo

y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer.

Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta, él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió, a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.



ADOLFO BIOY CASARES

(ARGENTINA, 15 DE SEPTIEMBRE DE 1914 – 8 DE MARZO DE 1999).

Escritor argentino considerado uno de los grandes maestros del relato fantástico en la literatura de lengua castellana. En 1940 publica *La invención de Morel*, una obra que Borges calificó de perfecta y que hoy representa un clásico de la literatura contemporánea. En la década de 1940 publicó los relatos “La trama celeste” (1944), “El perjurio de la nieve” (1948), “Las vísperas de Fausto” (1949) y la novela *Plan de evasión* (1945). En colaboración con Borges, publica las *Crónicas de Bustos Domecq* (1967). “La trama celeste” pertenece al libro de igual título.

LA TRAMA CELESTE

Cuando el capitán Ireneo Morris y el doctor Carlos Alberto Servian, médico homeópata, desaparecieron, un 20 de diciembre, de Buenos Aires, los diarios apenas comentaron el hecho. Se dijo que había gente engañada, gente complicada y que una comisión estaba investigando; se dijo también que el escaso radio de acción del aeroplano utilizado por los fugitivos permitía afirmar que estos no habían ido muy lejos. Yo recibí en esos días una encomienda; contenía: tres volúmenes *in quarto* (las obras completas del comunista Luis Augusto Blanqui), un anillo de escaso valor (un aguamarina en cuyo fondo se veía la efigie de una diosa con cabeza de caballo), unas cuantas páginas escritas a máquina –*Las aventuras del Capitán Morris*–, firmadas C. A. S. Transcribiré esas páginas.

Las aventuras del Capitán Morris

Este relato podría empezar con alguna leyenda celta que nos hablaría del viaje de un héroe a un país que está del otro lado de una fuente, o de una infranqueable prisión hecha de ramas tiernas, o de un anillo que torna invisible a quien lo lleva, o de una nube mágica, o de una joven llorando en el remoto fondo de un espejo que está en la mano del caballero destinado a salvarla, o de la busca, interminable y sin esperanza, de la tumba del rey Arturo:

*Esta es la tumba de March y esta la de Gwythyir;
esta es la tumba de Gwgawn Gleddyffreidd;
pero la tumba de Arturo es desconocida.*

También podría empezar con la noticia, que oí con asombro y con indiferencia, de que el tribunal militar acusaba de traición al capitán Morris. O con la negación de la astronomía. O con una teoría de esos movimientos, llamados “pases”, que se emplean para que aparezcan o desaparezcan los espíritus.

Sin embargo, yo elegiré un comienzo menos estimulante; si no lo favorece la magia, lo recomienda el método. Esto no importa un repudio de lo sobrenatural, menos aún el repudio de las alusiones o invocaciones del primer párrafo.

Me llamo Carlos Alberto Servian, y nací en Rauch; soy armenio. Hace ocho siglos que mi país no existe, pero dejé que un armenio se arrime a su árbol genealógico: toda su descendencia odiará a los turcos. “Una vez armenio, siempre armenio”. Somos como una sociedad secreta, como un clan, y dispersos por los continentes, la indefinible sangre, unos ojos y una nariz que se repiten, un modo de comprender y de gozar la tierra, ciertas habilidades, ciertas intrigas, ciertos desarreglos en que nos reconocemos, la apasionada belleza de nuestras mujeres, nos unen.

Soy, además, hombre soltero y, como el Quijote, vivo (vivía) con una sobrina: una muchacha agradable, joven y laboriosa. Añadiría otro calificativo –tranquila–, pero debo confesar que en los últimos tiempos no lo mereció. Mi sobrina se entretenía en hacer las funciones de secretaria y, como no tengo secretaria, ella misma atendía el teléfono, pasaba en limpio; y arreglaba con certera lucidez las historias médicas y las sintomatologías que yo apuntaba al azar de las declaraciones de los enfermos (cuya regla común es el desorden), y organizaba mi vasto archivo. Practicaba otra diversión no

menos inocente: ir conmigo al cinematógrafo los viernes a la tarde. Esa tarde era viernes.

Se abrió la puerta; un joven militar entró, enérgicamente, en el consultorio.

Mi secretaria estaba a mi derecha, de pie, atrás de la mesa, y me extendía, impasible, una de esas grandes hojas en que apunto los datos que me dan los enfermos. El joven militar se presentó sin vacilaciones –era el teniente Kramer– y después de mirar ostensiblemente a mi secretaria, preguntó con voz firme:

—¿Hablo?

Le dije que hablarla. Continuó:

—El capitán Ireneo Morris quiere verlo. Está detenido en el Hospital Militar.

Tal vez contaminado por la marcialidad de mi interlocutor, respondí:

—A sus órdenes.

—¿Cuándo irá? —preguntó Kramer.

—Hoy mismo. Siempre que me dejen entrar a estas horas...

—Lo dejarán —declaró Kramer, y con movimientos ruidosos y gimnásticos hizo la venia. Se retiró en el acto.

Miré a mi sobrina; estaba demudada. Sentí rabia y le pregunté qué le sucedía. Me interpeló:

—¿Sabes quién es la única persona que te interesa?

Tuve la ingenuidad de mirar hacia donde me señalaba. Me vi en el espejo. Mi sobrina salió del cuarto, corriendo.

Desde hacía un tiempo estaba menos tranquila. Además había tomado la costumbre de llamarme egoísta. Parte de la culpa de esto la atribuyo a mi ex libris. Lleva triplemente inscrita –en griego, en latín y en español– la sentencia “Conócete a ti mismo” (nunca sospeché hasta dónde me llevaría esta sentencia) y me reproduce contemplando, a través de una lupa, mi imagen en un espejo. Mi sobrina ha pegado miles de estos ex libris en miles de volúmenes de mi versátil biblioteca. Pero hay

otra causa para esta fama de egoísmo. Yo era un metódico, y los hombres metódicos, los que sumidos en oscuras ocupaciones postergamos los caprichos de las mujeres, parecemos locos, o imbéciles, o egoístas.

Atendí (confusamente) a dos clientes y me fui al Hospital Militar.

Habían dado las seis cuando llegué al viejo edificio de la calle Pozos. Después de una solitaria espera y de un cándido y breve interrogatorio, me condujeron a la pieza ocupada por Morris. En la puerta había un centinela con bayoneta. Adentro, muy cerca de la cama de Morris, dos hombres que no me saludaron jugaban al dominó.

Con Morris nos conocemos de toda la vida; nunca fuimos amigos. He querido mucho a su padre. Era un viejo excelente, con la cabeza blanca, redonda, rapada, y los ojos azules, excepcionalmente duros y despiertos; tenía un ingobernable patriotismo galés, una incontenible manía de contar leyendas celtas. Durante muchos años (los más felices de mi vida) fue mi profesor. Todas las tardes estudiábamos un poco, él contaba y yo escuchaba las aventuras de los mabinogion, y en seguida reposábamos fuerzas tomando unos mates con azúcar quemada. Por los patios andaba Ireneo; cazaba pájaros y ratas; y con un cortaplumas, un hilo y una aguja, combinaba cadáveres heterogéneos; el viejo Morris decía que Ireneo iba a ser médico. Yo iba a ser inventor, porque aborrecía los experimentos de Ireneo y porque alguna vez había dibujado una bala con resortes, que permitiría los más envejecedores viajes interplanetarios, y un motor hidráulico, que, puesto en marcha, no se detendría nunca. Ireneo y yo estábamos alejados por una mutua y consciente antipatía. Ahora, cuando nos encontramos, sentimos una gran dicha, una floración de nostalgias y de cordialidades; repetimos un breve diálogo con fervientes alusiones a una amistad y a un pasado imaginario, y en seguida no sabemos qué decirnos.

El país de Gales, la tenaz corriente celta, había acabado en su padre. Ireneo es tranquilamente argentino, e ignora y desdena por igual a todos los extranjeros. Hasta en su apariencia es típicamente argentino (algunos lo han creído sudamericano): más bien chico, delgado, fino de huesos, de pelo negro —muy peinado, reluciente—, de mirada sagaz.

Al verme pareció emocionado (yo nunca lo había visto emocionado, ni siquiera en la noche de la muerte de su padre). Me dijo con voz clara, como para que oyieran los que jugaban al dominó:

—Dame esa mano. En estas horas de prueba has demostrado ser el único amigo.

Esto me pareció un agradecimiento excesivo para mi visita. Morris continuó:

—Tenemos que hablar de muchas cosas, pero comprenderás que ante un par de circunstancias así —miró con gravedad a los dos hombres— prefiero callar. Dentro de pocos días estaré en casa; entonces será un placer recibirte.

Creí que la frase era una despedida. Morris agregó que “si no tenía apuro” me quedara un rato.

—No quiero olvidarme —continuó—. Gracias por los libros.

Murmuré algo, confusamente. Ignoraba qué libros me agradecía. He cometido errores, no el de mandar libros a Ireneo.

Habló de accidentes de aviación; negó que hubiera lugares —El Palomar, en Buenos Aires; el Valle de los Reyes, en Egipto— que irradiaran corrientes capaces de provocarlos.

En sus labios, “el Valle de los Reyes” me pareció increíble. Le pregunté cómo lo conocía.

—Son las teorías del cura Moreau —repuso Morris—. Otros dicen que nos falta disciplina. Es contraria a la idiosincrasia de nuestro pueblo, si me seguís. La aspiración del aviador criollo es aeroplanos como la gente. Si no, acordate de

las proezas de Mira, con el *Golondrina*, una lata de conservas atada con alambres...

Le pregunté por su estado y por el tratamiento a que lo sometían. Entonces fui yo quien habló en voz bien alta, para que oyieran los que jugaban al dominó.

—No admitas inyecciones. Nada de inyecciones. No te envenenes la sangre. Toma un *Depuratum* 6 y después un *Árnica 10000*. Sos un caso típico de *Árnica*. No lo olvides: dosis infinitesimales.

Me retiré con la impresión de haber logrado un pequeño triunfo. Pasaron tres semanas. En casa hubo pocas novedades. Ahora, retrospectivamente, quizá descubra que mi sobrina estuvo más atenta que nunca, y menos cordial. Según nuestra costumbre, los dos viernes siguientes fuimos al cinematógrafo; pero el tercer viernes, cuando entré en su cuarto, no estaba. Había salido, ¡había olvidado que esa tarde iríamos al cinematógrafo!

Después llegó un mensaje de Morris. Me decía que ya estaba en su casa y que fuera a verlo cualquier tarde.

Me recibió en el escritorio. Lo digo sin reticencias: Morris había mejorado. Hay naturalezas que tienden tan invenciblemente al equilibrio de la salud, que los peores venenos inventados por la alopatía no las abruman.

Al entrar en esa pieza tuve la impresión de retroceder en el tiempo; casi diría que me sorprendió no encontrar al viejo Morris (muerto hace diez años), aseado y benigno, administrando con reposo los *impedimenta* del mate. Nada había cambiado. En la biblioteca encontré los mismos libros; los mismos bustos de Lloyd George y de William Morris, que habían contemplado mi agradable y ociosa juventud, ahora me contemplaban; y en la pared colgaba el horrible cuadro que sobrecogió mis primeros insomnios: la muerte de Griffith ap Rhys, conocido como *el fulgor y el poder y la dulzura de los varones del sur*.

Traté de llevarlo inmediatamente a la conversación que le interesaba. Dijo que solo tenía que agregar unos detalles a lo

que me había expuesto en su carta. Yo no sabía qué responder; yo no había recibido ninguna carta de Ireneo. Con súbita decisión le pedí que si no le fatigaba me contara todo desde el principio.

Entonces Ireneo Morris me relató su misteriosa historia.

Hasta el 23 de junio pasado había sido probador de los aeroplanos del ejército. Primero cumplió esas funciones en la fábrica militar de Córdoba, últimamente había conseguido que lo trasladaran a la base del Palomar.

Me dio su palabra de que él, como probador, era una persona importante. Había hecho más vuelos de ensayo que cualquier aviador americano (sur y centro). Su resistencia era extraordinaria.

Tanto había repetido esos vuelos de prueba, que, automáticamente, inevitablemente, llegó a ejecutar uno solo.

Sacó del bolsillo una libreta y en una hoja en blanco trazó una serie de líneas en zigzag; escrupulosamente anotó números (distancias, alturas, graduación de ángulos); después arrancó la hoja y me la obsequió. Me apresuré a agradecerle. Declaró que yo poseía “el esquema clásico de sus pruebas”.

Alrededor del 15 de junio le comunicaron que en esos días probaría un nuevo Breguet –el 309– monoplaza, de combate. Se trataba de un aparato construido según una patente francesa de hacia dos o tres años y el ensayo se cumpliría con bastante secreto. Morris se fue a su casa, tomó una libreta de apuntes –“como lo había hecho hoy”–, dibujó el esquema –“el mismo que yo tenía en el bolsillo”–. Después se entretuvo en complicarlo; después –“en ese mismo escritorio donde nosotros departíamos amigablemente”– imaginó esos agregados, los grabó en la memoria.

El 23 de junio, alba de una hermosa y terrible aventura, fue un día gris, lluvioso. Cuando Morris llegó al aeródromo, el aparato estaba en el hangar. Tuvo que esperar que lo sacaran. Caminó para no enfermarse de frío, consiguió que se le empaparan los pies. Finalmente, apareció el Breguet. Era un

monoplano de alas bajas, “nada del otro mundo, te aseguro”. Lo inspeccionó someramente. Morris me miró en los ojos y en voz baja me comunicó: el asiento era estrecho, notablemente incómodo. Recordó que el indicador de combustible marcaba “lleno” y que en las alas el Breguet no tenía ninguna insignia. Dijo que saludó con la mano y que enseguida el ademán le pareció falso. Corrió unos quinientos metros y despegó. Empezó a cumplir lo que él llamaba su “nuevo esquema de prueba”.

Era el probador más resistente de la República. Pura resistencia física, me aseguró. Estaba dispuesto a contarme la verdad. Aunque yo no podía creerlo, de pronto se le nubló la vista. Aquí Morris habló mucho; llegó a exaltarse; por mi parte, olvidé el “compadrito” peinado que tenía enfrente; seguí el relato: poco después de emprender los ejercicios nuevos, sintió que la vista se le nublaba, se oyó decir “qué vergüenza, voy a perder el conocimiento”, embistió una vasta mole oscura (quizá una nube), tuvo una visión efímera y feliz, como la visión de un radiante paraíso... Apenas consiguió enderezar el aeroplano cuando estaba por tocar el campo de aterrizaje.

Volvió en sí. Estaba dolorosamente acostado en una cama blanca, en un cuarto alto, de paredes blancuzcas y desnudas. Zumbó un moscardón; durante algunos segundos creyó que dormía la siesta, en el campo. Después supo que estaba herido; que estaba detenido; que estaba en el Hospital Militar. Nada de esto le sorprendió, pero todavía tardó un rato en recordar el accidente. Al recordarlo tuvo la verdadera sorpresa: no comprendía cómo había perdido el conocimiento. Sin embargo, no lo perdió una sola vez... De esto hablaré más adelante.

La persona que lo acompañaba era una mujer. La miró. Era una enfermera.

Dogmático y discriminativo, habló de mujeres en general. Fue desagradable. Dijo que había un tipo de mujer, y hasta una mujer determinada y única, para el animal que hay en el centro de cada hombre; y agregó algo en el sentido de que era

un infortunio encontrarla, porque el hombre siente lo decisiva que es para su destino y la trata con temor y con torpeza, preparándose un futuro de ansiedad y de monótona frustración. Afirmó que, para el hombre “como es debido”, entre las demás mujeres no habrá diferencias notables, ni peligros. Le pregunté si la enfermera correspondía a su tipo. Me respondió que no, y aclaró: “Es una mujer plácida y maternal, pero bastante linda”.

Continuó su relato. Entraron unos oficiales (precisó las jerarquías). Un soldado trajo una mesa y una silla; se fue, y volvió con una máquina de escribir. Se sentó frente a la máquina, y escribió en silencio. Cuando el soldado se detuvo, un oficial interrogó a Morris:

—¿Su nombre?

No le sorprendió esta pregunta. Pensó: “mero formalismo”. Dijo su nombre, y tuvo el primer signo del horrible complot que inexplicablemente lo envolvía. Todos los oficiales rieron. Él nunca había imaginado que su nombre fuera ridículo. Se enfureció. Otro de los oficiales dijo:

—Podía inventar algo menos increíble —ordenó al soldado de la máquina—: Escriba, no más.

—¿Nacionalidad?

—Argentino —afirmó sin vacilaciones.

—¿Pertenece al ejército?

Tuvo una ironía:

—Yo soy el del accidente, y ustedes parecen los golpeados.

Si rieron un poco (entre ellos, como si Morris estuviera ausente).

Continuó:

—Pertenezco al ejército, con grado de capitán, regimiento 7, escuadrilla novena.

—¿Con base en Montevideo? —preguntó sarcásticamente uno de los oficiales.

—En Palomar —respondió Morris.

Dio su domicilio: Bolívar 971. Los oficiales se retiraron. Volvieron al día siguiente, esos y otros. Cuando comprendió

que dudaban de su nacionalidad, o que simulaban dudar, quiso levantarse de la cama, pelearlos. La herida y la tierna presión de la enfermera lo contuvieron. Los oficiales volvieron a la tarde del otro día, a la mañana del siguiente. Hacía un calor tremendo; le dolía todo el cuerpo; me confesó que hubiera declarado cualquier cosa para que lo dejaran en paz.

¿Qué se proponían? ¿Por qué ignoraban quién era? ¿Por qué lo insultaban, por qué simulaban que no era argentino? Estaba perplejo y enfurecido. Una noche la enfermera lo tomó de la mano y le dijo que no se defendía juiciosamente. Respondió que no tenía de qué defenderse. Pasó la noche despierto, entre accesos de cólera, momentos en que estaba decidido a encarar con tranquilidad la situación, y violentas reacciones en que se negaba a “entrar en ese juego absurdo”. A la mañana quiso pedir disculpas a la enfermera por el modo con que la había tratado; comprendía que la intención de ella era benévolas, “y no es fea, me entendés”; pero como no sabía pedir disculpas, le preguntó irritadamente qué le aconsejaba. La enfermera le aconsejó que llamara a declarar a alguna persona de responsabilidad.

Cuando vinieron los oficiales dijo que era amigo del teniente Kramer y del teniente Viera, del capitán Faverio, de los tenientes coroneles Margaride y Navarro.

A eso de las cinco apareció con los oficiales el teniente Kramer, su amigo de toda la vida. Morris dijo con vergüenza que “después de una conmoción, el hombre no es el mismo” y que al ver a Kramer sintió lágrimas en los ojos. Reconoció que se incorporó en la cama y abrió los brazos cuando lo vio entrar. Le gritó:

—Vení, hermano.

Kramer se detuvo y lo miró impávidamente. Un oficial le preguntó:

—Teniente Kramer, ¿conoce usted al sujeto?

La voz era insidiosa. Morris dice que esperó —esperó que el teniente Kramer, con una súbita exclamación cordial,

revelara su actitud como parte de una broma—... Kramer contestó con demasiado calor, como si temiera no ser creído:

—Nunca lo he visto. Mi palabra que nunca lo he visto.

Le creyeron inmediatamente, y la tensión que durante unos segundos hubo entre ellos desapareció. Se alejaron. Morris oyó las risas de los oficiales, y la risa franca de Kramer, y la voz de un oficial que repetía: “A mí no me sorprende, créame que no me sorprende. Tiene un descaro”.

Con Viera y con Margaride la escena volvió a repetirse, en lo esencial. Hubo mayor violencia. Un libro —uno de los libros que yo le habría enviado— estaba debajo de las sábanas, al alcance de su mano, y alcanzó el rostro de Viera cuando este simuló que no se conocían. Morris dio una descripción circunstanciada que no creo íntegramente. Aclaro: no dudo de su coraje, sí de su velocidad epigramática. Los oficiales opinaron que no era indispensable llamar a Faverio, que estaba en Mendoza. Imaginó entonces tener una inspiración; pensó que si las amenazas convertían en traidores a los jóvenes, fracasarían ante el general Huet, antiguo amigo de su casa, que siempre había sido con él como un padre o, más bien, como un rectísimo padrastro.

Le contestaron secamente que no había, que nunca hubo, un general de nombre tan ridículo en el ejército argentino.

Morris no tenía miedo; tal vez si hubiera conocido el miedo se hubiera defendido mejor. Afortunadamente, le interesaban las mujeres, “y usted sabe cómo les gusta agrandar los peligros y lo cabilosas que son”. La otra vez la enfermera le había tomado la mano para convencerlo del peligro que lo amenazaba; ahora Morris la miró en los ojos y le preguntó el significado de la confabulación que había contra él. La enfermera repitió lo que había oído: su afirmación de que el 23 había probado el Breguet en El Palomar era falsa; en El Palomar nadie había probado aeroplanos esa tarde. El Breguet era de un tipo recientemente adoptado por el ejército argentino, pero su numeración no correspondía a la de ningún aeroplano del

ejército argentino. “¿Me creen espía?”, preguntó con incredulidad. Sintió que volvía a enfurecerse. Tímidamente, la enfermera respondió: “Creen que ha venido de algún país hermano”. Morris le juró como argentino que era argentino, que no era espía; ella pareció emocionada, y continuó en el mismo tono de voz: “El uniforme es igual al nuestro, pero han descubierto que las costuras son diferentes”. Agregó: “Un detalle imperdonable”, y Morris comprendió que ella tampoco le creía. Sintió que se ahogaba de rabia y, para disimular, la besó en la boca y la abrazó.

A los pocos días la enfermera le comunicó: “Se ha comprobado que diste un domicilio falso”. Morris protestó inútilmente; la mujer estaba documentada: el ocupante de la casa era el señor Carlos Grimaldi. Morris tuvo la sensación del recuerdo, de la amnesia. Le pareció que ese nombre estaba vinculado a alguna experiencia pasada; no pudo precisarla.

La enfermera le aseguró que su caso había determinado la formación de dos grupos antagónicos: el de los que sostenían que era extranjero y el de los que sostenían que era argentino. Más claramente: unos querían desterrarlo; otros fusilarlo.

—Con tu insistencia de que sos argentino —dijo la mujer— ayudás a los que reclaman tu muerte.

Morris le confesó que por primera vez había sentido en su patria “el desamparo que sienten los que visitan otros países”. Pero seguía no temiendo nada.

La mujer lloró tanto que él, por fin, le prometió acceder a lo que pidiera. “Aunque te parezca ridículo, me gustaba verla contenta”. La mujer le pidió que “reconociera” que no era argentino. “Fue un golpe terrible, como si me dieran una ducha. Le prometí complacerla, sin ninguna intención de cumplir la promesa”. Opuso dificultades:

—Digo que soy de tal país. Al día siguiente contestan de ese país que mi declaración es falsa.

—No importa —afirmó la enfermera—. Ningún país va a reconocer que manda espías. Pero con esa declaración y

algunas influencias que yo mueva, tal vez triunfen los partidarios del destierro, si no es demasiado tarde.

Al otro día un oficial fue a tomarle declaración. Estaban solos; el hombre le dijo:

—Es un asunto resuelto. Dentro de una semana firman la sentencia de muerte.

Morris me explicó:

—No me quedaba nada que perder...

“Para ver lo que sucedía”, le dijo al oficial:

—Confieso que soy uruguayo.

A la tarde confesó la enfermera: le dijo a Morris que todo había sido una estratagema; que había temido que no cumpliera su promesa; el oficial era amigo y llevaba instrucciones para sacarle la declaración. Morris comentó brevemente:

—Si era otra mujer, la azoto.

Su declaración no había llegado a tiempo; la situación empeoraba. Según la enfermera, la única esperanza estaba en un señor que ella conocía y cuya identidad no podía revelar. Este señor quería verlo antes de interceder en su favor.

—Me dijo francamente —aseguró Morris—: trató de evitar la entrevista. Temía que yo causara mala impresión. Pero el señor quería verme y era la última esperanza que nos quedaba. Me recomendó no ser intransigente.

—El señor no vendrá al hospital —dijo la enfermera.

—Entonces no hay nada que hacer —respondió Morris, con alivio.

La enfermera siguió:

—La primera noche que tengamos centinelas de confianza, vas a verlo. Ya estás bien, irás solo.

Se sacó un anillo del dedo anular y se lo entregó.

“Lo calcé en el dedo meñique. Es una piedra, un vidrio o un brillante, con la cabeza de un caballo en el fondo. Debía llevarlo con la piedra hacia el interior de la mano, y los centinelas me dejarían entrar y salir como si no me vieran”.

La enfermera le dio instrucciones. Saldría a las doce y media y debía volver antes de las tres y cuarto de la madrugada. La enfermera le escribió en un papelito la dirección del señor.

—¿Tenés el papel? —le pregunté.

—Sí, creo que sí —respondió, y lo buscó en su billetera. Me lo entregó displicentemente.

Era un papelito azul; la dirección —Márquez 6890— estaba escrita con letra femenina y firme (“del *Sacré-Coeur*”, declaró Morris, con inesperada erudición).

—¿Cómo se llama la enfermera? —inquirí por simple curiosidad.

Morris pareció incómodo. Finalmente, dijo:

—La llamaban Idibal. Ignoro si es nombre o apellido.

Continuó su relato:

Llegó la noche fijada para la salida. Idibal no apareció. Él no sabía qué hacer. A las doce y media resolvió salir.

Le pareció inútil mostrar el anillo al centinela que estaba en la puerta de su cuarto. El hombre levantó la bayoneta. Morris mostró el anillo; salió libremente. Se recostó contra una puerta: a lo lejos, en el fondo del corredor, había visto a un cabo. Despues, siguiendo indicaciones de Idibal, bajó por una escalera de servicio y llegó a la puerta de calle. Mostró el anillo y salió.

Tomó un taxímetro; dio la dirección apuntada en el papel. Anduvieron más de media hora; rodearon por Juan B. Justo y Gaona los talleres del F.C.O. y tomaron una calle arbolada, hacia el límite de la ciudad; después de cinco o seis cuadras se detuvieron ante una iglesia que emergía, copiosa de columnas y de cúpulas, entre las casas bajas del barrio, blanca en la noche.

Creyó que había un error; miró el número en el papel: era el de la iglesia.

—¿Debías esperar afuera o adentro? —interrogué.

El detalle no le incumbía; entró. No vio a nadie. Le pregunté cómo era la iglesia. Igual a todas, contestó. Después supe que estuvo un rato junto a una fuente con peces, en la que caían tres chorros de agua.

Apareció “un cura de esos que se visten de hombres, como los del Ejército de Salvación”, y le preguntó si buscaba a alguien. Dijo que no. El cura se fue; al rato volvió a pasar. Estas venidas se repitieron tres o cuatro veces. Aseguró Morris que era admirable la curiosidad del sujeto, y que él ya iba a interesarlo; pero que el otro le preguntó si tenía “el anillo del convivio”.

—¿El anillo del qué?... —preguntó Morris. Y continuó explicándome: —Imaginate, ¿cómo se me iba a ocurrir que hablaba del anillo que me dio Idibal?

El hombre le miró curiosamente las manos, y le ordenó:

—Muéstreme ese anillo.

Morris tuvo un movimiento de repulsión; después mostró el anillo.

El hombre lo llevó a la sacristía y le pidió que le explicara el asunto. Oyó el relato con aquiescencia; Morris aclara: “Como una explicación más o menos hábil, pero falsa; seguro de que no pretendería engañarlo, de que él oiría, finalmente, la explicación verdadera, mi confesión”.

Cuando se convenció de que Morris no hablaría más, se irritó y quiso terminar la entrevista. Dijo que trataría de hacer algo por él.

Al salir, Morris buscó Rivadavia. Se encontró frente a dos torres que parecían la entrada de un castillo o de una ciudad antigua; realmente eran la entrada de un hueco, interminable en la oscuridad. Tuvo la impresión de estar en un Buenos Aires sobrenatural y siniestro. Caminó unas cuadras; se cansó; llegó a Rivadavia, tomó un taxímetro y le dio la dirección de su casa: Bolívar 971.

Se bajó en Independencia y Bolívar; caminó hasta la puerta de la casa. No eran todavía las dos de la mañana. Le quedaba tiempo.

Quiso poner la llave en la cerradura; no pudo. Apretó el timbre. No le abrían; pasaron diez minutos. Se indignó de que la sirvientita aprovechara su ausencia —su desgracia— para dormir afuera. Apretó el timbre con toda su fuerza. Oyó ruidos que parecían venir de muy lejos; después, una serie de golpes —uno seco, otro fugaz— ritmicos, crecientes. Apareció, enorme en la sombra, una figura humana. Morris se bajó el ala del sombrero y retrocedió hasta la parte menos iluminada del zaguán. Reconoció inmediatamente a ese hombre soñoliento y furioso y tuvo la impresión de ser él quien estaba soñando. Se dijo: “Sí, el rengo Grimaldi, Carlos Grimaldi”. Ahora recordaba el nombre. Ahora, increíblemente, estaba frente al inquilino que ocupaba la casa cuando su padre la compró, hacía más de quince años.

Grimaldi irrumpió:

—¿Qué quiere?

Morris recordó el astuto empecinamiento del hombre en quedarse en la casa y las infructuosas indignaciones de su padre, que decía “lo voy a sacar con el carrito de la Municipalidad”, y le mandaba regalos para que se fuera.

—¿Está la señorita Carmen Soares? —preguntó Morris, “ganando tiempo”.

Grimaldi blasfemó, dio un portazo, apagó la luz. En la oscuridad, Morris oyó alejarse los pasos alternados; después, en una conmoción de vidrios y de hierros, pasó un tranvía; después se restableció el silencio. Morris pensó triunfalmente: “No me ha reconocido”.

Enseguida sintió vergüenza, sorpresa, indignación. Resolvió romper la puerta a puntapiés y sacar al intruso. Como si estuviera borracho, dijo en voz alta: “Voy a levantar una denuncia en la seccional”. Se preguntó qué significaba esa

ofensiva múltiple y envolvente que sus compañeros habían lanzado contra él. Decidió consultarme.

Si me encontraba en casa, tendría tiempo de explicarme los hechos. Subió a un taxímetro y ordenó al chofer que lo llevara al pasaje Owen. El hombre lo ignoraba. Morris le preguntó de mal modo para qué daban exámenes. Abominó de todo: de la policía, que deja que nuestras casas se llenen de intrusos; de los extranjeros, que nos cambian el país y nunca aprenden a manejar. El chofer le propuso que tomara otro taxímetro. Morris le ordenó que tomara Vélez Sarsfield hasta cruzar las vías.

Se detuvieron en las barreras; interminables trenes grises hacían maniobras. Morris ordenó que rodeara por Toll la estación Sola. Bajó en Australia y Luzuriaga. El chofer le dijo que le pagara; que no podía esperarlo; que no existía tal pasaje. No le contestó; caminó con seguridad por Luzuriaga hacia el sur. El chofer lo siguió con el automóvil, insultándolo estrepitosamente. Morris pensó que si aparecía un vigilante, el chofer y él dormirían en la comisaría.

—Además —le dije— descubrirían que te habías fugado del hospital. La enfermera y los que te ayudaron tal vez se verían en un compromiso.

—Eso me tenía sin inquietud —respondió Morris, y continuó el relato:

Caminó una cuadra y no encontró el pasaje. Caminó otra cuadra, y otra. El chofer seguía protestando; la voz era más baja, el tono más sarcástico. Morris volvió sobre sus pasos; dobló por Alvarado; ahí estaba el parque Pereyra, la calle Rochdale. Tomó Rochdale; a mitad de cuadra, a la derecha, debían interrumpirse las casas y dejar lugar al pasaje Owen. Morris sintió como la antelación de un vértigo. Las casas no se interrumpieron; se encontró en Australia. Vio en lo alto, con un fondo de nubes nocturnas, el tanque de la International, en Luzuriaga; enfrente debía estar el pasaje Owen; no estaba.

Miró la hora; le quedaban apenas veinte minutos.

Caminó rápidamente. Muy pronto se detuvo. Estaba, con los pies hundidos en un espeso fango resbaladizo, ante una lúgubre serie de casas iguales, perdido. Quiso volver al parque Pereyra; no lo encontró. Temía que el chofer descubriera que se había perdido. Vio a un hombre, le preguntó dónde estaba el pasaje Owen. El hombre no era del barrio. Morris siguió caminando, exasperado. Apareció otro hombre. Morris caminó hacia él; rápidamente, el chofer se bajó del automóvil y también corrió. Morris y el chofer le preguntaron a gritos si sabía dónde estaba el pasaje Owen. El hombre parecía asustado, como si creyera que lo asaltaban. Respondió que nunca oyó nombrar ese pasaje; iba a decir algo más, pero Morris lo miró amenazadoramente.

Eran las tres y cuarto de la madrugada. Morris le dijo al chofer que lo llevara a Caseros y Entre Ríos.

En el hospital había otro centinela. Pasó dos o tres veces frente a la puerta, sin atreverse a entrar. Se resolvió a probar la suerte; mostró el anillo. El centinela no lo detuvo.

La enfermera apareció al final de la tarde siguiente. Le dijo:

—La impresión que le causaste al señor de la iglesia no es favorable. Tuvo que aprobar tu disimulo: su eterna prédica a los miembros del convivio. Pero tu falta de confianza en su persona, lo ofendió.

Dudaba de que el señor se interesara verdaderamente en favor de Morris.

La situación había empeorado. Las esperanzas de hacerlo pasar por extranjero habían desaparecido, su vida estaba en inmediato peligro.

Escribió una minuciosa relación de los hechos y me la envió. Después quiso justificarse: dijo que la preocupación de la mujer lo molestaba. Tal vez él mismo empezaba a preocuparse.

Idibal visitó de nuevo al señor; consiguió, como un favor hacia ella —“no hacia el desagradable espía”— la promesa de

que “las mejores influencias intervendrían activamente en el asunto”. El plan era que obligaran a Morris a intentar una reproducción realista del hecho; vale decir, que le dieran un aeroplano y le permitieran reproducir la prueba que, según él, había cumplido el día del accidente.

Las mejores influencias prevalecieron, pero el avión de la prueba sería de dos plazas. Esto significaba una dificultad para la segunda parte del plan: la fuga de Morris al Uruguay. Morris dijo que él sabría disponer del acompañante. Las influencias insistieron en que el aeroplano fuera un monoplano idéntico al del accidente.

Idibal, después de una semana en que lo abrumó con esperanzas y ansiedades, llegó radiante y declaró que todo se había conseguido. La fecha de la prueba se había fijado para el viernes próximo (faltaban cinco días). Volaría solo.

La mujer lo miró ansiosamente y le dijo:

—Te espero en la Colonia. En cuanto “despegués”, enfilás al Uruguay. ¿Lo prometés?

Lo prometió. Se dio vuelta en la cama y simuló dormir. Comentó: “Me parecía que me llevaba de la mano al casamiento y eso me daba rabia”. Ignoraba que se despedían.

Como estaba restablecido, a la mañana siguiente lo llevaron al cuartel.

—Esos días fueron bravos —comentó—. Los pasé en una pieza de dos por dos, mateando y truqueando de lo lindo con los centinelas.

—Si vos no jugás al truco —le dije.

Fue una brusca inspiración. Naturalmente, yo no sabía si jugaba o no.

—Bueno: poné cualquier juego de naipes —respondió sin inquietarse.

Yo estaba asombrado. Había creído que la casualidad, o las circunstancias, habían hecho de Morris un arquetipo; jamás creí que fuera un artista del color local. Continuó:

—Me creerás un infeliz, pero yo me pasaba las horas pensando en la mujer. Estaba tan loco, que llegué a creer que la había olvidado...

Lo interpreté:

—¿Tratabas de imaginar su cara y no podías?

—¿Cómo adivinaste? —no aguardó mi contestación.

Continuó el relato:

Una mañana lluviosa lo sacaron en un pretérito doble-faetón. En El Palomar lo esperaba una solemne comitiva de militares y de funcionarios. “Parecía un duelo —dijo Morris—, un duelo o una ejecución”. Dos o tres mecánicos abrieron el hangar y empujaron hacia afuera un Dewotine de caza, “un serio competidor del doble-faetón, créeme”.

Lo puso en marcha; vio que no había nafta para diez minutos de vuelo; llegar al Uruguay era imposible. Tuvo un momento de tristeza; melancólicamente se dijo que tal vez fuera mejor morir que vivir como un esclavo. Había fracasado la estrategia; salir a volar era inútil; tuvo ganas de llamar a esa gente y decirles: “Señores, esto se acabó”. Por apatía dejó que los acontecimientos siguieran su curso. Decidió ejecutar otra vez su nuevo esquema de prueba.

Corrió unos quinientos metros y despegó. Cumplió regularmente la primera parte del ejercicio, pero al emprender las operaciones nuevas volvió a sentirse mareado, a perder el conocimiento, a oírse una avergonzada queja por estar perdiendo el conocimiento. Sobre el campo de aterrizaje, logró enderezar el aeroplano.

Cuando volvió en sí estaba dolorosamente acostado en una cama blanca, en un cuarto alto, de paredes blancuzcas y desnudas. Comprendió que estaba herido, que estaba detenido, que estaba en el Hospital Militar. Se preguntó si todo no era una alucinación.

Completé su pensamiento:

—Una alucinación que tenías en el instante de despertar.

Supo que la caída ocurrió el 31 de agosto. Perdió la noción del tiempo. Pasaron tres o cuatro días. Se alegró de que Idibal estuviera en la Colonia; este nuevo accidente lo avergonzaba; además, la mujer le reprocharía no haber planeado hasta el Uruguay.

Reflexionó: “Cuando se entere del accidente, volverá. Habrá que esperar dos o tres días”.

Lo atendía una nueva enfermera. Pasaban las tardes tomados de la mano.

Idibal no volvía. Morris empezó a inquietarse. Una noche tuvo gran ansiedad. “Me creerás loco” –me dijo–. Estaba con ganas de verla. “Pensé que había vuelto, que sabía la historia de la otra enfermera y que por eso no quería verme”.

Le pidió a un practicante que llamara a Idibal. El hombre no volvía. Mucho después (pero esa misma noche; a Morris le parecía increíble que una noche durara tanto) volvió; el jefe le había dicho que en el hospital no trabajaba ninguna persona de ese nombre. Morris le ordenó que averiguara cuándo había dejado el empleo. El practicante volvió a la madrugada y le dijo que el jefe de personal ya se había retirado.

Soñaba con Idibal. De día la imaginaba. Empezó a soñar que no podía encontrarla. Finalmente, no podía imaginarla, ni soñar con ella.

Le dijeron que ninguna persona llamada Idibal “trabajaba ni había trabajado en el establecimiento”.

La nueva enfermera le aconsejó que leyera. Le trajeron los diarios. Ni la sección *Al margen de los deportes y el turf* le interesaba. “Me dio la loca y pedí los libros que me mandaste”. Le respondieron que nadie le había mandado libros (estuve a punto de cometer una imprudencia; de reconocer que yo no le había mandado nada). Pensó que se había descubierto el plan de la fuga y la participación de Idibal, por eso Idibal no aparecía. Se miró las manos: el anillo no estaba. Lo pidió. Le dijeron que era tarde, que la intendenta se había retirado. Pasó una noche atroz y vastísima, pensando que nunca le traerían el anillo...

—Pensando —agregué— que si no te devolvían el anillo no quedaría ningún rastro de Idibal.

—No pensé en eso —afirmó honestamente—. Pero pasé la noche como un desequilibrado. Al otro día me trajeron el anillo.

—¿Lo tenés? —le pregunté con una incredulidad que me asombró a mí mismo.

—Sí —respondió—. En lugar seguro.

Abrió un cajón lateral del escritorio y sacó un anillo. La piedra del anillo tenía una vívida transparencia; no brillaba mucho. En el fondo había un altorrelieve en colores: un busto humano, femenino, con cabeza de caballo; sospeché que se trataba de la efigie de alguna divinidad antigua. Aunque no soy un experto en la materia, me atrevo a afirmar que ese anillo era una pieza de valor.

Una mañana entraron en su cuarto unos oficiales con un soldado que traía una mesa. El soldado dejó la mesa y se fue. Volvió con una máquina de escribir; la colocó sobre la mesa, acercó una silla y se sentó frente a la máquina. Empezó a escribir. Un oficial dictó: Nombre: Ireneo Morris; nacionalidad: argentina; regimiento: tercero; escuadrilla: novena; base: El Palomar.

Le pareció natural que pasaran por alto esas formalidades, que no le preguntaran el nombre; esta era una segunda declaración, “sin embargo —me dijo— se notaba algún progreso”; ahora aceptaban que fuera argentino, que perteneciera a su regimiento, a su escuadrilla, al Palomar. La cordura duró poco. Le preguntaron cuál fue su paradero desde el 23 de junio (fecha de la primera prueba); dónde había dejado el Breguet 304 (“El número no era 304 —aclaró Morris—. Era 309”; este error inútil lo asombró); de dónde sacó ese viejo Dewotine... Cuando dijo que el Breguet estaría por ahí cerca, ya que la caída del 23 ocurrió en El Palomar, y que sabrían de dónde salía el Dewotine, ya que ellos mismos se lo habían dado para reproducir la prueba del 23, simularon no creerle.

Pero ya no simulaban que era un desconocido, ni que era un espía. Lo acusaban de haber estado en otro país desde el 23 de junio; lo acusaban –comprendió con renovado furor– de haber vendido a otro país un arma secreta. La indescifrable conjuración continuaba, pero los acusadores habían cambiado el plan de ataque.

Gesticulante y cordial, apareció el teniente Viera. Morris lo insultó. Viera simuló una gran sorpresa; finalmente, declaró que tendrían que batirse.

—Pensé que la situación había mejorado —dijo—. Los traidores volvían a poner cara de amigos.

Lo visitó el general Huet. El mismo Kramer lo visitó. Morris estaba distraído y no tuvo tiempo de reaccionar. Kramer le gritó: “No creo una palabra de las acusaciones, hermano”. Se abrazaron, efusivos. Algún día —pensó Morris— aclaría el asunto. Le pidió a Kramer que me viera.

Me atreví a preguntar:

—Decime una cosa, Morris, ¿te acordás qué libros te mandé?

—El título no lo recuerdo —sentenció gravemente—. En tu nota está consignado.

Yo no le había escrito ninguna nota.

Lo ayudé a caminar hasta el dormitorio. Sacó del cajón de la mesa de luz una hoja de papel de carta (de un papel de carta que no reconocí). Me la entregó:

La letra parecía una mala imitación de la mía; mis T y E mayúsculas remedan las de imprenta; estas eran “inglesas”. Leí:

“Acuso recibo de su atenta del 16, que me ha llegado con algún retraso, debido, sin duda, a un sugerente error en la dirección. Yo no vivo en el pasaje “Owen” sino en la calle Miranda, en el barrio Nazca. Le aseguro que he leído su relación con mucho interés. Por ahora no puedo visitarlo; estoy enfermo, pero me cuidan solícitas manos femeninas y dentro de poco me repondré; entonces tendré el gusto de verlo.

“Le envío, como símbolo de comprensión, estos libros de Blanqui, y le recomiendo leer, en el tomo tercero, el poema que empieza en la página 281”.

Me despedí de Morris. Le prometí volver la semana siguiente. El asunto me interesaba y me dejaba perplejo. No dudaba de la buena fe de Morris, pero yo no le había escrito esa carta; yo nunca le había mandado libros; yo no conocía las obras de Blanqui.

Sobre “mi carta” debo hacer algunas observaciones: 1) su autor no tutea a Morris felizmente, Morris es poco diestro en asuntos de letras: no advirtió el “cambio” de tratamiento y no se ofendió conmigo: yo siempre lo he tuteado; 2) juro que soy inocente de la frase “Acuso recibo de su atenta”; 3) en cuanto a escribir Owen entre comillas, me asombra y lo propongo a la atención del lector.

Mi ignorancia de las obras de Blanqui se debe, quizá, al plan de lectura. Desde muy joven he comprendido que para no dejarse arrasar por la inconsiderada producción de libros y para conseguir, siquiera en apariencia, una cultura enciclopédica, era imprescindible un plan de lecturas. Este plan jalona mi vida: una época estuvo ocupada por la filosofía, otra por la literatura francesa, otra por las ciencias naturales, otra por la antigua literatura celta y en especial la del país de Kimris (debido a la influencia del padre de Morris). La medicina se ha intercalado en este plan, sin interrumpirlo nunca.

Pocos días antes de la visita del teniente Kramer a mi consultorio, yo había concluido con las ciencias ocultas. Había explorado las obras de Papus, de Richet de Lhomond, de Stanislas de Guaita, de Labougle, del obispo de la Rocheia, de Lodge, de Hogden, de Alberto el Grande. Me interesaban especialmente los conjuros, las apariciones y las desapariciones; con relación a estas últimas, recordaré siempre el caso de Sir Daniel Sludge Home, quien, a instancias de la Society for Psychical Research, de Londres, y ante una concurrencia compuesta exclusivamente de baronets, intentó unos pases que se

emplean para provocar la desaparición de fantasmas y murió en el acto. En cuanto a esos nuevos Elías, que habrían desaparecido sin dejar rastros ni cadáveres, me permito dudar.

El “misterio” de la carta me incitó a leer las obras de Blanqui (autor que yo ignoraba). Lo encontré en la enciclopedia, y comprobé que había escrito sobre temas políticos. Esto me complació: inmediatas a las ciencias ocultas se hallan la política y la sociología. Mi plan observa tales transiciones para evitar que el espíritu se adormezca en largas tendencias.

Una madrugada, en la calle Corrientes, en una librería apenas atendida por un viejo borroso, encontré un polvoriento atado de libros encuadrados en cuero pardo, con títulos y filetes dorados: las obras completas de Blanqui. Lo compré por quince pesos.

En la página 281 de mi edición no hay ninguna poesía. Aunque no he leído íntegramente la obra, creo que el escrito aludido es “L’Éternité par les Astres”, un poema en prosa; en mi edición comienza en la página 307, del segundo tomo.

En ese poema o ensayo encontré la explicación de la aventura de Morris.

Fui a Nazca; hablé con los comerciantes del barrio; en las dos cuadras que agotan la calle Miranda no vive ninguna persona de mi nombre.

Fui a Márquez; no hay número 6890; no hay iglesias; había –esa tarde– una poética luz, con el pasto de los potreros muy verde, muy claro y con los árboles lilas y transparentes. Además la calle no está cerca de los talleres del F.C.O. Está cerca del puente de la Noria.

Fui a los talleres del F.C.O. Tuve dificultades para rodearlos por Juan B. Justo y Gaona. Pregunté cómo salir del otro lado de los talleres. “Siga por Rivadavia –me dijeron– hasta Cuzco. Después cruce las vías”. Como era previsible, allí no existe ninguna calle Márquez; la calle que Morris denomina Márquez debe ser Bynnon. Es verdad que ni en el número 6890 –ni en el resto de la calle– hay iglesias. Muy cerca, por

Cuzco, está San Cayetano; el hecho no tiene importancia: San Cayetano no es la iglesia del relato. La inexistencia de iglesias en la misma calle Bynnon no invalida mi hipótesis de que esa calle es la mencionada por Morris... Pero esto se verá después.

Hallé también las torres que mi amigo creyó ver en un lugar despejado y solitario: son el pórtico del Club Atlético Vélez Sarsfield, en Fragueiro y Barragán.

No tuve que visitar especialmente el pasaje Owen: vivo en él. Cuando Morris se encontró perdido, sospecho que estaba frente a las casas lúgub्रamente iguales del barrio obrero Monseñor Espinosa, con los pies enterrados en el barro blanco de la calle Perdriel.

Volví a visitar a Morris. Le pregunté si no recordaba haber pasado por una calle Hamilcar, o Haníbal, en su memorable recorrida nocturna. Afirmó que no conocía calles de esos nombres. Le pregunté si en la iglesia que él visitó había algún símbolo junto a la cruz. Se quedó en silencio, mirándome. Creía que yo no le hablaba en serio. Finalmente, me preguntó:

—¿Cómo querés que uno se fije en esas cosas?

Le di la razón.

—Sin embargo, sería importante... —insistí—. Tratá de hacer memoria. Tratá de recordar si junto a la cruz no había alguna figura.

—Tal vez —murmuró—, tal vez un...

—¿Un trapecio? —insinué.

—Sí, un trapecio —dijo sin convicción.

—¿Simple o cruzado por una linea?

—Verdad —exclamó—. ¿Cómo sabés? ¿Estuviste en la calle Márquez? Al principio no me acordaba nada... De pronto he visto el conjunto: la cruz y el trapecio; un trapecio cruzado por una línea con puntas dobladas.

Hablaban animadamente.

—¿Y te fijaste en alguna estatua de santos?

—Viejo —exclamó con reprimida impaciencia—. No me habías pedido que levantara el inventario.

Le dije que no se enojara. Cuando se calmó, le pedí que me mostrase el anillo y que me repitiese el nombre de la enfermera.

Volví a casa, feliz. Oí ruidos en el cuarto de mi sobrina; pensé que estaría ordenando sus cosas. Procuré que no descubriera mi presencia; no quería que me interrumpieran. Tomé el libro de Blanqui, me lo puse debajo del brazo y salí a la calle.

Me senté en un banco del parque Pereyra. Una vez más leí este párrafo:

“Habrá infinitos mundos idénticos, infinitos mundos ligeramente variados, infinitos mundos diferentes. Lo que ahora escribo en este calabozo del fuerte del Toro, lo he escrito y lo escribiré durante la eternidad, en una mesa, en un papel, en un calabozo, enteramente parecidos. En infinitos mundos mi situación será la misma, pero tal vez la causa de mi encierro gradualmente pierda su nobleza, hasta ser sórdida, y quizá mis líneas tengan, en otros mundos, la innegable superioridad de un adjetivo feliz”.

El 23 de junio Morris cayó con su Breguet en el Buenos Aires de un mundo casi igual a este. El período confuso que siguió al accidente le impidió notar las primeras diferencias; para notar las otras se hubieran requerido una perspicacia y una educación que Morris no poseía.

Remontó vuelo una mañana gris y lluviosa; cayó en un día radiante. El moscardón, en el hospital, sugiere el verano; el “calor tremendo” que lo abrumó durante los interrogatorios, lo confirma.

Morris da en su relato algunas características diferenciales del mundo que visitó. Allí, por ejemplo, falta el País de Gales: las calles con nombre galés no existen en ese Buenos Aires: Byndon se convierte en Márquez, y Morris, por laberintos de la noche y de su propia ofuscación, busca en vano el pasaje Owen... Yo, y Viera, y Kramer, y Margaride, y Faverio, existimos allí porque nuestro origen no es galés; el general Huet y el mismo Ireneo Morris, ambos de ascendencia galesa,

no existen (él penetró por accidente). El Carlos Alberto Servian de allá, en su carta, escribe entre comillas la palabra “Owen”, porque le parece extraña; por la misma razón, los oficiales rieron cuando Morris declaró su nombre.

Porque no existieron allí los Morris, en Bolívar 971 sigue viviendo el inamovible Grimaldi.

La relación de Morris revela, también, que en ese mundo Cartago no desapareció. Cuando comprendí esto hice mis tontas preguntas sobre las calles Haníbal y Hamilcar.

Alguien preguntará cómo, si no desapareció Cartago, existe el idioma español. ¿Recordaré que entre la victoria y la aniquilación puede haber grados intermedios?

El anillo es una doble prueba que tengo en mi poder. Es una prueba de que Morris estuvo en otro mundo: ningún experto, de los muchos que he consultado, reconoció la piedra. Es una prueba de la existencia (en ese otro mundo) de Cartago: el caballo es un símbolo cartaginés. ¿Quién no ha visto anillos iguales en el museo de Lavigerie?

Además –Idibal, o Iddibal–, el nombre de la enfermera, es cartaginés; la fuente con peces rituales y el trapecio cruzado son cartagineses; por último –horresco referens– están los convivios o *circuli*, de memoria tan cartaginesa y funesta como el insaciable Moloch...

Pero volvamos a la especulación tranquila. Me pregunto si yo compré las obras de Blanqui porque estaban citadas en la carta que me mostró Morris, o porque las historias de estos dos mundos son paralelas. Como allí los Morris no existen, las leyendas celtas no ocuparon parte del plan de lecturas; el otro Carlos Alberto Servian pudo adelantarse, pudo llegar antes que yo a las obras políticas.

Estoy orgulloso de él: con los pocos datos que tenía, aclaró la misteriosa aparición de Morris; para que Morris también la comprendiera, le recomendó “L’Éternité par les Astres”. Me asombra, sin embargo, su jactancia de vivir en el bochornoso barrio Nazca y de ignorar el pasaje Owen.

Morris fue a ese otro mundo y regresó. No apeló a mi bala con resorte ni a los demás vehículos que se han ideado para surcar la increíble astronomía. ¿Cómo cumplió sus viajes? Abrí el diccionario de Kent; en la palabra *pase*, leí: “Complicadas series de movimientos que se hacen con las manos, por las cuales se provocan apariciones y desapariciones”. Pensé que las manos tal vez no fueran indispensables; que los movimientos podrían hacerse con otros objetos; por ejemplo, con aviones.

Mi teoría es que el “nuevo esquema de prueba” coincide con algún pase (las dos veces que lo intenta, Morris se desmaya y cambia de mundo).

Allí supusieron que era un espía venido de un país limítrofe: aquí explican su ausencia, imputándole una fuga al extranjero, con propósitos de vender un arma secreta. Él no entiende nada y se cree víctima de un complot inicuo.

Cuando volví a casa encontré sobre el escritorio una nota de mi sobrina. Me comunicaba que se había fugado con ese traidor arrepentido, el teniente Kramer. Añadía esta crueldad: “Tengo el consuelo de saber que no sufrirás mucho, ya que nunca te interesaste en mí”. La última línea estaba escrita con evidente saña; decía: “Kramer se interesa en mí; soy feliz”.

Tuve un gran abatimiento, no atendí a los enfermos y por más de veinte días no salí a la calle. Pensé con alguna envidia en ese yo astral, encerrado, como yo, en su casa, pero atendido por “solícitas manos femeninas”. Creo conocer su intimidad; creo conocer esas manos.

Visité a Morris. Traté de hablarle de mi sobrina (apenas me contengo de hablar, incansablemente, de mi sobrina). Me preguntó si era una muchacha maternal. Le dije que no. Le oí hablar de la enfermera.

No es la posibilidad de encontrarme con una nueva versión de mí mismo lo que me incitaría a viajar hasta ese otro Buenos Aires. La idea de reproducirme, según la imagen de mi ex libris, o de conocerme, según su lema, no me ilusiona. Me

ilusiona, tal vez, la idea de aprovechar una experiencia que el otro Servian, en su dicha, no ha adquirido.

Pero estos son problemas personales. En cambio la situación de Morris me preocupa. Aquí todos lo conocen y han querido ser considerados con él, pero como tiene un modo de negar verdaderamente monótono y su falta de confianza exaspera a los jefes, la degradación, si no la descarga del fusilamiento, es su porvenir.

Si le hubiera pedido el anillo que le dio la enfermera, me lo habría negado. Refractario a las ideas generales, jamás hubiera entendido el derecho de la humanidad sobre ese testimonio de la existencia de otros mundos. Debo reconocer, además, que Morris tenía un insensato apego por ese anillo. Tal vez mi acción repugne a los sentimientos del *gentleman* (alias, infalible, del *cambrioleur*); la conciencia del humanista la aprueba. Finalmente, me es grato señalar un resultado inesperado: desde la pérdida del anillo, Morris está más dispuesto a escuchar mis planes de evasión.

Nosotros, los armenios, estamos unidos. Dentro de la sociedad formamos un núcleo indestructible. Tengo buenas amistades en el ejército. Morris podrá intentar una reproducción de su accidente. Yo me atreveré a acompañarlo.

C. A. S.

El relato de Carlos Alberto Servian me pareció inverosímil. No ignoro la antigua leyenda del carro de Morgan; el pasajero dice dónde quiere ir, y el carro lo lleva, pero es una leyenda. Admitamos que, por casualidad, el capitán Ireneo Morris haya caído en otro mundo; que vuelva a caer en este sería un exceso de casualidad.

Desde el principio tuve esa opinión. Los hechos la confirmaron.

Un grupo de amigos proyectamos y postergamos, año tras año, un viaje a la frontera del Uruguay con el Brasil. Este año no pudimos evitarlo y partimos.

El 3 de abril almorzábamos en un almacén en medio del campo, después visitaríamos una *fazenda* interesantísima.

Seguido de una polvareda, llegó un interminable Packard; una especie de *jockey* bajó. Era el capitán Morris.

Pagó el almuerzo de sus compatriotas y bebió con ellos. Supe después que era secretario, o sirviente, de un contrabandista.

No acompañé a mis amigos a visitar la *fazenda*. Morris me contó sus aventuras: tiroteos con la policía; estratagemas para tentar a la justicia y perder a los rivales; cruce de ríos prendido a la cola de los caballos; borracheras y mujeres... Sin duda, exageró su astucia y su valor. No podré exagerar su monotonía.

De pronto, como en un vahído, creí entrever un descubrimiento. Empecé a investigar; investigué con Morris; investigué con otros cuando Morris se fue.

Recogí pruebas de que Morris llegó a mediados de junio del año pasado, y de que *muchas veces fue visto en la región, entre principios de septiembre y fines de diciembre*. El 8 de septiembre intervino en unas carreras cuadreras, en Yaguarao; después pasó varios días en cama, a consecuencia de una caída del caballo.

Sin embargo, en esos días de septiembre, el capitán Morris estaba internado y detenido en el Hospital Militar, de Buenos Aires: las autoridades militares, compañeros de armas, sus amigos de infancia, el doctor Servian y el ahora capitán Kramer, el general Huet, viejo amigo de su casa, lo atestiguan.

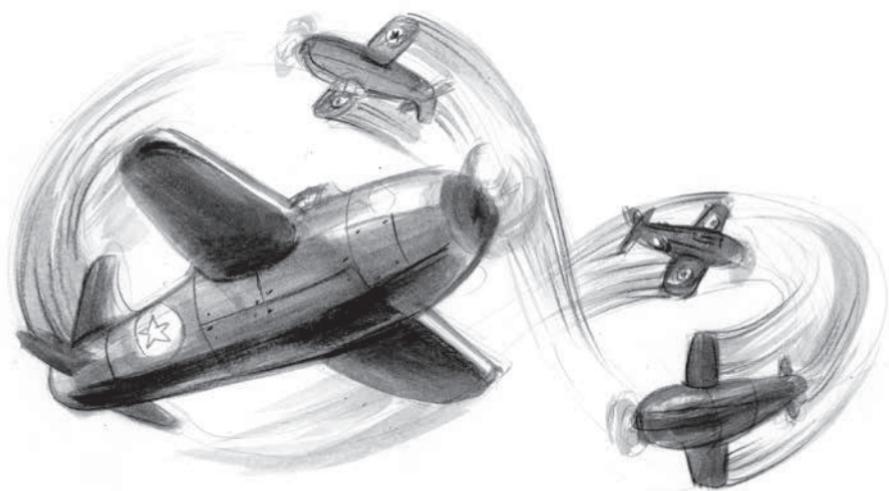
La explicación es evidente:

En varios mundos casi iguales, varios capitanes Morris salieron un día (aquí el 23 de junio) a probar aeroplanos. Nuestro Morris se fugó al Uruguay o al Brasil. Otro, que salió de otro Buenos Aires, hizo unos “pases” con su aeroplano y se encontró en el Buenos Aires de otro mundo (donde no existía Gales y donde existía Cartago, donde espera Idibal). Ese Ireneo Morris subió después en el Dewotine, volvió a hacer los “pases” y cayó en este Buenos Aires. Como era idéntico al otro

Morris, hasta sus compañeros lo confundieron. Pero no era el mismo. El nuestro (el que está en el Brasil) remontó vuelo, el 23 de junio, con el Breguet 304; el otro sabía perfectamente que había probado el Breguet 309. Después, con el doctor Servian de acompañante, intenta los pases de nuevo y desaparece. Quizá lleguen a otro mundo; es menos probable que encuentren a la sobrina de Servian y a la cartaginesa.

Alegar a Blanqui para encarecer la teoría de la pluralidad de los mundos fue, tal vez, un mérito de Servian; yo, más limitado, hubiera propuesto la autoridad de un clásico; por ejemplo: "Según Demócrito, hay una infinidad de mundos, entre los cuales algunos son no tan solo parecidos, sino perfectamente iguales" (Cicerón, *Primeras Académicas*, II, XVII); o: "Henos aquí, en Bauli, cerca de Pezzuoli, ¿piensas tú que ahora, en un número infinito de lugares exactamente iguales, habrá reuniones de personas con nuestros mismos nombres, revestidas de los mismos honores, que hayan pasado por las mismas circunstancias, y en ingenio, en edad, en aspecto, idénticas a nosotros, discutiendo este mismo tema?" [Id., Id., II, XL].

Finalmente, para lectores acostumbrados a la antigua noción de mundos planetarios y esféricos, los viajes entre Buenos Aires de distintos mundos parecerán increíbles. Se preguntarán por qué los viajeros llegan siempre a Buenos Aires y no a otras regiones, a los mares o a los desiertos. La única respuesta que puedo ofrecer a una cuestión tan ajena a mi incumbencia, es que tal vez estos mundos sean como haces de espacios y de tiempos paralelos.



CARLOS OCTAVIO BUNGE

(ARGENTINA, 9 DE ENERO DE 1875 – 22 DE MAYO DE 1918).

Escritor, sociólogo y jurista. Su espíritu crítico y contribución intelectual en las áreas de la educación, la filosofía, el derecho y el pensamiento latinoamericano fue de una importancia capital para el desarrollo sociocultural de la Argentina y de todo el continente. Sus principales obras son *Nuestra América* y *Principios de psicología individual y social* (1903). Escribió teatro: *La revolución de Churubusco*, *La primera batalla*, *El roble*, *Fracasado* y *Los colegas* (1908); novelas y narraciones diversas: *Xarcas Silenciaro* (1903), *La novela de la sangre* (1904), *Viaje a través de la estirpe y otras narraciones* (1908), *El espíritu de la educación* (1901), *Principios de psicología individual y social* (1903), *Educación de la mujer* (1904) y *Estudios filosóficos* (1906). También escribió *Nuestra Patria*, en el que expone un interesante análisis de la composición social argentina y su porvenir. El cuento “*Pesadilla drolática (impresiones de veinticuatro horas de fiebre)*” está incluido en su libro *Thespis*, publicado en 1907.

PESADILLA DROLÁTICA

(Impresiones de veinticuatro horas de fiebre)

I

Yo no podía dormir... En vano regularizaba mi respiración, trataba de apaciguar mi pensamiento, me oprimía el pecho para contener sus latidos, ¡en vano!... ¡Yo no podía dormir!

El insomnio acabó por vencerme y desmoralizarme. Me abandoné a él como un naufrago que pierde las fuerzas en la corriente. No pudiendo ya contener mi intranquilidad, me revolvía en las sábanas, me sentaba, fumaba, encendía y apagaba la luz... Cuando la encendía, no vislumbraba más que sombras... Cuando la apagaba, en la obscuridad más completa, veía unos vagos arabescos, como de humo, que se agrandaban y achicaban, subiendo y bajando en el aire.

En mi cabeza penetró, poco a poco, el clavo ardiendo de una idea fija. Yo lo sabía perfectamente... Y lo que supiera era esto, que me repetía a cada instante, a cada minuto, a cada segundo:

—Tucker, ese bribón de Tucker tiene la culpa.

¿Quién era Tucker? ¿Cómo era Tucker? ¿Qué hacía? ¿Dónde estaba?... Nada de eso sabía yo; pero sabía bien, jah, muy bien!, que él solo, que solo él tenía la culpa... ¿La culpa de qué? Yo lo ignoraba asimismo. Comprendía únicamente que eso debía ser algo terrible, macabramente terrible, diabólicamente terrible. Sería como una incommensurable esfera de

barro que debía aplastarnos; sería como si todos, hombres y espíritus, me burlasen y despreciaran; sería, en fin, como una cosa que no cupiese en el mundo ni pudiera decirse en lenguaje humano...

—¿Había ocurrido ya? —Iba a ocurrir más adelante? —Estaba ocurriendo entonces? —Tampoco sabía yo eso!... Mas nunca, jamás me sentí tan agitado, ¡y con tanta razón agitado!, como aquella noche fatal en que me repetía, arracándome los pelos:

—¡El malvado de Tucker tiene la culpa!

Consolábame, empero, el vago pensamiento de que *aquello* no sucedía realmente. Yo sabía que estaba soñando. ¡Y sin embargo no podía dormirme!... —¿Quién hubiera dormido con semejante preocupación? —No, no dormí un instante en toda la noche!

Cuando amaneció, el sirviente me trajo el desayuno. —¡El sirviente!... —¿Qué venía a buscar a mi habitación ese espía odioso?... Yo lo maldije y lo eché con voz de trueno (con una voz muy rara, que no era mi voz):

—¡Váyase al infierno!

Puso él la bandeja sobre una mesa, y salió disparado, cerrando la puerta. Al cerrarla dio un chillido, porque se apretó la cola (indudablemente tenía cola, una larga y peluda cola de mono).

Dejé que el desayuno se enfriara en la taza durante todo el día. Era un desayuno de hirviente sangre humana, y yo no podía olvidar que la sangre humana tarda mucho en enfriarse.

Esperando, pues, que se enfriara el desayuno, me lo pasé todo el día en cama. Felizmente tenía caramelos de goma en la mesita de luz, porque estaba muy resfriado. Tan resfriado que la respiración se me había detenido por completo. Esto me daba, naturalmente, mucha risa. —Vivir sin respirar, como los muertos! —Qué cosa más ridícula!...

Y todo el día me estuve repitiendo:

—¡El infame de Tucker tiene la culpa!, todo el día, hasta que anocheció.

Cuando anocheció, esta idea llegó a hacerse más dolorosa que nunca. Comprendí que debía ver a Tucker para enrostrarle su infamia... Por eso me vestí y salí a la calle.

Advertí en la calle que me había olvidado de ponerme el saco, aunque estaba muy bien peinado y llevaba una estrella verdadera prendida en la corbata. Esta estrella, que era como la cabeza de un clavo, yo la había arrancado del cielo con mi propia mano, parándome en puntas de pies y estirando enormemente el brazo derecho. Tenía así el brazo derecho algo descoyuntado y andaba sin saco por la calle... ¡Pero lo peor era la estrella que me quemaba el pecho como una brasa!

Afuera de mi casa noté una cosa bien tonta. Noté que el cielo era un gran toldo negro. Y el toldo se caía por haberle quitado yo la estrella que lo sostuviera en el cenit. Había que caminar levantando la tela del cielo con las manos, como dentro de una carpa de techo muy bajo. ¡Era esto muy incómodo! Mas sucedió lo que debía suceder. Caído el cielo sobre las luces de la ciudad, se incendió como estopa y voló en levísimas partículas de ceniza (no tan levísimas, diré de paso, pues una que me entró en el ojo derecho era del grandor de una avellana).

Yo estaba apresuradísimo por ver a Tucker. Tan rápidamente iba, que caminaba por el aire sin notarlo. La Tierra se había hundido en un abismo sin fin y yo seguía corriendo por el plano vacío que antes fuera su superficie. No importaba. La cuestión estribaba en ver cuánto antes al canalla de Tucker.

De pronto sentí tierra firme bajo mis pies. Estaba en una ciudad extranjera, pero habitada por mis conciudadanos. En las calles había mucha luz amarillenta y mucha gente que reía, corría, gesticulaba. Todos estaban tan contentos, que bailaban desarticulándose y rearticulándose como títeres. Yo mismo me daba cuenta de que perdía en el camino, ora un pie, ora un brazo, ora parte del tronco... No me tomaba el trabajo de recoger estos órganos cuando los veía caerse, y los dejaba detrás de mí, porque iba muy apurado y sabía que ellos solos –el pie, el brazo, la parte del tronco– volverían a incorporarse

a mi persona. Además, todo era un sueño. Además, yo tenía el privilegio de la salamandra, de hacer retoñar los muñones para recuperar los órganos perdidos.

La gente seguía riendo, corriendo, gesticulando... Vi algunos amigos que me reconocieron y me saludaron con gestos extravagantes, quién sacándome la lengua, quién escupiéndome una ranita verde en la cara. No me paré a preguntarles la razón de su loca alegría, porque mi prisa arreciaba como un ciclón.

Mi prisa por arrancarle los ojos a Tucker, ¡el miserable!, era tal, que recorrió muchas veces aquella dilatadísima ciudad de punta a punta (y digo "dilatadísima" sin hipérbole, porque ocupaba muy bien una tercera parte y más de la Tierra).

¡Por fin!... Por fin descubrí en la puerta de una casa de dos pisos una tablilla de cobre que decía:

TUCKER-PROCURADOR

—Aquí vive —me dije inmediatamente.

Y traté de pararme. Pero el impulso que llevaba de tanto correr me hizo seguir, por la ley de la inercia, varias leguas más allá de la puerta de Tucker. Así, un automóvil a toda velocidad no puede detenerse de repente, aunque el *chauffeur* descubra en el camino un obispo de mitra y gran capa pluvial, seguido de una veintena de monaguillos con rojas sobrepellices.

Después de desandar lentamente en diez o doce horas las leguas que rodara sin poder pararme, me volví a encontrar ante la casa de Tucker. Justo en la puerta me detuve esta vez. ¡Para ello había vuelto paso a paso!...

En el tiempo de mi vuelta, la casa había cambiado bastante. Ahora parecía una ruina y una cueva. Pero no había cómo equivocarse por la chapa de cobre, que siempre decía:

TUCKER-PROCURADOR

Di dos o tres aldabonazos, que retumbaron como truenos y fulguraron como relámpagos...

—¡Santa Bárbara! —me dije, persignándose a modo de vieja gruñona.

Y como nadie saliera a recibirme y la puerta estaba abierta, me colé adentro de la casa de Tucker. El rojo fulgor de los relámpagos producidos por los aldabonazos, en medio de una profunda obscuridad, me guiaron hacia la escalera. Era una angosta escalera de caracol. Comencé a subirla, y no terminaba nunca...

—Es realmente curioso —pensaba mientras subía— que una casa tan baja, de dos pisos, tenga una escalera tan alta... como de diez... de veinte... de cien pisos...

Y, bien agarrado de un pasamanos de hierro, seguí subiendo, subiendo, subiendo... Para distraerme me puse a contar los escalones... Al pasar de los quince mil perdí la cuenta y me sentí un poco mareado... Mas estaba tan contento, que pude llegar hasta el final de aquella nueva escala de Jacob.

Terminada la escalera interminable, penetré como por escotillón en una ancha pieza cuadrada. Una pieza cuadrada, muy grande, con los muros, el techo, el piso, todo de un blancor de nácar. No había allí muebles ni puertas, ni personas, ni el más leve objeto, mancha o sombra. Me sentí deslumbrado, pues aunque no se veían lámparas, focos ni bujías, estaba iluminadísima, estaba enteramente iluminada *a giorno*.

Pasado el primer deslumbramiento, miré mejor y vi que allá, en el fondo de la pieza, me aguardaba Nanelia. Aunque jamás la viera ni oyese hablar de ella, yo la reconocí en seguida. Era Nanelia. Era una alta y hermosísima mujer pálida —la más alta, más hermosa y más pálida mujer del mundo—, toda vestida de blanco, sin joyas, flores ni cintas, llamada Nanelia. Sobre su frente exangüe brillaba una cabellera tan negra, que se diría un cuervo incubando allí sus ideas.

—Hace ya siete años que te estoy esperando —me dijo.

Como era mi prometida, yo la abracé, la besé en sus rojos labios, y le repuse:

—Siete años!... ¡Pobre Nanelia!... Pero tú sabes...

—Sí, yo también sé —me interrumpió ella— que el perfido de Tucker, mi tío y tutor, tiene la culpa.

—¡Cómo! —exclamé lleno de asombro—. Yo creía que Tucker era tu padre.

Riéndose con sus dientes centelleantemente blancos, ella me informó:

—Algunas veces es mi padre, otras un extraño, otras mi tío y tutor. Eso depende del estado de ánimo.

—Ciento, ciertísimo —le contesté, convencido—. Pero también es cierto, ciertísimo —agregué atemorizado— que él está en el fondo de la casa, mirándonos a través de las paredes con sus ojos de ahorcado o de basilisco.

—Huyamos, entonces —me propuso Nanela, echándose apresuradamente una mantilla de encajes sobre el cuervo de sus cabellos.

—Huyamos.

Y salimos del brazo, bajando juntos una recta y amplia escalera de mármol blanco, de la escasa altura que convenía a aquella casita de dos pisos.

—Yo subí por una escalera mucho más alta, obscura y de caracol —le dije a mi acompañada.

—Verdad —me aseguró Nanela—. Pero cuando se la baja, esa escalera es como mil veces más corta, y es cómoda y derecha.

Yo me alcé de hombros... ¿Qué tenía que ver eso conmigo?...

Recorrimos en silencio, siempre del brazo, unas callejuelas imposibles. Las casas, aunque rígidas e inmóviles, hacíannos al pasar muecas y gestos, unas veces de paz y amor, otras de odio y cólera. Pululaban allí lechuzas, viejas y ánimas en pena.

—¿Has notado, Nanela —pregunté a mi amada—, que en esta ciudad siempre es de noche?

—Hay una razón para ello. Sus habitantes son todos noctámbulos.

No sé por qué me hizo enormemente gracia, me hizo como cosquillas en el alma, la idea de que Tucker fuera, ¡al

mismo tiempo!, procurador y noctámbulo. Por no afligirla no hice notar esta coincidencia a Nanelia... quien en cambio dijo:

—Muy obscura está la noche.

Quise entonces contarle que el cielo se había quemado, pero no encontraba palabras para contarla... Cuando las encontré, me había olvidado de lo que quería contar. Por eso guardé un largo silencio, en el cual me dijo Nanelia, ¡oh querida y dulce Nanelia!, que por rara casualidad algunas veces amanecía en esa población...

El sol debía estarla escuchando. De otro modo no puede explicarse cómo amaneció de pronto, en cuanto ella dijera que algunas veces amanecía en la ciudad.

Todos los habitantes se metieron en sus cuevas y en sus sepulcros al aparecer la luz indiscreta. Como era la madrugada, la ciudad parecía un cementerio.

—No bien se abra una iglesia, entramos a casarnos —murmuró Nanelia.

—Claro.

Fue así que entramos en la iglesia de un convento de franciscanos, donde oraban muchos caballeros medievales con la visera calada. A través de la penumbra, los acordes del órgano parecían sollozos e imprecaciones. En el altar mayor decía misa, parándose en puntas de pie, un frailecito rechoncho, con dientes como de perro o de lobo. En su boca estaba siempre estereotipada la doble risa de un hombre satisfecho de su mesa y de sí mismo. No era más alto que mis rodillas. Para alcanzar al santo tabernáculo tenía que subirse a un banquillo que le colocaba al efecto el sacristán. Cuando se subió al banquillo para bendecir a los fieles, Nanelia y yo nos arrojamos a sus pies... Y aprovechamos su bendición para casarnos. Él nos invitó después con el vino del cáliz, un empalagoso vinillo azucarado. Y nos dio la enhorabuena con la doble sonrisa de sus dientes de perro y de lobo.

Al salir de la iglesia, me dijo Nanelia:

—Haremos un largo viaje de bodas. Tenemos que irnos lejos, muy lejos. Pues ten por seguro que ese canalla de Tucker nos persigue.

Yo contesté:

—Por seguro lo tengo. ¿Quién se atrevería a dudarlo, quién? —Y lancé hondísimo suspiro, exclamando:

—¡Oh, miserable Tucker!, ¡oh, Tucker, nunca bastante execrado, vos tenéis la culpa, nadie más que vos!

—Huyamos.

Y huímos de nuevo, dando varias veces la vuelta al mundo, como si arrolláramos un hilo inacabable alrededor de un ovillo redondo.

II

Andábamos a pie, en dromedarios, en ferrocarriles, trienos, diligencias, globos... ¡qué sé yo!... Y siempre veloces, más veloces que el viento.

Recorriamos la Siberia, la España, el Sahara, Alaska, Groenlandia, Siria, Siracusa, Macedonia, Tierra del Fuego, Holanda, Antioquía... Y mares, bosques, hielos, estepas, montañas, desiertos, pampas...

También atravesábamos tierras sumergidas, Lemuria, Atlántida, Sudlandia, Cracatoa... Y asimismo ciudades subterráneas: en Nicomedia, en Babilonia, Pompeya, Herculano.

Veíamos hombres rojos como el fuego y negros como la noche, hombres peludos como monos y cuadrúpedos como perros, pigmeos del tamaño de una uña y gigantes más grandes que montañas... Y faunas y floras indescriptibles... Y hombres piedras, hombres árboles, hombres líquidos, hombres gases, hombres luminosos, hombres translúcidos y quebradizos como el cristal...

Veíamos pueblos de animales más inteligentes que hombres y pueblos de cíclopes, centauros, ninfas, sátiros... Y los jardines del Paraíso Terrenal, y las cumbres rosáceas del Olimpo, y la Ciudad de la Muerte... ¡La Ciudad de la Muerte! ¿Qué

indiscreto mortal dijera una palabra de ella? Al decirla, por el solo hecho de decirla mataría su alma inmortal... ¿Y qué mayor suplicio que el suplicio del No-Ser?

¡El suplicio del No-Ser! Esto me sugirió una idea estrambótica, que inmediatamente comunique a Nanelá.

—¡Esposa mía! —le dije—. ¿No podría ser Tucker el fantasma del remordimiento?

Al oírlo, mi mujer se descuajaringaba de risa, diciéndome:

—¿Cómo crees, menguado, que Tucker pueda ser una frase hecha?

—Muchos hombres conozco que son una frase hecha, nada más que una frase hecha —murmuré.

¡Pero no! Tucker no podía ser un remordimiento... ¿Por qué? Yo no sabía por qué, ¡y sin embargo sabía que no era un remordimiento!

Y seguimos y seguimos... y yo vi que si seguíamos así, pronto íbamos a acabar el hilo que enrollábamos alrededor de la Tierra, que era nada menos que el hilo de nuestras vidas.

Con harta razón alarmado, supliqué a Nanelá que nos detuviéramos... Ella no me escuchó, ocupada en cantarme su canto de amor a través de nuestra ruta vertiginosa. Y yo la miraba enamorado, tan enamorado que se me cayeron los ojos...

—Se me han caído los ojos —le dije—. Parémonos a recogerlos.

Así le dije, deseoso de detenerla y detenerme, aunque no hubiera olvidado que yo era una salamandra hombre... ¡No era preciso recoger mis ojos, pues que ellos retoñarían solos!

—Baja los párpados y vuelve a levantarlos —me insinuó Nanelá.

Hícelo así y me retoñaron los ojos... Nanelá me los besó, cantándome con su voz de sirena:

—¡Cuán bellos ojos!... Has ganado en el cambio, esposo mío. Antes eran pardos y ahora son más negros y expresivos que los de un arcángel después de rebelarse.

—Por bellos que sean, estos ojos deben cerrarse pronto —observé desalentado—, si continuamos nuestro desenfrenado viaje de bodas...

—Nuestra huida —rectificó ella.

—Nuestra huida, perfectamente. Pero los hilos de nuestras vidas se acaban, se acaban si los seguimos devanando... ¡Y para qué morir tan jóvenes!... Además, antes de morir, yo quiero conocer a Tucker. Tú lo sabes.

—¿Estás loco? —prorrumpió Nanelá—. ¿Quién habla de morirse? Te equivocas si piensas que todavía no nos queda bastante hilo que enrollar en nuestros viajes alrededor de la madeja de la Tierra. Y es mejor que no pienses ahora, joh, mi ídolo!, en ver a Tucker. Porque tiene lepra y te la contagiaría si lo vieras.

—Pero cuándo es que tu tío y tutor no tiene lepra —objeté a Nanelá.

—No lo niego. Solo tiene lepra cuando es un extraño para mí. Cuando es mi padre, unas veces la tiene y otras no.

Bien sabía yo que en aquel momento Tucker no era ni padre ni extraño para Nanelá, antes bien, por el estado de su temperamento, el verdadero tío y tutor. No quise, sin embargo, contradecirla, porque nunca conviene contradecir a la mujer amada, cuando ella es una mujer pálida y nerviosa. El tiempo me daría razón. Por entonces seguiríamos dando vueltas alrededor del mundo como mulos vendados alrededor de una noria.

Y cada vez gastábamos más y más el hilo de nuestras vidas. Enardecíame esta preocupación extraordinariamente. Por eso me sentía enflaquecer por minutos. Me palpé las manos, los brazos, el rostro, y sentí que no me quedaba carne y ni siquiera pellejo. Era yo un simple esqueleto andante. Díjese así a Nanelá...

—¿De qué te asombras y qué te importa? —me replicó—. Tampoco yo soy más que un esqueleto andante.

La miré, y la vi como siempre la viera. Nanelia no podía ser sino la mujer más hermosa, más pálida y más alta del mundo. Sin embargo, ella tampoco conservaba carne y ni siquiera pellejo... Nos quisimos besar y nuestros dientes chocaron contra los huesos de nuestras calaveras, produciendo un extraño crac-crac. Si conserváramos nuestros nervios, nos hubiera horrorizado este crac-crac, tan siniestro como el croar de los sapos en el pantano de un castillo en ruinas... También las órbitas donde tuvimos las narices aspiraron el nauseabundo hedor de nuestras podredumbres...

Con todo, lejos de pararnos, tomé de la cintura a Nanelia, ¡Nanelia, la mujer única de mi universo!... Ella recostó su cráneo sobre mi hombro, y seguimos como Paolo y Francesca en las profundidades del infierno.

—Aspiremos el aire de la montaña —me dijo— para fortalecernos.

Aspiramos, en efecto, mientras marchábamos, un aire lleno del estruendo de las batallas y de los resplandores del incendio. Muy vivificante debía ser este aire, pues nos repuso en nuestras antiguas figuras humanas.

Ya no podíamos más de fatiga. Para mejor, a cada instante se hundía el piso bajo nuestras plantas... Caímos bruscamente y surgímos de nuevo, como si nuestro camino fuese cruzado por innumerables zanjas invisibles. O, más bien, como si flotáramos en un viscoso mar de sombras líquidas que a cada instante abriera sus abismos para tragarnos y, por nuestro menor peso, nos hiciese flotar después de zambullirnos... Y así de seguido...

Algunas veces continuábamos durante años caminando y caminando sin poder adelantar un paso. Estábamos estacionarios y el hilo seguía, sin embargo, gastando nuestras vidas... Entonces nuestro suplicio era más espeluznante, si cabe, porque chocaban dentro de nuestros organismos las espadas de dos principios contrarios, ¡el movimiento y el reposo!, ¡la

vida y la muerte!... El choque de esas espadas arrancaba a nuestros nervios chispas que eran rayos y centellas.

Pensé que ya no nos quedaba más que poquísimo hilo que devanar, y protesté, con la energía de un dios pagano...

—¡Basta, basta, basta!... ¡No quiero morirme sin haber visto a Tucker!... ¡Debo verlo ahora mismo!

—¡Qué! ¿No sabes que ha muerto? —me objetó Nanela, soltando una carcajada como un rebuzno.

Miré entonces nuestros trajes de riguroso luto y me di una palmada en la frente. Una palmada tan sonora como el martillo de un titán al caer sobre el yunque de una altiplanicie. Fuéronla repitiendo los ecos indefinidamente... Cuando ya estaban bastante amortiguados para dejar oír mi voz, lancé un funesto juramento y grité colérico:

—¡Es verdad!... ¡No me acordaba!... ¡Tucker ha muerto!... ¡Pero quiero verlo de todos modos, de todos modos quiero verlo!

Deseaba seguir vociferando, y tuve que callarme, pues la mandíbula se me caía sobre el pecho...

Eva (Nanela debía llamarse ahora “Eva”, sin duda alguna), Eva sí podía hablar, y consintió fervorosamente:

—Vamos a verlo. Está en el cementerio.

Y fuimos al cementerio. Destacábase en el pórtico secular cancerbero, una esfinge de piedra, ¡una viva y rugiente esfinge de piedra!... En vez de proponernos cuestiones insolubles para devorarnos si no las resolvíamos, como a Edipo y a tantos otros mortales, huyó a nuestra vista arrastrando el rabo. Un rabo tan pesado, que hacía un surco en la tierra que se dijera el lecho seco de un torrente.

—¡Gracias a los dioses que la esfinge nos abre paso! —exclamé—. ¡Gracias!

Porque desde tiempo inmemorial veníamos siguiendo, a cientos, a miles, a millones, una bandada de hambrientos lobos con ojos de fuego... Por mucho que corriéramos, ellos ganaban cada vez más y más terreno... Ya sentíamos sus dientes en

nuestros muslos... ¡Y eran tantos, que cubrían la superficie de la Tierra!

Apenas entramos al cementerio, echamos los cerrojos de sus pórticos para que los famélicos lobos innumerables quedasen al otro lado. Sus aullidos formaban un trueno infinito.

Tuvimos que echar a vuelo todas las campanas del cementerio, las colosales campanas de bronce del cementerio, para cubrir el trueno de sus aullidos. Cubre así a veces la cancerosa llaga de una princesa el peplo de lino recamado de rubíes.

—¡El descanso, al fin! —prorrumpió mi esposa sollozando.

—El cementerio es el descanso. Sí, Rosalinda de mi vida.

Porque había llegado el momento de que Nanelá se llamase “Rosalinda”, yo la llamaba “Rosalinda”... Después la llamé, ¡y siempre tan acertadamente! Isaura, Dioclecia, Xantippa, Agripina, Isabel de Hungría, Delia, Valentina y María de los Dolores.

—Siempre me aciertas el nombre que corresponde al instante en que me hablas. ¡Eso prueba que me quieres y comprendes! —me dijo—. Pero el caso es que yo todavía no sé tu nombre...

—¡Adivínalo!

Esperaba yo que ella me bautizara de mil modos. No fue así. Solo me observó, sonriendo con tristeza:

—No puedes engañarme. ¿Para qué voy a darte mil nombres, malos y buenos, propicios y funestos, alegres y terribles, si tú mismo, no sabiendo cómo te llamas, no podrás advertirme cuando acierte o desacierte?...

Hice yo un doloroso esfuerzo de memoria... Un largo y doloroso esfuerzo de memoria... Y no conseguía acordarme de mi nombre. Pude decir entonces:

—Nunca tuve nombre. O, si lo tuve, ya no lo tengo. Lo he perdido. Y, aunque salamandra para los órganos materiales de mi cuerpo, ¡no sé retoñar mi nombre!

Clotilde (así se llamaba ahora Nanela) se rió al escucharme. Y transformose sucesivamente en una pantera, una garza, una culebra, una mosca, una corsa...

—Déjate de fastidiarme con tus mutaciones —le observé severamente—. Es inútil que pretendas lucirte, porque el ruido de las campanas que echamos a vuelo me obscurece la vista como una niebla... ¡no olvides que estamos en el cementerio, y que hemos venido a ver a Tucker!

¿Y cómo dudar de que nos hallábamos en el cementerio?... Y debía de ser un día de difuntos, porque el cementerio estaba lleno de gente y de flores. Lo malo es que la gente parecía flores y las flores parecían gente. Pero yo no paré mientes en este pequeño detalle insignificante. Gente o flores, flores o gente... ¿qué importaban al mundo?

Lejos, bastante lejos, muy lejos, incomensurablemente lejos, a través de flores de cardo que eran cabezas de mercachifles y cabezas de doncellas que eran rosas y anémonas; en fin, más allá de todo lo que fue y sería —incomensurablemente lejos, como he dicho—, vi la misma placa que antes viera en la casa en que encontré a Nanela (ahora Nanela era Nanela). Vi la placa de cobre, la insignia mortal de todas mis penas y desdichas:

TUCKER-PROCURADOR

—Aquí está enterrado —nos dijimos en silencio mi mujer y yo.

Yo sentí una opresión de agonía, una ansia de llorar que era como ansia de morirme... ¡Y no podía llorar, y no podía morirme!

Por no poder llorar ni morirme me sentí sonámbulo. Y di un puntapié con toda mi fuerza a la puerta del sepulcro, una encantadora capillita gótica. Aunque era de hierro, la puerta voló en astillas y pavesas.

Adentro del sepulcro había un ataúd cerrado con llave. Como yo llevaba la llave en mi llavero, lo abrí y levanté la tapa.

Las bisagras debían estar muy enmohecidas, pues al abrirse gimieron y silbaron. Adentro del ataúd había un hombre...

Había un hombre vivo, enteramente vivo, hasta sano y de buen color. Se le conocía el oficio en su afeitado rostro de curial y en sus grandes anteojos azules. Su negra y raída levita estaba arrugada por la incómoda postura que tuviera en el féretro. Era Tucker. Al reconocerlo me reí un buen rato de la sorpresa... ¿No había temido que ese hombre fuera ya putrefacto cadáver?... Nanelia (de este modo continuaba llamándose ahora mi mujer, acaso *ab eternam*), Nanelia se reía también. Reíase y aplaudía de todo corazón...

Esperaba yo que Tucker, una vez sentado en el féretro, bostezara y se desperezase... ¡Pues nada de eso!... Una vez sentado en el féretro, me dio un abrazo y me besó paternalmente, diciendo:

—¡Oh, mi querido sobrino! ¡Oh, mi querido hijo!

Sus labios de carne de víbora, al posarse en mi frente, me dieron tanto asco y tanta risa, que no me atreví a increpar a Tucker por sus infamias. Además, yo no podía recordar sus infamias... Al agarrarlas con los dedos del recuerdo, ellas se deslizaban bajo mis manos como anguilas... La misma Nanelia, en vez de enfadarse, seguía riéndose, riéndose... ¡La verdad es que era chusco ver a un hombre vivo metido en su ataúd, a modo de un saltaperico de elástico resorte en su cajita de madera!

Quiso Tucker aprovechar la distracción de nuestra hilaridad para escaparse del ataúd e irse. Muy a tiempo nos percatamos de su pérrido intento mi mujer y yo. Y lo tendimos en el cajón, a la fuerza... Y nos sentamos arriba de la tapa para que no pudiera levantarla...

Nanelia gritó:

—¡Sepulturero, sepulturero, aquí hay un muerto que quiere escaparse!...

Yo grité también:

—¡Socorro, que un muerto quiere escaparse, socorro!...

Pero Nanelia y yo, como no pesábamos mucho, teníamos miedo de que, forcejeando con la rodilla, Tucker pudiera abrir la tapa del cajón... Yo no podía volver a echarle llave, por haber perdido el llavero...

A nuestros gritos acudieron los guardianes y acudió mucha gente emparentada con los muertos de aquel cementerio. Entre todos claveteamos sólidamente el cajón de Tucker. Uno pudo echarle llave con la llave de su reloj... (¿Sería un ataúd su reloj?... ¿Qué reloj no es un ataúd de esperanzas e ilusiones?...).

Después, Nanelia y yo nos persignamos y nos fuimos. Pero la fatalidad nos perseguía, una fatalidad indescriptible... Debíamos seguir... Y cada paso era una brazada menos del hilo de nuestras vidas, ¡una brazada menos!...

Tan corto nos quedaba ya el hilo, que me parecía tener atados mis dos pies a una soga... ¡Y la fatalidad tiraba de la soga para atrás!... Ya no veía sino un mar de luz... Y oía la luz... Y sentía mi cabeza llena de una luz que pesaba como plomo derretido...

Aunque Nanelia me exhortara: ¡Adelante! ¡Adelante!, la fatalidad tiraba para atrás del hilo de mi vida, cada vez con más fuerza... Y yo avanzaba cada vez con menos fuerza... Tanto me pesaban las piernas, que creía echar raíces en el océano de luz que me rodeaba, que me asfixiaba, que me devoraba como a una gota líquida más... Dejé de sentir mis pies... mis manos... mis brazos... mi cuerpo... Ya era solo una cabeza flotante en aquel océano de luz, ¡una miserable cabeza que se disolvía como un terrón de azúcar!... Perdí el pensamiento, la vista, el tacto...

Lo último que debí perder fueron los tímpanos... Porque todavía alcancé a escuchar la furibunda voz con que clamaba Nanelia:

—¡Tucker, el demonio de Tucker tiene la culpa!



BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Alarco, Eugenio. (s/f). *La magia de los mundos*. Capítulo IV.
Argentina: Novela, pp. 129-131.
- Arlt, Roberto. (1978). *Un relato inédito de Robert Arlt*. Argentina:
Editorial Tiempo Contemporáneo, Colección Números, pp.
38-131.
- Arp, Hans y Huidobro, Vicente. (s/f). *Tres inmensas novelas, tres
novelas ejemplares*. Venezuela: Biblioteca Ayacucho. Obra
selecta, pp. 489-494.
- Arreola, Juan José. (s/f). *Confabulario*. México: Fondo de Cultura
Económica, Letras Mexicanas 2, pp. 101-103.
- Biyo Casares, Adolfo. (1972). *Historias fantásticas*. Argentina:
Emecé Editores, pp. 27-59.
- Borges, Jorge Luis. (1986). *Ficciones-El aleph-El informe de Brodie*.
Venezuela: Biblioteca Ayacucho, pp. 6-16.
- Darío, Rubén. (s/f). *Cuentos completos de Rubén Darío*. México:
Fondo de Cultura Económica, pp. 325-329.
- Garmendia, Julio. (1978). *Cuentos*. Venezuela: Monte Ávila
Editores, pp. 63-68.
- Hernández, Felisberto. (s/f). *Obras completas, primeras invenciones*.
Venezuela: Editorial Arca y Montevideo, pp. 32-35.
- Lugones, Leopoldo. (s/f). *La estatua de sal*. España: Ediciones
Siruela, La Biblioteca de Babel, pp. 73-86.
- Nervo, Amado. (s/f). *Obras completas de Amado Nervo*. Volumen
XV. España: Biblioteca Nueva Alfonso Reyes, pp. 99-104.
- Palacios, Pablo. (s/f). *Obras completas*. España: Colección Letras
del Ecuador, pp. 43-54.

- Palma, Clemente. (1904). *Cuentos malévolos*. España: Salvat, pp. 115-122.
- Quiroga, Horacio. (1943). *Cuentos*. Uruguay: Claudio García & Cía. Editores, Biblioteca Rodó, pp. 101-150.
- Silva, José Asunción. (1986). *Obras completas*. N.º 20. Venezuela: Biblioteca Ayacucho, pp. 50-51.
- Velarde, Hector. (1898). *La perra en el satélite*. Perú: Librería-Editorial Juan Mejía Baca, pp. 121-126.

REFERENCIAS ELECTRÓNICAS

- Bunge, Carlos Octavio. "Pesadilla drolática, impresiones de veinticuatro de fiebre" [en línea] <<http://www.gutenberg.org/files/26771/26771-h/26771-h.htm>> [Consulta el 11-12-2014].
- Cortázar, Julio. "De la simetría interplanetaria" [en línea] <<http://www.Slideshare.net/Grupoelmuro/la-otra-orilla-julio-cortazar>> [Consulta el 14-12-2014].
- Holmberg, Eduardo Ladislao. "Horacio Kalibang o los autómatas" [en línea] <<http://axxon.com.ar/rev/162/c-162cuento14.htm>> [Consulta el 12-12-2014].
- Jodorowsky, Alejandro. "El caso de los niños deshidratados" [en línea] <<http://www.angelfire.com/blog/textos/jodorowsky/texto.html>> [Consulta el 10-12-2014].

ÍNDICE

Prólogo	9
---------	---

MODERNISTAS EXTRATERRESTRES

AMADO NERVO Los congelados (1921)	51
RUBÉN DARÍO La extraña muerte de fray Pedro (1911)	59
CLEMENTE PALMA La última rubia. Cuento futuro (1904)	67
LEOPOLDO LUGONES Un fenómeno inexplicable (1906)	79

DISTOPÍAS LÍRICAS

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA Futura (1896)	95
EUGENIO ALARCO La magia de los mundos (1952)	101
HANS ARP / VICENTE HUIDOBRO Salvad vuestros ojos (novela posthistórica) (1935)	109

CORPOREIDADES PÓSTUMAS

HORACIO QUIROGA El hombre artificial (1910)	123
EDUARDO LADISLAO HOLMBERG Horacio Kalibang o los autómatas (1879)	167
PABLO PALACIO La doble y única mujer (1927)	191
JUAN JOSÉ ARREOLA Baby H.P. (1952)	209
ALEJANDRO JODOROWSKY El caso de los niños deshidratados (1962)	215

PARODIAS APOCALÍPTICAS

JULIO GARMENDIA La realidad circundante (1927)	227
FELISBERTO HERNÁNDEZ Acunamiento (1929)	235
HÉCTOR VELARDE La bomba J (1958)	241
ROBERTO ARLT Viaje terrible (1942)	249

MUNDOS PARALELOS/SIMULTÁNEOS/INTERPLANETARIOS		
JORGE LUIS BORGES	Tlön, Uqbar, Orbis Tertius (1941)	303
JULIO CORTÁZAR	De la simetría interplanetaria (1939)	323
ADOLFO BIOY CASARES	La trama celeste (1914)	331
CARLOS OCTAVIO BUNGE	Pesadilla drolática (impresiones de veinticuatro horas de fiebre) (1906)	367
Bibliografía consultada		385

LOS 3000 EJEMPLARES DE ESTE TÍTULO
SE TERMINARON DE IMPRIMIR
DURANTE EL MES DE JUNIO DE 2015
EN LA FUNDACIÓN IMPRENTA DEL MINISTERIO DE LA CULTURA

CARACAS, VENEZUELA

RELATOS PIONEROS DE LA CIENCIA FICCIÓN LATINOAMERICANA

A pesar de que los orígenes de este género literario se asocian a la literatura anglosajona y en especial a los suplementos *pulp* estadounidenses, sus raíces son más profundas y complejas, nos remiten a un imaginario correspondiente a las culturas, épocas y paradigmas de los espacios geográficos donde vieron luz. La crítica ha estado de acuerdo con que la literatura de ciencia ficción anglosajona está más relacionada con la proyección de un mundo tecnológico y sus aberraciones como medio de dominación; en cambio, la latinoamericana conserva una perspectiva que trasciende el ideario de las máquinas y es atractiva tanto por el tratamiento estético de sus discursos narrativos, como por la prefiguración de la psicología humana frente a variadas posibilidades, especialmente frente a la incertidumbre que plantea un futuro subyugado por lo inimaginable, consecuencia del afán y la pretensión de controlar y someter la naturaleza.

La presente edición ofrece una selección de veinte relatos que muestran cómo en Latinoamérica, desde múltiples propuestas, se han construido distintas realidades discursivas relacionadas con la ciencia ficción. Se compilan voces de escritores conocidos ampliamente (Quiroga, Nervo, Darío, Silva, Huidobro, Borges, Arlt, Cortázar y Bioy Casares), así como algunas menos iluminadas que seguramente representarán un hallazgo para lectores noveles. Los textos se acompañan, además, con reseñas de los autores e ilustraciones de la artista gráfica Rebeca Roca. El prólogo, desarrollado por el compilador, explica con detalle los orígenes tanto de su trabajo como de este género en Latinoamérica; las reseñas presentan información sobre la vida y obra de cada autor; y las ilustraciones son, más que un simple añadido estético, imágenes concretas de las posibles lecturas que cada relato permite.

Daniel Arella (Caracas, 1988). Escritor, poeta y guionista. Licenciado en Letras, mención Lengua y Literatura Hispanoamericana y Venezolana, por la Universidad de los Andes. Dirigió el programa radial *El tufo del bardo* (Ecos 93.9FM), en 2008. Ganó el Premio DAES de literatura en la modalidad cuento (ULA), 2009. Publicó, junto con otros jóvenes escritores, la novela colectiva policial "free-jazz" *Una balacera abolirá el azar*, a través de nuestra casa editorial en 2010. Su primer poemario, *Al fondo de la transparencia*, fue publicado en 2012.

